

Por
el
Sendero
de los
Elefantes



Cuando
la realidad
supera a
la ficción

May Blacksmith



Por
el
Sendero
de los
Elefantes



May Blacksmith

2020 May Blacksmith

Todos los derechos reservados.

Editado por: Ana Idam y Dulce Merce

Portada: Ana Idam

Maquetación: May Blacksmith

Primera edición: Marzo 2020

Número de Registro Propiedad Intelectual: NA-0066/20

NúmerodeRegistroSafeCreative: 2003093267402

A esos amores imposibles...

Índice

[Nota de Autora](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Capítulo 24](#)

[Capítulo 25](#)

[Capítulo 26](#)

[Capítulo 27](#)

[Capítulo 28](#)

[Capítulo 29](#)

[Capítulo 30](#)

[Capítulo 31](#)

[Capítulo 32](#)

[Capítulo 33](#)

[Capítulo 34](#)

[Capítulo 35](#)

[Capítulo 36](#)

[Capítulo 37](#)

[Capítulo 38](#)

[Epílogo](#)

[Agradecimientos](#)

[Sobre la autora](#)

Nota de Autora

Por el Sendero de los Elefantes es la segunda parte de La bilogía El Sendero y continuación de Por el Sendero del Puma.

Esta historia es en su totalidad ficticia y cualquier parecido con la realidad es pura coincidencia.

Es una novela que narra hechos cotidianos de hoy en día que suceden habitualmente. Situaciones en las que podemos ver envueltas a una amiga, una hermana o a nuestra compañera de trabajo. Narrada en primera persona por la protagonista.

Una reunión de antiguos compañeros de colegio me dio la idea para darle continuidad a Por el Sendero del Puma, ya que a ciertas edades nos encontramos con estos eventos y me resultó muy inspirador para darle otro final a la historia de Oli.

Quizá el tema sea algo controvertido y no sea del agrado de todos los lectores, pero quería darle otra visión a este tipo de situaciones.

Querido lector, mi mayor deseo es que disfrutes de esta lectura y que sepas apreciar que lo he dado todo en cada párrafo escrito, y que probablemente sean los personajes más reales que he creado; llenos de luces y sombras, pero que nunca pierden ese toque de humor.

Por el Sendero de los Elefantes

Cuando la realidad supera la ficción

Capítulo 1

Abril de 2017

Raquel me ha pedido que vaya a recoger a Lucía al colegio. Es la primera vez que hago este recorrido sola sin ninguna de mis amigas. He quedado con ella en la parada del bus donde subiré a la niña para que se vayan juntas a casa. He insistido en llevarlas, pero como sabía que tenía que recoger a Lucas del entrenamiento no ha querido retrasarme, y tiene razón. Acercarles a casa me desvía bastante y un viernes el tráfico en Madrid es un caos.

Me estoy acercando a la terraza donde aquella vez coincidimos con Joel y mi mundo cambió por completo.

Como ya estoy acostumbrada a que en mi vida suceda cualquier cosa en el momento menos esperado, al alcanzar las mesas que están a resguardo del viento y la lluvia, dos individuos se levantan y nos observan. Lucía sale corriendo hacia ellos, bueno, más bien hacia él.

—¡Tito Joel! —grita de júbilo Lucía.

—¿Cómo está mi princesa? —expresa Joel con alegría y la coge en brazos para dar un giro con ella en el aire.

—Hola, Sergio —saludo a su amigo.

—Hola, Oli. —Se acerca a mí con una sonrisa amable y deja un beso suave en mi mejilla.

Sí, lo que leéis. Hablo de Sergio, de aquel antipático amigo de Joel con el que no conseguía empatar. Pero las cosas cambian, y esta vez han sido para mejor.

—Hola, Olivia. —Joel me abraza y deja un beso en el tope de mi cabeza.

Sonrí porque, a pesar de que nuestra relación va por buen camino, aún no se permite más que un beso paternalista. Sigue llamándome por mi nombre completo, y es curioso cómo, a mis cuarenta y cuatro años, he conseguido, gracias a él, superar ese trauma, tara o como queráis llamarle, de mi adolescencia. Ahora cualquiera puede llamarme Olivia sin que me quemem los ácidos gástricos en la garganta y sin que me afecte de ninguna manera negativa, aunque Sergio siga respetando mi diminutivo.

—¿Te quedas a tomar algo con la peque? —pregunta mi expareja.

—No podemos, lo siento. Tengo que dejársela a Raquel en el bus e ir corriendo a por Lucas.

—¿Cómo está ese campeón?

Lo miro con cara de circunstancias. Lucas ha llevado muy mal nuestra ruptura a pesar de tenerle unos celos incontrolables desde el día en que lo conoció. Pero Joel sabe ganarse a cualquiera, tiene ese poder. «¿No lo consiguió conmigo en solo una noche?». Hizo que nuestras vidas dieran un giro de ciento ochenta grados, que nos subiéramos con él a una montaña rusa de sentimientos y felicidad que acabó estrellándose contra una cascada de agua despertándonos de nuestra fantasía perfecta, pero lo que nos aportó no tiene precio, aunque los daños colaterales todavía permanezcan.

—Te echa de menos, pero se le va pasando. Ya no está tan enfadado con nosotros.

Asiente con un deje de tristeza en el rostro.

Lucía se entretiene con Sergio mientras practican algún tipo de juego con las manos mientras nosotros hablamos.

—Tenemos que irnos, si no Raquel llegará y tendrá que bajarse del autobús.

—¡Claro! Ya nos veremos.

Nos despedimos y me voy satisfecha. No hay rencor y sí mucho cariño y respeto.

Objetivo alcanzado. De nuevo la Olivia de siempre ha conseguido que vuelva la estabilidad, y que las personas que me rodeaban, a pesar de no ser felices del todo, estén bien conmigo y consigo mismos. Bueno, quizá no todos, pero ¿quién es feliz de manera absoluta? Nadie, por mucho que algunos nos intenten convencer de ello haciendo postureo por las redes. ¡Cuanto más enseñas, de más careces!

Llegamos al autobús por los pelos y ni siquiera me da tiempo a besar a Raquel. Nos despedimos con la mano y con la señal del dedo meñique y pulgar estirados imitando el auricular de un teléfono a un lado de nuestras caras.

Sí, hablaremos o nos enviaremos un guasap en cualquier momento, porque no me cabe ninguna duda de que la pequeña Lucía le informará sin demora de nuestro encuentro con Joel.

Es fin de semana y, como ya es habitual en mi rutina, he silenciado el grupo del trabajo y activado el resto.

Uno en concreto empieza a saltar sin parar. Sonríe. Solo hace una semana que estoy dentro y es una auténtica locura. Maldita fase *remember*, nos hemos hecho mayores sin darnos cuenta.

Cuando llego al polideportivo me siento a esperar a Lucas mientras se ducha y se cambia. Abro el bolso y... ¡ciento cincuenta y cuatro mensajes! Leo en diagonal. Nunca pensé que perdería tanto el tiempo metida en esta aplicación y eso que yo apenas participo, y no es que no quiera, pero todo tiene un porqué.

El viernes anterior por la mañana recibí un *SMS*. Al escuchar el sonido saqué el móvil del cajón.

«Qué difícil es ponerse en contacto contigo, Oli.

¡Abre el puto guasap!»

Era Paula, mi amiga del colegio. Nuestra amistad había sufrido los típicos altibajos, aunque siempre hemos procurado mantener el contacto. Ella vive en Toledo y hacemos lo posible por vernos un par de veces al año, pero este, nuestros mensajes han sido fríos y escuetos, y como tampoco he pasado un período especialmente bueno, ninguna de las dos se preocupó de qué pasaba en la vida de la otra. Solo tenía activadas las cuentas de Claudia, Luis, las chicas y los colegios, y miré los cuatro mensajes que tenía.

Paula

¡Hola, cariño! no sé si te apetecerá, pero han abierto un grupo de guasap de los *Boys Scouts*.

¿Quieres que te meta?_ 9:40

¡Ey! Yo estoy dentro,
aunque no sé si duraré mucho.
Han pasado más de 25 años. _ 10:00

OLIIII_ 10:15

Vaya desconexión ¿Todo bien? _ 10:40

Sí, sí. Todo bien.
Desconecto en el trabajo.
¿Y para qué es el grupo?
Por cierto: ¡Hola! _ 11.10

Ni idea, yo solo llevo desde anoche
y casi no he participado,
pero alguien preguntó por ti
y he preferido
preguntarte antes de meterte. _ 11:11

Lo de que alguien hubiera preguntado por mí despertó mi curiosidad. No era especialmente popular en aquel grupo y cuando se habían juntado, a lo largo de los años, nunca había ido a las cenas propuestas. Si no era por los niños, siempre había surgido algún otro motivo que me lo había impedido.

Ufff, qué pereza.
¿Y qué vamos a hacer?
¿Empezar a lo abuelo cebolleta contando
batallitas de los campamentos?
¿Estamos ya en ese punto?
Qué triste, ¿no? _ 11:13

Eso parece. Bueno, ¿te meto o no?
siempre hay tiempo de salirse. _ 11:14

Bueno... méteme
Y... ¿Cómo estás tú? _ 11:14

Ahora bien...

Te meto.

Otro día hablamos

y nos ponemos al día, ¿vale?_ 11.15

En unos segundos ya estaba dentro.

Paula dijo quién era y se sucedieron algunos saludos, pero tampoco demasiados.

Pregunté a qué se debía el grupo y un número desconocido me informó de que la finalidad era hacer una comida en cuanto se localizara a la mayor parte de las personas, que había gente que vivía fuera y no sería sencillo, pero tampoco imposible.

Otro número sin nombre puso que eso ya se había dicho y otro aclaró que la gente que entraba nueva no podía ver los mensajes anteriores, y así perdí unos minutos de mi horario laboral hasta que alguien, que no había caído en la cuenta de que estaría en ese grupo, se pronunció.

Fer

No me distraigáis al personal.

¡¡Oli!! ¿Ya has mandado

el presupuesto?_ 11:40

Casi se me cayó el teléfono al suelo.

En cuanto lo tuve estable en mi mano, miré hacia la cristalera que estaba a mi derecha, pero volviendo la cabeza un poco más atrás para poder ver en su mesa a mi jefe.

Tenía una cara de advertencia, pero me pareció entrever algo de diversión en sus ojos.

Intuía que, aún desde esa distancia, podía ver mi sonrojo en plan: ¡pillada! Así que, volví al instante los ojos a mi ordenador. El caso es que en el grupo se generó una revolución de mensajes que no paraban de hacer vibrar el móvil y me pudo la curiosidad. Le eché un vistazo con disimulo. Un montón de preguntas de gente que aún no se había pronunciado se sucedieron sin parar.

¿Trabajas para Fer?_ 11:41

¿Trabajáis juntos?_ 11:41

Vosotros erais muy amigos de críos ¿no?_ 11:42

¿No estás casada con su hermano?_ 11:42

Todo queda en familia ¿eh?_ 11:42

Y cada mensaje era de una persona diferente.

¡Fer!! ¿por qué no la has metido antes?

¿La quieres para ti solo?_ 11:42

Me fijé en el nombre que acompañaba a ese número en concreto. Era Ramón, el típico cabroncete que nos hacía la vida imposible a todos sin excepción.

Se hizo el silencio.

Era evidente que el grupo existía desde hacía días, que se habían repartido las tareas de buscar a las personas y que Fer no había hecho mención de mi existencia hasta ahora. En ese mismo instante me di cuenta de que sobraba. Tuvo que ser Paula la que me contactase, porque cuando *alguien* preguntó por mí, Fer no se pronunció y aquello me produjo una sensación que no supe definir.

¿Y qué tal es trabajar con Fer?_ 11:43

Preguntó Clara rompiendo el silencio, ella era una de las chicas que había formado el grupo. Fue una sufridora nata soportando estoicamente todas las fechorías de los chicos y, para mi asombro, era una de las precursoras de que nos juntásemos todos.

«¡Cri, cri, cri!». De nuevo volvió el silencio, nadie escribía. ¿Qué podía decir?

Fer

¡Oli! ¡¡Guarda ese móvil
en el cajón y a trabajar!!
No te pago para que andes
perdiendo el tiempo por las redes._ 11:46

Suspiré de alivio. «¡Salvada!».

Pues, como podéis ver, es un nazi.
Nos leemos, chicos._ 11:47

Se sucedieron las carcajadas escritas, los emoticonos sonrientes y, tal cual me había ordenado mi jefe, guardé el móvil y me concentré en mi trabajo. Sentía una mirada en mi nuca. Sabía que tendría que haberle agradecido, al menos con una mirada, que me hubiera rescatado de *nuevo* de aquella situación, pero estaba algo confundida por cómo se habían dado los hechos. Estaba segura de que no se encontraba cómodo con que yo estuviera allí metida, y mi único pensamiento en ese momento era el de salir de ese grupo cuanto antes, porque no quería recordar la última vez que había acudido en mi ayuda. Aún me avergonzaba de ello y él había hecho gala de su habitual discreción. Jamás habló del tema. Se me estaba acumulando el pasivo en su cuenta sin tener nada en el activo.

Oli, soy Clara. ¡Joder, tía!
¿Has visto la pinta de Ramón?_ 09:10

Con ese mensaje en mi guasap desperté la mañana del día siguiente y, de repente, mi vida se vio inmersa en una vorágine de recuerdos adolescentes, emociones y risas por doquier.

¡Pillada! Sí, no te sorprendas. Te observo.

Capítulo 2

Laura me ha escrito,
quiere que nos juntemos
este viernes en el Polenta
¿Cómo lo ves?_ 10:03

Leo el mensaje de Carol y suspiro.

Es mi hora del café y tengo a Susana delante. Luego contestaré porque la verdad es que me lo tengo que pensar.

Nos hemos evitado mucho durante este año y aunque me digo que no soy rencorosa y la he perdonado, no olvido. Nuestra amistad ya no es la que era y sin querer ha afectado tanto a Carol como a Raquel.

Sé que siempre me he apoyado en ellas para tomar ciertas decisiones, pero al final soy yo la que tiene la última palabra, y que Laura decidiera por mí trastocó en décimas de segundo mi vida entera.

Necesitaba pensar y analizar la situación, que ya la tenía bastante jodida como para que ellos me condicionaran.

Había decidido tener el bebé, sí, pero ¿iba a seguir con Joel? La lógica así lo planteaba, no obstante, después de todo lo que había pasado, no quería dejarme llevar por ella.

—Vaya tela con lo del grupo de los *Boys Scouts*. Creo que nunca había visto sonreír tanto a Fer ni estar tan pendiente del móvil. Él que es anti-redes sociales...

Susana hace que vuelva a la realidad y que en mi boca se dibuje media sonrisa.

La verdad es que está bastante activo y he reconocido al Fer que hace años no veía, con su humor sarcástico y sus frases lapidarias. Yo leo, me río, pero apenas participo. De casi todo el grupo solo media docena mantiene el chat vivo a diario.

—Ya sabes, es todo un signo de que nos hemos hecho mayores. De que echamos de menos otra época, de ser esos críos sin obligaciones y solo con ganas de pasarlo bien. Te aseguro que algunos no han evolucionado ni un poco. —Me río.

—¿Sí? ¿Y Fer es uno de ellos? —pregunta curiosa.

—No. Fer es Fer, pero sin duda algún resquicio del adolescente que fue aflora de vez en cuando.

—Parece que estáis mejor, se os nota menos tensos —advierte con cautela.

—Supongo que estamos algo más relajados, sí.

A pesar de lo ocurrido el año pasado, los dos conseguimos volver al punto de cordialidad y respeto que tuvimos antes del incidente.

Mi situación no me permitía darle demasiadas vueltas a aquella reacción que tuvo, y cuando las cosas se complicaron más tarde, solo pude sentir agradecimiento por su discreción y ayuda, aunque nunca se lo dije, pero con Fer las cosas eran así. Solo había acciones, reacciones y no hacían falta las palabras; no obstante, a mí me seguía quedando esa sensación de hacer siempre las cosas mal con él y dejar las cosas inconclusas.

—Pues no sabes lo que me alegro —dice satisfecha.

—Sí. Y yo. —A pesar de que evito cualquier cruce de comentarios por el chat. — Y vosotros, ¿qué? Parecéis muy asentados. ¿Vais a seguir manteniendo vuestra relación en secreto? No tiene que ser fácil —comento.

En realidad, no es que me incumba. A Susana se le ve contenta y a Fer... como siempre, que es lo único que importa.

—Estamos bien y es mejor así para la empresa —dice en un tono que me suena más a conformismo que otra cosa.

Asiento y saco el móvil.

—Voy a contestar un par de mensajes y vuelvo a mi mesa —le informo, porque no me quiero inmiscuir en sus asuntos personales y es una manera de zanjar la conversación.

—Yo también. Ya sabes que al jefe no le gusta vernos con el móvil en la mano —me guiña un ojo—, aunque ahora sea él el que peca de no soltarlo.

Me río y vuelvo la atención al mensaje de Carol.

Pasadlo bien.

En otra ocasión._ 10:09

Sé que Carol lo va a entender y que Raquel se va a enfadar un poco porque siga con la misma actitud, pero todavía no es el momento de arreglar las cosas, y no sé si lo será algún día.

¿Seguro?_ 10:10

Sí._ 10:10

Si cambias de
opinión, allí
estaremo.s_ 10:11

Perfecto._ 10:11

No digo nada más porque, aunque no debería, estoy un poco molesta de que los planes sigan sin mí. Es muy egoísta por mi parte, lo sé. El problema lo tengo yo con ella y no puedo condicionar al resto de mis amigas a dejar de quedar con Laura y seguir con la tradición.

Tuve que silenciar el chat de las *Sister Brown*, de Laura y de Joel el día que salí de casa de Berto casi a la carrera, tras escuchar a Laura decir en alto que estaba embarazada y ver las caras perplejas de Joel y de su tío, cada uno por motivos bastante diferentes, solo pude hacer eso: correr, llorar, e intentar que la angustia de la traición no me cerrara la garganta.

Joel no me siguió, aunque pude imaginar que a Berto no le resultaría fácil impedirselo. Necesitaba tiempo para pensar y no podía si tenía todo el día el guasap saltando repleto de mensajes de arrepentimiento, disculpas o que reclamaban explicaciones.

Había tomado una decisión, lo primero que necesitaba era asumirla, adaptarme y no sentirme influenciada por nadie.

¿Has visto la foto
que ha mandado Roberto?
¿Quién es?
No lo reconozco._ 10:15

El chat de Clara es el que últimamente figura entre los primeros de la aplicación de guasap junto al de los *Boys Scouts*. Abro el del grupo y veo varias fotos que la gente está enviando porque Richi quiere hacer un vídeo con el antes y el después de los integrantes.

Miro el que ha mandado Roberto y no puede ser otro que el de la derecha, el de la izquierda está claro que es su hijo porque ha mencionado que sale con él, y el de enmedio... no, ese no puede ser.

Yo creo que es el
de la derecha._ 10:16

¿Qué dices?
Ese tío se ha
comido a Roberto.
Pero ¡si me tenía
loquita!_ 10:16

Empiezo a reírme sin poderlo remediar, pero es que con Clara todo es así y al final es lo que tienen estos grupos que se empeñan en volver al pasado, que algunos han cambiado más de la cuenta.

A ti y a muchas.
A mí no me atraía
nada._ 10:16

Tú ya tenías
bastante con
los Romero._ 10:17

«Con uno», pienso.

Conocer a Fer en aquellos campamentos y nuestra fuerte amistad, trajo a Luis a mi vida, y cuando me lo presentó, ya no tuve ojos para nadie más.

¿Cuándo vas a
mandar foto?_ 10:17

¿Cuándo vas a
mandarla tú?_ 10:17

*Touché.*_ 10:18

Pues eso.
Corto y cierro._ 10:18

¡Que te den! Con
todo el cariño._ 10:18

Aprieto los labios para no soltar una risotada. Una de las mejores cosas de entrar en este grupo ha sido recuperar a Paula y descubrir a una Clara con la que apenas traté, había cordialidad y compañerismo, lo típico. Con Paula ahora mantengo una comunicación casi semanal a través de guasap y hemos hablado un par de veces por teléfono. Tenemos pendiente quedar un día solas. Fuimos muy amigas de niñas y nos hemos echado de menos. Nuestra relación cambió cuando Luis entró en mi vida.

No me apetece mandar foto. No sé por qué, la verdad. No es que me vea mal, pero prefiero que se vaya animando más la gente. Han enviado muchas de los campamentos a los que íbamos en diferentes etapas y edades, y ha sido una auténtica sorpresa que la gente guarde esos recuerdos. Lo más probable es que tenga alguna en el viejo álbum de mi niñez. Las tendré que buscar. He guardado algunas de las que han mandado. Sobre todo, en las que estoy con Paula y algunas en las que salimos Fer y yo. Él con su eterna guitarra colgada al cuello y yo con mis trenzas y mis coronas de margaritas.

Vuelvo al trabajo. Han empezado las entrevistas para los becarios y tengo que estar atenta al ascensor. Al abrirse se me ha encogido un poco el estómago. Un chico alto de pelo rizado se acerca y me levanto para cogerle los datos antes de hacerle pasar al despacho del jefe. Me ha recordado a Joel. Al aspecto que tenía cuando nos conocimos y, por un momento, he sentido añoranza. Echo de menos ciertas cosas, no lo voy a negar, pero no se puede vivir solo de lo bonito.

A los días de no contestar a sus llamadas y mensajes, se presentó aquí. Estaba trabajando cuando escuché su voz clara y muy cerca.

—Oli...

El corazón me dio tal vuelco que solo me permitió levantar la vista para mirarlo.

Tras unos segundos, reaccioné, miré hacia atrás y vi que a mi jefe no le había pasado desapercibida la visita sorpresa de mi..., de Joel.

—¿Qué haces aquí? —pregunté entre la sorpresa y el enfado.

—No me has dado otra opción. No contestas a mis mensajes ni a mis llamadas. Mi intención era esperarte antes de que entraras, pero el taxi ha tardado en llegar.

Estaba pálido y sus palabras sonaban ansiosas.

—No puedes aparecer aquí y pretender que... —Miré de nuevo hacia atrás y vi que Fer seguía sin quitarnos ojo con el ceño fruncido—. Tienes que irte.

—No me voy a ir. No puedes apartarme de esa manera y mantenerme en la ignorancia. También es mío —terminó muy seguro de sí mismo.

Tragué saliva y evité pasar la mano por mi vientre ante la sensación que me produjo escuchar esas palabras.

Me mantuve firme.

—Necesito tiempo, pensar y meditar muchas cosas y tu actitud no me deja.

—¿Algún problema? —La voz de Fer resonó en mi espalda y sentí cierto alivio.

—Ninguno, solo necesito hablar con Olivia un momento —replicó Joel.

Acababa de llegar, no era mi hora del café y me negaba a que mi jefe me llamara más tarde a su despacho para advertirme de que no se podían dar este tipo de situaciones en el trabajo, y mucho menos tal y como estaban las cosas de tensas entre nosotros.

—Podéis pasar a la sala de reuniones...

—¡No! —impedí que terminara—. Es un asunto personal y ahora estoy en mi lugar de trabajo —atajé.

No quería que ninguno de los dos tuviera dudas de mi responsabilidad y tenacidad al respecto.

—Susana —Fer llamó a mi compañera —, acompaña a...

—Joel —dijo él bastante enfadado.

—Acompaña a Joel hasta la salida.

Me miró con la decepción reflejada en su rostro y se dio la vuelta sin poner objeción.

Fer se mantuvo a mi lado a pesar de que yo había tomado asiento. No le quitaba ojo a ninguno de los dos. Entraron en el ascensor y desaparecieron. Mi compañera se tomó muy en serio eso de «acompañarlo a la salida».

En cuanto me quedé sola solté el aire que parecía retener sin darme cuenta. Me inquietó lo que sentí al escuchar la voz de Joel porque no era lo que debería, no fue emoción, si no desasosiego. No lo quería allí, no quería verle, no quería enfrentarme a sus reclamos.

Pasados unos minutos volvió Susana.

—No sé qué ha pasado, pero está hecho polvo y venir hasta aquí dice mucho de él. ¿Ya no estáis juntos? —preguntó con interés.

—Es complicado, Susi —respondí.

—Al menos ahora sabemos por qué estás tan taciturna estos días. Nos tienes preocupados.

No quise pararme a pensar en *quienes* eran los que estaban preocupados, pero si mi estado de humor era tan evidente, tendría que intentar disimularlo mejor, aunque dudaba que pudiera hacerlo. Todavía tenía pendiente una conversación con Claudia y ni siquiera sabía cómo la iba a enfocar. ¿Cómo iba a decirle que me había quedado embarazada y que iba a tenerlo sin pareja cuando todavía no había asumido ni yo ese hecho?

¿Qué iba a pensar mi hija de mí? ¿Qué imagen de irresponsabilidad le iba a dar a una adolescente a la que se le machacaba, tanto en casa como en el instituto, sobre la importancia de la prevención en las relaciones sexuales? No podía dejar de sentirme avergonzada, a pesar de que mi embarazo se hubiera producido por un cúmulo de desafortunadas circunstancias que ella no iba a pararse a analizar.

—Joel parece buen chico —dijo Susana, de la que, por un momento, me había olvidado.

—Lo es —corroboré convencida.

Sentí la mano de mi compañera apretar mi hombro. Me quería reconfortar, lo sabía, pero es que en estos momentos no había nada ni nadie que lo consiguiera. Ni siquiera tener la conciencia de que Joel no era mal chico y que quizá podría llegar a ser buen padre, pero ¿durante cuánto tiempo?

La semana continuó en modo automático, sin pensar, sin sentir, solo ejercía de madre y cumplía con mis obligaciones profesionales. Eludí hablar con Claudia y mucho más con Joel. Metí la cabeza bajo tierra como un avestruz y, simplemente, esperé a que el tiempo pusiera todo en su lugar.

Capítulo 3

Buenos días, Oli.

Soy Ramón.

¿Cómo va todo?_ 07:33

Una no espera, un miércoles cualquiera, encontrarse a la hora del desayuno un mensaje del tipo más vándalo de aquel grupo de adolescentes con afición a las acampadas y que, además, ha demostrado no haber cambiado demasiado en los últimos veinticinco años.

Dejo la tostada a medio camino de mi boca.

Sabe que lo he leído, así que... tendré que contestar ¿no?

Bien ¿y tú?_ 07:34

«¡Mierda!», ese ¿y tú? le abre la puerta a seguir la conversación y no es lo que quiero. Pongo el móvil boca abajo y sigo con mi desayuno. No quiero ser mal pensada, pero un privado de Ramón me huele mal.

Salgo de la ducha y mientras me seco el pelo desnuda frente al espejo, mis ojos se quedan fijos en una parte de mi cuerpo. Me pongo de perfil, y por un instante los recuerdos me llevan a hace casi un año, en el que mi vientre, tras dos embarazos, ya se empezaba a abultar. La sensación de angustia que me invadió en ese momento, cuando ya pensaba que había superado esa fase, hizo que me echara a llorar y que esa pregunta llegara de nuevo: «¿Por qué?». Todo estaba empezando a estar en su lugar ¿por qué había tenido que pasarme eso?, me repetía una y otra vez. Solo quería volver atrás y no ir a aquella cena con mis compañeras, no conocer a Joel a pesar de ser lo mejor que me había pasado en muchos años, no estar allí en ese momento.

Retiro la mirada del espejo y comienzo a vestirme. Mi vientre está casi plano, aquello no dejó huella alguna en mi cuerpo... al menos no como la que permanece en mi cabeza.

Desde entonces llevo mal las semanas que Luc pasa con su padre. Es como si no quisiera perderme ni un minuto de su vida. Claudia sigue viviendo conmigo. Nuestra relación ha cambiado. Mi niña ha madurado a la fuerza, y es que cuando la realidad se impone, los sueños infantiles desaparecen. Me siento responsable, pero sin duda la van a hacer una mujer mejor y más sabia, aunque sea antes de tiempo.

La escucho trastear en el otro baño y miro la hora.

—¡Claudia! —levanto la voz—. No vas a llegar al autobús.

—¡Que síiiiií!

«Que no», pienso.

Empezó hace unos meses a maquillarse para ir a clase, pero sin adelantar el despertador, y claro, la gestión de su tiempo no ha cambiado.

—No sé cómo lo haces, mamá —dice mientras se asoma a mi aseo—. Tardas menos en arreglarte lavándote el pelo que yo solo con el maquillaje.

La miro y parece que va a una fiesta.

—A parte de práctica..., te sobra la mitad del maquillaje. Vas al instituto, no a la presentación de un perfume. Con un poco de brillo de labios, máscara de pestañas y colorete, irías perfecta. Ese *eyeliner* te queda precioso y hace que tus ojos verdes resalten, pero te aseguro que no te hace falta. Y no te lo digo en plan madre, te lo dice cualquier bloguera de moda.

Me observa con detenimiento y asiente, no replica ni dice nada al respecto, así que no sé qué es lo que está pensando, lo más probable es que le parezca una carga o no haya escuchado nada de lo que le he dicho.

—Me voy que no llego —dice a la vez que me besa.

—Pero ¿has desayunado? —le pregunto al ver que se pone la *parka* y la mochila.

—¡Cojo un muffin y un café en la panadería de la parada! —grita justo antes de cerrar la puerta para que no pueda reñirle.

Ahí se va mi niña. Su madre toma un cacao con tostadas en casa y ella va con su café para llevar al instituto... «algo no estoy haciendo bien».

Al entrar en el coche llamo a Clara y pongo el manos libres. Al tercer tono contesta.

—¿Oli? Estoy en el metro, no sé si voy a poder escucharte —contesta con el típico ruido de fondo de los vagones.

—¿Tienes cascos?

—¡Sí!

—Pues pónelos —ordenó—, esto es importante.

—Vale, vale. *Joer*, menuda sargento estás hecha.

Me concentro en la carretera a la espera de que dé señales de vida mientras hago un repaso mental de mi conversación mañanera con Ramón.

—Cuéntame qué es eso tan importante que saca a esa desconocida *dominatrix* que llevas dentro.

«No lo sabe ella bien», pienso.

—Poco a poco ya me irás conociendo e igual te arrepientes de ello, *jajajaja* —me río.

—Lo dudo mucho, pero ¡venga! al grano que se me irá la cobertura en cualquier momento.

—Me ha escrito por privado Ramón —suelto a bocajarro.

—¡No jodas! —exclama, porque solo ella y unas pocas más sabemos lo que significa eso—. No me digas que te ha mandado la foto de la polla, porque es lo único que le ha faltado por enviar en el grupo.

—¡¡¡¡Nooooo!!!! —grito al auricular y me troncho de risa solo de imaginar a la gente sentada a su alrededor, porque el tono en el que lo ha dicho no ha sido precisamente bajo—. Que ni se le ocurra.

Solo de imaginarlo me dan escalofríos.

—¡Joder! Me has dejado sorda, tía.

—Es que vaya cosas se te pasan por la cabeza. Eso lo harán más los adolescentes. No creo que a Ramón se le ocurriera.

—No te creas, no tan adolescentes...

—¿Cómo? —pregunto sin dejar de reír.

Esta mujer no deja de sorprenderme desde que hemos retomado el contacto. Es un pozo de sorpresas al más puro estilo *Paramount Comedy*. Tiene dos divorcios a sus espaldas y una hija en la universidad, en Barcelona. Según dice, eligió una carrera que la mantuviera lo más alejada de su madre porque era una mala influencia. Yo no me lo creo. Es espontánea y jovial, de esas personas que por mucho que la vida se les tuerza destila felicidad, eso sí, más bruta que un arado.

Fue la primera en darse cuenta de que ya no estaba con Luis, pero al parecer, Ramón también.

—¡Ufff! Ya te contaré...

—Sí. Tenemos que quedar a tomar un café y vernos por fin en persona —comento.

—Pues yo prefiero más unos vinos, que quieres que te diga —dice Clara.

—Creo que para ese tipo de conversación yo también prefiero unos vinos —aclaro con una carcajada.

—Bueno, ¿me vas a contar qué ha pasado con Ramón? —insiste.

—Que me ha tirado los tejos.

—¿Te extraña? Es que estás buenísima.

—¡Pero si no he colgado ninguna foto en el grupo, y si no lo tengo metido en mis contactos tampoco puede ver la de mi perfil!

—¡Joder, Oli! Sigues tan ingenua como siempre. Somos amigas en Facebook. Él está entre mis amigos, con un clic en tu cuenta puede saber más de ti que tu ex.

Me quedo pensativa. Hace un siglo que no uso esa red, no sé qué foto tengo ni si mi perfil está público, pero está claro que se le veía muy seguro de sí mismo.

—No lo sé, puede que tengas razón.

—La tengo, punto. ¿Y qué te ha dicho?

—Que si él y yo, que si yo y él...

—¿Y qué le has contestado? —pregunta y me sorprende que lo haga.

—¡Pues qué le voy a decir! Que ni en sus mejores sueños.

Ahora es Clara la que se carcajea, tose, sigue riéndose, toma aire con un ¡Ay! en un intento de articular palabra.

—Tía... tenemos que hacer un grupo solo de chicas. Esto hay que debatirlo en comunidad. Fijo que habrá más víctimas —propone.

—Vale, ¿te encargas de ello?

—¡Coño! No te has resistido nada —dice sorprendida.

—La verdad que esto de los grupos y los subgrupos no me va mucho, pero creo que merece la pena hablar de ciertas cosas entre nosotras, que a estos se les va mucho la pinza.

—Ya lo creo. Dalo por hecho, meteré a las chicas que más participan y las que no quieran que se salgan.

—Me parece buena idea. Bueno, te dejo que estoy llegando ya.

—¡A por el sexi de los Romero! Qué jodida suerte tienes de verlo todos los días, cabrona.

—No opino igual. Lo tienes idealizado, no es el mismo de antes —contesto.

—Sí, sí. Lo que tu digas. Si vieras a mi jefe no dirías eso, aunque haya engordado un poco o le falte el pelo estoy segura de que seguirá teniendo su tirón.

—Me refería a su forma de ser, en lo físico sigue igual, conserva el pelo y se mantiene delgado.

—Entonces, ¿de qué estamos hablando? —Se ríe—. Sigue estando bueno y al final todos cambiamos, pero seguimos conservando nuestra esencia. Al menos por el chat parece el mismo de antes.

En eso tiene razón, y no puedo contrariarla porque mi relación con Fer es diferente por temas personales, así que no digo nada más.

—Bueno, loca, te dejo que llego a ese sitio donde tú desearías estar ahora mismo —digo con recochineo.

—¡Zooooooooorraaaa!

—Yo también te quieroooooo.

Colgamos y aparco sin que mi sonrisa desaparezca.

Después de unos meses bastante duros, en los que me costó Dios y ayuda retomar mi vida y en el que mi único propósito era que volviera a ser lo más parecida a *antes de Joel*, mi último objetivo era socializar. Reconozco que, a pesar de mis reticencias a entrar y volver a relacionarme con esa gente del pasado, todo esto me está haciendo bien. Este tiempo atrás no he salido nada. Alguna comida con Raquel y Carol, nada de salir de fiesta ni con las chicas de la oficina. Nuestra cita de antes de año nuevo que, este año a mí se me hizo obligada, y poco más.

He vuelto a ser la Oli reservada, madre y trabajadora sin sueños. Solo vivo el día a día y, aunque eche de menos ciertas cosas, la tranquilidad de no pensar, preocuparme ni sufrir por alguien que no sean mis hijos o mis amigas, es un alivio.

Estoy distraída con el móvil en la sala del café. Me estoy poniendo al día con los grupos. Clara ha creado el de las chicas, las «*Baby Dolls*», lo primero que he hecho cuando ha puesto el nombre, ha sido enviarle el emoticono de las manos en la cara. ¿Las muñecas? Qué peligro tiene esta mujer. Puedo comprobar que varios números declinan la oferta de estar dentro. El motivo es hacer una cena, aparte de desbarrar sobre los chicos por ese medio, pero al final solo nos quedamos unas ocho.

El sonido de una cuchara al chocar con la cerámica me hace levantar la mirada.

—¡Ah! Buenas —saludo.

—¡Hola! —contesta Fer y sigue con la mirada en su taza.

Es muy raro que coincidamos aquí. Él se toma el café al poco de llegar, y si quiere otro nos lo pide a Susana o a mí y no sale de su despacho.

—¿Qué te ha parecido la propuesta de la casa rural? —pregunta de repente.

Elevo las cejas de tal manera que creo que han quedado ocultas debajo del nacimiento del pelo.

—Que conmigo no contéis —digo tajante.

Fer echa la cabeza hacia atrás y suelta una carcajada.

—¿Quééééé? —digo sin poder reprimir una sonrisa contagiada al verlo reírse.

—¿Piensas ir a algo?

—Por supuesto que sí, pero a nada que tenga que ver con acampadas, compartir casas y aseos comunes, y mucho menos después de lo de hoy.

—¿Qué ha pasado hoy?

Me meto la uña del dedo pulgar en la boca y la mordisqueo un poco antes de contestar.

—Ramón me ha escrito por privado.

Ahora es él el que arquea las cejas.

—No sé si preguntar...

—Mejor no.

Bajo la vista y le doy unas vueltas demasiado rápidas al café antes de darle un sorbo.

—Bueno, el chico se conserva bien —comenta.

Levanto la vista, y la mirada que le echo parece no necesitar palabras. Se refiere a todas las fotos que nos ha mandado practicando deportes de riesgo con escasa indumentaria. Fer vuelve a carcajearse y le dejo a su aire mientras lavo la taza.

—Algunas de las chicas estamos planeando una cena en... —no continúo al darme cuenta de que acabo de meter la pata.

—Con que esas tenemos, ¿eh? —afirma con expresión pícaro.

—¡Joder! Ha sido cosa de esta misma mañana, te lo juro —me justifico como si fuera una cría. Y es que creo que esto del *remember* nos está provocando una especie de regresión a la adolescencia un tanto absurda.

—Ya..., ya —dice como si no me creyera.

—¡Es cierto! Por favor, no digas nada —le pido con cara de buena.

Ladea la cabeza y me mira. Sus ojos me están diciendo tantas cosas que quiero retirar lo último que he dicho. Si hay alguien capaz de guardar mis secretos, ese es mi jefe.

—Lo siento —me disculpo—, sé que no lo harías. —Callo durante unos segundos y procuro arreglar mi momento *estúpida nivel diez*—. Ahora me dirás que vosotros también tenéis un grupo solo con los chicos —indago con voz curiosa para retomar la conversación anterior.

—¡Que va! Sería de lo más aburrido, con vosotras dentro es más divertido —termina con un guiño que me sorprende.

Sonrío. Sí, sonrío. Este es el Fer que recuerda Clara.

—Te lo estás pasando de vicio —aseguro.

Se encoge de hombros y deja la taza en la fregadera.

—¡No está mal! Está siendo entretenido, pero ya sabes, poco a poco irá decayendo, estas cosas son así —expresa con melancolía.

Sí, ahora estamos en pleno furor.

Supongo que los tiras y afloja que se dan entre algunos de los integrantes, y los flirteos descarados de Clara hacia Fer son los condimentos perfectos para que se encuentre a gusto en el grupo.

—Mi tiempo de descanso ha concluido —anuncio—. Me voy a mi mesa no vaya a ser que el jefe se dé cuenta de que me he pasado cinco minutos —digo para romper este momento que se me antoja demasiado íntimo.

—Sé de buena tinta que nos tiene controlados a todos, así que corre, no vaya a ser que tome represalias el nazi ese —expresa con una ceja enarcada.

Pongo gesto de emoticono con los labios estirados y enseñando los dientes, porque sé que se refiere a cómo lo denominé en la primera conversación que intercambiamos en el chat de los *Boys Scouts*.

Me hace un gesto con la cabeza y me retiro. Si en algo destaca Fer es en que tiene memoria de elefante y no se le pasa una.

Tus secretos son las pesadas losas que sepultan mi corazón.

Capítulo 4

Apago el ordenador y suspiro. Ha sido una jornada de locos. Una famosa cadena de almacenes se ha puesto en contacto con Fer a través de un conocido y hemos tenido una reunión extraordinaria.

No es que yo tenga mucho que aportar en esos temas, pero el jefe quiere que asista para coger notas. Lo que hago es desviar el teléfono de empresa al móvil y así sigo en mi puesto como quien dice. Una vez hice un apunte que fue bien recibido y, desde entonces, estoy incluida en las reuniones.

A pesar de que no quería aparentarlo, a Fer se le notaba la emoción y los nervios. Si esto sale bien, *Seven Corporate gift* podría destacar de una manera notable. A mí esto de salirnos de lo que controlamos me da un poco de miedo, pero ellos piden, nosotros servimos y si les gusta, repetirán. Eso sí, es un producto con el que no trabajamos y hay que buscarlo. Vamos a necesitar muchas manos para llegar a los plazos de entrega y mi cometido ha sido poner anuncios y mandar guasaps buscando personal a troche y moche. Al final he conseguido una lista de candidatos y mañana empiezan las entrevistas y lo más seguro es que no pare de sonar el teléfono en todo el día.

Cojo la gabardina y el bolso dispuesta a irme, pero antes activo el sonido del teléfono. Justo en ese momento llega uno.

¡Ey, grupo! ¿Qué os parece
si organizamos una cena
precomida *Boys Scouts* para
los que estamos por la ciudad
y vamos planeando el día D?_ 15:17

Abro la boca de forma desmedida y levanto la vista hacia el despacho de Fer.

El muy cabrito parece que estaba esperando mi reacción porque me está mirando. Se encoge de hombros y luego se echa a reír.

Estrecho los ojos y lo miro como si quisiera fulminarlo y se ríe todavía más.

Porque es muy tarde y tengo que comer antes de ir a recoger a Luc, si no le diría un par de cositas.

Está claro que el subidón del día ha provocado que se vuelva perverso. Menos mal que no le he comentado que la cena de chicas se ha precipitado a esta semana, porque si no estoy segura de que habría propuesto la misma fecha para hacer la del grupo.

Las reacciones se suceden al instante, tanto en el chat de los Scouts como en el de las *Baby Dolls*, pero no tengo tiempo de leer ni de contestar.

«¿Qué coincidencia! ¿Verdad?» Va a ser la frase más escrita, y sí, menuda coincidencia, solo que estas no existen y menos si está Fer de por medio.

Le señalo con el dedo y le digo un «me las pagarás» vocalizando, pero sin emitir sonido alguno. Se señala a sí mismo inclinando la cabeza con esa chulería que le caracteriza y pongo los ojos en blanco. Sí, definitivamente este grupo nos ha hecho volver a la adolescencia y no puedo

negar que tiene su lado divertido.

Esta noche tenemos cena de las *Baby Dolls* en *La Tagliatella*. Solo se han animado cinco, pero tengo a mi lado a las dos que más me interesaba que vinieran, Paula y Clara.

Con Paula, tras varios mensajes de guasap por privado, quedamos una tarde a tomar un café y ponernos al día. Más que nada para saber qué nos había pasado el último año, por qué nos habíamos alejado. Mi amiga había pasado un año muy malo por culpa del trabajo que la había afectado tanto como para influir en su vida familiar. Una baja prolongada por depresión la obligó a tomar decisiones drásticas.

Me dolió que no me hubiera contado nada; nosotras que habíamos sido ña y carne desde la adolescencia y sabíamos todo la una de la otra. Nuestros secretos, nuestras aventuras. Mis malos años con Luis se los tragó todos. Era la única del grupo que sabía que tuve que arrastrarme hasta la empresa de su hermano a pedirle trabajo. De hecho, fue ella la que me animó a hacerlo tras contarle que mi hija sabía que su tío buscaba una chica para todo a jornada completa, pero no podía ser injusta, yo tampoco le había contado nada sobre Joel, sobre mi embarazo, sobre el año y medio de locura transitoria en la que me sumergí.

Nuestras conversaciones la mayoría de las veces versaban sobre el amor. Ella había conocido uno dañino y obsesivo, y tras unos años locos encontró a su amor verdadero. Sin embargo, yo me había obnubilado por el chico guapo y deportista creyendo que estaba enamorada y solo estaba obsesionada con él porque una vez que me conquistó dejó de hacerme caso, y en cuanto nos casamos se encargó de preñarme para dejarme en casa y poder seguir con su vida de soltero.

Recuerdo aquella vez que Paula vino con la cara descompuesta a casa. Me contó que una de sus amigas había visto a Luis en un reservado con otra la noche anterior. En ese momento miré a mi hija, que estaba en mis brazos, y supe que nunca iba a dejar que ella cometiera los mismos errores de su madre. Me resigné, ni siquiera lloré. Por supuesto Luis lo negó y desde aquel día Paula no fue bien recibida en casa. Entonces Carol, Raquel y Laura ya estaban en mi vida. Ellas sabían eso y más. Sobre todo, Carol por Santi, que le contaba lo que hacía Luis a mis espaldas y ella callaba, pero a esas alturas ya estaba embarazada. Así que, si sentí alguna vez amor, se marchitó enseguida.

¿Qué había sido lo de Joel? Durante un tiempo quise creer que sí hubo amor, que sí que rocé lo que significa estar enamorada, pero el psicólogo me lo dejó claro. Me sentí deseada, amada y atrapada por una relación sexual desinhibida que nunca había experimentado. Mi cerebro se volvió loco por el deseo, por la atención recibida después de una vida sin ilusiones, sin amor y sin sexo satisfactorio. Así que mi conclusión fue que nunca había estado enamorada y que, probablemente, no sabía discernir lo que era el amor de la obsesión. La prueba la tenía delante. Paula lo había encontrado y mis amigas Carol y Raquel también, que me esquivara a mí ya era otra cuestión, pero el amor, según ellas, existía.

—¡Qué guapa te has puesto, jodida! —me piropea Clara con un abrazo—. ¿Tienes intención de triunfar esta noche?

—¡Pero si voy en vaqueros! —le contesto y me río.

Saludo al resto. A algunas me cuesta un poco reconocerlas; sé quiénes son por el grupo de guasap. Estoy sorprendida de lo que somos capaces de cambiar con el tiempo, pero supongo que conmigo pasa lo mismo.

—Oli, madre mía, ¡qué guapa estás! —dice... ¿Sara?—. Sigues igual que siempre, no,

mejor.

«¡Vaya!», me sorprendo.

—Se llevó al guapazo de los Romero, ¡no te jode! —suelta Gabriela para después achucharme y acercarse a mi oído—. Creo que ya no estáis juntos. ¿Tengo vía libre?

Me quedo loca con su descaro.

—Todo para ti —susurro—, y suerte.

Se ríe con ganas y me da un beso en la mejilla.

Estoy tan flipada que no sé si estoy afectada por alguna droga psicotrópica. Esta tía no mantuvo ni dos palabras conmigo en la pubertad y ahora parecemos amigas de toda la vida.

Nos tomamos un vino en un bar cercano y enseguida entramos en el restaurante.

No tardo mucho en ver de qué va cada una: la soberbia, la de la pasta, la santa...

Estoy sentada entre Clara y Paula, vamos a pedir los platos para compartir entre las tres. Lo estamos pasando genial. Creo que me hacía falta algo así.

—¿Y por aquí qué va a ser? —pregunta el camarero, que ha llamado mi atención desde que hemos entrado.

Me adelanto y pido yo.

—Una *inslata affumicata*, y dos platos de *taglierine*, uno al *pesto rosso panna* ...—el chico hace un gesto con la boca que no me pasa desapercibido, como si no le pareciera buena opción—... y el otro con *tartufo e funghi*. —Al apuntar este último su gesto es de aprobación, y no sé por qué, me parece que los espaguetis al *pesto rosso* no me van a gustar. Ya he tenido mis dudas cuando los ha elegido Paula.

—¡Qué mono! ¿Verdad? —dice ella.

—Está para darle un buen repaso, aunque es un poco bajito y rubio —comenta Clara con un gesto de conformismo en la cara.

—Pero ¿no es a Fer a quién quieres hincarle el diente? —le pregunta Paula.

—Bueno oye, pero mientras eso no sucede, ¿no puedo ir entrenándome con algún otro? ¿A ti qué te parece, Oli?

—Es muy agradable... y muy joven —apunto.

—Es mayor de edad, ¿no? Pues para un rato ya vale.

Paula me mira y yo a ella. Clara no sabe nada de Joel, aún no hemos llegado a ese nivel de intimidad.

Miro al chico que pasa por nuestra mesa y me sonrío. Estiro mis labios y le devuelvo el gesto.

—Ese acento andaluz me ha puesto tonta —continúa Clara—. ¿De dónde crees que será? —me pregunta a mí.

—De Córdoba no, seguro.

—Pues de Sevilla tampoco, porque yo a los sevillanos no les entiendo ni papa —dice Paula.

Cuando se acerca con las bebidas me lanzo y se lo pregunto.

—¿De qué provincia eres?

Despliega esta vez una sonrisa deslumbrante y me contesta.

—De Jaén.

—Oli es de Córdoba —apunta Paula.

—Ah, ¿sí? Pues no tienes acento.

—Vine a Madrid de pequeña y lo he perdido.

Asiente y sigue repartiendo las bebidas por la mesa.

Entre los vinos antes de cenar y el lambrusco que hemos pedido estoy un poco achispada. Creo que no bebo nada desde Nochevieja y solo lo hice por brindar con Carol. Ese año me estaba sola y me acogió en su casa ya que le tocaba a ella la cena con su familia. Al principio me negué, pero, como me conozco, preferí hacerle caso. Ni siquiera pedí un deseo al nuevo año, fue muy raro y me marché enseguida, en cuanto conseguí hablar con los chicos. Era inevitable recordar lo diferente que era mi vida el año anterior.

El camarero llega con varios platos haciendo equilibrio entre sus manos y brazos.

—Madre mía, ¡qué habilidoso! —exclamo. Cómo se te dé todo igual de bien...

Me callo *ipso facto* al darme cuenta de cómo han sonado mis palabras y por el ¡Oli! que alguien ha expresado por el lado oeste de la mesa.

—Me gusta hacer las cosas bien —dice sin sorprenderse de lo que he dicho, mientras va colocando cada plato delante de su comensal recordando a quién pertenece cada uno—, y suelo poner bastante empeño en todo lo que hago.

—¡Toma ya! —profiere Clara—. Me gusta este chico —dice de forma descarada.

Yo me quiero morir. Me ha dado tal subidón de calor que tengo que parecer un semáforo en rojo.

—Vamos a necesitar otro plato —dice Paula cuando el chico deja la ensalada en nuestra zona—, vamos a compartir todo.

Asiente y se va.

—¡Chicas, relax! —comenta Sara que la tenemos enfrente—. Dejad al chico trabajar, si fuera al contrario os acusarían de acoso.

Sara empezó Derecho, pero no terminó y creo que hoy en día se arrepiente. Se pegó un braguetazo y se dedicó a tener niños. Ninguna de las tres nos explicamos qué hace aquí. Aunque tiene razón.

—Por favor —prorrumpe Clara—, ¡pero si está encantado!

—Y parece que tiene muchas tablas, porque no se corta ni un pelo—, comenta Gabriela—, y Oli tampoco. —Se ríen—. ¡Joder con la mosquita muerta! Si en los campamentos nunca jugabas ni a la cerilla ni a la botella.

A pesar de ser verdad, no me hace ninguna gracia que recuerde lo pavisosa que era en las acampadas. Luego dejé de ir, y salvo unos besos aquí y allá y una temporada algo desmadrada con Paula antes de empezar a salir con Luis, ahí acaba mi trayectoria de *femme fatal*.

Me perdí muchas cosas. Demasiadas.

—Algunas hemos cambiado —me defiendo no sé muy bien por qué.

—Ya se nota, ya —confirma Sara.

—Cuando puedas —le pido al chico que trae nuestro plato—, me traes una cuchara para los espaguetis.

Otro de los camareros que sirve la mesa que está detrás nuestra, me escucha, va a la alacena donde guardan los cubiertos y me la acerca. El rubio me mira y se encoge de hombros.

—Gracias.

—De gracias nada, que a él no se la habías pedido —suelta Clara sin cortarse ni un pelo y le doy una patada bajo la mesa.

Durante la comida volvemos un poco loco al chico. Que si más vino, para luego pedirle agua, que si un poco más de queso rallado... Él va y viene con toda la paciencia del mundo y sin perder en ningún momento la sonrisa.

Hablamos sobre los campamentos y, sobre todo, de lo que han cambiado algunos de los chicos. Nos echamos unas risas al enterarnos que Ramón ha hablado por privado con la mayoría de nosotras, aunque no a todas les ha tirado los tejos.

—¿Lo ves? —susurra Clara.

—Ya nos lo confirmó Paula, y el tío sabe que estaba casada —contesto.

—Sí, y no se cortó un pelo —admite esta.

Revuelvo distraída los *taglierine al pesto rosso panna* y una voz que viene desde atrás me roza con su aliento.

—No te gustan, ¿verdad? La próxima vez pide los *alla norma*.

Siento cómo desaparece el calor de mi cuello y mi piel se eriza. Es una sensación conocida y casi olvidada que de repente me produce desasosiego.

—¡Joder, Oli! —exclama Paula—. Parece que el nene está interesado.

—Sí, bueno, no sé. Es mejor que deje de flirtear, se me ha ido un poco la mano con el vino.

—¡Venga, Oli! ¿Desde cuándo no te das un homenaje? Además, es un bombón... —dice Clara y solo le falta relamerse.

—A mí me van más maduritos, la verdad —comenta Paula—, pero reconozco que el chico tiene su aquel, aunque parezca que esté en la universidad todavía.

—¿Eres universitario? —le pregunta Clara ni corta ni perezosa en cuanto lo ve cerca.

Por Dior... esta mujer no se calla ni debajo del agua. ¿Y si la ahogo un poquito?

—Pufff —resopla—. Lo era. Tengo veintiocho años —aclara con un guiño, cosa que quiere decir que ha estado pendiente de nuestra conversación.

—Veintiocho está más cerca de treinta que de veinte, Oli —me explica sin necesidad Paula.

Me giro para mirarla con los ojos muy abiertos y las aletas de la nariz estiradas. ¿En serio también ella me está animando a seguir con el flirteo?

—¿No me digas?

—Por si no te has dado cuenta, sin más —expresa en un murmullo.

—Ya...

Tras el café y el postre pedimos la cuenta. Queremos irnos a tomar un cubata a algún lugar tranquilo para poder hablar, nada de irnos de fiesta. A mí no me apetece y, la verdad, que no me veo bailando con Sara y Gabriela que parecen estar pendientes de cada cosa que digo o hago, aunque igual son imaginaciones mías.

Le dejamos al chico una generosa propina por aguantarnos.

—¿La propina de esta mesa es solo para ti? —le pregunto.

—¡Vaya! —exclama al ver las monedas—. Sí. Muchas gracias. Había pensado en ir al karaoke, salgo en un rato, ¿os apuntáis? —pregunta dirigiéndose a todas, pero me mira solo a mí.

Tengo a Paula pegada a mi costado y me aprieta de forma disimulada la cintura. Doy gracias a que Clara haya salido a fumar. Parece que el resto espera a que yo conteste cuando ya hemos hablado de lo que vamos a hacer.

—Te agradezco mucho la invitación, pero no nos vemos desde hace unos años y nos vamos a un lugar tranquilo a tomar algo y a hablar.

—Es en un pub. Lo ibais a pasar muy bien.

Lo miro con toda la intención y le sonrío.

—Estoy segura de que lo íbamos a pasar genial.

Le dejo entrever que quizá, en otro momento o con otra compañía, habría aceptado su oferta, pero la verdad es que, aunque me siento muy halagada, su invitación me ha acojonado de

tal manera que solo tengo ganas de huir tan deprisa como me den los pies, y me doy cuenta de que me va a resultar muy difícil volver a relacionarme con un hombre. Flirtear desde un puerto seguro es muy fácil, pero exponerme de nuevo, o quitarme la coraza, lo veo complicado.

Me levanto con dolor de tripa y el estómago revuelto. Creo que la ginebra no me sentó demasiado bien. Me siento en el baño y... cojo aire. Aquí está mi amiga la roja con su puntualidad inglesa. En mi vida había sido tan regular desde... Cojo un poco de papel higiénico, me sueno la nariz y me aparto un par de lágrimas que se me escapan.

Vaya resaca me espera, y encima llorona. Me pongo un tãmpax y voy a la cocina. Saco un ibuprofeno y abro la despensa. Suspiro y agradezco lo que no está escrito haberme dejado llevar por la tentación del día anterior y comprar esos muffins de arándanos. Me sirvo un vaso de zumo de frutos rojos y me dispongo a devorar esos ricos manjares procesados con tal cantidad de antioxidante que moriré con mis venas obstruidas, pero guapa y sin arrugas.

Miro la hora. Podría decir que es una casualidad que me haya bajado la regla hoy y a estas horas, pero no. Las casualidades no existen y mi mente y mi cuerpo se alían para recordarme las consecuencias de flirtear con jovencitos. Sorbo por la nariz mientras se me siguen escapando unas lágrimas y trago el trozo que tengo en la boca. Sí, resacón del quince con llorona. Es lo que toca cuando una se pasa con el alcohol y encima mezcla.

Me tomo la pastilla y me meto de nuevo en la cama con la esperanza de no pensar y dormir hasta mediodía, pero no hay suerte. El despertador me señala la hora y mi cabeza vuela a aquella madrugada días después de que Joel se presentara en mi trabajo.

Me desperté con cierto calor húmedo entre las piernas. Me levanté deprisa y aparté las sábanas manchadas de sangre para que no calaran en el colchón. Tenía un color muy rojo y limpio. En esos escasos segundos el mismo líquido recorría mis piernas. Cierta alivio se apoderó de mí y suspiré.

—¿Qué pasa, mamá?

Escuché la somnolienta voz de Claudia. La luz de mi cuarto la había despertado.

—Nada, cariño, sigue durmiendo.

Saqué una muda del cajón y abrí la ducha. Al sentarme en el inodoro me di cuenta de que si pasaba algo.

—¿Pero...?

Levanté la vista y una asustada Claudia miraba la sangre que manchaba mis piernas y el suelo. Nos miramos y en sus ojos vi cómo los acontecimientos de los últimos días encajaban en su mente de niña.

—¿Puedes llamar a un taxi? Tengo que ir a urgencias —dije conforme me metía bajo la ducha.

Sus ojos volvieron al líquido que iba tornándose rosado con el agua.

—¡Claudia! —le advertí para que saliera de su estupor.

—¿No debería llamar a Joel?

—Llama a un taxi. Solo a un taxi, por favor.

Asintió y se marchó. Aproveché su ausencia para dejar que las lágrimas que me cerraban la garganta se liberaran.

«Mi niña, mi pobre niña», pensé.

—Ya está —dijo con un tono de voz que parecía salido de un estado de *shock*.

—Busca el bolso pequeño de viaje, tengo que meter una muda por si acaso.

—¿Te vas a quedar ingresada? —preguntó con aprensión mientras me secaba con rapidez con una toalla de lavabo entre las piernas.

—No lo sé. Es solo por si acaso. Ayúdame, anda —le pedí para que se mantuviera distraída—. Coge un pijama y un par de culotes, mientras me visto.

Me puse un pantalón de yoga y una sudadera, pero si no llegaba pronto el taxi iba a tener que volverme a cambiar. Estaba perdiendo mucha sangre y empezaba a encontrarme mal.

El sonido del timbre de casa me asustó cuando intentaba recoger con la fregona la sangre.

—¡Voy yo! —dijo mi hija.

—Claudia, ¿a quién has llamado? —pregunté descompuesta.

Fer apareció en escena dejándome pasmada.

—Le dije que si alguna vez pasaba algo me llamara. Con la moto llego en un momento —explicó mientras evaluaba la situación con el ceño fruncido. Me miraba, miraba el suelo y el bolso de viaje encima de la cama—. ¿Has perdido mucha sangre? —preguntó dejando el casco en una silla.

Asentí entre la vergüenza y la debilidad que se estaba apoderando de mi cuerpo.

—Claudia coge una toalla grande y el bolso de tu madre y busca las llaves del coche. Tenemos que darnos prisa.

En algún momento se había vestido y acataba todos los mandatos de su tío.

Yo seguía agarrada al palo de la fregona como si fuera lo único que me pudiera sostener.

—Vamos. —En décimas de segundo estaba agarrada a su cuello y me llevaba en brazos—. Suelta la fregona, esa se queda aquí.

Ni siquiera me había dado cuenta de que la seguía sosteniendo. No me resistí. Dejé que me llevara y apoyé la cabeza en su hombro. Sobran las palabras.

Claudia se sentó de copiloto y yo me acomodé en la parte de atrás después de que Fer protegiera con la toalla el asiento.

El alivio que había sentido en un principio se convirtió en culpabilidad y preocupación, y me alegré de que Fer se estuviera ocupando de todo, si me pasaba algo, mi hija estaba en buenas manos.

« Luc », mis pensamientos volaron a mi pequeño, a mi hombrecito, y di gracias porque no le tocara esa semana conmigo. Con un hijo al que joderle la vida era suficiente. Claudia estaba muy callada y pude ver cómo mi excuñado le agarraba la mano cuando soltaba la palanca de cambios y la reconfortaba. Cerré los ojos. Todo iba a salir bien, ¡tenía que salir bien!

Fer dejó el coche en la cuesta de urgencias y me llevó en brazos pidiendo una camilla. Una pálida Claudia lo seguía con mi bolso al hombro. No sé cómo lo consiguió, o si la gravedad del asunto lo requería, pero en nada estaba siendo atendida en uno de los boxes.

Me desperté con el roce de unas caricias en mi mano. Era Claudia, la apreté sumida aún por el sopor de la sedación.

—Mamá —dijo bajito.

—Cariño... —Se abalanzó sobre mi cuerpo y me abrazó. Acaricié su espalda aportándole el poco consuelo del que era capaz.

Abrí más los ojos y vi a Fer en la entrada. Me observaba con mirada seria. No sabía qué decirle. Su semblante era indescifrable, pero acusaba el cansancio de la noche.

—¿Me van a dejar ingresada? —pregunté por romper la tensión.

—Te quedas en observación, te han tenido que hacer una transfusión —me informó no sé si con preocupación, o agotado por las horas de espera.

No dijo nada más, pero lo prefería. Ya me informaría el médico de cómo había ido todo.

—Yo...

—Como ya estás despierta creo que debería llevarme a Claudia a casa para que descanse, yo me tengo que ir a *Seven* —me interrumpió.

Mi hija iba a perder un día de instituto y mi jefe se iba a enfrentar a una jornada de trabajo tras pasar la noche en vela con nosotras.

—Sí, claro, por supuesto. Cariño —le susurré a mi hija—, vete con Fer. En cuanto sepa algo más te informo.

—¿Seguro?

Las ojeras que lucía hicieron que el pecho se me encogiera y los remordimientos me carcomieran.

—Sí, vete tranquila, aquí estoy bien.

—He llamado a la tía Carol.

—Perfecto, seguro que se pasa luego y, si me dan el alta, me llevará a casa.

Se incorporó y me acercó el móvil a la mesita.

—Cuando me despierte te llamo —dijo antes de darme un beso.

—Espérame un momento fuera —le pidió Fer a Claudia—. Tómame el tiempo que necesites, no te reincorpores hasta que te encuentres bien —me advirtió con su tono de jefe—. Me da igual si te dan el alta. ¿Entendido?

Asentí con la cabeza y se dio la vuelta.

—Fer... —lo llamé, pero él se quedó quieto donde estaba—. No le digas nada de esto a Luis, por favor.

Mi excuñado se giró para mirarme con una ceja levantada. Su semblante no me dejó duda alguna. Bajé la vista y él desapareció.

Me pongo la otra almohada en la tripa para que me dé calor a ver si consigo conciliar el sueño y me doy cuenta horrorizada de que nunca me disculpé ni le di las gracias a Fer por todo lo que hizo aquella noche. Que probablemente cuando lo llamé era lo que esperaba, no que le pidiera que me guardara el secreto. Me tapo la cabeza con el edredón sintiéndome lo peor del mundo. Bienvenida resaca, me merezco esto y más.

Capítulo 5

Es lunes y no está siendo precisamente mi mejor día.

Fer se ha echado unas buenas risas cuando, tras contestar con varios gruñidos a todo y a todos, Susana le ha contado que el sábado estuve de cena con las chicas de los *Scouts* y todavía me dura la resaca.

La regla me tiene tirada como una colilla y, encima, el domingo amanecí con la sensación de tener un volcán en el labio. Así que, entre el estrés, la cena, la noche infernal que pasé y la resaca, no tenía precisamente ganas de aguantar las risas de Fer cuando, además, lo miraba y me hacía sentir miserable.

—¡Dios, mío! ¿Qué es eso que te ha salido en el morro? —pregunta la simpática amiga de Cruella de Vil que tengo por compañera.

—Una calentura, ¿no lo ves, Estrella? —le contesto con todo mi mal humor en efervescencia.

—De dar calentones sé un rato —dice en un intento de hacerse la graciosa—, pero de eso que te ha salido en el labio... a saber, qué te habrás metido en la boca últimamente.

La ignoro, a ver si se pira, porque igual lo que hago es abalanzarme sobre ella y pegarle un buen morreo a ver si le contagio el herpes y se calla de una jodida vez.

Decidme, ¿qué he hecho yo para merecer a semejante perra en mi vida? No, mejor no contestéis que os veo venir y las verdades duelen.

—¿Una aspirina? —pregunta Fer.

Parecía que iba a pasar de largo y se ha parado al lado de mi mesa.

Le gruño.

—En serio, Oli. Tengo aspirinas en el despacho, es lo mejor para prevenir infartos y... la resaca —dice con tono de humor.

—Estos días no puedo tomar aspirina, pero gracias —contesto y me siento fenomenal al darle las gracias y no es solo por preocuparse por mi resaca, y lo sabéis, lo que no sé es si él se percata.

—¡Ah, vale! —contesta cortado.

—En cuanto tenga un respiro me tomo un café acompañado de paracetamol —digo al sentir su incomodidad. Parece que no tengo remedio.

—Vete a tomártelo ya, seguro que lo que estás haciendo puede esperar.

Levanto la vista y lo miro como si le hubiera salido una segunda cabeza.

—O no. Haz lo que quieras, pero si te lo tomas estoy seguro de que serás más eficiente en tu trabajo —comenta en plan jefe.

Me levanto como un resorte, me agacho para abrir el cajón y coger mi taza dispuesta a doparme, y lo hago de una manera muy digna por orden de su majestad. Sus ojos parecen chispear de triunfo y yo estrecho los míos.

«Que te den Fernando Romero, que hoy no tengo el día».

—Por cierto —le escucho a mi espalda—, ¿te vas a apuntar a la cena?

—¿Qué cena? —pregunto nada más girarme.

—La que he organizado en mayo —contesta con el móvil en la mano.

Retrocedo hasta mi mesa, cojo el bolso y saco mi teléfono.

—Ya te enterarás. —Imito su gesto con la mano en alto, solo que yo la muevo de izquierda a derecha.

Aprieta los labios y niega con la cabeza como si quisiera contener una sonrisa.

«¡Que te den Fernando Romero, que te den!», repito.

Dejo el móvil en la encimera mientras me preparo el café y saco un par de galletas digestivas para meter algo en el estómago junto al *pastillazo*.

—¿Cómo vas? —pregunta Susana.

Levanto el comprimido en el aire a modo de contestación.

—Ya veo, la verdad es que no tienes buen aspecto.

—¿Tú también? —cuestiono.

—Vale, vale. ¿Bebiste mucho?

—Mezclé y encima estoy con la regla.

—¡Joder! —exclama.

—No, de eso hace ya un tiempo.

—¡Ja! —suelta.

Pero es un *¡Ja!* como para dentro, de risa avergonzada, no sé si os hacéis a la idea. Como si mi vida sexual fuera tabú mientras que la suya un tema de conversación totalmente lícito, y me pregunto si por un momento se imagina lo que Joel y yo hacíamos.

Elevo las cejas como respuesta a su *¡Ja!*, porque parece que hoy todo el personal de *Seven* se ha propuesto tocarme la pera. Enseguida se pone seria.

—Anda —dice mientras se agacha donde se guardan los trapos y el papel de secar las manos—, deja esas galletas insípidas y come algo de chocolate.

Saca una caja de barquillos recubiertos del rico manjar y me la ofrece.

La miro, miro el armario, luego la caja y el olor a cacao penetra en mis fosas nasales.

—Tengo prohibido esto entre semana —le digo.

—¿Estás a dieta? —pregunta cómo sorprendida.

—No —niego convencida—, solo me cuido.

Más que nada porque la última vez que me puse a dieta, el DIU se desplazó por perder peso y trajo consecuencias desastrosas.

—Perfecto, porque el chocolate está dentro de la dieta sea cual sea. Es *meganecesario* en el mundo, y más cuando estás como tú hoy.

Le hago caso y me cojo un par de barquillos, pero ella saca otros dos y me los deja al lado del teléfono.

—¿Vas a ir a la cena? —inquire.

—¿Para eso has venido? ¿Te manda Fer? —cuestiono y hago gala de mi mal humor.

—¡Qué va! ¡Oye! Que porque nos acostemos no soy su recadera —exclama bajito bastante ofendida—. Lo único que me ha dicho es que no te has apuntado.

—Ni siquiera lo he visto, pero de momento prefiero no pensar en cenas acompañadas de alcohol.

Se ríe, la miro y vuelve a ponerse seria.

—Me voy.

—Adiós —me despido en plan borde antes de pegarle un bocado a uno de los barquillos.

¡Mierda! No le he dado las gracias. «Hay que dar las gracias», me digo. Es *meganecesario* en el mundo.

—Gracias —digo elevando la voz para que me oiga.

Se da la vuelta, me sonrío y me dice adiós con la mano. Me doy cuenta de lo absurdo que es todo esto y cierro los ojos. Nos estamos diciendo adiós y en unos minutos iré a mi mesa que está justo delante de la suya. En fin, hoy no es mi día.

Miro el móvil y abro el guasap. En el grupo de los *Scouts* hay unos doscientos mensajes, y según abro la aplicación, la cierro.

«Esto puede esperar», pienso.

La semana ha sido agotadora.

He quedado con las chicas a comer en el Polenta a pesar de no tener ni pizca de ganas. Me encuentro con la energía al mínimo, aunque estar con ellas siempre me hace bien y no las veo desde el mes pasado. Luego iré a por Luc, que mañana tiene partido temprano, y pienso meterme en la cama como las gallinas, para dormir lo máximo posible. Me estoy haciendo mayor.

—¡Hola, peque! —saluda Raquel y me abrazo a ella con ganas—. Una semana de mierda, ¿no?

—Tal cual lo dices. Para que te hagas una idea no tengo ni hambre. Creo que me alimentaría más dormir dos días seguidos que cualquier sándwich —aclaro, para que vea cómo me encuentro.

Nos sentamos en nuestra mesa preferida y esperamos a Carol.

—Oye, peque...

—¡No! —digo antes de que continúe porque sé de qué va a ir el tema—. Hoy no, Raquel.

Esa soy yo, sí. Aunque os parezca increíble. Soy yo diciendo que NO. Las sesiones con el colega de Sergio me ayudaron mucho, no solo con lo de Joel, si no en otros aspectos. Sé que todavía me quedan muchas cosas que trabajar y que no debería de haber dejado de ir a su consulta, pero a veces la vida te pone obstáculos en forma de esguinces, de horas extraordinarias o extraescolares, de roces inocentes o no... y hay que sacrificarse. Tengo que volver a ver a Christian. Sí.

¿A que os ha venido a la cabeza el actor de cincuenta sombras? Pues ya os podéis imaginar la que se lio cuando les dije a las chicas como se llamaba. Porque mi terapeuta es un poco Christian Grey, no tan guapo, pero con ese aire intimidatorio y extraño que tienen los psicólogos, y encima joven y atractivo, y cuando tienes que contarle tu vida íntima a uno así, lo pasas mal no, muy mal. De hecho, en una de las primeras sesiones le pregunté a ver si su progenitor no podía hacerme hueco en su agenda, ya que compartían consulta. Me convenció, un tanto ofendido, de que él me podía ayudar mejor que su padre. Y bueno, tuve que superar la vergüenza y soltarme... otra vez.

El caso es que ahora digo NO, y me sale como si nada, sin sentirme mal, al contrario, me siento mejor que cuando accedía a cosas que al final lo único que hacían era complicarme la vida. Si le hubiera dicho NO a Joel en más de una ocasión, todo habría ido mucho mejor, o habría ido igual, pero habiéramos sufrido menos.

—Estoy segura de que Christian piensa como yo y que tienes que solucionar lo de Laura. ¿Has vuelto a ir a su consulta?

—No.

¿Veis? Sale solo. Probadlo, aunque esta no cuenta.

—Pero ¿vas a volver? —pregunta ansiosa.

—Sí. En cuanto baje el ritmo de trabajo.

Es verdad, quiero volver, solo que después de dos meses, retomar las sesiones me cuesta.

—Seguro que él te da las pautas necesarias para gestionar lo de *nuestra* amiga.

Recalca el *nuestra*, para que no se me olvide, al parecer.

—Es un tema que se quedó pendiente.

Y al que me cuesta enfrentarme, la verdad. Ahora para mí Laura es como un cabo suelto de mi pasado reciente y volver a tenerla en mi vida es como si siguiera atada a él.

—Hola, chicas. ¿Qué tal?

Me levanto y abrazo con ganas a Carol.

—Aquí estamos, con el tema de siempre —le digo y miro a Raquel.

—Ya... ¿y a qué conclusión hemos llegado? —pregunta.

—A que, de momento, no. Tiene que tratarlo con Christian —le contesta Raquel.

—¡Ains, Christian! —dice Carol con voz soñadora.

Sonríó al ver la cara que pone porque no tengo ansia ni para reírme.

—Te propongo una cosa, Carol. ¿Compartimos menú? Sándwich vegetal y tarta de chocolate a medias. ¡Necesito chocolate como el vivir!

—Estoy de acuerdo contigo, ya lo sabes. ¡Acepto! —dice entusiasmada.

Mientras comemos, les cuento mi cena con las *Scoutss* y el flirteo con el camarero.

—¡Vaya! —exclama Raquel—. Hacía casi un año que no salías. ¿Seguro que te ves preparada para salir al mercado?

—No, no. Para nada. De hecho, me di cuenta de lo contrario, de que no lo estoy y menos con jovenzuelos.

—Pero te llamó la atención —corrobora Carol.

—Sí. ¿Creéis que tiene que ver con Joel? A ver si ahora solo se me van a ir los ojos hacia los jovencitos —digo y me tapo la cara con las manos.

—No hay nada de malo en eso. A mí también se me van los ojos hacia los jovencitos, es normal. Están más buenos que los de nuestra edad —resuelve Carol.

—Pues a mí, no —dice Raquel reventado los argumentos de Carol.

Las dos la miramos con cara de pocos amigos y empieza a reírse.

—¡Vaya caras! Que síiiii, que a mí también se me van los ojos detrás de algún jovenzuelo.

—Supongo que me animé con el alcohol y me solté demasiado. Menuda resaca. Me duró hasta el lunes incluido.

Iba a contarles lo que sucedió después cuando me desperté, pero Raquel no lleva bien el tema, y decido que llamaré a Carol por teléfono. Necesito soltar esa sensación que me quedó al despertarme y volver a aquella noche. Las coincidencias de que justo fuera a la misma hora que me bajó la regla... En realidad, es algo que debería de tratar con Christian.

Al final, lo que ocurrió la última vez en su consulta solo fue un malentendido, como me aseguró e insistió cada vez que hablamos por teléfono. ¡¡¡¡Por Dior!!!! Es un profesional y yo una paranoica. Tengo que volver porque me ayudó mucho. Nos ayudó mucho a los dos y el hecho de que me rozara la mano en un gesto de consuelo, fue solo eso. Aunque él mismo, al ver cómo reaccioné, reconoció que no debería haberlo hecho. Y luego está lo de Fer, esa necesidad imperiosa que tengo ahora de darle las gracias por todo lo que hizo.

«Sí. Tengo que coger hora».

—Fer ha organizado una cena antes del evento oficial con todo el grupo el mes que viene.

—Lo dices como si no te hiciera gracia la idea —comenta Carol.

—Así es. Después de la del otro día no me apetece nada.

—Pues no vayas —dice Raquel.

—Pero te lo pasaste bien... más o menos —afirma Carol.

—Sí, no sé. Estoy rayada. Voy a esperar un poco. Fer sabe lo de la cena con las chicas y ya me preguntó el lunes si no me iba a apuntar a esta.

—¿Y? —preguntan las dos.

—Le di largas. Ni siquiera me había enterado y hasta el martes no tuve moral para leer los mensajes o ver la lista de los apuntados. El caso es que va gente que me apetece ver. Clara se ha apuntado y Paula está valorando si puede dejar a los niños con su suegra, su marido tiene guardia en el hospital.

—No tienes por qué decidirlo ahora. Has tenido una mala semana. ¿Vamos a por esa tarta?

—¡Claro!

Dejamos los abrigos en las sillas y nos vamos las tres a pedir.

Mientras comemos les cuento que la cena es en dos semanas, al final la adelantaron una porque muchos de los que querían ir no podían el día que había planteado Fer y a él le daba igual. Tampoco tengo mucho tiempo para pensármelo y Clara ya ha dicho que como no me apunte, viene a buscarme a casa.

¡Vaya presión! Ten amigas para esto.

Veo a Luc charlar con un compañero de equipo por el pasillo de salida. ¡Parece tan mayor! Y es que ha pegado un buen estirón. Este año ha sido un comprar y tirar, tanto calzado como pantalones. No daba abasto, incluso me preocupé de lo rápido que estaba creciendo. Es el más alto de la clase, va encorvado y desgarbado, como si su cuerpo no se hubiera acostumbrado todavía al cambio. Ha dejado a su hermana pequeña, y a mí, ni os cuento, pero sigue teniendo esa cara de niño que me tiene encandilada.

Me acerco a saludar y al intentar besarlo me pone una cara de advertencia.

¡Jo! Está en esa edad tonta en la que ya no lo puedo besar en público y no acabo de acostumbrarme. Acabo de hacer un puchero. Él lo ve y pone los ojos en blanco y, en cuanto nadie nos mira, me achucha como si fuera una muñeca y me da un sonoro beso en la cara.

—¡Qué pesada eres, mamá! ¿No puedes esperar a que llegemos a casa?

—Pues no —le contesto con cara de haber comido un pepinillo amargo.

Suspira, me agarra por los hombros y yo le cojo por la cintura. Ese gesto le encanta ahora que es tan grande. Caminamos juntos hacia el coche y sonrío, porque todavía conservo un poco a mi pequeño.

—¿Pizza? —pregunta como si hubiera otra opción.

Lo miro con una ceja levantada y se ríe.

—Oye, mamá... —Me pongo alerta. Esa pausa no me gusta un pelo—. He pensado en llamar a Joel por lo de la liguilla esa de vóley que celebran en verano, pero si no te parece bien...

Ahora la que suspira soy yo.

—Claro que puedes, pero eres menor y no sé si te van a dejar, tendrás que entenderlo y no comprometerlo.

—No, no. Sé que es difícil que me cojan. Además, no quiero perder el contacto con él. Me ha enseñado mucho. Bueno, todos.

Ahí sigue ese cordón invisible que sigue uniendo mi vida de una manera o de otra a Joel. Si no es por Laura, es por mi hijo, pero mejor así que como se presagiaba.

Sé que con el tiempo esa relación se diluirá como el azúcar en el café y todo volverá a ponerse en su sitio.

—Me parece bien —digo.

—¿Segura? —la pregunta está impregnada de duda.

—Totalmente.

Me abrazo más a él para que me sienta, para que sienta que es así.

Cuando llegamos a casa me sorprende al ver que Claudia ya ha llegado.

—¡Vaya! Ya estás aquí —digo.

—Claro, es viernes de peli en familia. ¿No? —Me mira como si no entendiera mi sorpresa. Pero lleva varios viernes, en los que está su hermano, que ha llegado con la peli empezada—. ¿Qué pasa, enano? —dice al verlo.

Luc se acerca a ella y la arrincona contra la pared.

—¿Qué dices, hermanita?

Le pasa media cabeza y le encanta aprovecharse de esa ventaja. Claudia lo empuja, pero antes de poder escapar, Luc la agarra, saca la lengua, y se la pasa por la mejilla.

—¡Aaaaggg! ¡Qué asco, Luc! —le grita y le propina un manotazo.

—¡Toma beso de vaca! —dice entre risas.

Se está volviendo un gamberro, pero supongo que los genes Romero están impresos en su ADN.

—¿Os apetecen unas palomitas dulces? —les pregunto.

—¡Palomitas dulces! ¡Sííííí! —exclama Luc que lanza su brazo hacia arriba victorioso.

—Mamá. —Se acerca Claudia para que Luc no la oiga—. ¿Palomitas y pizza?

Claudia está muy preocupada por su peso. Este año, al igual que su hermano, ha sufrido un gran cambio. Ha terminado de desarrollar y ha heredado las curvas de su madre, solo que ella con la gran ventaja de ser más alta, pero está en ese momento de revolución hormonal que parece que le engorda hasta el aire que respira.

—Nos comemos una pizza de verduras a medias, ¿te parece? Y no tienes por qué probar las palomitas, solo voy a hacer unas pocas, necesito azúcar.

—¡Ah! Si es de verduras, estupendo —exclama como si el calabacín y los pimientos fueran a hacer desaparecer la masa de la pizza y el queso por ciencia infusa.

Sonrío, le doy un beso y me voy a mi cuarto a ponerme el pijama. Estoy muerta, hoy me toca a mí elegir peli, pero creo que me voy a quedar dormida en el sofá antes de los créditos.

Estamos los tres parapetados delante del sofá con la cena en la mesa de centro. Soy la dueña del mando y llevo un buen rato buscando en la guía y no me convence nada de lo que veo hasta que...

—¡Esta! —digo elevando la voz.

—¿La princesa prometida? —pregunta Claudia con el ceño fruncido.

—¡Mamá! ¿Nos vamos a tragar un rollazo de esos de amor?

—¡Que no! Que es de aventuras. Os va a encantar, confiad en mí. La vi en el cine cuando tendría tu edad más o menos y me sorprendió —les cuento mirando a mi hija.

—¡Jo! —se queja Luc—. Es de tus tiempos, ahora las pelis son mejores.

—No son mejores, hay mejor tecnología, si no, no estarían haciendo *remakes* de muchas.

Con eso le callo la boca, porque sabe que es verdad.

Claudia me pone cara de mustia y yo le suplico con la mirada.

—Vamos a empezarla, Luc, y si vemos que es un coñazo, mandamos a mamá a la cama.

Me la quedo mirando con las cejas levantadas y ella se encoge de hombros. Pues vaya aliada de habas que me he echado.

—¡Vale! —dice mi pequeño y choca la palma con su hermana.

La verdad es que con el sueño que tengo, lo mismo me da, pero me gusta disfrutar de estos ratos con ellos, y más hoy que Claudia ha venido a tiempo.

Cuando empieza la peli Luc se ve identificado con el niño al que el abuelo le cuenta el cuento, y al escucha el primer « Como desees », empieza a hacer gestos y aspavientos como si quisiera vomitar. No sé si la habéis visto, estoy segura de que sí, pero si no, no os la perdáis.

Yo suspiro, pongo los ojos en blanco y le doy otro mordisco desganado a la pizza.

Conforme avanza la película aparece el pirata Roberts, Íñigo de Montoya, los RAG... y ninguno de los dos despega la vista de la pantalla. Poco a poco me sumo en un sueño hipnótico del que despierto con el susurro de Claudia en mi oído.

—Me ha encantado, mamá, y a Luc también. Venga, vete a la cama que yo recojo las cosas de la cena.

—Gracias, cariño. —Sonrío adormilada, me levanto como un zombi y voy directa a meterme bajo las sábanas.

No puedo remediar cuidarte.

Capítulo 6

Estoy de lado hablando con las chicas. Paula, Clara y yo nos hemos sentado juntas.

Noto un ligero movimiento y veo de reojo cómo mi copa vuelve a estar llena.

—¿Intentas emborracharme? —pregunto.

—¿Serviría de algo?

—¡De nada! —le contesto tajante a Ramón.

Lleva toda la noche flirteando conmigo y eso que he evitado de churro que se sentara cerca de mí, pero ahí lo he tenido, enfrente toda la cena. Cena en la que Fer se ha esmerado. No tenía ni idea de que le gustara la cocina. Sabía que pertenecía a una sociedad gastronómica por Luis y luego, cuando nos separamos, por mis hijos, pero que cocinara... eso ha sido toda una sorpresa.

Nos ha preparado una ensalada de cabra, pato y frutos rojos espectacular. Que sí, que igual ese plato no tiene mucho misterio, pero el aliño os juro que nos ha dejado a todos con la baba colgando. Después unas cocochas con almejas de chuparse los dedos y luego ya, el cochinito para poder estar sentado con nosotros.

—La madre que lo trajo... —expresa Clara—. ¿Eso es *coulant* de chocolate? —pregunta en voz alta.

Fer asiente.

Está repartiendo el postre ayudado por Richi, que lo ha tenido de pinche toda la tarde, como dice Paula, será para ver si se le pega algo.

—Con helado de vainilla, ¿te gusta? —le pregunta mi jefe a Clara.

Ella solo asiente y en cuanto está lo suficientemente lejos nos agarra a las dos y junta nuestras cabezas. El gesto típico que hacíamos cuando teníamos que contarnos algún secreto en los *Boys Scouts*.

—¡¡*Coulant*, tías!! Mi postre favorito. Os juro que tengo tentaciones de arrinconarlo en el baño y hacerle una mamada. Este tío es perfecto, lo tiene todo.

—Y una mala hostia de flipar —apuntillo.

—Algún defecto debía tener —suspira Paula.

—¿Tú también? —le pregunto con sorpresa.

—Yo es que soy como los tíos, se me conquista por el estómago —contesta con un ligero movimiento de hombros.

Resoplo. Sí, resoplo, porque están todas rendidas a sus pies y me jode. ¿Por qué? No lo sé. Bueno, sí lo sé. Tienen razón. Está siendo un anfitrión perfecto, cocina bien, tiene ese humor que parece no haber cambiado y... sin duda es el hombre más atractivo de la mesa, y sí, ¡me jode reconocerlo!

—A ver qué te parece —murmura al dejar el postre en mi sitio.

Salivo. Huele de maravilla y Fer sabe que soy de chocolate. Bueno, lo sabe todo el mundo.

Rompo con el tenedor el bizcocho y se derrama el chocolate fundido. Pincho una pequeña porción untada en esa lava oscura y me la llevo a la boca.

—¡Ummm! ¡Ufff! ¡Ummm! —Cierro los ojos y lo saboreo—. ¡Qué ricoooo!

—¡Joder, Oli! —me susurra Paula al oído.

—Está buenísimo, ¿verdad? —expreso nada más tragar.

Un codazo de Clara me hace mirar hacia el resto de los comensales. Ramón me mira con la boca abierta y con su cubierto a medio camino de la boca. Fer, que está algo más a mi izquierda, también enfrente, tiene las cejas levantadas y me observa.

—¡Delicioso! —exclamo para romper el silencio que se ha hecho en nuestro lado de la mesa.

—Impresionante, sí —me secunda Paula.

—Está... ¡orgásmico! —exclama Clara.

Mirad que es jodida.

Noto que el calor me ha subido a la cara y está claro que no es por el chocolate.

—¿Estás segura de que no quieres más vino? —insiste Ramón.

—¡Nooooooo! —contestan por mí mis amigas.

—¿Se me ha oído mucho o qué? —les pregunto al ver la reacción de los chicos.

—Bastante, tía. Yo creo que Ramón se ha puesto hasta palote. ¡Qué coño! Si hasta a mí me has puesto cachonda —termina Clara riéndose.

Le pego un codazo y se carcajea todavía más.

Richi, que no ha dejado de beber y sin embargo no parece ebrio, empieza a soltarse y nos cuenta un montón de batallitas en las que van participando el resto de los comensales. Yo no recuerdo ni la mitad, pero descubro en él a un auténtico *showman* que hace que nos desternillemos de la risa.

Como es una sociedad privada, está permitido fumar. Odio el olor del tabaco, que se queda tanto en la ropa como en el pelo, que por cierto me he lavado esta mañana. Encima aquí fuman casi todos, y mis dos amigas más que el resto. Así que en cuanto se ha abierto la veda con el café, me tienenapestada.

Me he pedido una infusión, está demasiado caliente como para poder tomarla. Me levanto con la taza dispuesta a ir hacia la barra y pedir un hielo.

—¿Qué necesitas? —me pregunta Fer en cuanto me levanto.

—Un hielo. —Advierto su amago de levantarse y se lo impido—. Tranquilo, voy yo.

Así aprovecho y respiro aire limpio en el trayecto.

Cuando vuelvo, la gente ha cambiado de lugar, se han revuelto y los que estaban más alejados se juntan para charlar. Richi se va con las chicas del fondo. Yo me quedo en mi sitio y remuevo el hielo hasta que desaparece.

Fer mantiene una conversación con Pedro que se está fumando un porro. Clara, no sé si atraída por el olor o por la falta de interés en la discusión que mantienen los del otro lado de la mesa, se acerca de nuevo seguida de Paula.

Pedro le ofrece el canuto a Fer y, para mí sorpresa, lo coge y le da una calada.

Me mira a través del humo y me invita a compartirlo. Niego con un movimiento de cabeza.

—Es cierto —dice—, no te sentaba bien.

Abro los ojos alucinada de que recuerde eso. De nuevo hace gala de su memoria de paquidermo que activa la mía. Así es. La primera vez que le di una calada a un canuto acabé mareada mientras todos los demás se partían de risa sin razón alguna, así que, para mí, las acampadas a partir de esa edad dejaron de motivarme. Por eso sigo sin entender cómo me dejé arrastrar por Joel aquel día que Gonzalo me pidió auxilio. Supongo que la tristeza, la melancolía y las hormonas amenazando depresión fueron sus aliadas.

Me presenté en el piso que compartían con cierto cosquilleo en el estómago y mucha

aprensión. Tenía ganas de verlo, pero me preocupaba en qué estado lo iba a encontrar ya que ni yo misma estaba demasiado bien. El barbas me recibió como si llevara años sin verme, con un abrazo.

—¡Tenéis que arreglar esto! —suplicó muy apenado.

«¿Arreglar el qué?», me preguntaba, porque los dos estábamos rotos y lo nuestro... también.

Me solté de su abrazo y le apreté las manos a modo de consuelo.

Llamé a su puerta y no contestó. Gonzalo, con un gesto, me animó a entrar, y al abrir el olor a maría me golpeó como una maza. En cuanto Joel me vio se levantó como un resorte y me abrazó como si fuera un salvavidas. Cerré los ojos, me dejé envolver por su aroma masculino y lo respiré con ganas.

—Joel —dije pegada a su camiseta—, tienes que dejar de comportarte así. Estás preocupando a tus amigos y a tu tío —le reñí como a un niño y me aparté de su cuerpo para mirarlo a los ojos—. Tienes que afrontar nuestra ruptura. Lo nuestro no podía ser, no queríamos lo mismo por mucho empeño que pusimos. Nos dejamos llevar por la pasión, el sexo y...

Entonces me besó. Lo hizo con ternura y, no sé por qué, se lo devolví. En cuestión de segundos nuestras manos se deshacían de todo lo que les impedía tocar nuestra piel. Éramos como dos adictos que recaen. Mi cuerpo lo echaba de menos, o echaba de menos ser querido, no lo sé muy bien. El ambiente me embotaba la cabeza y me dejé llevar por la lujuria.

Nos tumbamos en la cama y Joel encendió de nuevo el canuto que estaba en la mesilla, le pegó una calada y, acercándose a mi boca, me echó el humo; lo aspire, sus ojos entornados y el acto en sí me resultó muy erótico. Sus dedos acariciaron mis pezones que se erizaron al instante y me volvió a besar sin dejar que soltara el humo del todo. El impacto fue instantáneo, sentí cierto mareo. Repitió la misma acción a la vez que se introducía en mi cuerpo. Las penetraciones eran lentas y suaves y sus te quiero dolorosos. Fuera se escuchaba una discusión. Me llegaban las voces de Sergio y Gonzalo.

—¡No puedo creer que la hayas llamado! ¿En serio? —escuché a Sergio.

—Había que hacer algo. Esto no podía seguir así, tenían que hablar —se defendió Gonzalo.

—¿Y te parece que estén hablando mucho? Están pasando por un duelo, los dos. Necesitan tiempo. ¡Joder! Voy a entrar.

—¡Ni se te ocurra! —bramó su amigo.

—¡Para! —le pedí a Joel e intenté quitármelo de encima—. ¿Qué estamos haciendo? Ni siquiera te has puesto condón —le recriminé.

Se apartó confuso ante el tono de mi voz y, al incorporarme, me mareé. El estómago se me revolvió y me tuve que tumbar de nuevo.

—Estás pálida, ¿te encuentras mal? —preguntó ansioso.

—Sí —contesté con los ojos cerrados.

Joel se levantó, escuche cómo se ponía algo, me tapó y salió del cuarto.

—¡Chicos, creo que le ha dado un amarillo! —dijo.

«¿Qué era eso?», me pregunté.

—¡Joder! Menudo par de estúpidos —soltó Sergio—. Gonzalo prepara un zumo de naranja y parte un kiwi si tenemos. Joel métela en la ducha mientras yo ventilo la habitación.

Joel se acercó y tuve que cerrar con fuerza los ojos para no echarme a llorar.

Me sentía ridícula y, como decía Sergio, estúpida por mi comportamiento inmaduro.

—¡Vamos a la ducha!

Me levantó y me colgué de sus hombros.

—Lo siento, nena. Esto está siendo muy duro. Me dejaste al margen. No sabes lo que me dolió que no me llamaras para estar contigo en el hospital...

Se enteró por Laura. Claudia se lo contó a Carol y ella lo puso en el grupo. Se cruzó con Fer cuando este se marchaba y me pregunté qué es lo que tenía más herido, si el orgullo o el corazón.

Le miré a los ojos y me aferré con más fuerza a mi decisión, porque vi que en su egoísmo no se podía ni imaginar cómo lo había y lo estaba pasando yo.

Poco a poco me fui encontrando algo mejor. Me vestí y me tumbé en el sofá. Tenía los ojos inyectados en sangre y la sensación de mareo y estómago revuelto permanecía, pero en menor medida.

—Si me llamáis a un taxi me voy y mañana vendré a recoger el coche —solicité a quien estuviera dispuesto.

Necesitaba salir de allí cuanto antes.

—Yo te llevo en tu coche —se ofreció Sergio—. Gonzalo, sígueme con el mío y me traes de vuelta.

El barbas accedió sin rechistar. Cogí mis cosas y los esperé en la puerta.

—Os acompaño —dijo Joel.

—No. Tú te quedas aquí —ordenó Sergio tajante.

Nos miramos a la cara en la distancia, como dos niños amonestados por adultos tras su primera borrachera. Me sentí pequeña, como hacía años. Ni siquiera nos despedimos. Giré sobre mis pies y la nada se estableció en mi pecho.

Hicimos el trayecto en silencio. Al llegar a mi portal aparcó el coche en segunda fila para intercambiarnos de asientos. Pude ver por el retrovisor a Gonzalo detrás de nosotros.

—Oli ...—comenzó a decir—..., sé por lo que estás pasando, pero lo de hoy no os lleva más que a un pozo de destrucción. —Escuché en silencio mientras un nudo de congoja atenazaba mi garganta—. Podríais terminar bien y la estáis cagando a lo grande.

—Lo sé —acerté a decir, no sé ni cómo.

Parecía ser el único, a parte de mí, que tenía claro que lo que hubo entre Joel y yo estaba terminado o tenía que terminarse.

—Toma. —Me ofreció una tarjeta—. Es de un colega de la carrera. Llámale. Necesitáis ayuda. Puedes ir sola, pero, si quieres que las cosas queden bien, deberíais de ir juntos y no veros a solas. Hazme caso. Se podría convertir en una relación enfermiza y no queremos que eso pase.

Cogí la tarjeta, lo abracé y me eché a llorar. Me acogió entre sus brazos y me consoló.

Hoy en día todos estamos mejor gracias a sus consejos, a pesar de que nuestra debilidad y nuestra gilipollez extrema casi nos manda a la mierda. No hay como equivocarse para enmendar nuestros errores y aprender a caminar por un nuevo sendero, pero estos recuerdos me dejan un regusto amargo.

Miro a Fer que sigue inmerso en su conversación y le da otra calada al porro.

—Tú dirás lo que quieras, Oli, pero Fer tiene un polvazo —me susurra Clara al oído—. ¡Yo sí que quiero una! —le pide a Fer.

Este se lo pasa y le da una buena calada.

—Si no consigo otra cosa, al menos me habré comido sus babas —dice satisfecha y nos echamos a reír.

—Qué discreta eres, Clara. Creo que no se ha dado ni cuenta —emite Paula con ironía.

—Sí, bueno, ya sabéis que me la pela. ¿No?

—¡Totalmente! —contestamos casi a la vez rompiendo a reír. Yo con menos entusiasmo que antes.

Gabriela, que se ha mantenido bastante alejada de nosotras toda la cena, se acerca tambaleándose. Ese vino blanco nos ha pegado un pelotazo importante.

—¡Ey, Fer! ¿Una ronda de cubatas? ¿O nos vamos a bailar por ahí? —grita esto último para que la escuchen todos.

Nadie contesta.

Se sienta al lado de mi jefe y le echa el brazo por los hombros.

—¿Y qué me cuentas de Luis? ¿Como le van las cosas?

Fer me mira de soslayo y yo aparto la mirada. Me lo veía venir. Gabriela tiene su propio objetivo en este grupo y no es ninguno de los que están en él.

—¿De qué quieres el combinado, Gabi? —esquiva su pregunta—. Voy a por un papel para anotarlos.

—Te acompaño —expresa decidida.

Es una mujer con un propósito y Fer no se va a librar tan fácil de ella.

—No hace falta, vuelvo enseguida —intenta persuadirla.

—No me importa ir contigo y así me lo vas preparando.

Lo miro con los labios apretados conteniendo la sonrisa y esta vez es él el que pone los ojos en blanco. Me río. Me habían dado ganas de irme, pero voy a quedarme. Eso sí, nada de cubatas, agua que con una resaca al mes ya me vale.

Vuelve con cara de resignación y con Gabriela colgada de su brazo *gin-tonic* en mano.

—¡Chicas! ¿Vosotras qué queréis? —Nos pregunta las primeras.

Va apuntando lo que le piden Paula y Clara y se queda esperando por el mío.

—Nada.

—¿Nada? —se escandaliza Clara—. Un *Seegram's* con limón para Oli.

—¡Qué no! Que he bebido demasiado vino y no vamos a salir de aquí, prefiero que me vaya bajando el pedo.

—Te puedo preparar uno suave —insiste Fer.

—No, de verdad. Entre el vino blanco y la ginebra con limón puedo tener mañana una acidez del quince.

—¡Vaya, Oli! Estás como las abuelillas —apunta Gabriela riéndose.

—Consecuencias de tragar mucha bilis durante demasiados años —digo con intención a ver si pilla por qué lo digo.

No parece entenderlo, pero el que sí lo hace es Fer. Su rostro parece mostrar cierto asombro, o no, no estoy segura, pero está serio e igual le he ofendido. Al fin y al cabo, es su hermano.

Me muerdo el labio como arrepentida y él niega de manera muy sutil, pero su caída de ojos me tranquiliza. Sabía lo que se cocía en nuestro matrimonio, no creo que me culpe por sentir lo que siento.

—¡¿No has traído la guitarra, Fer?! —grita Joaquín. Al que no he logrado recordar de las acampadas.

—No. —Se ríe—. Me parecía ya trasladarnos demasiado al pasado.

—Pues para la comida definitiva la tienes que traer —exige Sara.

Vaya con la mosquita muerta.

—Hace un siglo que no toco. Tendré que mirarle hasta las cuerdas, afinarla...

—Tienes que traerla, Fer —insiste Clara—. Aunque ya, si me tocas la guitarra, no sé si respondo.

Nos reímos por la ambigüedad del significado de la frase. Fer lo hace con ganas. Las arrugas de alrededor de sus ojos se acentúan y apenas se ve el color azul claro de sus ojos. Tiene algo dilatadas las pupilas y parece feliz.

« Jodida maría », pienso. Yo también quiero sentirme así en estos momentos.

Me pregunto a dónde vas cuando tu mirada se pierde en la nada.

Capítulo 7

Qué nervios me han entrado, entre escuchar al otro lado de la línea a la chica responsable de la empresa de paquetería llorar desesperada y que tengo el tiempo justo para rectificar los envíos, no hago más que sudar.

¿Por qué se tiene que complicar todo a última hora? ¡Decidme! ¿Por qué?

Todo esto es culpa de Estrella, que aceptó ese pedido sabiendo que estábamos hasta arriba e íbamos a andar con el tiempo justo. Cualquier contratiempo nos podía salir caro, fuésemos o no responsables. La culpa era de que a esa pobre chica le habían puesto los cuernos y enterarse había hecho de su día una mierda, y consecuentemente del nuestro, porque había confundido las direcciones de las peluquerías y los paquetes se estaban perdiendo.

De todas formas, llevaba meses advirtiéndole a Fer que esa empresa de paquetería hacía tiempo que no funcionaba bien. Paquetes que decían que entregaban y no era así, que se perdían, que nos devolvían sin razón y ahora, con semejante error, no iban a tener excusa para defenderse. Las entregas tenían que llegar hoy porque la cadena comenzaba su campaña de verano, por la que era famosa, al día siguiente, y las clientas esperaban como agua de mayo su detalle. Después del esfuerzo por terminar de serigrafiar todas las barras de labios a tiempo, no podía ser que, debido a un error, nuestro o no, perdiéramos a un buen cliente.

—¡Pero qué cojo...! —exclamé al ver cómo la pantalla de mi ordenador se fundía en negro—. No puede ser. —Empecé a darle al botón de encendido y apagado.

Había conseguido contactar con la empresa de transportes por internet ya que me había sido imposible hacerlo vía telefónica. Habían puesto una grabación de esas que te da opciones y ninguna era para solucionar cosas de ese tipo, y no llegaba más que a un punto muerto en el que nunca me pasaban con un operador, hasta Cristal lo había intentado y nada. Solo mi ordenador y el de Fer tenía los datos de clientes y proveedores y nuestros ordenadores trabajaban en red. Los demás no tenían acceso porque no entraban en sus competencias. Ellos diseñaban, llevaban la parte de marketing, imprimían de forma digital o serigrafaban. Producían, pero yo era la que manejaba sus datos, facturaba y gestionaba cualquier cosa que tuviera que ver con ellos. Bueno, Fer y yo.

—Tengo que usar el ordenador de Fer. Mi monitor ha muerto —digo en alto.

Susana se pone en pie.

—No puedes —suelta mi compañera.

—¿Cómo que no? Esto es una emergencia. Su ordenador está conectado al mío y él ausente. Si no termino de cambiar las direcciones con el transportista, a saber, la que nos puede liar el señor estrella de la televisión con veinticuatro peluquerías en Madrid. ¿Dónde está Fer? —le pregunto a Susi en voz baja.

—No lo sé. Ha dicho que volvía en una hora y de eso hace media.

—Tengo que entrar, Susi —ruego—. Yo me hago responsable, además, tampoco tiene por qué enterarse. No me quedan más que dos direcciones por cambiar.

Asiente, cojo mi cuaderno y me dirijo hacia el despacho de nuestro jefe. Estrella está al

teléfono y es un alivio, además, su mesa de trabajo es la más alejada del despacho y como todos, menos Susana que lo tiene a la par, le damos la espalda.

En cuanto me siento en su silla la pantalla despierta como si me hubiese detectado. Una melodía suena muy bajito y una serie de fotos comienzan a sucederse, me asombro porque ya nadie usa eso como fondo de pantalla.

Aparece su adorada moto, luego Luc de más pequeño montada en ella y un segundo antes de coger el ratón para entrar al programa me quedo congelada. Soy yo, en la maternidad con Luc en brazos. Es el día que reapareció en nuestras vidas, en la mía, al menos. En la siguiente también salgo con la nariz manchada de helado sonriendo con Claudia al lado. Un ruido de la calle hace que salga de mi estado de estupefacción y el dedo que tengo a medias en el ratón, termina de descansar y hace que las diapositivas desaparezcan.

«No hay tiempo que perder», pienso.

Abro el programa. Conecto con mi ordenador y cambio las últimas direcciones. Dejo todo como estaba y lo pongo en reposo. La curiosidad me tienta a quedarme y seguir viendo qué otras fotos tiene. Pero Susi me toca en el cristal y me pide, nerviosa, que salga.

—¿Qué pasa? ¿Qué esconde que has puesto esa jeta?

La madre que la trajo. Me ha estado observando y habrá visto la cara de *etoqueéloqueé* que he puesto.

—Porno —digo lo primero que se me ocurre.

—¡Ah, bueno! —exclama como si fuera algo habitual.

—Pero porno gay —suelto sin saber por qué digo eso.

—¿Qué dices? —pregunta algo lívida y enseguida me arrepiento de haberlo dicho.

—Lo que oyes. Pero ¡chsss! —Pongo el dedo en la boca y acto seguido me la cierro como si tuviera una cremallera.

Susana solo asiente sin abrir la suya. Supongo que intenta asimilar que su novio ve porno gay con lo hombretón que es.

Estoy entre el remordimiento y las ganas de reírme a carcajadas. Pero ¿cuándo me he vuelto tan perversa?

«No puedo vivir sin ti, no hay manera...».

Fer canta mientras toca la guitarra y yo murmuro la canción en un vago intento de seguirle.

Estamos en su habitación, en la casa de sus padres, pero nosotros no somos adolescentes, somos los de ahora, adultos. Me sonrío y yo le devuelvo la sonrisa. Los ojos le brillan y está muy guapo. Mucho. Deja de tocar la guitarra, se acerca y me besa. Es un beso largo, lánguido, que destila deseo y...

«Ti-ti-ti-ti-tiiiiii»

—¡Mierda! —exclamo al apagar el despertador.

Tengo el corazón desbocado. Llevo mis dedos a los labios porque lo he sentido tan real que hasta me parece tenerlos húmedos.

«¿Pero qué narices hago yo soñando con Fer?», me pregunto alterada.

Llevaba años sin hacerlo, y mucho menos de esta manera.

Las fotos. Las jodidas fotos y la música. Esa canción de Los Ronaldos era la que tenía como melodía de fondo de pantalla. ¡Ellos son los culpables!

Me gustaría entrar al chat de las chicas y gritarles en un audio: «¡He soñado con Fer y besa

de maravilla!», en el sueño estaba loquita por él y esa sensación permanece hasta después de despertar. Cierro los ojos y me niego ciertos recuerdos.

«¡No! Eso fue en otra vida».

Tengo que ahogar las ganas de soltarlo. El *Sister Brown* lleva medio muerto desde hace un año y no quiero que Laura se entere de esto, haga conjeturas y se las casque a los que ahora son su familia y amigos. Los Serna.

Ya no confío en ella. Pero como quiero contárselo a las chicas tomo una decisión.

Hago un nuevo grupo de chat. Hemos hablado mucho de esto y nunca nos hemos decidido a hacerlo.

The COR

Raquel

¿The Cor?

¿Qué es esto, peque?

Justo me has pillado

con el desayuno._ 7:06

Nuestro nuevo
chat. Ya sé que
dijimos de esperar,
pero he tenido un
sueño y os lo tengo
que contar._ 7:07

Raquel

¡Dispara!

Pero eso de Cor

¿qué significa?_ 7:07

Carol, Oli, Raquel.
Os grabo un audio._ 7:08

Raquel

¿Y por qué no ROC?

Jajajajaja._ 7:08

Cámbialo si quieres.
Es lo primero que
me ha venido._ 7:09

Hago administradoras a las dos y me pongo a grabar.

Carol

¿Qué está pasando
aquí? Oigo saltar esto
desde la ducha.
¿Un grupo nuevo?
¿The ROC? ¡Ay, madre!
Y Oli grabando audio.
A temblar.
Me pongo al día mientras
Desayuno._ 7:10

Raquel
Tiene pinta de ser
audio terrorista..._ 7:12

Vuelco todas las sensaciones en el audio y de alguna forma me quedo más relajada.

Me meto a todo correr a la ducha porque ese cuarto de hora que he perdido me va a obligar a maquillarme en la oficina y a desayunar deprisa.

En cuanto subo al coche pongo los audios de las chicas.

«¿Recuerdas aquella vez que dormimos juntas cuando fuimos a la sierra y soñé con Andrés Velencoso?».

Lo recuerdo perfectamente. Se despertó como loca y yo lo único que pensaba es que Andrés había estado en nuestra cama, que de alguna manera habíamos hecho un trío, aunque yo no participara. Sí, ya sé que no entendéis lo que quiero decir, pero Carol soñó con Andrés, por el que yo estoy loquita, y lo hizo cuando estaba durmiendo conmigo en la misma cama, pues para mí fue un trío místico, punto.

«La cosa va de narices —graba Raquel—. Las dos sois de chicos con narices prominentes».

Se equivoca, me digo. Luis tiene una nariz recta y adecuada a su cara y Joel también, Fer... sí, es más al estilo de Velencoso, y al recordar el sueño, ese enamoramiento enajenado que provocan los sueños me produce cosquillas en la boca del estómago y, si no fuera porque me dirijo al trabajo y lo voy a ver, no tendría ninguna importancia.

«¿Por qué no es sábado?» me pregunto.

Es Fer, lo veo casi más que a mis hijos. Seguro que en cuanto gruñe o levante su ceja en plan ¡soy el jefe y se hace lo que yo digo!, se me pasa la tontería, porque se me va a pasar, ¿verdad?

Voy directa hacia mi mesa y miro de reojo la caja de cristal que es el despacho de mi jefe.

—¡Genial! —exclamo al ver que está vacía.

—¿Oli? —escucho a mi espalda.

—¡Mierda! —impreco a la vez que un escalofrío me recorre desde mi nuca toda la columna vertebral.

—¿Cómo? ¿Te pasa algo? —pregunta algo confuso por mi exabrupto.

—No, nada —contesto nada más girarme—. Que se me han olvidado las gafas en casa. —Salgo del aprieto con lo primero que se me viene a la cabeza.

Mira la bolsa que llevo colgada de bandolera.

—¿Cómo te apañaste ayer al final? Susana me dijo que hubo un problema con el repartidor.

—Sí. ¡Uufff! Al monitor le dio por estropearse justo en el momento adecuado —miento.

Esos ojos tan claros... Y esa nariz... Tiene razón Carol, es parte de su personalidad. Me quedo mirando absorta sus labios. Esos que me han besado en mi sueño y de forma instintiva aprieto los míos.

—¿Te estás dejando barba?

—¿Qué? —inquieta sorprendido.

Pero ¿por qué le he preguntado eso? ¿Cuándo me ha importado su aspecto personal?

«Hace un tiempo lo hacía...».

No sé qué contestar, aunque confieso que sí me había fijado en que se estaba dejando crecer el pelo como cuando éramos veinteañeros, que le da ese aire rebelde y sexi que le hace estar más atractivo.

—Me he traído el portátil de Claudia por si el de servicios informáticos tarda en aparecer o el problema del monitor no se puede solucionar en el momento. —Me salgo por la tangente por si cuela.

—¡Ah! Vale, perfecto. —Se toca, de forma inconsciente la barba de unos días.

—Voy a conectarlo —le aviso descolgando la funda para dejarla encima de la mesa.

«Por favor», suplico para mí, «vete a tu despacho ¡YA!».

—Sí, sí. Perfecto.

Me mira con el ceño ligeramente fruncido, como si viera algo raro en mí.

—¡Es verdad! No me he maquillado. Me he despertado algo tarde —le explico como si fuese necesario y así resolviese su extrañeza.

—¡Ah! No me había dado cuenta.

«Ah, ¿no? ¿Entonces?».

Me pongo colorada como un tomate. No sé qué me pasa hoy. ¿Por qué no puedo mantener la boca cerrada?

Suelto una risilla estúpida.

—Ya... —digo sintiéndome tonta e infantil.

—Bueno... Cualquier problema con la red o el ordenador, me dices.

—¡Eso!

«¡Gilipollas!».

Yo, no él.
Me quito el abrigo, me siento, conecto el portátil y espero a que le dé la gana de encenderse. Abro el bolso y saco mi neceser de emergencia además de un espejito de esos que te regalan en las bodas. Lo miro, leo la inscripción y suspiro. La de la mía, por ejemplo.

«¿Por qué sigo conservándolo?».

me pregunto una vez más.
Retiro el pelo y me lo pongo detrás de las orejas, saco la polvera, aplico el maquillaje con la esponja con rapidez. Sigo con el colorete y paso la brocha tanto por mejillas como por los párpados. Se trata de quedar presentable, nada más. Me pongo máscara de pestañas, y cuando me estoy perfilando los labios veo en el reflejo el rostro de Fer.

Me está mirando.

Un cosquilleo me sube del estómago hasta el pecho. Aparta la mirada y yo me reprendo.

¿Pero qué es todo esto? «Que se me pase pronto, por favor», musito con la vista hacia el techo.

Me has vuelto a mirar con los mismos ojos de hace veinte años y me has hecho soñar.

Capítulo 8

—¡Gracias, gracias, gracias! —Abrazo a Carol en cuanto me abre la puerta.

—No sé cuál es la emergencia, pero Alex está estudiando y tenemos que hablar bajito. Cuando le he dicho que no venía Luc se ha metido en el cuarto. Hace mucho que no se ven. A ver si organizamos algo.

—Es verdad, se nos están haciendo mayores y no deberían de perder el contacto. Pero bueno. Al lío. ¿Me invitas a un café en la cocina y nos encerramos ahí?

Levanta las cejas, aprieta la boca y luego se lleva las manos a la cara.

—¡Ay, madre! —exclama.

—Ya te digo.

No nos hace falta decirnos más. Nos conocemos tanto que Carol ya sabe que algo gordo me está pasando.

Le relato que, tras la jornada de trabajo, y tal y cómo ha acabado, sigo con la misma sensación.

—Creo que estás exagerando. Ya sabes cómo va esto de los sueños y os conocéis de toda la vida, y ya si contamos cómo ha sido vuestra relación desde que volvió... —resume mientras pone una cucharadita de cacao en cada café.

—Pues es que ahí está el problema.

Llevamos nuestro preciado brebaje a la mesa redonda más apartada de la estancia.

Este rincón me encanta. Es mi preferido de toda la casa. Tiene una lámpara metálica que cae justo en el centro.

Cuando tenía mis crisis con Luis aquí soltaba todo y me sentía arropada, y mis peores momentos con Joel también los he volcado sentada en estas sillas *Tower* acompañada por mi amiga y un café.

Carol tiene una cocina de diseño en color berenjena y gris. Le encanta perderse entre los fogones para relajarse cuando está estresada, así que, para las dos, es mucho más que un lugar para almacenar comida y guisar. Encierra nuestros secretos, frustraciones y lágrimas. De hecho, hay una caja de pañuelos de papel en uno de los altillos.

—¡Pues dispara! —Me ofrece el bote de la canela y le doy un golpe al culo para que salga solo lo justo, tal y como ella me ha enseñado—. Recuerda que es afrodisiaca.

—Lo que me faltaba ya —digo a la vez que le doy vueltas al café hasta que se disuelve el polvillo—. Es que todo esto me ha hecho recordar. Es curioso cómo la mente entierra ciertas cosas que un simple sueño...

—No tan simple, que te has morreado con tu jefe —advierde para darle la importancia adecuada.

Resoplo. Porque menudo día he pasado en el trabajo esquivando a Fer tras nuestra última conversación.

—Que un sueño ...—continúo—... rescata de la memoria. El año pasado me preguntaste por Fer, por nuestra relación.

—Sí, y no fuiste muy precisa.

—Apareció Luis entre nosotros y todo cambió. —Miro el reloj. No sé si me va a dar tiempo a contarle todo desde el principio.

—¿Tienes prisa? —pregunta al ver mi gesto.

—Tengo que recoger a Luc del cumpleaños, a ver si puedo ser breve.

—Estoy deseando que te metas en harina.

¿Veis? A esto me refiero. En este rincón nuestras conversaciones al final tienen que ver con el sitio que ocupamos.

¡Vamos allá!

—Conocí a Fer en el grupo de los *Boys Scouts* de la parroquia. No era de nuestro barrio y ya sabes, tenía pinta de malote. De hecho, creo que lo habían echado de la suya. —Inclino la cabeza con gesto de suficiencia y Carol asiente—. Tanto a mí como al resto de las chicas nos encandiló, pero yo era una mojigata y no fui muy evidente. Enseguida hubo cierta conexión. Supongo que como yo no me insinuaba y lo trataba como a uno más, eso le gustó y nos hicimos amigos. Me contaba sus gamberradas y que a él solo le gustaban las chicas mayores. Por aquel entonces teníamos diecisiete años y nunca me había animado a ir a ningún campamento, solo a las reuniones, donde ayudaba a preparar...

—Abrevia, cariño, que no nos va a dar tiempo —me corta Carol con esa delicadeza que la caracteriza.

—El caso es que no me hablaba más que de una rubia que le gustaba y que no se le iba a escapar, y ahí me di cuenta de que no tenía ninguna posibilidad, así que me resigné a ser solo su amiga.

—*Friendzone*.

—¡Exacto! Me reía mucho con él y me enseñó algunos acordes con la guitarra. Disfrutaba del tiempo que pasaba en su compañía. —El sueño viene a mi memoria y me doy cuenta de que solo es un reflejo de lo que vivimos y deseé muchas veces—. Empecé a ir a los campamentos. Venía a mi casa, yo iba a la suya... Luego tuve una temporada en la que salí con algunos chicos, hasta que un día conocí a su hermano Luis. La primera vez que me vio me dio un repaso de arriba abajo y me sonrió.

Ese recuerdo me lleva directamente a él, como si lo estuviera viviendo de nuevo.

—¿Es tu novia? —le preguntó a Fer antes de que nos presentara.

—No. Solo es una *Scout* —le contestó él.

No era la respuesta que había esperado que Fer le diera. Al menos podía haberme dado el trato de amiga, y aquello me dolió bastante.

—Luis era muy guapo, más que Fer —sigo contándole a Carol—. Más musculoso y su aspecto bastante más cuidado, así que cuando se acercó para presentarse y me dio dos besos, en los que se demoró más de la cuenta, y comentó lo guapa que era... me dejé arrastrar por su encanto. Encanto que no sabía que derrochaba con cada falda de uniforme escolar que encontraba a su paso.

—Lo recuerdo. Ten en cuenta que yo ya tonteaba con su amigo Santi por aquella época. Ya sabes. Salíamos, nos dejábamos, nos reconciliábamos... A mí también me tiró los tejos en uno de nuestros descansos como pareja.

—¡Es verdad! —recuerdo—. El caso es que ya solo tuve ojos para Luis, pero sin apartarme de Fer porque seguíamos siendo amigos.

—¿Al final consiguió a la rubia? —pregunta curiosa, aunque yo no le veo la importancia.

—No lo sé. Supongo que hubo muchas rubias.

—O sea, que no lo sabes o no te lo contó.
—No. Tampoco me interesaba saberlo —le aseguro.
Se queda pensativa, ausente.
—¿Qué pasa? —pregunto extrañada ante su repentino mutismo.
—Estaba pensando en lo que os pasó el año pasado.
—El año pasado nos pasaron varias cosas —me lamento.
—Lo sé —dice y me aprieta la mano—. Me refiero a antes de eso. Cuando tuvisteis la movida en el despacho. Hay algo que no me cuadra, Oli.
No sé a qué se refiere. Fer se enfadó porque fui lo bastante idiota de culparlo por casarme con Luis y estaba en todo su derecho. No era mi niñera.
—Siempre ha estado ahí —continúa.
—No siempre —le corrijo.
—Cuando ha estado aquí, sí.
Nos miramos fijamente y hago un repaso mental de todas las situaciones en las que ha acudido en mi ayuda.
—¡Venga ya! No puedes pensar que Fer... ni de coña, Carol. —Me río y una cosilla me agita las tripas.
—Yo no pienso nada, los hechos hablan.
Estamos sacando las cosas de quicio y estamos viendo cosas donde no las hay.
¡Mejor me marchó!
—Todo lo que ha hecho no ha sido por mí, si no por mis hijos. Todo. —Me levanto y cojo la cazadora y el bolso.
—Bueno, quizá tengas razón. Ya te lo dijo cuando se enteró de lo de Joel, que le preocupaba cómo podían verse afectados por vuestra relación.
—Claro que la tengo —le digo conforme abro la puerta de la cocina para llegar a la de la calle, aunque...—. Si vieras el *Power Point* que tiene de fondo de pantalla...
—Ah, ¿sí? —inquire curiosa.
La beso y salgo al rellano.
—Sí. Ya os lo conté, de ahí vino mi sueño. —Sonrío—. Me gustaría verlo entero y saber en cuantas más salimos —digo entrando en el ascensor.
—¿Salís? —pregunta alzando la voz justo en el momento que se cierran las puertas.

Explícame eso, *Olilove*
¿Cómo que salís?
¿Sales en su fondo de
pantalla?_17:34

Sí, en un par de fotos
y siempre con los
niños, no flipes._17:34

¡Eso! Vamos a dejarlo que yo también estoy empezando a flipar.
Le contesto al guasap con una sonrisa mientras el ascensor desacelera y llega a su destino. No me ha dado tiempo a contarle que Fer me ha pedido pasar más tiempo con él echándole una mano con lo de los *Boys Scouts*. Pero así son las cosas. Después de despertarme por la mañana

con sus labios todavía haciendo contacto con los míos, no me he podido negar.

Miro el reloj del coche, voy bien de tiempo, así que, por una vez, conduciré relajada a ver si así consigo calmarme, ya que mi día ha sido algo intenso.

Recuerdo el momento en el que Fer me ha vuelto a sorprender y niego con la cabeza. Había puesto tanto empeño en ignorar todas esas sensaciones estúpidas junto a su presencia que, cuando se ha acercado a mi mesa, me he sobresaltado de nuevo.

—¿Qué tal va todo? ¿Algún problema con el portátil?

Pegué tal respingo que hasta mi culo se levantó del asiento.

—Perdona, no quería asustarte. ¿Qué te pasa hoy?

Levanté la vista hasta su cara con reticencia y suspiré internamente.

—Mala noche. Muchos sueños, me he levantado tarde y ya sabes...

—¿Pesadillas? —preguntó con cierto tono de preocupación.

Miré sus labios y carraspeé antes de contestar.

—No, no, pero ha sido un sueño que me ha alterado —respondí notando enrojecer mis mejillas.

—¡Oh! Ya entiendo —pronunció con tonito.

—¿Eh? No. No, no, no —negué repetidas veces y empezó a reírse—. ¡Que no es eso! —Aunque se acercaba bastante—. ¡Para ya!

—¡Vale! Es que como te has puesto roja como un tomate, he pensado...

—No pienses y vete, que tengo mucho trabajo —le pedí volviendo la mirada al teclado.

«¡Por Dior, qué calor!».

—¡Ey! Que aquí el jefe soy yo.

Resoplé a la espera de que continuase.

—¿Qué tal en la cena? Te fuiste pronto.

—Me dio bajón.

—Pero si no bebiste mucho. ¿Pasó algo?

—No, que va. Supongo que precisamente por eso. Porque no bebí mucho y al final todos estabais demasiado animados.

—Pues la próxima vez te tomas el combinado.

—No gracias, que el jefe andaba por ahí y luego los lunes de resaca son criminales.

—¡Nah! Solo es falta de costumbre —soltó con un guiño.

Puse los ojos en blanco y comenzó a reírse de nuevo.

—Bueno, me alegro de que todo fuera bien, porque tengo muchos planes para el día de la comida oficial y voy a necesitar ayuda.

No me lo podía creer. «¿En serio?», pensé. ¿Esa era una nueva forma de tortura? Al menos esperaba que pasara el tiempo suficiente para que el sueño se diluyera en la rutina diaria y pudiera soportarla, porque no podía volver a mi adolescencia, a aquella habitación, a tener aquellos sentimientos que enterré.

El sonido del teléfono me devuelve al presente. Estoy en un semáforo y aprovecho para ver quién llama. Es Clara. Descuelgo y pongo el manos libres.

—¡Estás viva! —confirmando.

—¡Ufff! Calla, calla. He estado a punto de pillarme la baja como hace una de mis compañeras treintañera más de un lunes. Vaya resaca. Hasta esta tarde no he sido persona.

—Madre mía, Clara, pero si es martes. —Me río.

—Cómo si quiere ser jueves. Bueno, ¿y tú qué tal? Estuviste un poco sosita. No parecías la misma que en la cena de chicas. ¿Qué pasa? ¿Te cohibes con la presencia masculina?

—Me cohibo con la presencia de mi jefe —sentencio.

—¡Ummm! Fer. Te aseguro que entre la niebla de mi resaca no he dejado de soñar despierta con él.

«Pues yo sueño dormida que es mucho peor, te lo aseguro», replica mi subconsciente.

—¿Crees que tengo alguna posibilidad?

La relación de Fer con Susana es un secreto, pero no puedo dejar que Clara se haga ilusiones.

—Se ve con alguien.

—¡Ah! ¿Sí? —adviento la decepción en su voz—. ¿Y la conoces?

—Bastante. Llevan un año o así —aclaro.

—Bueno, soñar es gratis, ¿no? —dice viniéndose de nuevo arriba.

Y dale con los sueños. ¡Ya te digo que son gratis, e inoportunos también!

—Me ha pedido que le ayude con los preparativos de la comida.

—¿Y no necesitaréis que os eche una manita? —pregunta con retintín—. Soy experta en organización de eventos.

—¿De veras? —Me sorprendo.

—No. Pero igual cuela.

Me río y, por unos segundos, mi mente vuelve a esta mañana y a mi conversación con Fer sobre el tema.

—Pues sé de alguien que estaría encantada de echarte una mano donde necesites... —terminé alargando la palabra con un movimiento de cejas.

—¿En serio? —Puso cara de sorpresa.

«¡Ay, madre!», me alarmé. ¿Creía que lo decía por mí? ¿Pero qué estaba pasando hoy?

—¡Clara lo está deseando! —aclaré con rapidez con intención de sacarlo de su error.

—¡Ahhh, Clara! Creo que es una persona estupenda y me cae genial, pero es la primera vez que me siento un poco acosado por una mujer —terminó con una mueca muy graciosa.

¿La primera vez? Lo dudaba mucho.

—Es una habladora —le quité importancia.

—Tampoco es que esté pensando en que me vaya a violar ni nada de eso —aclaró en modo fanfarrón.

—Bueno, tú dale tiempo.

Abrió los ojos como platos y me eché a reír.

—Yo estaba pensando más en que me ayudaras tú. Estamos aquí juntos, y creo que puedes hacer realidad mis ideas peregrinas o hacerme bajar del burro si me paso.

—Estamos hablando de hacerlo fuera del horario de trabajo.

—Por supuesto. Te pido ayuda para un evento de ocio, pero sin que interfiera con el horario laboral y el de los niños.

Me quedé callada unos segundos.

Miré sus labios y tragué saliva.

«Esto tarde o temprano se pasará», pensé. Es la primera vez que me pide ayuda él a mí fuera del trabajo.

—Cuenta conmigo.

—¡Bien! Gracias —expresó triunfante.

En lo que supuse fue un impulso, besó el tope de mi cabeza dejándome sorprendida y de piedra.

Acto seguido se marchó a su despacho como si no le diera importancia a lo que había hecho.

Sabía que era la emoción, el calor del momento, que estábamos recuperando nuestra amistad, pero esa efusividad hoy no me venía bien, nada bien.

—¿Estás ahí? —me reclama Clara al otro lado del teléfono y me devuelve al presente.

—Sí, sí, no te preocupes, si necesitamos ayuda serás a la primera, no, a la única que avise.

—Más te vale —dice en tono amenazante.

—Por la cuenta que me trae... Vamos hablando.

—Que no te quepa duda.

Cuelga y me pregunto cómo voy a ser capaz de lidiar con la que se me viene encima.

Tu odio me hacía fuerte, pero tus sonrisas me debilitan y me hacen ser imprudente.

Capítulo 9

Estoy preparando algo de cena para Claudia y para mí.

Luc está en su cuarto, tiene empacho de tanta chuchería y le duele la tripa. Le he preparado una infusión digestiva que sé que va a acabar por el lavabo, pero si se toma un par de sorbos, ya me vale.

—Oye, mami... —empieza Claudia.

—Dime, cariño.

—¿Podrías llevarnos el sábado por la mañana a Luc y a mí al club de pádel?

Me giro para mirarla.

—¿Al club de Berto? —pregunto con una ceja levantada y, como podéis ver, evitando nombrar a su sobrino.

—Sí. Nos han invitado a ver un partido.

No quiero preguntar, de momento, quién le ha invitado a ese partido.

—¿No os puede llevar papá? Este finde Luc se queda en su casa.

—Ya... es que tiene una cena y me ha dicho a ver si se puede quedar aquí con nosotras y lo recoge antes de comer.

—¿A ti?

«¿Se lo dice solo a Claudia?».

—Sí. Me lo ha dicho a mí por si tú tenías algo que hacer, para saber si yo me podría quedar a cuidar de él.

«¡Ahhhhhhh! Ya veo».

—Y, ¿a qué hora es el partido? —inquiero. A ver si al final me dice quién les ha invitado, aunque todos sabemos de sobra quién ha sido, ¿verdad?

—A las diez.

«Pues va a ser que no me lo va a decir».

—No es demasiado pronto. ¿De qué es el partido? o ¿voy a tener que estar haciendo suposiciones de aquí hasta el sábado?

—Ya sabes de qué es el partido, mamá —contesta hastiada.

—Me lo puedo imaginar, pero prefiero que me lo digas tú.

—Pues Luc está con eso de participar en el campeonato de vóley y el otro día hablé con Gonzalo...

—¿Sigues hablando con Gonzalo? —la interrumpo e intento no perder la compostura.

—De vez en cuando —responde con la boca pequeña.

—Pero eres tú la que empieza la conversación, supongo. —Espero que sea así, aunque no me haga ninguna gracia.

—Sííí, pero mamá —empieza porque sabe lo que le viene encima—, ha sido por Luc. Está emperrado con lo del vóley y las dos sabemos que no va a participar, y casi es mejor que se lo digan ellos, ¿no te parece?

Asiento con la cabeza y aprieto los labios procurando contenerme, porque en estos momentos el campeonato de verano de vóley me la trae al paio.

—Y a ti también te interesa asistir...

—¡No lo vamos a dejar allí solo! —exclama ofendida, pero las dos sabemos de qué va el tema.

—Claudia...

—¡Qué! —dice con la voz elevada.

—Creía que ya se te había pasado lo de Gonzalo. —La miro con ternura.

Se queda callada un momento y veo cómo su rostro empieza a enrojecer y no precisamente por vergüenza.

—¡Pues ya ves que no! No todas somos como tú, que estas cosas —dice con el mano en el corazón—, se te pasan enseguida.

Me quedo helada. No me esperaba semejante estocada de Claudia, de la antigua y rebelde Claudia, sí, pero de la que ha convivido conmigo este último año, no.

¿En serio cree que lo de Joel se me pasó enseguida? ¡Pero si todavía sigo reviviendo muchos momentos!, y por desgracia, no son precisamente los buenos.

Veó cierto arrepentimiento en sus ojos y me hierve la sangre por decirle muchas cosas; me contengo.

—¡A las diez estaremos allí, no te preocupes! —digo algo brusca y sigo con la cena.

—Jo, mamá, no quería decir eso —«pero lo has dicho»—, es que con lo de Gonzalo te pones un poco...

«¿Me pongo un poco qué?» Me dan ganas de gritarle. Porque ahora mismo la rabia y la frustración me están cegando.

—Lleva las bandejas y pon algún programa que os apetezca ver, ahora voy con la cena —termino nuestra conversación.

«¡Maldito, barbas! ¡Maldito y jodido, barbas!».

Este sábado toca ver partido de vóley me apetezca o no.

Despierto a Luc y termino de arreglarme.

Hace rato que oigo trastear a Claudia en la cocina. Me he levantado triste y con esa sensación de sentirme juzgada por mi hija que no se me quita, pero tampoco puedo culparla.

—¡Mamá! —Se asoma por la puerta de mi baño—. He hecho tostadas.

Esta es la forma de disculparse de Claudia. En eso se parece mucho a Luis. No sabe pedir perdón por mucho que lo trabajo con ella.

La miro y veo que además le ha dado tiempo, no solo a preparar el desayuno, si no a maquillarse. A veces sigue mis consejos, y ya lleva unas semanas haciéndolo de una manera más sutil.

—Ahora mismo voy.

Se lo digo sin más, sin sentimiento de enfado ni de alegría fingida. Hoy me pesa el alma y sé que sabéis a qué me refiero.

Desayunamos los tres en silencio, porque mi estado de ánimo se respira.

—Oye, mamá... —llama mi atención Luc.

Levanto la vista y espero a que siga.

—¿Entonces lo del sábado te parece bien? ¿Nos llevas a la Moraleja?

Lo pregunta como si llevara rato intentando atreverse a hacerlo.

—Claro, cariño —contesto sin ningún entusiasmo.

Veó que los dos hermanos se miran cómplices y Claudia asiente con la cabeza.

Iremos, por supuesto que iremos, porque hay algo que resolver y para ello tendré que hablar con Joel de su amigo.

Al aparcar el coche en la calle de la oficina, es cuando me doy cuenta de que, desde mi conversación anoche con Claudia, no le he dedicado ni un solo pensamiento a Fer y sonrío por primera vez en este día que acaba de empezar. Al final la rutina y los problemas de la vida real superan cualquier sueño enamorado adolescente.

Suspiro al coger el ascensor, la de vueltas y lo alterada que estaba ayer por una tontería.

Voy directa a mi mesa, sin mirar hacia el despacho del jefe, dispuesta a sumergirme en el trabajo. A la hora del café le enviaré unos guasaps a Joel y le confirmaré que el sábado estaremos allí.

Sigo envuelta en esa especie de melancolía que me ha puesto los pies en la tierra y que me ha hecho darme cuenta de que, a pesar de que todo parecía ir muy bien, la insinuación de Claudia y mi pasar de página tan rápido, según ella, no es así. Estoy mejor, sin duda, pero hay cosas que siguen doliendo y han estado presentes en los dos únicos días que he salido en este año. Vuelvo a tener miedos y reticencias, sobre todo respecto a los hombres, y me pregunto si mi subconsciente no está jugando conmigo, haciéndome soñar con la primera persona por la que sentí algo y que sin duda es un puerto seguro, por decirlo de alguna manera.

Por primera vez en toda la jornada echo la vista atrás y miro hacia el despacho de mi jefe. Está absorto en una conversación telefónica mientras mira el monitor de su ordenador, ese que, en reposo, tiene imágenes más. Siento cierto cosquilleo y me reprendo. Es hora de ir a por mi café.

No he tenido mayores problemas en iniciar mis conversaciones con Joel desde que comenzamos con la terapia, sin embargo, hoy no sé cómo empezar, así que pongo un simple ¡Hola! y empiezo a prepararme el café. Supongo que estará ocupado y quizá no me conteste en toda la mañana, pero el sonido característico de su chat suena y me pregunto si, tal y como hice yo en su momento, él también tiene un tono que identifica el mío.

Hola._ 10:03

Vaya, me temo que ninguno de los dos está muy expresivo hoy.

Veo que está escribiendo y que deja de hacerlo, espero un poco y decido ir al grano.

Parece ser que el
sábado nos vemos._ 10:03

¿Los vas a
traer tú?_ 10:04

Tengo la impresión de que se ha sorprendido, o más bien de que no le hace mucha gracia.

Sí, aunque igual no
nos vemos, no sé si
me quedaré._ 10:04

No escribe, sin embargo, está en línea, así que continúo.

Mira, Joel, no sé muy bien de quién ha sido la idea de esto, pero tienes que hablar con Gonzalo y decirle que deje de escribirse con Claudia. No es sano para ella._ 10:05

El microondas salta, saco la taza, cojo una cápsula y la pongo en la *Tassimo*. En ese momento entra Fer y el chat de Joel vuelve a saltar.

Miro el mensaje y frunzo el ceño.

Igual deberías hablar directamente con él._ 10:06

«¿En serio? ¿No me va a ayudar?».

—¿Algún problema? —pregunta Fer.

—¿Eh? No, bueno, tengo que resolver un asunto que tiene que ver con tu sobrina adolescente y parece que quien debería echarme un cable no está muy dispuesto.

—¿Quieres que hable con Claudia?

Levanto la vista del móvil para mirarlo como si le hubieran salido dos cabezas.

—Nooooo, de esto mejor que no hables con ella, es un tema delicado —contesto con una sonrisa.

Se preocupa tanto por mis niños que...

—¡Ah, bueno! Si son cosas de chicas, mejor no me meto —dice en un tono impregnado de curiosidad.

Me apiado de él y decido contarle al menos algo.

—Son temas del corazón. El año pasado se encaprichó de un chico bastante más mayor que ella y al parecer aún no se le ha pasado. Le estoy pidiendo a un amigo suyo que hable con él y le diga que deje de seguirle el juego.

—¿Él no está interesado? —pregunta como si le pareciera increíble que no se pillen por su sobrina.

—Más le vale que no. Le dobla la edad —aclaro para que se entere bien.

Su cuerpo reacciona separándose de la encimera en la que estaba apoyado como si se pusiera en guardia.

—¡Joder! —exclama.

—Eso es precisamente lo que trato de que no suceda por todos los medios.

—¡No lo estarás diciendo en serio! —exclama alarmado.

—¡Claro que no! —alzo la voz—. Era una broma, pero es un tipo muy vacilón y le cuesta frenarse con Claudia, creo que le encanta tenerla embobada y eso se tiene que acabar.

—¡Por supuesto!

Me hace mucha gracia que de repente se ponga en plan protector con mi niña y me doy cuenta de que estoy sonriendo y que estoy a gusto hablando de esto con él.

El móvil vuelve a saltar y le presto atención.

De todas formas
para que te quedes
tranquila, está saliendo
desde hace unas semanas
con una chica._ 10:08

—¡Bien! —exclamo en voz alta.

—¿Buenas noticias? —pregunta.

—Más que buenas —contesto mientras sigo tecleando.

Pues procura que
se entere de una
forma sutil._ 10:09

Está bien, pero
sigo pensando que
deberías ser tú la
que hable con él._ 10:08

Ya hablé de esto con él
hace más de un año y
mira cómo estamos._ 10:09

Contesta con un emoticono encogiéndose de hombros y resoplo. No parece entender que esto me preocupe.

Bueno, te dejo.
El sábado los llevo._ 10:10

Perfecto._ 10:10

Ya no hay despedidas cariñosas ni besos.

Al principio del final, por llamarlo de alguna manera, nuestras despedidas seguían impregnadas de cariño y de esos pedacitos de amor de los que tanto nos ha costado desprendernos. Creo que mi tristeza se ha convertido en melancolía.

—Oli..., ¿todo bien? Creía que eran buenas noticias.

—¿Eh? —Supongo que ha visto mi expresión y lo he confundido—. Sí, sí. Lo son. Al parecer el chico tiene novia, así que cuando se entere Claudia, espero que se le vaya pasando.

—Vaya, le va a tocar pasar un mal trago —admite con pesar.

Cojo el café, que ya se habrá templado, y le doy un sorbo analizando su semblante.

«¿Qué hace aquí?», me pregunto. No se está preparando nada de beber.

Nos mantenemos la mirada unos segundos.

—A todos nos han roto el corazón alguna vez —digo intencionadamente—. ¿A ti no? —le pregunto dejándome llevar por todas esas dudas que están echando raíces en alguna parte de mi interior.

Levanta una ceja mientras me mira y estira los labios a modo de sonrisa, pero, no sé por qué, no parece una real.

—Estaba pensando en que si hoy tienes un rato cuando acabemos, pido algo de comer y podemos empezar con una lluvia de ideas sobre el evento de los *Scouts* —propone evitando contestar a mi pregunta.

Supongo que nuestra recién recuperada amistad aún tiene límites infranqueables que gritan rojo en ciertos temas.

—Sí, hoy puedo quedarme.

—¡Estupendo! —exclama con una palmada—. Vete pensando qué te apetece: chino, turco, tailandés, italiano, ¿una ensalada? —Me guiña un ojo para terminar de romper esa especie de tensión que ha creado mi, al parecer, inoportuna pregunta.

Le doy el último trago a mi bebida y contesto.

—Me lo voy pensando según el hambre que tenga. No todos los días el jefe me invita a comer.

—¿Quién ha dicho que voy a invitarte? —inquire con asombro fingido.

—¡Uy! Se me había olvidado que tengo algo mejor que hacer cuando acabe mi jornada —le contesto.

Niega con la cabeza y sonrío.

—Pues claro que invita el jefe. Más bien invita *Seven*, esto va a ir a gastos de empresa.

—Merecerá la pena —digo con el puño en alto.

—Eso espero —replica dándome la espalda mientras sale de la pequeña sala y me pregunto a qué se referirá por el tono que ha empleado.

Solo con esa pequeña interacción, mi día ha mejorado.

Cuando llega la hora de cierre de *Seven*, me zamparía un chuletón. Estoy canina, porque no me ha dado tiempo ni a comerme la manzana.

Fer me espera en su despacho. Abro el cajón de enmedio de mi mesa y miro el cuaderno del cuadro *El beso* de Klimt. Sonrío para mí porque me parece de lo más adecuado utilizarlo después de mi sueño con Fer. Ese que se va disolviendo, pero no tan deprisa como esperaba. Saco el boli que compré a juego y me dirijo a la caja de cristal.

Entro contoneando las caderas y me siento, para su sorpresa, encima de la mesa, pegada al teclado.

—¡Aquí está la señorita Cobos, secretaria a tiempo completo! —suelto de forma espontánea y de cachondeo.

No, no se me ha ido la olla. Ya que vamos a hacer esto, lo disfrutaremos.

Se apoya en el respaldo de la silla y estira las piernas. Pega su mirada a las mías que están enfundadas en unos pitillos y luego sube hasta mi cara. Está serio, pero sus ojos chispean.

—Anda, baja de ahí, coge una de las sillas y siéntate a mi lado. Que no sabemos qué aguante tiene esta mesa.

Resoplo y me bajo.

«¿Me está llamando gorda? o ¿es que nunca ha comprobado su resistencia de otras maneras?». Pienso en Susana y acto seguido me quito la imagen que se me está formando en la cabeza de ellos sobre esta superficie.

—¿Qué te apetece comer?

—Todo —contesto de forma gutural—. Tengo mucha hambre, no he almorzado —termino con rapidez al ver la cara de asombro que ha puesto.

Tampoco es cuestión de que me mal interprete, que cuando me lanzo, ya sabemos que la lío.

—¿Hoy no activas el modo humor? —pregunto cuando veo que saca un fajo de publicidad de comida a domicilio.

—No te conviene que lo active —replica sin despegar la mirada de los papeles.

—Ah, ¿no? —cuestiono en voz baja.

—Te aseguro que no —confirma y esta vez sí que me mira con media sonrisa.

—¡Pues vale! —digo yendo a por una de las sillas de ruedas y la arrastro hasta su lado.

Será mejor dejarlo estar.

—Elige. —Me pasa la publicidad y coge el cuaderno—. Me encanta este cuadro.

«Y a mí, y a mí», me relamo en mi interior porque yo sí estoy en modo flirteo cuando no debería y lo sabemos.

Voy pasando una a una la oferta de menús de los diferentes restaurantes, sin tener muy claro qué pedir porque, conforme veo el siguiente, me apetece todo lo que me muestran las fotos. Un sonoro rugido de mi estómago a modo de protesta resuena en el despacho.

—¡Anda, trae! —dice Fer quitándome de las manos la publicidad. Me quedo con la boca abierta mientras lo miro—. ¿Te gusta el turco? En esta misma calle hay uno que cocina muy bien y va a ser lo más rápido en llegar.

—¡De acuerdo! —exclamo cuando me recupero de su actuación dominante—. Un *dürüm* mixto.

La verdad es que sí me gusta y ahora mismo cualquier cosa me viene bien.

—Pues marchando. ¿Algo de beber? —pregunta con tono impaciente.

—Coca-Cola zero —respondo ante su ceja elevada, aunque en realidad no me apetezca demasiado.

Hace el pedido y enseguida me cuenta sus planes para la comida.

Quiere contratar un *catering* para que nos sirva en la sociedad y así estar más tranquilo, y alquilar un reproductor para emitir los vídeos de las fotos.

—Se me ha ocurrido hacer un detalle como recuerdo aprovechando los recursos de la empresa, tenemos que pensar en qué. El típico llavero va a estar en el bombo, pero si se nos ocurre algo más original, mejor.

Asiento y tomo nota.

Empresas de *catering*, alquiler equipo audiovisual, referencias, detalle/recuerdo.

—Pues siguiendo con la misma tónica, y haciendo uso de esos recursos..., podríamos hacer un *Photocall* —sugiero.

Me mira con ese gesto tan típico suyo de elevar las cejas y llevarse la mano a la mandíbula como si lo estuviera considerando.

—Parece que se lleva bastante en las bodas ahora.

—En cualquier tipo de evento. Es algo divertido y un bonito recuerdo visual.

—Tienes razón. Igual deberíamos de incluirlo en nuestro catálogo también.

Sonríó. Es una idea que siempre me ha rondado por la cabeza y que me parecía una buena opción para que ofertara la empresa.

—Ya habías pensado en ello, ¿no?

Me encojo de hombros a modo de respuesta.

—Podemos comprar unas pelucas, gorros, collares de flores y hacer un marco con el logo de los *Boys Scouts* para hacer las fotos. También unos bigotes, barbas y una cesta para meterlo todo. Podemos mirar en el almacén oriental que tenemos en esta misma calle y por poco dinero.

—Me parece bien. Pide factura de todos los gastos. Tendremos que calcular el precio por persona incluyendo todo. A ver qué empresa de *catering* encontramos que nos dé bien y no se suba a la parra.

—Mañana me pongo con ello, aunque no sé si me podré quedar a comer.

—Si tienes algún rato libre dentro del horario laboral, puedes emplearlo en eso —propone serio.

—¿Me das permiso para estafar a la empresa? —le pregunto con una falsa expresión horrorizada.

Levanta la ceja y me muerdo los labios disimulando una sonrisa.

—Lo haré —le aseguro, y cambio mi expresión a una más seria al ver que se resiste a mis bromas.

Llaman y voy a mi cubículo para abrir al repartidor.

Comemos mientras se nos van ocurriendo ideas tanto para el detalle como para el menú.

Tras tomarnos un té, y apuntar un par de cosas más, me levanto dando por terminada nuestra primera jornada de organización.

—Mañana buscaré opciones de restauración y comenzaré a valorar menús y presupuestos.

—Perfecto —aprueba mientras se pone la cazadora y coge el casco—. Y sobre lo de antes... mientras no interfiera en el trabajo, puedes hacerlo durante la jornada.

—Lo sé, solo estaba bromeando —le digo inclinando la cabeza y él asiente todavía serio.

Esto no va a ser fácil y voy a tener que andarme con cuidado. No sé en qué punto estamos ahora. Si estamos recuperando una amistad perdida desde hace más de veinte años, como yo creía, o solo soy una mera herramienta para su proyecto *Boys Scouts*.

No juegues con fuego o acabaremos hechos cenizas.

Capítulo 10

Salgo de la ducha dándole vueltas de nuevo al comportamiento de Fer estos dos últimos días.

Tras nuestra lluvia de ideas del miércoles, no hemos vuelto a quedarnos después del trabajo. Bueno, en realidad, yo no me he vuelto a quedar.

El jueves, tras contactar con varias empresas de *catering*, que nos ofertaron sus menús y presupuestos, me presenté en el despacho para saber si quería que los mirásemos juntos al terminar o prefería que lo hiciéramos el viernes. Ni siquiera me miró, me pidió que se los dejara en la mesa y que ya les echaría un vistazo. Incluso bromeé sobre el tiempo que le había robado a la empresa en el proceso y me ignoró. Me quedé algo descolocada y con ganas de preguntarle si le pasaba algo, pero me mordí la lengua y volví a mi trabajo. No era de mi incumbencia, aunque no pude evitar preguntarme varias veces a qué se debía su cambio de actitud, si era solo hacia mí o con todo el mundo.

El viernes alguien, por el grupo de guasap, le preguntó cómo iba el tema de la comida y solo contestó que todo iba sobre ruedas, sin dar ninguna otra explicación. Como a veces hacía alguna broma o daba algo de conversación y esta vez no lo hizo, me imaginé que no estaba de buen humor.

—¡Claudia, Luc! ¿Cómo vais?

—Yo casi estoy —contesta mi hija.

—¡Yo llevo rato esperando, tardonas! —grita su hermano desde la sala de estar.

—Vamos bien de tiempo, así que tranquilo —le digo para que no pierda la paciencia.

Termino de aplicarme el carmín y busco el bolso para meter el lápiz de labios dentro. Cojo la cazadora y el pañuelo y me encuentro de frente con Claudia. Se ha puesto una camisa blanca, una minifalda escocesa, unos calcetines por encima de la rodilla y sus botas altas. Va maquillada como para desfilarse en una pasarela.

Suspiro de forma interna y evito decirle nada, no tengo ganas de enfrentamientos hoy.

—¡Vamos! —les apremio y salimos de casa.

No puedo evitar sentir algo de aprensión conforme nos acercamos a La Moraleja. Todo el tema de Fer me ha mantenido distraída del partido de hoy, pero ahora que el día ha llegado, demasiados recuerdos se agolpan en mi cabeza.

«Tengo que volver a Christian», pienso.

Subimos por las gradas y buscamos un buen sitio. No hay mucha gente.

En cuanto salen los jugadores se escuchan silbidos y gritos de ánimo por ambos lados de la pista.

Oigo el grito de una mujer nombrando a Joel y la busco entre el público. Está de pie y saluda con la mano. Es una chica joven de pelo castaño. Miro hacia la pista, Joel le devuelve el saludo y luego me mira, como si supiera, antes de hacerlo, donde me encontraba. Una punzada me atraviesa el estómago.

«¿Estoy celosa?», me pregunto extrañada de tener ese sentimiento. Enseguida comprendo por qué Joel no parecía demasiado entusiasmado cuando le dije que traía yo a los chicos.

Está saliendo con una chica.

«Debería de sentirme contenta y aliviada», me reprendo, y sé que en el fondo lo estoy, pero debe de estar a muchos metros de profundidad.

Maldito sentimiento de posesión que, por lo que veo, nos persigue a todos. ¿Os ha pasado alguna vez? Decidme que sí, que es lo habitual, porque creo que no me gusta ser así. Fui yo la que acabé con todo, la que deseaba que fuera feliz con otra mujer, por eso esto no tiene sentido.

Cuando vuelvo la vista al partido que acaba de comenzar, Claudia aprieta mi muslo.

—¿Estás bien?

Asiento con un amago de sonrisa y centro la mirada en los jugadores. Está Sergio, Gonzalo y otro chico que no conozco a parte de Joel. Siento cierto alivio al darme cuenta de que no juega Berto. Llevo mucho tiempo evitando un encuentro con él, en realidad, con los dos, con Laura también. Así que rastreo las gradas con disimulo para ver si ellos también han asistido al partido. No los veo, y en mi escaneo me vuelvo a topar con la chica. Justo en ese momento se le acerca otra, se sienta a su lado y se besan. No hace ningún gesto de saludar ni llamar la atención a nadie, pero es que el partido está en marcha, y me pregunto si es la que está saliendo con el barbas.

Tras un rato de ver el juego, y darme cuenta de que me remueve demasiadas cosas, decido marcharme y volver a por los chicos cuando me avisen.

—Creo que me voy a dar una vuelta por el centro comercial e igual aprovecho para hacer la compra —les comento mientras me pongo en pie—. Mandadme un guasap cuando acabe el partido o cuando hayáis terminado de hablar sobre lo del torneo de verano.

—¡Vale! —exclama Luc, sin perder la vista de la competición.

Claudia se levanta y me da un abrazo.

Supongo que se ha dado cuenta de que no se me pasan las cosas tan rápido como ella cree y que necesito salir de aquí.

—Gonzalo me ha dicho que les esperemos fuera de los vestuarios, así que en cuanto el enano acabe de hablar con Joel, te escribo.

—De acuerdo, y si os apetece nos quedamos a comer algo por aquí o nos vamos a casa.

—Eso dependerá de las noticias que le den —dice inclinando la cabeza en dirección a su hermano.

Estiro los labios y le enseño mis dientes apretados encogiendo todo el cuerpo. Luc no suele tener muchas rabietas. Siempre ha sido muy bueno y se está haciendo mayor, pero no sé cómo se puede tomar que no lo acepten en el equipo.

—Pronto lo sabremos —confirmo.

—De todas formas, acuérdate de que papá ha quedado en ir a buscar a Luc antes de comer.

—Es verdad, pero bueno, tampoco creo que le importe si tiene que ir más tarde.

Le doy un beso a mi hijo en la cabeza para no distraerlo y me voy sin volver a mirar ni a la grada ni a la pista.

El verano ha inundado los escaparates de las tiendas cuando todavía queda una eternidad para que llegue.

Tengo ganas de vacaciones, de ver el mar y sentir el calor en mi piel, de oler a salitre, de cargarme de energía junto a Carol.

El trabajo y la rutina consiguen que los meses pasen deprisa, pero algunos fines de semana se me hacen eternos.

Hago la compra y cuando estoy en la cinta del cajero suena el guasap. Es Claudia.

¿Dónde estás?_ 11:52

Terminando en el súper._ 11:52

Pues vamos para allá._ 11:53

Ya os voy a buscar a la entrada.
Dadme cinco minutos._ 11:53

No. Nos acercamos
nosotros._ 11:53

Tengo la ligera sensación de que las cosas han ido justo como pensaba: Mal.

Os espero en la puerta
principal._ 11:54

Mejor en la salida
del parquin._ 11:54

Hoy comemos en casa, está claro.

Me doy toda la prisa que puedo para llegar hasta el coche antes que ellos y que no me tengan que esperar demasiado.

Cuando salgo, todavía tardan en llegar un par de minutos.

En cuanto se montan y el silencio inunda el habitáculo, mis sospechas se confirman.

—¿A casa? —pregunto aun sabiendo la respuesta.

—¡Síííí! —responden a la vez.

Luc está sentado de copiloto muy serio y con los brazos cruzados.

—¿Qué te ha dicho Joel? —le pregunto.

—¡Ya lo sabes! —contesta enfurruñado.

—Sí, está claro que te ha dicho que no, pero ¿qué motivo te ha dado?

—Me ha dicho que, a pesar de mi compleción y de que he mejorado mucho en el juego, no tengo la edad suficiente y que, aunque sea un torneo no profesional, tengo que estar federado.

—Eso es cierto, pero está claro que lo más importante es lo de la edad —le digo acariciándole el muslo.

Gruñe como respuesta.

Miro por el retrovisor y observo a Claudia, callada y con la vista baja.

Habría esperado escuchar saliendo de su boca un «¡ya te lo dije mamá, cabezón!»! o algo de eso, y no ha dicho ni mu.

—¿Al menos el partido ha estado bien?

—Sí, han ganado, aunque ha estado muy reñido —me cuenta Luc.

—¿Claudia? —le pregunto porque necesito ver algún tipo de reacción en ella, que me dé una pista de cómo está.

Nuestros ojos coinciden por el espejo y vislumbro mucha rabia y decepción en ellos.

—No parecían estar en plena forma —dice de forma despectiva.

Confirmado. La otra chica era la pareja de Gonzalo, porque teníais la misma sospecha que yo, ¿verdad?

El resto del trayecto lo hacemos en silencio, y en cuanto llegamos a casa Claudia se encierra en su habitación. Yo me preparo una infusión digestiva mientras hago la comida para nosotras, ya que tengo el estómago algo revuelto, y a pesar de que me he distraído por el centro comercial, ese malestar no se me ha pasado.

En cuanto Luis llama para que baje Luc, pongo la comida en la mesa.

Abraza a mi pequeño en la puerta y se agarra a mí suspirando.

—Venga, grandullón, esto solo ha sido un revés. Ya encontraremos un equipo de vóley en el que encajes —le susurro en el cuello.

—Yo quería competir con ellos —emite decepcionado como el niño que todavía es.

—Lo sé, cariño, lo sé.

Lo beso y veo cómo llama al ascensor con la cabeza hundida entre sus hombros antes de cerrar la puerta.

—¡Claudia! ¡A comer! —la llamo.

No tarda en aparecer y me sorprende al verla con la cara desmaquillada y en pijama.

—¿Te encuentras bien?

Se encoge de hombros a modo de contestación.

—¿No ibas a salir hoy con las amigas?

—Ya no me apetece —dice escueta.

Da vueltas a la ensalada César que le he servido, sin comer.

—¿Me vas a decir qué te pasa?

—No hay nada que contar, estoy cansada.

Acepto que no quiera contarme lo de Gonzalo; sabe lo que opinaba al respecto y para ella es como una derrota ante mí, pero me duele ver cómo se guarda su dolor. Además, en algún momento, se lo contará a alguna de sus amigas. Casi prefiero que ahogue sus penas aquí en casa, en vez de salir por ahí. ¡A saber, cómo acabaría! Todas sabemos lo que es perder un amor a esa edad y ayudarnos del alcohol para olvidar.

Recuerdo cuando me quedé tan decepcionada al darme cuenta de que para Fer solo sería una amiga, o menos que eso.

Ese sábado salí con Paula y me maquillé como nunca y, antes de que se cumpliera el toque de queda que había en mi casa, acabé vomitando entre dos coches de la cogorza que me había pillado. No quise hablar con él en una semana. Una miserable semana duró mi enfado con él, hasta que Luis empezó a flirtear conmigo sin parar. A rey muerto... y, ¡qué narices!, era mucho más guapo que él.

Tenerte tan cerca derrumba mis barreras.

Capítulo 11

Ha sido un fin de semana de lo más extraño.

Claudia ha estado encerrada en su cuarto hasta ayer a la noche que salió y se acurrucó a mi lado en el sofá sin pronunciar palabra. Respeté su silencio y la acaricié reconfortándola.

Tiene el corazón roto y, aunque sabemos que más pronto que tarde, debido a su edad, no tardará en reconstruir sus pedazos, hay que pasar por ese dolor y eso no se lo quita nadie.

Respecto a mí, en estos momentos no me entiendo ni yo. Los sentimientos que me provocó ver allí a esa chica fueron más intensos que ver a Joel en la pista y eso me tiene desconcertada. Más ahora que parecía tenerlo superado. ¿Orgullo herido? Probablemente.

Las últimas semanas, volver los lunes a trabajar, tenía cierto aliciente.

Entre mi sueño, los mensajes de Clara intentando sobornarme para robarle una foto a nuestro antiguo compañero de campamentos mientras trabaja, o sus fantasías calientes con él de protagonista, me alegraban el inicio de semana. Pero hoy no hay mensajes, la sombra de unos celos incomprensibles y el cambio de actitud de Fer de los últimos días, me animan a, por primera vez en la vida, simular alguna afección y quedarme en la cama como ha hecho Claudia el fin de semana. Parece que mi vida vuelve a estar meses atrás y no lo entiendo.

«¡Pero yo no soy así!», pienso mientras me miro al espejo, me recojo el pelo en una cola y me maquillo en tonos *nude*, haciendo fiel reflejo de cómo está mi ánimo.

Suena el móvil mientras conduzco y pulso el manos libres sin mirar siquiera quién es.

—¿Dígame? —contesto.

—Bueno, bueno, bueno. Ahí va mi morena preferida a cuidar de mi Adonis. ¿Qué tal el fin de semana?

La voz de Clara me hace sonreír. No ha habido mensajes, pero ya conoce mis rutinas y sabe que en estos momentos voy en el coche de camino al trabajo y, con solo esta llamada, mi humor taciturno cambia.

—Muy casero, nada que contar. ¿Y el tuyo?

—Pues en plan geriátrico. Mi madre, mi exsuegra...

—¿Cuál de ellas? —pregunto de cachondeo.

—¡Anda, calla! Mejor cambiamos de tema. ¿Cómo va la organización del evento?

Me río, porque la vida de esta mujer es un auténtico culebrón.

—No tengo mucho que contarte. Ya tenemos una lista de *catering* y decididos otros detalles que no te voy a decir ya que van a ser sorpresa, pero tu amor de telenovela ha estado muy ocupado y no sé si ha decidido por su cuenta elegir el menú y la empresa que nos lo sirva —le informo sin entrar en detalles.

—La verdad es que está muy callado en el chat y es raro.

«Sí lo es», pienso. Algo, no sé qué, me impide preguntárselo y puede ser que nos falte mucho para llegar a ese punto de confianza.

—Luego le doy un poco de caña a ver si resucita —se carcajea—. Te dejo, Oli, que llega el

metro y no me vas a oír.

El chirrido típico del vagón ahoga nuestra conversación y me despido.

Creo que Estrella se ha liado con uno de los becarios. No es seguro, pero hay mucha tensión en el ambiente y ciertas miradas que no son precisamente agradables. Y es que involucrarse con ella, sea de la manera que sea, tiene más riesgo que hacer *puenting*. Es una gran comercial y se vale de ello porque, a pesar de que a Fer estos temas no le hacen mucha gracia, es el primero en ocultar su relación con Susana, nuestro jefe, en caso de problemas, a quién sacrificará es al becario, y ella lo sabe.

Solo son conjeturas, no soy muy objetiva con lo que me implica a mí, pero con lo que respecta a los demás soy más intuitiva, y en cuanto entró aquel chaval y la miró embobado, supe que habría problemas. La otra becaria es una chica que se ha pegado como una lapa a Susana y es hasta complicado tomarse un café a solas con ella, así que estas últimas semanas casi ni hemos hablado.

Me acerco a mi mesa y observo a las dos en la de Susana. Lina, la becaria, está sentada delante del ordenador y mi compañera está inclinada sobre su espalda y parece comentarle algo. Creo que está disfrutando de poder enseñar y transmitir todo lo que sabe. Las saludo y me corresponden con un gesto de la mano.

El despacho de Fer está vacío y miro el reloj de muñeca, me extraño de que llegue tarde.

El olor a café *mocha* me alcanza antes de notar la presencia de mi jefe. Trae una de esas bandejas con dos envases para llevar de *Starbucks* y la boca se me hace agua. Nunca le he visto traerle café a Susana y me extraña que, con ese gesto, haga evidente eso que esconden.

—Buenos días, Oli —saluda parado en mi mesa—. He estado hablando con Claudia y me ha dicho que no has desayunado —dice depositando uno de los envases en mi mesa.

Lo miro perpleja y parpadeo varias veces; no sé de lo que estoy más extrañada, si de su amable saludo, que dista mucho de el del viernes pasado cuando me ignoró al despedirme, de ese café que todavía humea y me hace salivar o de que haya estado hablando con Claudia. ¿Cuándo? ¿Dónde?

—¿Has estado hablando con Claudia? —cuestiono sin parecer demasiado sorprendida.

Os han quedado claras cuales son mis prioridades, ¿no?

—Sí —confirma sin tapujos—. Hablo con ella todos los lunes y este estaba más interesado en saber qué tal le había ido el fin de semana después de lo que me contaste.

—¿Y? —pregunto por si resulta que a él le cuenta más que a mí.

—Me ha dicho que no has desayunado. —Tira por la tangente con media sonrisa; no me va a contar nada—. Y que te encanta este brebaje del *Starbucks*.

Me resulta gracioso que mi hija, de alguna manera, haya utilizado a su tío para complacerme después de su silencioso *finde*.

Tengo que solucionar esta falta de comunicación por su parte. Tiene que aprender a hablar las cosas y no guardárselas como hice yo durante tantos años.

Le sonrío y él... me sonrío.

—Gracias.

—No hay de qué. Necesito a mi secretaria a tiempo completo —dice, guiñándome un ojo. Creo que me sonrojo. «¿Estoy tonta o qué?»—. ¿Puedes quedarte hoy un rato y miramos los menús? No te entretendré mucho.

—Un rato, sí.

—¡Perfecto! Que aproveche.

Levanto el vaso de papel a modo de despedida y me pregunto si el jueves había luna llena, transformó a mi jefe y hoy lunes me lo ha devuelto.

¡Madre mía! Pensaba que las de los altibajos emocionales éramos nosotras, y antes de llevarme la bebida a los labios, mientras observo su espalda, me cruzo con la mirada intensa de Susana. La expresión de sus ojos me hace sentir culpable, pero yo no he hecho nada, ¿no? Solo he tenido un sueño y él es el que me ha traído el café.

Estiro los labios en un amago de sonrisa y me doy la vuelta en mi asiento. Soy una paranoica. Punto.

Acabo el café, ya casi frío, una hora después, era tamaño *tall* y para mí es como un camión cisterna, si lo hubiera tenido en un termo me habría durado media mañana. Su sabor dulce a chocolate permanece todavía en mi boca y me siento saciada.

Ya que no me hace falta tomarme un descanso para tomar café, aprovecho para mandar un mensaje a Clara y darle un poco de envidia.

Hoy mi jefe, que no el
tuyo, me ha traído mi
bebida favorita del *Starbucks*.
Lo tengo en el bote ;)._ 10:03

No sé muy bien por qué he dicho eso último. Bueno, sí lo sé. Por joder un poquito.

¡Pero qué cabrona eres!
Pues espero que te dé
cagalera, y que sepas que
un día de estos me lo follo. _ 10:03

Suelto una carcajada espontánea y le mando besitos. Está claro que mi día ha mejorado notablemente.

—Hola —me saluda Susana sorprendiéndome y salgo de la aplicación al instante como si me hubieran pillado en un renuncio.

—Hola, ¿qué tal con Lina? —pregunto todavía con la sonrisa en la boca.

—¡Ufff! Bien, pero es algo intensa —resopla.

—Ya me he fijado que no te deja ni a sol ni a sombra.

—Sí, tengo que escaquearme de vez en cuando para ir al baño y tomarme un respiro. Y... esa carcajada, ¿a qué se debe? ¿Algo interesante que contar? —pregunta cómplice. Y qué queréis que os diga, Susi me cae bien, pero a mí no me engaña.

—¡Qué va! Clara, una de las chicas de los *Boys Scouts*. Una de esas sorpresas que me ha traído este reencuentro.

—¡Uy, sí! Ya me ha dicho Fer ...—dice su nombre de manera lánguida—... que estáis a tope con eso —termina con cierto tono poco apreciativo.

¡Ay, madre! ¡Está celosa! Comprendo que está muy implicado y no recibirá las atenciones habituales.

Soy un poco bruja, lo sé.

Sonrío con los labios apretados.

—La verdad es que organizar un evento de estos trae cola, hay que meter horas y nunca sabes si va a salir como esperas, no te creas que es precisamente divertido —le aclaro por si le entran dudas.

—Bueno, lo importante es que vosotros —hace un gesto con la cabeza hacia el despacho de nuestro jefe—, volvéis a ser *amigos*.

Y la forma de decir *amigos*, no sé por qué, me suena con retintín. Está claro que eso de que estoy paranoica no es cierto.

—Ya ves, lo que no hemos conseguido de adultos lo ha conseguido esta especie de túnel del tiempo en el que nos hemos metido, volviendo al pasado y a la adolescencia. Pero eso era lo que querías, ¿no? Que nos reconciliáramos.

—Sí, sí.

—Pues la cosa va bien —le digo poniendo la mano en su muslo que reposa encima de mi mesa.

¡Ay que joderse con la niña! ¿Ahora sí, ahora no? ¿En serio? Estáis viendo lo mismo que yo, ¿no? Me ve como una amenaza.

Me descojono en mi interior. Otra como Carol que ve cosas donde no las hay, ¿o sí?

No. No puede ser.

—Y cuando todo esto acabe, volverá todo a la normalidad, ya verás —la consuelo—. Bueno. —Me levanto—. Voy al baño, que ese tanque de café me tiene la vejiga a punto de explotar.

Se pone seria y se aparta.

No debería de haberle recordado lo del café, pero es que me jode que todos los que me rodean se hayan vuelto de repente bipolares, y esa mierda me esté afectando a mí, incluido mi jefe.

Cojo el cepillo de dientes, la barra de labios y desaparezco de la visión de todos ellos. Ya no me apetece seguir con ese sabor a café y chocolate.

Mientras me pinto los morros me llega un guasap.

¡Hola, peque!

¿Cómo lo llevas?_ 10:45

Es Raquel.

La verdad es que hace un siglo que no hablamos si no es por el grupo y, con eso de que ahora tenemos dos desde mi sueño, tampoco lo usamos mucho por eso de no meter la gamba.

¡Hola, *amore*!

Bien, ¿y tú?_ 10:46

¿Tienes un par de minutos para hablar?_ 10:46

Sigo en el baño y estoy sola, así que no me lo pienso y la llamo.

—¿Qué pasa, cariño? —pregunto preocupada en cuanto descuelga.

—Nada, todo va bien. Solo quería pedirte un favor —dice con cierta vocecilla.

Me imagino que necesita que me quede con Lucía, por lo general no puede contar con su

familia cuando necesita hacer algo sola y Pepe está trabajando.

—Por supuesto, si está en mi mano dalo por hecho —le aseguro.

—Necesito que el viernes nos juntemos en el Polenta. *Todas*. —Aprieto los ojos y suspiro —. Oli, por favor. Tenéis que solucionar las cosas tanto para bien como para mal. ¿Estuviste el sábado en el partido con los niños? No nos comentaste nada y anoche me llamó Laura y me dijo que te vio en el club.

Abro los ojos de par en par, asombrada.

—¿Estaba? No la vi.

—Llegaron poco antes de que te fueras.

Siento esto como una encerrona, pero si en algo tiene razón Raquel es que hay que zanjar esto para bien o para mal. La vida sigue y está poniendo a cada uno en su lugar. A Joel conociendo a una chica, aunque me escueza un poquito, a mí en un túnel del tiempo y a Laura... a Laura la puso en su sitio hace mucho tiempo y era lejos de mí. Ya veremos ahora si se queda dónde está o qué.

—Está bien —accedo.

—¿Sí? —emite con un chillido.

—Sí, pero no te emociones que no sabemos cómo va a acabar el tema. Y Raquel...

—Dime —dice cautelosa.

—No vuelvas a hacerme esto. —Y cuelgo.

Me conoce, sabe que se ha excedido y que me ha molestado.

Los guasap con el sonido del grupo de las *Sister Brown* no tardan en llegar y los ignoro con premeditación. Esta noche, si tengo ganas, los contestaré; de momento silencio el grupo y me vuelvo a mi cubículo.

—He encargado un par de ensaladas de ibéricos y queso de cabra —susurra Fer a mi espalda y se me eriza la piel.

Estaba tan concentrada que no lo he sentido acercarse, y mirad que la fragancia que utiliza avisa siempre antes de que llegue.

Me quito las gafas, miro el reloj y veo que ya es la hora de salir.

—Se me ha pasado la mañana volando —suspiro.

—¿Te parece bien?

—¿El qué? —pregunto sin saber a qué se refiere.

—Lo de las ensaladas, el otro día te vi mirando el folleto del restaurante de abajo.

—¡Ah, sí! Creí que solo iba a ser un rato.

—Sí, pero con la hora que es, y ya que vamos a hablar de comida, mejor pedimos algo, que para cuando lleguemos a casa...

—De acuerdo, termino esto y voy para el despacho.

Asiente y se retira. Tengo que poner distancia, porque no es normal que en vez de sorprenderme haya tenido esa sensación cuando se ha acercado. Es como si mis sentidos, después de permanecer aletargados tantos meses, lucharan por brotar con necesidad de florecer, pero ¿por qué con Fer? ¿Por qué esos sentimientos despiertan ahora después de tantos años enterrados? Si ni siquiera los recordaba.

Susana, Estrella y Lina se despiden y cogen el ascensor. Cristal y el becario no tardan mucho más en hacer lo mismo, veo que van demasiado juntos y que Jorge les sigue muy de cerca.

Apago el ordenador, saco mi cuaderno de *El Beso* y, justo antes de levantarme, se abre de

nuevo el ascensor y Susana entra de nuevo en la oficina.

—¿Se te ha olvidado algo? —le pregunto.

Me sonrío, pasa de largo y en vez de ir a su mesa se mete en el despacho de nuestro jefe.

No puedo evitar girar la vista hacia el cubo de cristal y ver cómo la mira sorprendido, se aleja de la mesa con la silla y ella se abalanza sobre él para besarlo. Al principio no reacciona, pero Susana se acomoda sobre sus piernas y Fer acaba rodeándola con los brazos.

Resoplo por la nariz, aparto la mirada y espero a que terminen.

«¡Muy bien, Susana! Ya has marcado con lápiz de labios tu territorio, tranquila » , le digo a la imagen que acabo de ver y aún permanece en mi cerebro.

Y yo... Y yo tengo que dejar de utilizar a Fer como vía de escape a mi revolución hormonal, porque eso tiene que ser. Eso, mis sueños adolescentes y la *perraca* de Clara con su machacona imagen de Fer rodeando su cuerpo.

Oigo la puerta cerrarse y me dispongo a ponerme en pie.

—¡Hasta mañana, Oli! —se despide y me guiña un ojo.

—¡Hasta el martes! —exclamo toda sonrisas.

No sé qué me da a mí que, el café *mocha*, ha marcado un antes y un después en mi relación con Susi.

Me encojo de hombros y me dirijo hacia el despacho con mis besos de Klint bajo el brazo. Entro, arrastro una de las sillas como el otro día y me pongo al lado de Fer.

Tiene una caja de pañuelos de papel encima de la mesa debido a su rinitis, cojo uno y sin mediar palabra, se lo entrego, carraspea, se limpia el carmín y saca las hojas de los presupuestos que le dejé el jueves.

—¡Al tajo! —exclamo para que no perdamos el tiempo.

Si voy a perder la batalla, prefiero luchar en mitad del campo.

Capítulo 12

Llego a casa agotada. Suelto el bolso encima de la butaca del salón y empiezo a quitarme la chaqueta, estoy asfixiada.

Como si fuera un quejido, el sonido del móvil interrumpe mi acción y suspiro.

—De verdad, ¿eh? —digo en alto.

Miro quién llama sin intención de coger, pero es Carol.

—¡Hola, *amore!* Dame un segundo que pongo el manos libres para poder terminar de quitarme ropa o me va a dar algo, ¡pero qué calor hace hoy!

—Hola, *Olilove*. Ya lo creo, se nos ha echado el verano encima otra vez. Pensaba que ya llevarías rato en casa.

—Mi jefe, que está a tope con lo del evento y me ha pedido que le eche una mano, ¿o ya te lo había dicho?

—¿Una mano? Qué interesante —dice con voz sugerente—. No. No me lo habías dicho. Por cierto, ¿cómo lo llevas después de tu sueño?

—Bien, bien. Fue una tontería que ya se me ha pasado —miento un poquito, porque no quiero darle una importancia que no tiene, y más después de lo de hoy—. Ahora tengo otras cosas que me ocupan la cabeza gracias a nuestra amiga Raquel.

—No has dicho nada en el chat —expresa con voz queda.

—Es que no he leído nada. Me iba a poner al día cuando llegara a casa —le explico mientras voy a la habitación a ponerme cómoda.

—¿Vas a ir?

Carol nunca me presionaría, pero esto les afecta a ellas también y sé que tiene ganas de que se solucionen las cosas.

—Voy a ir —contesto con convicción.

—Y vas a ir en plan... —deja inconclusa la frase.

—En plan me apetece como el culo, pero ya vale de eludirlo. Si te soy sincera, no creo que sirva de nada. Nuestra amistad nunca volverá a ser lo mismo y lo sabes, lo sabéis, pero oye, si hay que hacer el paripé, se hace.

—¿Tú? —inquieta incrédula.

—Soy una profesional, ¿o ya no te acuerdas de mis años de entrenamiento?

—Pensaba que eso se había acabado... —dice con tono triste.

—Bueno, yo no he propuesto lo del viernes —concluyo.

Se hace el silencio y aprovecho para quitarme los botines. Sé que las acabo de hacer responsables de ponerme en esta situación, pero es que es verdad, ¡hostia!

—Si no te apetece no deberías ir.

—¡Pues díselo a Raquel! —exclamo muy lejos de ser simpática—. Mira, Carol, ahora mismo lo único que me apetece es tirarme en el sofá. Luego os leo y decido, queda mucho para el viernes.

—De acuerdo. Venga, descansa y ya hablaremos.

—Tú también. Te quiero.

—Y yo a ti.

Cuelgo con la sensación de haber sido un poco borde. Mi día había empezado mal, luego fue mejorando y al final... al final Susana ha hecho que Fer y yo estuviéramos de lo más incómodos.

Ha sacado los presupuestos, le he dado mi opinión de los que más me gustaban en relación calidad precio, hemos descartado todos menos uno y luego hemos leído los menús y apuntado la posibilidad de sugerir algún cambio. Y todo esto en un ambiente de lo más tenso, ni bromas ni chascarrillos ni mirarnos una sola vez a la cara. Estaba deseando terminar con la ensalada, con todo el tema del menú y venirme a casa. Susi ha hecho bien su trabajo, y en el fondo tengo que admitir que es mejor así. Siento como si estuviera utilizando todo esto con Fer para mantener mi mente ocupada subida en una nube de algo que realmente no existe. En estos momentos solo quiero que pase el evento, que se celebre la comida y... volver a la normalidad. A mi rutinaria y aburrida vida de madre soltera.

Me pongo el pijama, enciendo la tele y me tiro en el sofá. En nada llegará Claudia y me apetece verla para saber cómo está. Ojalá Fer me hubiera contado algo.

Me despierto con el sonido de la puerta. Me he quedado traspuesta.

—¡Hola, cariño! —saludo levantándome del sofá—. ¿Cómo ha ido el día? —La beso y observo su semblante. No parece tener mala cara ni estar triste—. Gracias por el café —musito con una sonrisa.

—¿Qué café? No sé de qué me hablas —sonríe.

La miro con la cabeza inclinada y una ceja levantada. ¿Qué hago con ella?

—Así que hablas a menudo con tu tío —afirmo.

Se encoge de hombros mientras se quita la mochila y el abrigo.

—Fue él el que me regaló el año pasado el móvil por mi cumpleaños. Siempre me había mandado algún mensaje, ya sabes y ...—no termina la frase, como si no quisiera mencionar algo —... pues eso, que empezó a llamarme de vez en cuando y ahora ya es algo habitual. Se preocupa, nada más. Solo quiere saber si estoy bien, si todo va bien.

«Hace un año», pienso. Se me encoge el estómago un poquito al recordar que ahí estuvieron los dos a mi lado y que es probable que aquello les uniera mucho, sobre todo porque llevan sobre los hombros mi secreto. Fer nunca ha dejado a mi pequeña sola en esto y veo que la sigue cuidando y está pendiente de ella.

Siento una especie de desasosiego. Una sensación extraña.

—Y... ¿estás bien? —pregunto con cautela.

—Sí, mamá. No te preocupes. Nada que el tiempo no cure —aclara, y veo en su cara que lo dice convencida, que todo esto de Gonzalo ya es historia y toca superarlo.

—Vale. Pero recuerda que estoy aquí. Que estoy para cuando quieras y lo que necesites, que puedes confiar en mí —le digo con un abrazo—, y que te quiero mucho. No lo olvides.

—Lo sé, y yo a ti también. —Me besa de nuevo—. Tengo mucho que estudiar. Me cojo una manzana y me meto hasta la hora de la cena.

Es una clara advertencia de que no quiere que la moleste.

—De acuerdo. Yo voy a leer un rato, y creo que en cuanto cenemos me iré a la cama. Hoy ha sido un día raro.

—Pero ¿el café te ha sentado bien? —pregunta como si tuviera dudas.

—Me ha encantado el detalle —sonríe—, aunque hayas utilizado a tu tío para ello.

Nos reímos y me doy cuenta de que Fer está perdido con las mujeres de esta familia. De repente me viene a la cabeza que no he abierto el guasap.

Hay varios mensajes del grupo de los *Boys Scouts* en primer lugar y luego el de las *Sister Brown*.

Primero entro en el de los *Boys Scouts* y veo que Fer ya ha anunciado que tenemos *catering*. Hace unos días que confirmamos fecha para el evento ya que podía la mayoría. Será el último sábado de junio. A nosotros nos viene perfecto porque cierra *Seven* y cogemos la primera quincena de julio de vacaciones. Así que, asistiré a la comida y perderé de vista a todos mis compañeros, incluido al jefe. El resto del verano nos organizamos para turnarnos y para preparar los pedidos del comienzo de curso. Esa primera semana coincido con Carol y me voy con su familia de vacaciones, y en agosto me iré con los niños a Lucena a estar con mis padres.

Fer comenta que aparte del *catering* y la proyección del vídeo con todas las fotos que se han recopilado, habrá alguna que otra sorpresa. De paso llama la atención a los que faltan por mandar las suyas.

No digo nada, porque tampoco menciona que le haya echado una mano y ni falta que hace, pero veo que tengo un mensaje de Clara en el que me señala que al parecer el tío bueno de mi jefe se está llevando todos los laureles. Le advierto que no diga nada, que lo he querido yo así, aunque no sea verdad, y lo respeta; que me la conozco y sé que la lía.

Abro el de las *Sister*.

Leo que quedan a las tres y cuarto en el Polenta y esperan que yo confirme. Al no hacerlo me vuelven a preguntar, pero Laura señala que no he leído ninguno de los mensajes. Me da pereza hasta leerla.

Entro, les doy las buenas noches, sin excusarme por no haber entrado antes, y confirmo, sin más, que allí estaré. Enseguida veo escribir a Laura y a Raquel. Salgo de la aplicación, quito el sonido del teléfono y lo pongo a cargar.

—¡Hasta mañana! —le digo al móvil como si me pudiera escuchar.

Cuando abro de nuevo la aplicación a la mañana siguiente, leo los mensajes.

Laura

¡Genial! Me alegro mucho de que te animes. Nos vemos el viernes. _ 22:07

Raquel

¡Estupendo! Estoy deseando que llegue el viernes. _ 22:07

Laura

Buenas noches, Descansad. _ 22:07

Raquel

¡Que tengáis felices
sueños, *sisters!*_ 22:08

Ahí quedó la cosa, ni yo entré a decir nada ni Carol tampoco, no sé si por solidaridad o porque por mucho que se empeñen Raquel y Laura, este grupo ya no es lo que era.

Cuando entro en la oficina, antes de que me sienta, Fer desde su despacho me hace una seña para que me acerque.

—Buenos días —saludo en cuanto paso el umbral de cristal.

—¡Buenos días, Oli! —me corresponde y empiezo a frotarse las manos; me pongo alerta al instante, no sé por qué, o quizá porque lo conozco demasiado bien—. He estado pensando que como lo más engorroso, que era la elección de *catering* y menú ya está hecho, podrías pedirle ayuda a Susana sobre el tema del *Photocall* y los detalles, dentro de las opciones que hemos elegido. Sobre todo, en lo que respecta al *Photocall*, por supuesto sobre tus ideas. Luego me pasáis los diseños y ya decidimos. Lo podéis hacer en horas de trabajo. Buscad un hueco, ya que esto lo va a cobrar la empresa.

Estoy muda. No me sale ni un triste aliento. ¿Qué ha pasado aquí? ¿Por qué de repente se desvincula del proyecto? Hago un esfuerzo sobrehumano para contestarle y sé que mi cara ha revelado más de lo que me gustaría porque veo cierto cambio en su rostro. ¿Arrepentimiento? ¿Culpabilidad?

¡Que le den!

—Perfecto. —Le pongo mi mejor sonrisa falsa, esa que tanto usé con su hermano, me doy la vuelta y me piro a mi asiento.

Susana no está en su mesa y mucho mejor para ella en estos momentos.

Voy a calmarme. Voy a intentarlo, porque si no igual me sale fuego por los ojos como a la Capitana Marvel.

Menuda semanita me espera entre el bipolar de mi jefe y mis amigas soñando con tiempos mejores. Creo que hoy mi café se va a adelantar.

Enciendo el ordenador y reviso el correo para empezar a trabajar. Abro una segunda ventana y entro en Pinterest, busco *Photocall* y la dejo en segundo plano para tenerla a mano e ir apuntando ideas, aunque ya tengo unas cuantas. Sobre todo, en lo que respecta a la decoración.

Saco mi taza de superhéroes dispuesta a coger energía para afrontar el día, aunque no sé yo...

Nada más levantarme aparecen Susana y Lina cargadas de poliespán, cartulinas y papel pinocho. Susi me mira con una sonrisa deslumbrante.

—¿Te vas ya al café? —pregunta sorprendida por la hora tan poco habitual.

—Sí. Necesito espabilarme.

—¡Estupendo! Que te necesito fresca para empezar con todo esto del *Photocall*. —Enarco una ceja. ¿Ahora es la directora del proyecto?—. Mira todo lo que traigo. Me ha parecido una idea genial, y más que Fer se plantee introducirlo en el catálogo —dice esto último en tono más bajo—. Es una pasada. Va a ser muy divertido. Voy a decirle a Cristal que nos eche una mano. Ella hizo decoración y tiene muy buen gusto. ¿Te parece bien?

Bueno, al menos me lo ha preguntado porque parecía como si yo no tuviera nada que ver con ello.

—¡Me parece perfecto! —exclamo con esa sonrisa falsa de la que igual no voy a poder desprenderme hoy.

Me giro para ir a llenar mi taza con una dosis extra de café.

—En cuanto termines coge tu silla y vente a mi mesa para echar un vistazo a lo que se me ha ocurrido.

Freno mi avance hacia la salita de descanso.

«¿Un vistazo a lo que a ella se le ha ocurrido?».

Me doy la vuelta y veo que Fer está pendiente de lo que pasa. Lo miro toda seria antes de dirigirme a Susana.

—¿Tienes ya unas ideas claras?

—La verdad es que unas cuantas —contesta con su sempiterna sonrisa.

—Entonces llama a Cristal y empezad a trabajar. A mí no me necesitáis.

Retomo mi camino dedicándole a todo el personal de *Seven* una peineta en mi cabeza, en especial a mi jefe. ¡Será mamonazo!

—Espera, Oli. Tú opinión es importante —la escucho decir desde donde está.

Hago caso omiso y continúo mi camino.

Cuando tengo el café listo, abro el bote de la canela por el lado que no es y derramo una cantidad ingente de polvo.

—Me *cagüen* la...

—¡Shhh! Esa boca —escucho la voz de Fer a mi espalda.

Lo que me faltaba. ¿No se puede ir un poquito a la mierda y dejarme en paz?

Lo ignoro mientras intento rescatar la mayor parte del polvo y lo dejo en una servilleta.

¡Vaya día me espera! Saco el cacao, pongo una pequeña cucharada y empiezo a darle vueltas.

—Menudo mejunje que te preparas —dice en tono gracioso.

Me dan ganas de tirárselo por encima para ver si le gusta. Tengo tal cabreo que ahora mismo abriría el grupo de los *Scouts* y me desapuntaría de la comida.

¡Igual lo hago, oye! Sé que estáis pensando que es una actitud infantil y que no merece la pena darle el gusto de que sepa que estoy enfadada, pero es lo que más me apetece hacer. O irme del grupo sin más. Total, ¿no estamos en plan adolescentes con las hormonas alteradas? Pues las mías están incandescentes.

Paso por su lado sin decirle ni una palabra dispuesta a dejarlo ahí plantado.

—Oli, ¿qué pasa? —pregunta con voz cansina como si no lo supiera.

—¡Vete a la mierda!

Y me quedo más ancha que larga mientras salgo de la salita.

Sí. Acabo de insultar a mi supuesto amigo, no a mi jefe, y espero que él lo sepa. Y si no, pues asumiré las consecuencias.

Ya le ha tenido que quedar claro que me ha sentado como el culo que Susana usurpe mi idea, porque una cosa es que me ayude a darle forma y otra que se la apropie, pero sé que esto ya no tiene vuelta atrás. Ahora Fer no puede retroceder en su decisión ni tomar partido.

Es mejor no hacer mala sangre y olvidar el tema. Me hacía ilusión formar parte de esto y aportar mi granito de arena, pero se ve que la confianza en mi criterio deja mucho que desear, así que es cuestión de tragarse el orgullo, ignorar el tema y seguir con mi trabajo. Ahora la que se desvincula de la organización y todo lo que conlleva soy yo.

Vuelvo a mi mesa e ignoro la mirada satisfecha de Susana que no ha perdido el tiempo en llamar a Cristal. Están las tres pegadas al ordenador y han dejado todo el material apoyado en la pared del fondo. Oigo risas, cuchicheos y sonidos de apreciación. Están bicheando *Pinterest*

seguro. Saco los cascos del bolso y me aísló con mi lista de reproducción ochentera, pero enseguida la cambio a un concierto en directo de Cold Play, la otra me trae demasiados recuerdos que ahora no me apetece recordar.

Contesto las llamadas, atiendo a los clientes entre canción y canción y se va pasando la mañana.

Un mail me sorprende en mi bandeja de entrada.

Fernando Romero 12:15
para mí

Oli, en cuanto puedas ven a mi despacho.

Fernando Romero
Director ejecutivo de
Seven Corporate Gift
ferromero@sevengift.com

Me quedo mirando el mail incrédula, pero tengo que admitir que es la manera más discreta de pedírmelo con esas tres gallinas en su gallinero.

Fernando Romero
De: olicobos@sevengift.com
Re: sin asunto

Ahora estoy muy liada.
En otro momento, jefe...

Olivia Cobos
Atención al cliente
olicobos@sevengift.com

Fernando Romero 12:17
para mí

Olivia, va en serio.
Ven al despacho.
Quiero saber qué ha pasado.

Fernando Romero
Director ejecutivo de

Seven Corporate Gift
ferromero@sevencgift.com

¡Uyyyyyyy! Me ha llamado Olivia.

De: olicobos@sevencgift.com

Re: sin asunto

Nop.

Y sabes perfectamente qué ha pasado.

Asume las consecuencias.

Olivia Cobos
Atención al cliente
olicobos@sevencgift.com

¿En serio vamos a andar así?

Fernando Romero 12:18
para mí

Olivia Cobos, soy tu jefe y te recuerdo que me has mandado a la mierda.
A mi despacho ¡AHORA!

Fernando Romero
Director ejecutivo de
Seven Corporate Gift
ferromero@sevencgift.com

Tengo que reconocer que todo esto me está resultando divertido.

De: olicobos@sevencgift.com

Re: sin asunto

He mandado a la mierda a Fer, componente de los *Boys Scouts* y organizador del evento en cuestión, y lo sabes.

Olivia Cobos
Atención al cliente
olicobos@sevencgift.com

Fernando Romero 12:19
para mí

Pues yo le pido a mi amiga y secretaria para todo en este evento, que venga a mi despacho por favoooooooooooooooooooo y aclaremos este asunto.

Fernando Romero
Director ejecutivo de
Seven Corporate Gift
ferromero@sevencgift.com

«¿Secretaria para todo? Ni en tus mejores sueños», sonrío. Esa frase fue solo producto de un momento de exaltación hormonal.

No me cabe duda de que está pendiente de cada movimiento que hago en cuanto recibo sus mails, así que me doy la vuelta y, con la cabeza inclinada y una ceja arqueada lo miro, y sí, ahí está observándome con gesto más bien impaciente.

De: olicobos@sevencgift.com
Re: sin asunto

¿Qué más da qué ha pasado?
Has puesto en manos de profesionales ese tema y así deber ser.
Punto.
No hay nada de qué hablar.

Olivia Cobos
Atención al cliente
olicobos@sevencgift.com

Fernando Romero 12:20
para mí

Yo solo le pedí a Susana que te echara una mano con lo del *Photocall* para llevar a cabo tu idea, por eso no entiendo porque no estás ahí.

Fernando Romero

Director ejecutivo de
Seven Corporate Gift
ferromero@sevencgift.com

Entonces no ha sido cosa suya, si no que Susi se ha venido arriba con esto.

De: olicobos@sevencgift.com

Re: sin asunto

Pues no debiste explicarte muy bien, porque ha llegado con todo bien pensado y planificado así que prefiero mantenerme al margen.

Al fin y al cabo, yo solo soy la de las ideas, ¿no? ¿Qué sé yo de decoración de eventos?

Mejor dejárselo a los profesionales.

Olivia Cobos
Atención al cliente
olicobos@sevencgift.com

Escribir ese último mail me ha dejado un regusto amargo.

Susana ha herido mi maltrecho orgullo, no hay más, y yo he volcado mi mala leche contra Fer haciéndolo culpable de todo esto.

Estoy frustrada, agotada, sé que mi periodo asoma y no está ayudando en nada.

Fernando Romero 12:20
para mí

No estoy de acuerdo.

Pero como quieras.

Ya veremos cómo es el resultado.

Fernando Romero
Director ejecutivo de
Seven Corporate Gift
ferromero@sevencgift.com

«¡Exacto!», pienso. Ya veremos.

Prefiero que me insultes a que me ignores.

Capítulo 13

Llamo a Carol desde el coche de camino a casa. Hoy Claudia llegará pronto y no quiero que me escuche hablar sobre Fer y el trabajo con ella.

—Entiendo que te haya picado —dice tras comentarle lo que ha pasado hoy nada más llegar—. A pesar de que al principio todo esto de juntarte con tus amigos de aquella época no te hacía mucha gracia, te has ido ilusionando y te estabas involucrando mucho, cosa que no sabía hasta qué punto, *perrix*. ¿Un *Photocall*? Me chiflan esas cosas. Ya solo os falta el buffet de chuches como en las comuniones y las bodas —termina con pitorreo.

—Ya te dije que me había pedido ayuda con la organización del evento.

—Lo sé, es que últimamente no hablamos tanto como antes, pero sería una pena que ahora que Fer y tú tenéis mejor relación, se estropee por un malentendido.

—Creo que Susana, en algún momento y de forma incomprensible, me ha visto como una amenaza. ¡Y no lo entiendo, tía! Ella lleva desde hace casi dos años intentando que nuestra relación mejore, y ahora que parece que con toda esta tontería nos llevamos mejor, ¿se pone a marcar territorio?

—Explícame eso —exige.

Le cuento lo del café, el beso que le propinó y su manera de estar por encima de mí con el tema del *Photocall*.

—Creo que Fer también se ha dado cuenta de que su chica con todo esto se siente desplazada, ha intentado hacerla partícipe y el tiro le ha salido por la culata, pero *Olilove*... Es normal que tu compañera se sienta amenaza por ti. Además, hace tiempo que tengo muy claro que, por mucho que tú no lo veas, para Fer eres alguien importante.

—Bueno, soy la madre de sus sobrinos, fuimos amigos en algún momento de nuestras vidas y está claro que algo de todo aquello queda, ya lo hemos hablado, pero no veas cosas donde no las hay. A parte de un poco de cachondeo, él siempre se ha mantenido en su sitio, como mi jefe y... sí, protegiéndome un poco. Pero nada más.

—Ten en cuenta que trabajáis juntas y si Susana siente esa amenaza, si tiene esa percepción, yo creo que sí hay algo más, y lo que sea, se está haciendo notar y no creo que sea solo por el pasado que os une —concluye.

«Sí», pienso. «Está claro que el pasado nos tiene ligados de una forma extraña, eso no se lo puedo negar, pero ¿algo más? ¿Ahora?».

Pienso en los mails y sonrío. De qué forma tan tonta ha conseguido bajar mi cabreo con él, porque con Susana no lo ha conseguido.

Es increíble... Con lo bien que nos hemos llevado siempre y en unos días, por unos celos tontos, nuestra relación se está deteriorando. Cómo somos cuando la testosterona se interpone.

—Bueno, y sobre lo del viernes, ¿cómo lo llevas?

Vuelve al ataque, aunque hoy no me importa hablar de ello. Ese tema está influyendo mucho en mi humor.

—No me apetece nada, no tengo ganas, Carol. ¿Qué hacemos? ¿Nos damos un abrazo y borrón y cuenta nueva? —digo con desgana.

—¡Eso sería genial! —exclama con entusiasmo y me sorprende—. Pero es una falacia y los dos lo sabemos —termina.

Me siento aliviada, por un momento pensaba que era lo que quería y me habían cambiado a mi *sis* del alma.

—No quiero darle muchas vueltas. Necesito que llegue el día y que pase lo que tenga que pasar, de paso, que en *Seven* se pongan todos enfermos y pueda estar esta semana tranquila.

—Pues no pienses, que nos conocemos. Deja que todo fluya con naturalidad y si las cosas no tienen que ir bien, que no vayan. No estés forzada ni te sientas obligada a nada. Yo te apoyo.

—Te lo agradezco mucho. Es que por un lado me siento culpable, después de tanto tiempo nuestro grupo se está tambaleando, y está claro que es mi relación con Laura la que lo provoca, pero no puedo hacerlo mejor y siento que a Raquel le cueste aceptarlo —expreso melancólica.

—Fuera eso de sentirte culpable. ¡Pues solo faltaría! Tú no eres la que fuiste desleal. No te preocupes, Raquel aceptará lo que ocurra —asegura y me reconforta de una manera que no se puede ni imaginar.

—Gracias, *amore*. No sabes lo importante que es para mí que lo veas así. Te quiero —le digo con la boca llena, porque esa palabra hace mucho que no sale de mis labios dirigida a otras personas que no sean mis amigas y mis hijos.

De repente me siento triste, con cierto vacío dentro.

¡Joder! Que me baje la regla de una puñetera vez y me devuelva a mi estado normal.

—Y yo a ti. Que no se te olvide —expresa con tanto cariño que atraviesa la línea invisible que nos separa—. Sobre lo del *Photocall*... no te dejes pisar, encuentra la manera de seguir al mando y hacer lo que tú querías. Ya no eres esa Oli que deja que usurpen su lugar, déjate de rebotes adolescentes y pon en su sitio a esa niñata celosa. Estabas disfrutando con todo esto, no dejes que te lo amarguen.

Tiene toda la razón. Estaba ilusionada, feliz y entretenida con todo este circo. Me sentía bien, satisfecha de que se contara con mis propuestas, que Fer las reconociera y ser algo más que la chica para todo, que soy útil en esta empresa y llega una *millennials* insegura y me revienta todo el cotarro, y lo que es peor, voy y me dejo.

¡Pues de eso nada!

—Lo haré —le aseguro—. No sé cómo, pero lo haré.

—¡Esa es mi Oli! —me alienta—. Nos vemos el viernes y que pase lo que tenga que pasar, sin expectativas, sin predisposición a malos rollos.

—¡Que fluya! —exclamo en voz alta.

—Eso es —confirma—. Que descanses, cielo.

—Tú también, *amore*.

Cuelga y me siento de otra manera. Hablar con ella tiene ese efecto calmante. Me abre los ojos, me saca de mi círculo vicioso autodestructivo y me hace ver la luz.

Suspiro. No puedo dejar que lo del viernes me quite el sueño y que me afecte tanto que me cambie el humor. Tampoco que lo de Susana me amargue y me quite la ilusión.

Al entrar en casa oigo a Claudia trastear en la cocina.

—¡Hola! Estoy haciendo una ensalada con de todo —me informa con las manos manchadas de queso de cabra y varias bolsas de frutos secos en la encimera.

—¡Genial! —exclamo con el entusiasmo que me ha dejado la conversación con mi amiga. Le doy un beso en la mejilla y dejo el bolso—. ¿Tienes mucho que estudiar?

—¡Ufff, sí! ¿Por? —pregunta concentrada en la ensalada.

—Por si te apetecía que nos viéramos más tarde una peli.

—Pues según como lo lleve te digo. ¿Tú qué tal en el trabajo? —Esta vez se gira para verme.

Me sorprende un poco que me pregunte. Me la quedo mirando y decido ser sincera.

—Ha sido un día de mierda —le contesto encogiéndome de hombros, pero con una sonrisa.

Se muerde los labios y me fijo en que esos ojos verdes tan expresivos que tiene la delatan. Ella tampoco ha tenido buen día, bien sea porque el barbas le sigue rondando la cabeza, o por otra cosa que no me va a contar.

—Creo que encontraré un hueco para ver una peli, pero, por favor, una de acción o alguna comedia insulsa.

O sea, leamos entre líneas: nada de historias románticas.

—Eso está hecho. Me voy a cambiar y te ayudo.

Comemos y me quedo dormida en el sofá, el sonido de un guasap me despierta.

Jefe a secretaria para todo.

¿Se te ha pasado ya el cabreo?

¿Puedo salir de donde me has
mandado?_ 17.23

«¡No me lo puedo creer!», me río.

Me pongo las gafas para contestarle, aunque no sé muy bien qué le voy a decir.

Cuando cojo de nuevo el móvil que tenía en el regazo, la conversación se ha movido a la última vez que Fer y yo mantuvimos un intercambio de mensajes por esta aplicación. Trago saliva. Hace un año de aquello.

Mayo 2016

Me han dado el alta.

Ya estoy en casa.

Mañana me reincorpo
al trabajo. Prefiero estar
ocupada y no tener tiempo
para pensar._ 13:33

Como quieras._ 13:33

Me pregunto cuándo dejaré de tener todos esos sentimientos contradictorios al pensar en aquello.

Tomo aire, releo el mensaje que me acaba de mandar Fer y me decido a contestar.

Oli ya no es tu secretaria
para todo a Fer el jefe.

Podías haber salido
de donde te he mandado
hace mucho rato, ¿o es que
te gusta estar ahí? ;)._ 17:25

Me pone el emoticono del mono tapándose la cara y me vuelvo a reír.

Oli sigue siendo mi
secretaria para todo
y a callar que soy el jefe

¿Se te ha pasado al
menos un poco?_ 17:26

El jefe es un nazi
y lo sabes.

Sí. Ya todo bajo
control._ 17:26

Me han dado ganas de ponerle qué significa ser su secretaria para todo para él, pero me ha parecido que era meterme en camisa de once varas con semejante flirteo y me he tenido que controlar, pero qué ganas de soltárselo. ¡Madre mía, estoy fatal! ¡Que es Fer! ¡Mi jefe!

Me hace ilusión tener
una secretaria 24/7
no me la quites.

¿De verdad crees que
soy un jefe nazi?_ 17:27

¡Ay, madre! ¿Y ahora quién está flirteando? O ¿creéis que veo cosas donde no las hay y tengo una mente sucia? Mejor será que corte esto.

Eres un buen jefe,
pero me gusta
incordiarte.
Viene Claudia que
vamos a ver una peli.
Hasta mañana._ 17:27

De acuerdo. Hasta
mañana. El viernes las
chicas van a preparar

un boceto del *Photocall*.
Quiero tu opinión sincera.
Si no se parece a lo que tú
habías pensado. ¡Fuera!_ 17:28

Eso está hecho._ 17:28

Porque me guste o no yo me voy a encargar de que se haga el *Photocall* que había pensado.
Cierta satisfacción me llena al ver que Fer está de mi lado y me apoya, aunque esta mañana no le haya dado opción de posicionarse. Pero es que paso de conflictos en el trabajo y bastante tuve que pasar cuando me contrató y todos se enteraron de la relación familiar que nos unía, aunque ya no fuera tal ni nosotros nos lleváramos demasiado bien.

Claudia se acerca y se acurruca a mi lado. Dejo el móvil a un lado, le acaricio el pelo y me mira.

—¿Qué vamos a ver? —pregunta con esos rasgados y tristes ojos verdes.

—*Full Monty*.

—¿Y de qué va?

—Es una comedia inglesa y no hay un solo tío bueno —le digo guiñándole un ojo.

—Entonces perfecto. —Me sonrío y hago lo mismo.

Busco la película en últimas grabaciones, dispuesta a pasar una tarde tranquila y agradable con mi niña.

Miércoles, jueves, viernes... La semana pasa volando.

No hay mails ni mensajes de guasap de Fer. Normalidad y el trabajo habitual. A última hora ignoro cuando las tres mellizas se reúnen para seguir con el tema del *Photocall*.

Al parecer se han quedado estos días después del horario de trabajo para ir decorándolo y lo tienen tapado con una sábana oscura. Me pregunto si es alguna en la que Susana se ha revolcado con Fer. Me reprendo por pensar en eso y ser tan arpía.

¡A mí qué coño me importará!

Apago el ordenador y suspiro.

Ya está. Ahora toca arreglar esa ventana que cierra mal y no hace más que abrirse. El Polenta y las *Sister Brown* me esperan.

Me levanto, cojo la chaqueta y el bolso dispuesta a irme.

—¿Te vas? —pregunta Lina.

Miro el reloj de mi muñeca y luego a ella.

—Sí —digo sin lugar a duda.

—Pero hoy os enseñamos el boceto a ti y a Fer —comenta con cierta ansiedad en la voz.

Miro hacia su despacho y veo que viene hacia aquí.

—¿Dónde están Susana y Cristal? —le pregunto—. Tengo prisa.

Fer ya está a mi lado y me mira con cara de advertencia mientras Lina teclea en su móvil a toda velocidad.

—He quedado a comer con las chicas y no voy a llegar —le aclaro a mi jefe en voz baja para que no piense que me quiero escaquear.

—Por cinco minutos no creo que pase nada —me advierte.

Resoplo y muevo el pie impaciente.

—¡Aquí están! —dice con tono aliviado Lina.

Juraría que se estaban retocando el maquillaje como si fueran a hacer una presentación oficial.

—¡Ya estamos aquí! —exclama Susana con los ojos llenos de excitación.

Cristal la acompaña hasta donde está el boceto y el resto las seguimos.

—A pesar de no haber tenido toda la información necesaria para llevar a cabo este proyecto —dice Susi en plan profesional y de paso tocarme las narices. Alzo una ceja y miro de reojo a Fer que no se inmuta—, os presentamos el primer *Photocall* de *Seven Corporate Gift*. —Cristal no parece estar muy cómoda con la situación—. Espero que os guste.

Cristal descubre el tablero y no puedo más que sonreír de medio lado. La verdad es que se lo han currado y no me cabe duda de que, con la información adecuada, lo habrían clavado. Pero vamos, que una fiesta para unos antiguos *Boys Scouts*, no requiere mucha investigación.

Miro a Fer y le hago un gesto de apreciación con la boca. Él me corresponde alzando las cejas con incredulidad y vuelvo la vista a las chicas. Están expectantes.

—¡Me encanta! —admiro y veo los rostros de satisfacción de Susana, Lina y el de asombro de Cristal—. Es perfecto para una fiesta de jubilación. Las palmeras, los colores veraniegos... Creo que *Seven* puede hacer un gran catálogo de *Photocalls*. Os lo habéis currado, chicas, pero no se acerca a lo que esta fiesta requiere. El lunes nos ponemos con ello —suelto sintiéndome la reina del cotarro.

Las caras de Susana y Lina parecen escurrirse a lo grito de *Munch*, Cristal intenta contener una sonrisa y me puedo imaginar la lucha que ha tenido con Susi, y Fer... Fer se muerde el labio inferior y ha cerrado los ojos.

Me doy la vuelta y dirijo mis pasos hacia el ascensor con una sensación de triunfo descomunal.

¡Soy una zorra, lo sé, pero qué bien sienta!

Eres fuerte y valiente, nunca dejes que usurpen tu lugar.

Capítulo 14

Mientras bajo en el ascensor recibo un guasap. Me imagino que es Carol, pero al abrirlo aprieto los labios y expulso el aire por la nariz de forma entrecortada, conteniendo la risa.

¿Te habrás quedado a gusto? _ 15:08

Me he quedado como Dios. _ 15:08

Es horrible. _ 15:09

No lo es, pero no es lo que queremos. _ 15:09

Sin duda. Te dejo, que me toca lidiar con un orgullo herido. _ 15:09

«Te jodes», pienso. Pero *ipso facto* me arrepiento.

¡Ánimo! _ 15:09

Pásalo bien con las chicas. _ 15:10

Gracias. _ 15:10

Pongo un montón de *emojis* con los ojos con corazones y cuando me estoy dando cuenta de lo que hago los borro.

«¿Pero ¿qué haces, Oli?», me pregunto.

Antes de guardar el móvil, y con la llave del coche en la mano, entro en el *Sister Brown* y me pongo a grabar.

«Voy a llegar tarde, chicas. Un imprevisto en el trabajo a última hora. Pedidme lo de siempre».

Ya sentada frente al volante se ilumina la pantalla con un audio de Carol por privado.

«¿Lo de siempre antes de J o después de J?».

¡Qué cabrona es!

—Lo de siempre antes de volverme gilipollas —le grabo y me doy cuenta del tiempo que

hace que las cosas no son normales.

A pesar de que he querido tomarme esto con tranquilidad, estoy nerviosa. El corazón me bombea a toda leche y tengo esa sensación en el estómago que parece que me lo quiere cerrar.

Salgo del coche acalorada y sudando. Camino a buen paso hasta la cafetería y cojo aire antes de entrar. En cuanto me ven todas se levantan.

Raquel es la primera en saludarme, luego Carol que me aprieta el brazo para darme ánimo y..., Laura y yo nos miramos, se acerca con cierta cautela y me abraza con fuerza. Por un momento me quedo inmóvil. Un poco en *shock*, porque un montón de sensaciones abrumadoras me envuelven. La abrazo y me echo a llorar de forma descontrolada sin entender muy bien qué me pasa. Raquel se une a nosotras y siento cómo Carol nos agarra a todas y pasa su mano por mi espalda reconfortándome.

Había imaginado todo tipo de escenas, pero esta, esta no sucedía en ninguna de mis suposiciones.

Tengo que volver a Christian.

—Lo siento, siento todo lo que hice. Solo quería que fueras feliz con Joel. Solo quería que disfrutaras de lo que yo había encontrado.

Cierro los ojos con fuerza y nos separamos.

—Eso no estaba en tu mano. Era decisión mía intentar hacer las cosas del mejor modo. Darnos tiempo, que era lo que yo necesitaba. Asimilar mi situación y saber si lo nuestro realmente tenía un futuro. Saber si Joel estaba preparado para lo que venía.

—Al final el destino eligió por vosotros —comenta Raquel.

Raquel y su destino, pero esta vez voy a concederle algo de veracidad. No sé si fue el destino, el karma o la herida sin curar en mi útero, que es lo más probable, la que hizo que ya nada importara lo suficiente para reconciliarnos.

—Eso ya es el pasado —digo—. Ahora Joel está rehaciendo su vida con alguien de su edad y yo quiero que sea feliz.

«Aunque me escueza de cojones», pienso.

—¡Ah! ¿Sí? —pregunta una sorprendida Carol.

—¿No os lo había dicho? —inquiero.

Raquel y ella niegan con la cabeza, alucinadas.

¿Dónde ha estado mi cabeza para no comentarles lo que pasó aquel sábado?

La verdad es que me centré en Claudia y la mierda de fin de semana de bajón que tuve. Y luego la vida siguió sin más.

—Supongo que tenía la cabeza en otras cosas. Claudia está un poco decaída últimamente.

No miro a Laura porque no sé si ella sabe algo de Gonzalo, su novia y el enamoramiento que tiene mi hija todavía con él.

—Es que el final de la ESO es complicado —dice Laura que da clase a niños de esa edad.

—Sí —contesto—. Empiezan a tener que tomar decisiones y no saben si estarán acertando o no —sigo el tema que se ha abierto eludiendo la realidad.

Al llegar a casa, después de recoger a Luc, me doy cuenta de que estoy agotada, pero más psicológicamente que de forma física. Solo quiero irme a la cama... aunque toca noche de peli y pizza, y habrá que esforzarse. Tengo los días contados para tener a mis hijos juntos pasando tiempo conmigo.

Lo de Laura ha sido una sorpresa para todas. La forma en que se han dado los

acontecimientos, a pesar de que no puedo decir que todo vaya a ser como antes porque siempre tendré reparos para confiar en ella, ha hecho que las cosas se relajen bastante. Además, la llorera que nos hemos echado creo que nos ha venido bien a todas para distender esa tensión que llevábamos acumulada desde hace tantos meses.

Ahora hay que centrar la atención en el evento. Queda menos de un mes y mucho por hacer. El sonido del chat de Carol salta.

¿Cómo te encuentras?_ 18:26

Decido llamarla.

—Hola —contesta al instante.

—Hola. Estoy como si me hubiera pasado una apisonadora —confieso.

—Normal —admite—. Ha sido algo intenso. Me esperaba cualquier cosa menos lo que ha sucedido, la verdad.

—Pues estás igual que yo. Me he quedado abrumada con todo lo que he sentido con ese abrazo. Ha sido como si ese peso que he estado sosteniendo cayera de golpe y no tuviera sentido.

—Entonces, ¿estáis bien? —pregunta dudosa.

—El tiempo lo dirá. Lo que no voy a hacer es empezar a ir a pasar las tardes a La Moraleja a casa de Berto, como tú comprenderás. Digamos que el Polenta, una vez al mes como era tradición, de momento para mí es suficiente.

—De todas formas, está muy encoñada, tranquila. Si no tiene a las niñas, está con Berto. Hablando de los Serna... ¿Qué es eso de que Joel está rehaciendo su vida? No nos habías contado nada —termina con un tono de voz más bajo.

—Fue un fin de semana de *mierder*, entre un final de jornada laboral extraña, hormonas alteradas, sensaciones que me pillaron desprevenida, Luc decepcionado y Claudia hecha polvo... me centré en lo que era importante, que son ellos y para cuando me di cuenta, estaba de nuevo en *Seven* lidiando con el ego de unas creativas.

—Y, ¿cómo va eso? —pregunta con la ansiedad del cotilleo impresa en sus palabras.

Me río.

—El lunes comenzamos de cero con mis ideas.

—¡Bien! —exclama triunfante.

—Este finde voy a trabajar en ello para que no me pillen en falta. Decoración, estilo de tipografía, colores...

—¡Me encanta! Es posible que no admitan fácilmente todo lo que les propongas, al fin y al cabo, ellas son las profesionales, pero eres una tía creativa y eso es indiscutible.

Me inflo un poco con sus palabras llenas de orgullo y me siento bien. Quiero demostrarles a mis compañeras y a Fer, que también valgo para esto.

—Lo sé. Sé que no me lo van a poner fácil, y menos Susana. Espero que su novio me allane un poco el terreno.

—Qué *perraca* eres —suelta riéndose—. Y respecto a Claudia, ¿qué pasó?

A Carol se lo cuento porque mi confianza en ella es absoluta.

Le relato cómo terminamos, de nuevo, asistiendo a un partido de pádel en el Club de Berto. La relación de *amistad* que seguían manteniendo Claudia y Gonzalo, mi conversación con Joel y lo que nos encontramos en las gradas. Las emociones fuera de lugar que tuve y como terminamos los tres volviendo a casa, entre decepcionados, tristes, y desconcertados.

—Me da pena por Claudia —dice—, pero es lo mejor que os podía pasar a todos. Poner tierra de por medio. Seguir teniendo relación con ellos no os iba a hacer ningún bien. Demasiados cabos a los que agarrarse.

—Tienes razón, pero no te olvides que Laura nos sigue uniendo a ese entorno.

Carol se queda callada porque sabe que tengo razón y, en algún momento, nuestros caminos se volverán a cruzar.

—Y tú, ¿cómo estás? ¿Cómo te has tomado lo de Joel?

—No sé si estoy confundida, celosa o jodida porque haya pasado página ya.

—¡Pero era lo que querías!

—Pues claro que sí, por eso he dicho confundida en primer lugar, porque no hay quien me entienda.

—Supongo que el doctor Christian lo vería todo perfectamente normal.

—Sí. Tengo que hablarlo con él. De todas formas, ahora no tengo tiempo.

La oigo resoplar por teléfono, porque llevo meses poniendo la misma excusa.

—Es verdad. Esta vez lo es —replico como una niña.

—Oli, si esto te produce malestar deberías plantearte coger cita, no vayas dejando cosas sin cerrar —me pide.

—Si creyera que me está afectando demasiado no lo dudaría, pero hasta que no he visto a Laura, no me había acordado de ello desde el lunes, en serio.

—Está bien, pero estaré pendiente.

—¡Sí, mamá! —contesto con retintín.

—Bueno, que ha llegado Santi. Te dejo. Te quiero. Hablamos si surge cualquier cosa, ¿vale?

—Por supuesto. Yo también te quiero.

Dejo el teléfono y cojo la tableta. Abro *Pinterest* y empiezo a apuntar un montón de datos sobre lo que tenía ya guardado. Hasta la hora de la cena tengo un rato y solo me quedaban un par de cosas por perfilar de la idea que tenía. Ya sé cómo quiero que sean las letras, la forma del *Photocall* y la decoración de alrededor, incluso el atrezo para hacernos las fotos.

Sonrí solo de imaginarme a todos esos cuarentones pintando canas haciendo el bobo.

«Espero que se presten, porque si no, vaya decepción», pienso.

Capítulo 15

El lunes entro en *Seven* con la seguridad, esa con la que me despedí el viernes, por los suelos.

El corazón me bombea en los oídos y creo que me tiemblan hasta las manos que sujetan la tableta.

«¡Vaya mierda, joder!».

Sé que mi idea es buena, pero me cuesta enfrentarme a ciertas situaciones y más si me voy a encontrar a la defensiva a las personas ante las que tengo que demostrar mi valía.

Dicen que en esta vida no hay que demostrar nada a nadie, pero en esta ocasión estoy yo, sin ningún tipo de preparación, frente a profesionales. Además, se me va a notar que estoy nerviosa y voy a ser un blanco fácil.

Dejo el bolso y la tableta encima de la mesa, me quito la cazadora vaquera junto al pañuelo para colgarlos en el perchero. Aunque por el día empieza a apretar el calor, las mañanas siguen siendo frías.

He llegado pronto para calmarme y repasar lo que voy a decir, pero Susana ya está en su puesto.

—Buenos días —saluda primero.

Su expresión no es de enfado, pero tampoco me resulta muy amigable.

—Buenos días. —Le sonrío con ligereza.

Enciendo el ordenador y abro el correo.

Fernando Romero 7:53

para mí

¿Preparada para arrojarte a las leonas?

Fernando Romero
Director ejecutivo de
Seven Corporate Gift
ferromero@sevencgift.com

«¡Qué cabronazo!»

Me levanto, cojo el bolso y saco el móvil.

No me jodas, Romero, que
estoy como un flan. _ 7:54

No obtengo respuesta, pero veo que lo ha leído. Ahora no quiero echar la vista hacia su despacho. Estoy segura de que Susana está pendiente de todo lo que hago y prefiero que no haga conjeturas. No sé de qué hablarían el viernes cuando fue a su despacho.

Justo cuando dan las ocho, llega Lina, detrás aparece Cristal, que se va directa a su mesa y tan solo hace un gesto con la cabeza a modo de saludo antes de sentarse.

No sé qué me da, por su escueto saludo, que las cosas están algo tensas.

—Buenos días a todos —levanta la voz Fer fuera de su despacho—. Susana, Lina, Cristal y Oli pasad a mi despacho.

Susana se levanta con cara de satisfacción, como si fuera algo que esperaba por parte de Fer.

Pasamos todas y cierra la puerta. Se coloca delante de su asiento mientras nosotras hacemos un semicírculo rodeando la mesa.

—Muy bien —comienza con voz firme—, vamos a empezar de cero con todo esto del *Photocall*. Vamos a suponer que Olivia trabaja en una empresa de organización de eventos, ...— procuro mantener mi cara de póker hasta ver por dónde sale nuestro jefe—... tiene un amigo que quiere organizar una comida con unos antiguos compañeros *Boys Scouts* y le pide consejo. Ella, entre otras cosas, le propone hacer un *Photocall*, y vienen a nuestra empresa para que, según la información que le ha proporcionado su amigo, llevemos a cabo su idea, la mejoremos, si hace falta —dice esto en otro tono—, o aportemos lo que consideremos. Así que Oli es la que manda y el resto hacéis realidad lo que ahora nos va a proponer.

Hace un gesto con la mano hacia arriba para que les presente lo que se me ha ocurrido. Miro a Susana, tiene los labios apretados, creo que no se esperaba que la cosa fuera por estos derroteros. Cristal sonrío de forma comedida.

—Mi idea va un poco por aquí. —Les enseñó en la tableta unos dibujos que hice y luego fotografié. Soy pésima con el lápiz, pero para que se hagan una idea es suficiente—. Una tienda de campaña tipo tipi en verde caqui estilo *vintage* y arriba, con las letras de la película de *Jumanji*, ...—levanto la vista y Fer y yo cruzamos las miradas, estoy segura de que recuerda que fuimos juntos a verla—..., poner *Boys Scouts* y en letras más pequeñas, «20 años después». Decorar los laterales con unos sacos enrollados y unas botas, por ejemplo, y ver la posibilidad de hacer con poliespán un baúl para meter los complementos para hacer las fotos: gorros de estilo aventura, pañuelos de los *Scouts*, bigotes, gafas, pelucas... todas esas cosas.

Suspiro y levanto la mirada.

—Me encanta, Oli —expresa con una sonrisa Cristal.

Miro a Fer.

—Me gusta, me gusta mucho —dice por fin.

Su intensa mirada me dice mucho más que sus palabras. Diría que, tras esa mueca contenida de su boca, hay más que aprobación.

—Sí, es muy original —comenta Susana—, bastante más acertado que lo que hicimos la semana pasada, supongo.

Reconocerlo le habrá supuesto un gran esfuerzo, pero imagino que el hecho de que a Fer le haya gustado, tendrá mucho que ver.

Lina se mantiene al margen, pero sus ojos chispean.

Deduzco que le ha encantado mi idea.

—Pues a trabajar —levanta la voz Fer—. Cristal y Susana podéis ir haciendo el diseño y Oli puede ir supervisándolo.

Se sienta y empezamos a salir de su despacho.

—Oli —dice Cristal—, cuando puedas pásanos por mail esos dibujos.

Los miro porque son unos bocetos de lo más infantiles, pero asiento.

—Enseguida os los envió —contesto imprimiendo seguridad a mis palabras.

Tengo que admitir que se me ha subido el pavo un poquito y tengo que sujetar el ego para que no se me escape.

Me voy hacia mi mesa y Susana me sigue.

—¿Podemos hablar un momento? —susurra.

Miro alrededor y veo a Lina que, con la cabeza gacha, parece no perder detalle, a Fer que nos observa, y a Cristal avanzar a su zona de trabajo con paso lento.

—Vamos a la sala del café —propongo.

—Vale.

Mientras caminamos nos mantenemos en silencio. Cuando llegamos la dejo pasar primero y cierro la puerta.

—Oye, Oli... ¿Por qué el lunes pasado no me quisiste enseñar todo esto? Nos podíamos haber ahorrado una semana de trabajo —resalta con tono de desagrado y sus palabras suenan recriminatorias.

—Cuando llegaste hace una semana tan exultante con el tema del *Photocall*, sabiendo que lo llevábamos Fer y yo, o sea, que te lo había comentado en la intimidad —digo con cierto tono irritado—, y además con tus propias ideas para que fuera yo la que les diera el visto bueno y no al revés, cuando este proyecto era mío..., pues, como comprenderás, supuse que el jefe te había pasado toda la información que necesitabas y, qué quieres que te diga..., te dejé a lo tuyo, que para eso eres la profesional.

Parpadea un par de veces como si quisiera asimilar mi sinceridad, pero se estira y coge aire antes de hablar.

—No quiero que pienses que tengo privilegios por estar con Fer —sentencia seria.

—Pues eso es lo que parece —rebato.

—No es así —dice con soberbia—. Sí que es verdad que me comentó lo que queráis hacer y, bueno, yo... solo quería ayudar. —Su media sonrisa me resulta insolente y no es muy acorde con lo que me cuenta. Está claro que lo que hizo fue venirse arriba sin que le importase pisarme por el camino—. Fer no ha tenido nada que ver —admiro como lo disculpa y deja claro que todo fue cosa suya—. ¿Ha hablado Fer contigo sobre esto?

—¿Has hablado tú con él antes de la presentación que nos hiciste el viernes? —pregunto a mi vez.

—Antes, no. Este finde le comenté algo.

—Yo no le dije nada. —Eludo decirle que le envié a un sitio poco confortable—. Nos conocemos desde hace el tiempo suficiente como para saber que pasaba algo, que yo no había colaborado en tu proyecto, como pudo observar tras el resultado. Si además hablasteis al respecto el fin de semana, pues habrá sacado sus propias conclusiones. —No tiene por qué saber de nuestro pequeño intercambio de mails y guasaps.

—La idea es muy buena —emite en tono monocorde mientras yo recalco mentalmente que es «mi idea»—, y sé que Fer valora mucho tu trabajo —«¿Tú no?», me sorprende con la desgana que lo dice—. No quiero que este malentendido interfiera para que colaboremos en este proyecto.

Por la formalidad que le imprime a sus palabras, está claro que esa brecha que se insinuaba entre nosotras se va ensanchando.

—Yo tampoco.

—Entonces, ¿no hay ningún problema para trabajar juntas en esto? —pregunta con una ceja levantada y una expresión que dista mucho de ser conciliadora.

—Mientras todas colaboremos y escuchemos nuestras opiniones, no creo. Yo tengo una idea, solo hay que intentar acercarse a ella. Sin más.

—De acuerdo.

Estira la mano y me la ofrece. Se la aprieto aun sabiendo que hay más, que su cambio de actitud conmigo tiene detrás la sombra de los celos, pero eso sí que no me lo puede admitir. Ha sido algo puntual y no creo que vuelva a haber motivos para que los tenga.

—Voy a hablar con Cristal, que seguro que ya está trabajando en ello, y después del café nos juntamos las cuatro —propone decidida.

—Me parece perfecto —le digo, mirando hacia mi mesa—. Me voy que ya está sonando el teléfono.

Cuando me siento, veo que tengo un mail de Fer en la bandeja.

Fernando Romero 8:17
para mí

Me encanta tu propuesta. Creo que las has dejado con la boca abierta.

Tenemos que decidir el detalle de recuerdo.

Si tienes diez minutos al terminar lo hablamos. Vamos ya con el culo apretado con eso.

Fernando Romero
Director ejecutivo de
Seven Corporate Gift
ferromero@sevencgift.com

Sonrío satisfecha de que le haya gustado tanto.

Me dan ganas de escribirle un mail diciéndole que si vamos con el culo prieto es debido a su bipolaridad, porque a estas alturas tendrían que estar los detalles no solo decididos, si no ya serigrafiados, pero en vez de eso, le contesto que a las tres y dos minutos, estaré en su despacho.

A la hora del café coincidimos todas en la sala. Se ve que no nos hemos podido esperar. Cristal opina que el baúl de poliespán va a salir más caro que decorar una caja de cartón recia y todas estamos de acuerdo. Yo propongo hacer una escapada rápida al día siguiente al chino a mirar los complementos para las fotos, y que Lina busque entre nuestros proveedores gorros estilo aventura y pañuelos de *Boys Scouts* para, si no los encontramos, comprar unas telas y hacer unos rudimentarios. En cuanto terminamos el café, vamos al ordenador de Susana y nos enseña su diseño con las ideas que le ha aportado Cristal.

Me chifla y no puedo quitarme la sonrisa de la cara. Si queda tan solo parecido, va a ser la caña. Ha añadido unos árboles detrás de la tienda de campaña, y algunas de las hojas caen por encima, según ella para darle más estabilidad al tablero que es en forma de triángulo. Las botas y el saco de dormir parecen sacados de un buscador de oro y queda muy *vintage*.

—Es perfecto —digo con admiración.

—Sí. Ahora sí —comenta Susana con una arrogancia que eludo intencionadamente—. ¿Quieres añadir o quitar algo?

—Nada. Más cosas lo saturarían y las letras han quedado geniales. ¿Qué os parece a vosotras? —les pregunto a Lina y a Cristal.

—A mí me encanta —dice Cristal.

—¡Y a mí! —exclama Lina.

—Sois unas *cracks*, habéis conseguido en un rato que mi peregrina idea tome forma —digo con sinceridad.

—Nos lo has puesto muy fácil —añade Cristal—, ¿verdad, Susana?

—Sí —contesta concisa—. Solo hemos tenido que perfilar pequeños detalles y plasmarlo en el ordenador. Lo de las botas y el saco de dormir estilo oeste americano han sido ideas de Cristal.

—Gracias —me dirijo a las tres—. Estoy hasta emocionada. —Y es completamente cierto—. Estoy deseando que lo vea el cliente —les digo con un guiño de ojo haciendo referencia al supuesto que ha planteado Fer esta mañana.

Nos reímos, salvo Susi que aprieta los labios como si sonriera, pero no lo hace de forma sincera y no entiendo por qué. Ha sido un trabajo de equipo.

Encojo los hombros internamente sin querer que chafe este momento de regocijo.

—Se lo puedo pasar por mail —propone Susi.

«¿Por mail? Pero ¿de qué va?».

—No. Vamos a sacarlo de su despacho y que venga a verlo, ¿os parece?

Susana se envara y me dedica una mirada de pocos amigos mientras el resto mueve la cabeza de forma afirmativa y, sin pensármelo, voy a su despacho entusiasmada. Se nota que estaba pendiente, porque no se sorprende.

—¡Ya hay un boceto! Bueno, no es un boceto, es el definitivo. Tienes que verlo —hablo encadenando una frase con otra y cuando acabo, tomo aire por la boca.

Fer se me queda mirando sin moverse del sitio.

—¿Qué? —le pregunto—. Venga, mueve ese culo y sal a verlo.

Estira sus labios de medio lado y se levanta.

—¡Vamos allá!

Le franqueo el paso y se reúne con el resto de las chicas.

Susana dirige la pequeña presentación y Cristal apunta un par de cosas sobre el tema del baúl. Lina se queda en un segundo plano junto a mí.

Susi pone esa nota de orgullo y de profesionalidad de haber estado esta vez a la altura y de haber realizado un diseño en tiempo récord. Ahora solo hace falta hacerlo realidad en 3D.

Mira a Fer con ansia, como si fuera un perrillo esperando por su recompensa y no me cabe duda de que está enamorada hasta las trancas de nuestro jefe.

Suspiro.

—¡Es fantástico, chicas! Un gran trabajo en equipo. Tenéis vía libre para hacerlo. Gracias a todas. —Nos mira en conjunto y sonreímos.

Cuando se gira para volver a su a su despacho, Cristal, Lina y yo, pegamos pequeños grititos mientras saltamos y puedo ver como meneas la cabeza a modo de negación. Susi sigue sentada delante de su ordenador y evita acompañarnos en nuestra celebración.

Contraigo los hombros, cojo aire y vuelvo a sonreír.

Ahora sí que todo va sobre ruedas.

Se han ido todos, así que, como si fuera ya parte de mi rutina, saco la libreta y el boli y directamente cojo la silla y la muevo hasta su lado.

Me sonrío. Supongo que porque yo sigo con la mía de forma permanente.

—Estás encantada contigo misma, ¿eh? —dice con la ceja levantada.

Lo imito e intento ponerme seria, pero no puedo.

—No solo conmigo misma —le digo dándole un pequeño golpe en la pierna—, lo estoy con el equipo y el resultado. Yo no puedo hacer esas virguerías en el ordenador. Ya me gustaría —termino resoplando.

—Nunca es tarde para aprender.

—¿Ponerme a estudiar diseño ahora? ¿Y de dónde saco el tiempo? Creo que mi cabeza no está para eso —descarto la idea de inmediato.

—Podrías empezar por hacer algún curso online para aprender a manejar el programa.

Me clava sus ojos azules y me doy cuenta de que va totalmente en serio y algo en mi interior se remueve.

Carraspeo y abro la libreta.

—He pensado en unos abanicos —cambio de tema de forma radical.

—¿Abanicos? ¿Para todos? O sea, ¿nada del clásico llavero?

Me separo de la mesa y lo miro con expresión condescendiente.

—¿Te parece mal regalar a los machitos un abanico?

—No sé si lo veo —murmura—. No tengo ganas de que acaben volando por la sala.

—¿En serio? —pregunto algo alucinada, porque parece que lo dice muy convencido.

—Que no somos tan progres. Que estos siguen siendo igual de burros que cuando íbamos a los campamentos, Oli.

Me quedo pensativa. Igual tiene razón.

—Me encantaba la idea de los abanicos —le digo con un puchero y me sonrío—. Estoy segura de que a las chicas les habría gustado mucho, y en San Isidro hay mucho hombre que los lleva, por eso había pensado que era buena idea.

—Podemos arriesgarnos...

—No, no. Mejor tiramos por el típico llavero o bolígrafo.

—¿Y si hacemos unos abanicos para las chicas y algo para los chicos? Sabemos quiénes vamos a ir.

Lo miro y me parece taaaaaaannn mono que quiera que me salga con la mía, que por un momento mis pensamientos vuelven a aquel beso que soñé y que nunca nos dimos.

—¿Como se hacía en las bodas de antes? —pregunto.

—Claro, no es tan descabellado.

—Pues entonces decide tú el regalo para los chicos —le propongo—. ¿O crees que cualquier cosa acabará volando por el restaurante?

—Probablemente. —Se ríe—. Pero espero que no. Estoy entre el bolígrafo y el llavero.

—Se me ocurre, aunque igual sale más caro, unas gorras en color caqui —suelto como si la inspiración me acabara de iluminar. Serigrafíarlas, no bordarlas.

—Es una opción. Podemos valorarlo y ver si no se sale del presupuesto.

—Estupendo —digo con las manos juntas y dando pequeñas palmadas solo con los dedos—. Los abanicos salen muy bien de precio, igual podemos jugar con eso.

—Está bien, míralo y lo hablamos, y vete ya que es tarde.

Miro el reloj y me doy cuenta de que ha pasado más de media hora.

—Sí, se pasa el tiempo volando.

«Sobre todo, cuando se está a gusto».

Apunto todo en la libreta y me pongo en pie.

—Buen trabajo el de hoy —dice como si estuviera orgulloso de mí o es lo que quiero creer.

—Gracias —acepto algo emocionada.

Aunque supongo que se extiende mucho más que a lo meramente profesional, pero no seré yo quien mencione mi conversación con su novia.

—Hasta mañana, Fer.

—Hasta mañana, Oli.

Salgo del despacho con el corazón algo acelerado porque todo esté saliendo tan bien. O al menos, espero que sea por eso. Porque tiene que ser por eso, ¿no?

Tus triunfos son los míos, aunque tus alegrías me desarman.

Capítulo 16

—Joder, tía. ¡Cuéntameeeeeee! —me grita Clara con su voz rasposa por teléfono.

—Por Dios, Clara que, es muy temprano —le susurro al altavoz.

Anoche me escribió varios mensajes por guasap, que como no vi, no contesté, y esta mañana me ha llamado impaciente.

El grupo de los *Boys Scouts* está alterado. Ya no queda nada. Menos de un par de semanas y, como Fer no suelta prenda por teléfono, salvo el menú, yo he hecho con las chicas lo mismo y están que echan humo.

—Me la pela. Tú hija ya está despierta, ¿no?

—¡Sííííí, lo estoy! —grita Claudia desde el baño del pasillo, y yo horrorizada le hago un gesto para que baje la voz.

—Lo está, pero mis vecinos puede que nooooo —le digo con voz lastimera, a lo que contesta descojonándose.

Me echo las manos a la cara. No sé qué voy a hacer con ella, de verdad.

—¡Pues quita el puto manos libres! —me impreca.

Suspiro de impotencia.

—Me estoy arreglando, que si no voy a llegar tarde y no puedo maquillarme con el teléfono en la oreja. Mejor te cuelgo y te llamo cuando esté en el coche.

—¡Ni se te ocurra! Suéltalo ya, perra.

Desisto y decido contarle algo para que se relaje.

—Vamos a imprimir el menú en plan mono.

—Pues vaya chorrada —me interrumpe.

Pongo los ojos en blanco y continúo.

—También vamos a dar unos detalles como recuerdo del evento y... hemos alquilado un proyector para reproducir los vídeos de antes y después que están montando.

—¡Qué chulo! —exclama emocionada.

—¿Contenta? —pregunto mientras me aplico el colorete.

—Si me dices cuál va a ser el detalle, sí.

Resoplo.

—Ya te he contado más de lo que debería. Eso ya es sorpresa.

—Odio las sorpresas, ¿no te lo había dicho?

Meneo la cabeza y río bajo mi respiración.

—No puedo contigo. ¿A quién no le gustan las sorpresas?

—Ya te digo que a mí me han dado unas cuantas y preferiría que un oráculo me las hubiera advertido.

—Pero aquí no hay riesgo de que pase nada desagradable. Venga, confía en mí.

—Si te pones así..., pero que sepas que preferiría saberlo —insiste.

—El sábado creo que viene Paula, ¿te apuntas a un café y le contamos esto?

—¡De acuerdo! Ya sabes que me apunto a todo.

He quedado con mi amiga de la adolescencia para comer y ponernos de nuevo al día. Tengo

que contarle las últimas novedades con respecto a Fer y recordar viejos tiempos en vivo y en directo, que, en la última cena, con todo el mundo alrededor, no pudimos.

Con esto del grupo, se han removido muchos recuerdos, demasiados, y algunas de las vivencias que compartimos.

El *Photocall* está montado y ha quedado divino, todo el atrezzo y los complementos para el baúl conseguidos, y al final encontramos unas gorras a buen precio.

Estuvimos durante toda la semana anterior montando pañuelos en diferentes colores y todo el equipo de *Seven* trabajó en los detalles. Solo queda que llegue el día y que todo salga bien. Lo de disfrutarlo, ya es otra historia.

Tengo la necesidad de que pase todo, porque, aunque tengo ilusión, no me acaba de convencer el ambiente que se respira. Paula está como yo, así que me siento algo arropada. Hace muchos años que no nos vemos con algunos de los que no asistieron a la cena que montó Fer, y nunca sabes, al final, cómo van a salir estas cosas.

—Te quiero, loca —se despide.

—Y yo a ti.

Si algo tengo que agradecer a todo este lío del reencuentro, es haber recuperado a mis amigas de la adolescencia, así que no hay mal que por bien no venga.

La mañana en *Seven* está siendo de locura.

Cerramos durante quince días en julio en los que todos nos cogemos vacaciones y luego nos turnamos el resto en agosto. Hay que enviar pedidos, mandar el catálogo a todos los clientes habituales e intentar renovar cartera de cara al nuevo curso y, de esto último, nos encargamos mi inestimable amiga Estrella y yo.

Me he preparado un café y me lo llevo a la mesa para no perder ni cinco minutos en la sala de descanso, pero al llegar a la altura en la que Fer puede divisarme, me hace un gesto con la mano para que entre en su despacho.

—¿Cómo va el tema de los ingresos? —pregunta serio.

—Faltan cuatro por pagar. ¿Quieres que recuerde en el grupo el número de cuenta bancaria?

—Lo hago yo. Dimos de plazo hasta ayer, pero siempre tiene que haber algún despistado —dice con tono exasperado—. Esto es lo más engorroso de montar este tipo de eventos. Es la parte que menos me gusta, además, tal y como estamos de curro...

—Tengo las facturas y el presupuesto del *catering* impresos y preparados en una carpeta, por si alguien quiere revisar las cuentas.

Me mira algo sorprendido, pero enseguida asiente con un ligero movimiento de cabeza.

—Gracias. No está mal por si hay algún desconfiado. De todas formas, pásame los nombres de los que faltan por pagar, y si mañana no han ingresado, les pongo un privado. ¿Vas muy agobiada para estar pendiente del banco? —inquire con una expresión menos severa.

—No te preocupes. Me envían un mensaje al móvil cada vez que hay un ingreso, pero si lo hacen hoy, hay que dar un margen de más de veinticuatro horas, así que pasado mañana te confirmo.

—De acuerdo.

Vuelve la vista al ordenador y doy por hecho que nuestra conversación ha terminado.

Está tenso, y es algo que hacía tiempo que no notaba.

Cuando entré a trabajar era algo normal. Él estaba tenso, yo estaba tensa y el ambiente en la empresa se resintió bastante y, por supuesto, todos me echaron la culpa a mí; luego llegó un

momento en el que nos acostumbramos y se convirtió en algo normal.

Rumores, cuchicheos sobre nuestro parentesco... Tuve que esforzarme, meter horas para estar a la altura del favor que me había hecho, y que mis compañeras se olvidaran de quién era y por qué estaba allí. No fue nada fácil integrarse, hasta que después de mis negativas a salir con ellas, Fer me «sugirió» que sería una buena manera para hacerlo, y mirad cómo terminó.

Me doy la vuelta y tomo aire antes de hablar.

—¿Va todo bien? —pregunto con naturalidad y le doy un sorbo al café.

Antes nunca le habría preguntado algo así, nunca había mostrado preocupación, pero todo ha cambiado mucho. Ya no somos..., ya no soy la misma Oli que vivía llena de rencor hacia él.

Levanta la vista y parece algo asombrado, pero se anima a hablar.

—Estoy saturado. Tengo muchas ganas de que llegue el día y espero que todo este esfuerzo merezca la pena —comenta ansioso—. Se me ha juntado todo, planear las vacaciones, el trabajo, el evento. Necesito que llegue el día ya —termina con media sonrisa y lo imito.

Ha puesto tanta ilusión en esto que a mí me resulta chocante, sobre todo, porque yo no lo estoy viviendo igual.

—Te entiendo, yo también lo necesito, sobre todo lo de las vacaciones.

Arquea las cejas y acto seguido pregunta.

—¿No tienes ganas del reencuentro? —Encojo los hombros a modo de respuesta—. Lo vamos a pasar bien, ya lo verás.

—Eso espero —termino de decir y me despido—. Me voy, que cuando vuelva igual los mails se han comido mi bandeja de entrada.

Sonríe, y me alegro de que por unos segundos haya rebajado su nivel de estrés.

—Sí, será mejor.

Nada más sentarme se acerca Susana.

—¿Pasa algo? —pregunta en un susurro y se sienta en mi mesa.

Estoy perpleja de que esté tan pendiente de Fer, o de cuando interactuamos entre nosotros, pero supongo que es comprensible, me apiado de ella y satisfago su curiosidad.

—Faltan de ingresar algunos perezosos del evento, estamos hasta arriba de trabajo y creo que estaba ultimando algo de las vacaciones. Está saturado —termino.

—¡Ah, sí! —dice murmurando, pero con una sonrisa que ilumina su cara—. Nos vamos a Ibiza.

Me quedo cortada ante esa revelación, aunque sea algo que no debería importarme, no sé por qué, lo hace.

—¡Vaya! Qué bien. —Es lo único que se me ocurre decir.

—Sí, estoy muy emocionada. Salvo algún fin de semana, nunca nos habíamos planteado unas vacaciones juntos.

Estiro los labios en una mueca que pretende ser una sonrisa.

—Me alegro.

¿De verdad creéis que me alegro? ¡Pues claro que sí!

«¿Por qué no iba a hacerlo?».

—Y tú, ¿qué vas a hacer este año?

—Me voy a Peñíscola con mi amiga y su familia.

Me doy cuenta de que, con todo este lío, no he vuelto a hablar con Carol desde que me dijo que había confirmado la reserva.

—¡Ah! Como el año pasado —expresa como si fuera lo más aburrido del mundo.

—Sí —me reitero—, como todos los años. Es lo que toca cuando se tienen hijos.

—¡Claro! —exclama y se levanta de mi mesa. —Ya me llegará. Ahora toca disfrutar.

Levanto una ceja ante esa afirmación, porque yo disfruto muchísimo de las vacaciones con Carol, Santi y Alex, porque son como mi familia, y los días que me voy en agosto al pueblo con mis hijos a ver a mis padres, también. Que no he viajado con mis amigas o no me he ido a Ibiza con mi novio es un hecho. Eran otros tiempos, y al poco de casarnos ya estaba embarazada, pero eso nunca ha evitado que mis vacaciones sean especiales.

—Te dejo, que el jefe ya nos ha echado un par de miradas de advertencia y estos días su humor deja mucho que desear —comenta como si su estado ánimo se extendiera a su relación.

Siento alivio cuando se marcha e intento concentrarme en lo que tengo que hacer ahora, pero en vez de eso, saco el móvil y le escribo a Carol.

A ver si nos tomamos
un café y hablamos de
las vacaciones. _ 10:23

Antes de guardarlo veo que Fer ya ha enviado el mensaje al grupo de que todavía queda gente por ingresar.

«¡Ufff! Qué pocas ganas tengo», pienso.

No sé si seré lo suficientemente fuerte...

Capítulo 17

—Ya lo siento, Oli —dice Paula—, pero padre e hijo están igual. Esto parece una enfermería. No sé quién se lo pegó a quién.

La comida con Paula se ha cancelado y estoy tan cansada, que me ha venido hasta bien.

—No te preocupes. Parece que os habéis puesto las dos de acuerdo. Clara está igual. Dice que se va por arriba y por abajo. Tú procura que el peque no te lo pegue que no quiero que me falles el sábado que viene.

—Espero que no, y si es un virus de veinticuatro horas, que me lo pegue mañana y así entro en los pantalones que me gustaría llevar. —Se ríe—. No es que me mate la ilusión por el evento, pero ya que hay que ir..., pues mejor mona. ¿Tú qué te vas a poner?

—Unos vaqueros. Lo de arriba lo decidiré según el día que haga. Quiero estar cómoda. Además, me he echado un par de kilos que no hay manera de bajar.

—Ya te digo. Yo hace años que intento perder cuatro, pero para cuando bajo dos, llega el verano, y cuando los pierdo, navidades, y así hasta el infinito y más allá.

Me carcajeo, porque los míos se instalaron en mi culo, tripa y caderas en Navidad y no ha habido manera de deshacerse de ellos.

—Es lo que tienen los cuarenta... —declaro.

—Supongo. ¿Todo bien por lo demás? ¿Cómo han ido los preparativos de todo esto con Fer?

—Muy bien. De eso te quería hablar. Es como si este reencuentro hubiera hecho que desaparecieran estos veinte años que llevo enfadada con él —admito.

—¿Y cómo te sientes? —pregunta curiosa.

—Tranquila, como si me hubiera deshecho de una pesada losa. Al fin y al cabo, él no tenía la culpa de que me gustara y no me viera más que como una amiga, y mucho menos de que me dejara encandilar por las atenciones de su hermano y manipular de la manera en que lo hizo. Para cuando me di cuenta se había marchado y pensé que ya no había vuelta atrás. No tuve valor para romper el compromiso aun imaginando la que me esperaba, pero ya sabes, tenía la esperanza de que Luis cambiara, y ahora... —me callo a tiempo de decir algo que quizá no tenga sentido alguno.

—Y ahora, ¿qué? —me alienta a seguir.

—No sé. Todo esto es muy raro. Volvemos a tener la sintonía de antes, e incluso una noche soñé con él —digo bajando la voz como si no quisiera que me hubiera escuchado.

—Pero ¿qué me dices? —expresa con la voz elevada.

—Lo que oyes —confirmo.

—¿Y? —Espera ansiosa mi respuesta.

—Parecía que éramos los adolescentes de antes, pero en el cuerpo de dos adultos y nos besamos —termino avergonzada.

—¡Toma ya! —exhala al otro lado de la línea y se ríe—. ¿Se lo has contado a Clara?

—¿¡Qué dices! —expreso con alarma—. Si se entera me mata. ¡Su Fer! Solo ella tiene permitido soñar con él, aunque sea despierta.

—Por eso te lo decía.

—Esto que quede entre tú y yo —suplico.

—Tranquila —me calma—. De esta boca no sale.

—¿Aunque te pilles un pedo descomunal? —le pregunto entre risas.

—Ni por esas. De todas formas, es normal que todo esto te remueva. Muchos recuerdos, muchos rollos que afloran, todos los que no han querido venir, las rencillas que había y que parece que continúan... Al menos esto a ti te ha servido para purgar y solucionar, aunque solo sea en tu cabeza, lo de Fer. Joder, que encima trabajáis juntos. Ha tenido que ser muy duro tener que pedirle ayuda y convivir día a día con él, y más con lo que pasó con Joel.

—Ni te imaginas —digo con sinceridad.

Cada vez que me acuerdo, algo se sacude dentro de mí, a pesar de que él actuó como si nunca hubiera pasado nada.

—¡Mamááááá! —se oye de fondo.

—Te dejo, que la fiera me reclama. Nos vemos el sábado, cielo.

—No lo dudes, porque si tú no vas, yo no voy —declaro.

Se ríe y colgamos.

Acto seguido llamo a Carol para que se venga a tomar café por la tarde y planear las vacaciones. Me parece mentira que en poco más de una semana, estemos rumbo al sol, al mar y la tranquilidad.

Terminamos de montar todo en la furgoneta de *Seven* y antes de sentarme en el lado del copiloto, Susana me retiene por el brazo.

—Dame un momento que me despida, por favor.

Me trago el suspiro que amenaza con salir y me aparto un poco del vehículo.

Sube y puedo ver por el retrovisor cómo se besan.

—Te veo el domingo en el hotel. Pásalo bien. —Y vuelve a darle un pico.

Susana se va a Barcelona esta tarde en el AVE a ver a sus abuelos y de allí tiene el vuelo a Ibiza. Como tenemos que ir a la sociedad a dejar montado todo para mañana y no han podido despedirse, ha aprovechado este momento y la intimidad del garaje para hacerlo.

—Hasta la vuelta, Oli —se despide de mí también.

—Hasta la vuelta. Disfruta del viaje —le deseo.

—¡Graciaaaaas! —me contesta a varios metros de mí.

—¿Vamos? —pregunta Fer asomado por la puerta.

—¡Yo ya estaba lista! —exclamo con las manos levantadas y me pone los ojos en blanco.

—Venga, secretaria para todo, que hasta mañana no acaba tu trabajo —dice, recordándome aquella imprudencia verbal.

—Creo que me ratifico. Eres un poco nazi.

Se ríe mientras se pone el cinturón.

—Menudo nazi de pacotilla —expresa con una sonrisa.

—Te noto más tranquilo —adviento.

—Lo estoy. Hemos hecho todo bien, lo demás ya no está en nuestra mano. —Aparta la vista un momento de la carretera para mirarme con intención, porque sabe las dudas que me embargan—. Déjate llevar, Oli —continúa mirando a la carretera—, no vayas ni con expectativas ni con desgana.

Suspiro antes de contestar.

—¡Eso haré! —Intento sonar convincente, porque, aunque este evento no vaya a cambiar nada en mi vida, me tiene algo ansiosa—. Supongo que es la falta de costumbre de socializar, y en la cena anterior tampoco es que me lo pasara bomba —aclaro.

—Pues mañana haz el favor de beberte un par de copas y entrar en ambiente, pienso llevar la guitarra —me guiña el ojo.

—¡Ay, madre! Pues que Dios te pille confesado con Clara y alguna otra —digo echándome las manos a la cabeza.

Se carcajea y niega.

—Me pondré cerca de vosotras, pero donde no me pueda alcanzar, tu trabajo no termina hasta que den las doce, secretaria.

Sonríó y el resto del trayecto lo hacemos en silencio.

Dejamos todo en el almacén donde no moleste a los socios que utilicen el comedor esta noche. El *Photocall* está cubierto de plástico con burbujas para que no se estropee y la caja con los complementos sellada. Mañana montaremos la decoración y esperaremos al personal del *catering*. Va a ser un día intenso y largo.

—Tienes el coche en la oficina, ¿no? —Asiento una vez dentro de la furgoneta—. Pues te dejo allí y me voy a casa. ¿Cómo vas a ir mañana?

—Cogeré el metro.

—Vale, es que como voy a beber no quiero llevar la moto, si no iría a buscarte.

—Tranquilo, no te preocupes. Yo tampoco quiero llevar el coche. Mi jefe me ha ordenado que beba y yo soy muy obediente —le explico.

Fija la mirada en mi rostro y me es imposible descifrar qué está pensando. Su semblante no me da ni una pista. Trago saliva y aparto la mirada para ponerme el cinturón de seguridad.

—En cuanto coma tengo que llevarle a tu hermano a los niños. Creo que salen mañana temprano. —Cambio de tema

—¿Cómo lo llevan?

—Luc bastante bien, Claudia, mal. Sigue sin soportar a Sara.

—Lo sé, y no la culpo. Yo trato de evitar coincidir con ellos todo lo posible —dice con sinceridad.

«Como nos evitabas a nosotros», recuerdo.

—¿Te ha contado que quería irse con una amiga y sus padres a la Sierra? —le pregunto, ya que mi hija tiene tan buena relación con su tío.

—Sí. No voy a meterme, pero igual deberías haberla dejado. Ya sabes lo que pasa cuando le prohíbes algo a un adolescente —dice con una ceja elevada y vuelve la vista hacia delante.

—Yo la habría dejado, ya es mayor, pero tuve que interceder. No veas cómo se puso Luis —resoplo.

—Sigues haciéndole el trabajo sucio —dice con tono hastiado sin mirarme esta vez.

Me siento molesta, pero tiene razón. Luis no le dijo que no, pero me llamó para que la convenciera de que tenía que ir con ellos, y ahora Claudia está enfadada conmigo.

—¿Te ha dicho algo Claudia? —pregunto aun sabiendo que no me va a contestar.

Me mira y tuerce la cabeza con los labios apretados.

—Soy de nuevo la mala —concluyo triste.

—Sí —afirma sin más.

—Debería dejar que libere sus propias batallas —digo refiriéndome a Luis.

—Hace mucho que deberías...

Me mantengo callada hasta que llegamos al polígono.

Suelto el cinturón y me bajo.

—¡Hasta mañana! —me despido.

—A las diez y media —me recuerda—, prefiero que andemos sobrados de tiempo.

Asiento y cierro la puerta.

De repente me han entrado unos nervios de lo más tontos.

¡Ni que fuera a una boda!

Solo quiero verte sonreír, aunque peligre mi integridad.

Capítulo 18

Hace un día con una temperatura agradable y al final decido ponerme unas sandalias de tacón ancho y un *body* negro cruzado con tirantes que todavía no he estrenado. Me llevaré una chaqueta por si acaso.

Me he planchado el pelo y me he hecho unas ondas, aunque me llevo una goma por si al final hace calor en el local.

Me doy el último retoque en los labios y me cuelgo el mini bolso que me cruzo por el pecho.

—Ya está. ¡Llegó el día! —le digo a mi reflejo.

Cojo el metro a tiempo y llego cinco minutos antes.

Llamo a la puerta de la sociedad y espero. Fer abre unos segundos después, ha llegado incluso antes que yo. No sé de qué me extraño, con las ganas que tenía de este momento.

—Pasa, acabo de llegar. Justo me ha dado tiempo a sacar el *Photocall*.

Entro y enseguida nos ponemos manos a la obra. Montamos la pantalla y el proyector, desenvolvemos el *Photocall* y colocamos el atrezo.

—¡Ha quedado genial! —digo mientras lo miro de lejos y hago unas pruebas con la cámara del móvil—. Anda, ponte para que te haga una foto. A ver qué tal queda.

Las dimensiones son las correctas y caben varias personas sin tapar los letreros.

—¡Perfecto! —comento con el dedo gordo a modo de okey.

A las once y media llegan Clara y Paula.

Les dije que se vinieran antes para que fueran las primeras en ver todo el montaje. Liamos a Fer para que nos haga unas cuantas fotos y, por supuesto, tiene que posar junto a Clara como recuerdo imborrable de sus sueños húmedos. Cuando me preparo para hacer la foto, hace varios gestos lascivos sin que el precursor del evento se entere antes de posar en condiciones. Tengo que aguantarme la risa para que la foto no salga movida. ¡Es tremenda!

—¿Un vermú mientras esperamos a que vayan llegando los demás? —pregunta Fer—. ¿Qué te apetece, Clara?

—Me apetece tú, nene —dice con un ronroneo que no llega hasta sus oídos—. ¡Un *Chardonnay*! —le pide en voz más alta.

—¿Paula? ¿Oli?

—Yo otro —se adjunta Paula.

—Yo un *Frizzante* —le digo.

—Vaya mariconada —suelta Clara.

Fer me mira con una ceja levantada y recuerdo su comentario del día anterior.

—Otro *Chardonnay*... —Me uno al resto y él asiente.

«Esto promete si ya voy a vinos antes de empezar a comer», pienso.

—¿Brindamos? —sugiere Paula.

—¡Por supuesto! —Nos unimos el resto.

—Porque lo que ha unido este evento —dice Clara abrazándonos a Paula y a mí—. No lo

separe la mierda de vida que llevamos.

Nos carcajamos y brindamos.

—Por nosotros —añade Fer y me mira primero a mí y luego a las chicas.

Paula me pisa con ligereza el pie, yo levanto la copa y la choco con las demás, justo cuando nuestros labios abandonan el vidrio se abre la puerta y empieza a llegar el personal del *catering*. Los acompaño a la zona del almacén para que dejen todo y puedan ir preparando las mesas.

Cuando vuelvo, ya han entrado varios de los integrantes de los *Boys Scouts*. Nos fundimos en abrazos, besos y las onomatopeyas se suceden al ver el *Photocall*. Fotos en conjunto, por separado, con muchas ganas y buen humor.

—¡Ha quedado genial! —dice Gabriela—. ¿Dónde está Fer? Quiero darle la enhorabuena.

Levanto una ceja, pero me callo. Ya llevo dos vinos e igual se me suelta de más la lengua.

—No sé. Hace un momento estaba detrás de la barra —contesto.

—¡Voy a buscarlo!

«Vete, vete», me digo a mí misma.

—¿A dónde va esa? —me pregunta Clara.

—A buscar a Fer —le aclaro.

—Pues voy detrás —decide.

—Tranquila, esa está más interesada por Luis —le digo.

—Por si acaso —insiste.

¡Hala, pues! Todas a por Fer.

—¡Hola, Oli! —Me giro para ver quién me saluda.

—¡Jaime! —Me sorprendo al verlo y lo abrazo.

Ha cambiado mucho.

Era uno de los que más tenía curiosidad por ver. De críos, antes de que apareciera Fer, tonteamos un poco y nos besamos alguna vez. No lo recordaba tan alto y tiene todo el pelo canoso.

—¿Cómo estás? Te veo muy bien —dice.

—Aquí estoy —le sonrío—. En plan *remember*. Cómo pasa el tiempo.

—Por ti mejor que para alguno de nosotros.

Me río y hablamos un poco de los hijos.

Ramón aparece con Sara y nos saluda a los dos. Lo noto algo distante y... muy cariñoso con Sara.

—¿Me prestas a Oli un momento? —nos interrumpe Paula.

Me coge del codo y me lleva al almacén.

—¿Has visto a Ramón y a Sara?

—Sí. Acaban de entrar.

—Y han venido juntos en el coche, los he visto cuando he salido a llamar a mi churri.

—No estarás pensando... —dudo.

—¿Pasaría algo en la última cena? —Deja la pregunta en el aire.

—¡No fastidies! —Me tapo la boca con la mano—. Ya tenemos entretenimiento por si la cosa decae. —Nos reímos las dos—. Anda, vamos fuera a seguir saludando.

En nuestra ausencia, ha ido llegando más gente. Richi entre ellos, que ya está detrás de la barra con Fer sirviendo bebidas.

No tardamos en hacer grupos. Paula, Clara y yo nos mantenemos juntas y nos acercamos en tándem a otros. Charlamos, y por supuesto, el tema principal es la organización y el hecho de que trabaje para Fer.

—Circunstancias de la vida —comento sin más.

—¡Ha venido! —me susurra Clara al oído.

—¿Quién?

Miro hacia la puerta y veo a Óscar. Es el que menos ha cambiado. Era un chico alto, delgado y desgarbado con cara de niño que siempre pasaba desapercibido. Fue uno a los que Fer tuvo que mandar un mensaje privado porque no había pagado, pero es que tampoco envió fotos ni quiso estar dentro del grupo de guasap.

—Creo que hoy tu jefe va a tener competencia —comenta Paula.

Afirmo con la cabeza y Clara hace lo mismo.

Se le ve tonificado y lleva una barba poco poblada por la que asoman unos labios gruesos y sexis.

—¡Ufff! Pero ¿cómo se ha puesto este? No voy a saber a dónde mirar —dice Clara.

Se acerca hasta nosotras y en ningún momento duda.

—Clara, Paula, Oli...

Se agacha y nos besa una a una.

—Al final te has animado a venir —le digo con una sonrisa.

Estira los labios y, sus rasgados ojos color miel, se convierten en dos líneas acompañadas de unas finas patas de gallo que le imprimen a su rostro la madurez que le corresponde.

—Has hecho muy bien en presentarte. ¿Te sientas con nosotras? —le pregunta Paula.

Asiente. Richi aparece por detrás de la barra, le saluda y Óscar le pide una caña.

Una de las camareras se acerca para decirme que ya podemos empezar; busco a Fer y animamos a todos a que vayan cogiendo asiento.

Nos mezclamos bastante, intercalando grupos de chicas y chicos. Fer se sienta al otro lado de la mesa junto a Richi que, como en la última cena, no se separa de él. Es otro de los que me ha sorprendido mucho por su humor y su arte para crear buen ambiente. Enfrente de nosotras están las gemelas Conchi y Nati y seguido, Jaime.

Nada más servirnos los entrantes ya nos estamos riendo. Jaime empieza a beber de forma considerable. Creo que está algo nervioso y en un momento dado, empezamos a hablar de los rollos que surgieron en los campamentos hasta que él empieza a relatar que, en alguna reunión familiar, cuando cuentan batallitas de la adolescencia, recuerda los besos que le daba Olivia Cobos. Yo me echo las manos a la cabeza y me muero de la vergüenza solo de imaginar que he sido la protagonista en más de una ocasión de sus historias y, sobre todo, por el motivo en cuestión.

—¡Vaya, vaya, Oli! —dice Clara—. Dejas huella.

—¡Pero si han pasado más de veinticinco años y éramos unos críos! —exclamo.

Fer me mira y hace ese gesto suyo tan típico de levantar la ceja sin perder la atención en la conversación. Óscar, que se ha mantenido en un segundo plano entre Paula y Clara, suelta una carcajada.

Creo que necesito repartir los abanicos a la voz de ya.

—Para que veas, hay cosas que a ciertas edades no se olvidan —termina Jaime.

—Habrás que dejar constancia de quién fue la protagonista —digo para terminar con el tema.

Me levanto y le pido a Paula que me saque unas fotos con él. Cuando me separo, ella sugiere que me ponga con Fer y anima a Óscar a que pose con nosotros también.

—Eso, así, así. Con Oli en medio como si fuerais un sándwich.

Resoplo, pongo los ojos en blanco y ella se ríe. No puedo ver qué cara ponen los dos, pero espero que luego Clara me lo relate.

Me agarran por los hombros y yo les paso las manos por la cintura. Sin duda Óscar está más en forma, se nota que es bombero.

Hacemos una ronda de fotos y nos sacamos unas cuantas entre nosotras y también con los que tenemos sentados alrededor.

Por supuesto, Clara también pide hacerse un sándwich con los que, entre nosotras hemos declarado, los *buenorros* de los *Scouts*.

—¡Pásamelas! —le pido a mi amiga.

Enseguida vuelvo a mi asiento y empiezo a mandarles fotos a las *Sister Brown*.

La conversación gira alrededor de quién salió con quién de los presentes y les pregunto por ello a las gemelas.

Óscar se mantiene en su línea de hablar solo si le preguntan y, al parecer, es el único que no se lio con nadie.

Entre plato y plato se relatan las gamberradas que los chicos les hacían a los monitores, a las chicas y la bebida que traían de contrabando porque estaba terminantemente prohibida.

Está siendo una velada muy divertida y, tras el postre, toca repartir los detalles y preparar el vídeo para el proyector.

—¡Yo también quería una gorra! —se queja una de las gemelas.

—Pues yo un abanico —dice Jaime.

Miro a Fer y se encoge de hombros.

—Os los intercambiáis —sentencia.

—Yo quiero las dos cosas —aclara Jaime que se ha movido de sitio y se ha puesto en el mío.

—Era complicado que todos estuvieran contentos —le susurro a Fer, mientras terminamos de conectar el pincho donde están los vídeos, con el vino empezando a nublar mis sentidos.

—Es lo que hay. Que se las apañen.

Apagamos las luces y nos sentamos juntos para verlo. Me siento, atenta a la proyección, mientras Fer deja el brazo apoyado en el respaldo de mi silla.

Conforme el vídeo con las fotos se sucede, noto cómo su mano acaricia mi espalda de forma distraída. Se me eriza la piel y hace que despierten un millón de sensaciones que me recorren entera. Por unos segundos todos mis sentidos, embotados por el alcohol, se ponen alerta. Ignoro la advertencia, cierro los ojos y disfruto de las caricias como si fuera una quinceañera, sujetando mis ganas por tocarle. Mi respiración se acelera a pesar de que no quiera que mis emociones se descontrolen, porque, aunque parece que lo hace sin querer, mientras comenta alguna de las fotos con Richi que lo tiene delante, creo que es muy consciente de lo que está haciendo. No lo freno, me deleito con su tacto que en alguna ocasión hace contacto directo con mi piel.

Cuando termina el vídeo, entre risas y aplausos, Richi se encarga de encender las luces y él reposa su mano en mi hombro de la manera más natural. Soy incapaz de seguir la conversación que mantiene con las gemelas y solo asiento en repetidas ocasiones.

«¿Qué es todo esto?», me pregunto un poco perpleja.

—¿Unos cubatas? —sugiere uno de los chicos.

—¡Marchando! —dice Fer separando su silla de la mía.

Me levanto para coger el bolso y decirles a las chicas que voy al baño.

—Te acompaño —dice Clara, que espero no se haya percatado de lo que ha pasado.

—Yo también —agrega Jaime.

Las dos nos miramos y le ignoramos, pero una vez que entramos en la zona de los aseos, intenta meterse con nosotras en el baño y me agarra en un amago de besarme. Yo me aparto, pero no hay sitio material y Clara lo empuja mientras lo increpa.

—Jaime... —llama Fer—, ¿qué combinado quieres? —le pregunta mientras lo saca del baño y yo suspiro de alivio.

—¡Hostia! Pues sí que le gustaban tus besos —suelta Clara.

—Calla, joder. Va un poco pasado —digo algo molesta.

—Pues espera, que ahora vienen los cubatas... Paso yo primero —dice al abrir la puerta del inodoro—, y procura que nadie más te asalte mientras meo —grita sin cortarse.

Sonrío porque es lo único que puedo hacer, pero la situación no ha sido nada agradable y eso que voy ya más que achispada.

—¿Estás bien? —pregunta Óscar, que parece que se ha dado cuenta de todo.

—Sí. Gracias. —Le sonrío.

Inclina la cabeza y se mete en el aseo de chicos.

Cuando salimos el olor a porro se respira en el ambiente.

Ya sabéis quien va a acabar medio en coma, ¿no?

—¡Ay, madre! —exclama Clara con la mano en el pecho—. ¡Ay, madre! —repite.

—¿Qué pasa? —le digo mosqueada.

—¡Que ha traído la guitarra!

Miro hacia donde lo hace ella y veo a Fer sacándola de una funda rígida. Cuando se la coloca, dispuesto a tocar, veo que lleva una salamanquesa serigrafiada muy cerca de las cuerdas y se me encoge un poquito el corazón.

Ramón le increpa y silva, pero Sara se acerca a él, le dice algo al oído y se calla. Ella fue una de las que le pidió que la trajera.

—¿Qué nos vas a tocar, Sam? —le pregunta alguien.

Fer se mantiene callado y toca unas notas mientras la afina. El contorno de su mano parece acariciar el gecko cada vez que rasguea la guitarra, pero solo es un efecto visual.

En cuanto empieza a hacerla sonar, reconozco de inmediato la canción. Es la preferida de mi suegra, su madre.

—¡Ayyyyy! Los Panchos, qué chula —grita Sara.

—¿En serio? —pregunta Jaime.

—«*Hace falta que te diga, que me muero por tener algo contigo...*» —canta con los ojos cerrados y la piel se me eriza.

—¡Joder! —exclama Clara—. Acabo de encharcar las bragas —susurra solo para que la oigamos nosotras.

Paula se parte de risa, pero yo mantengo la atención en la intensidad de las emociones que muestran su rostro, si lo vierais, entenderíais a Clara, porque yo estoy de camino a mojarlas también.

—«*Es que no te has dado cuenta, de lo mucho que me cuesta ser tu amigo...* —cita, abre los ojos y nos mira. Trago saliva porque digo nos mira, pero tengo la sensación de que solo me ve a mí y me acaloro—, *ya no puedo acercarme a tu boca... sin deseártela de una manera loca...*» —vuelve la vista a la guitarra sin dejar de tocar y humedezco mis labios mirando los suyos, deseando, como en la canción, que sí, que hagan contacto con los míos como en aquel sueño.

—Joder qué bien canta —dice una de las gemelas—, es una versión preciosa.

—Más bonita que la de Los Panchos —secunda Sara.

—«*Ya no sé con qué inocente excusa, pasar por tu caaaaaaaaaaasaaaa*» —Golpea las cuerdas con energía y me da tal subidón de adrenalina que cojo mi cubata y le doy un trago que no parece saciar mi sed.

Continúa cantando, todo el mundo permanece en silencio, y en las siguientes notas levanta la vista y esta vez sí. Me mira. Yo no despego los ojos de su rostro.

—«*No quisiera yo morirme sin tener... algo contigo. Sin tenerrrrrr algo contigo, sin tener algo... contigooooo*» —termina y cuando todo el mundo aplaude, aparta la mirada de mí y sonrío.

—¡Madre mía, Oli! —murmura a mi oído Paula.

—¿Qué pasa? —pregunto haciéndome la loca.

—¿No lo has visto? Cómo te ha mirado cuando ha pronunciado esa frase.

Las chicas silban, lo vitorean y piden más.

—¡Uffff, chicas! Si antes tenía ganas de tener algo con Fer, ahora me muueeeeroooo por tener algo con él —expresa con voz rasgada Clara y sonrío, mientras Paula me mira con las cejas arqueadas; yo la ignoro y le quito importancia.

Entre cubata y cubata, Fer toca las típicas canciones de campamento que todos cantamos a la vez y nos reímos como si fuéramos los críos de entonces, yo me relajo un poco, aunque advierto que, de vez en cuando, me lanza miradas muy significativas.

—¿Te animas, Oli? —me pregunta en un momento dado.

Paula me da un pequeño codazo y no le hago caso. Estoy ya más que perjudicada y esta especie de flirteo que se trae, me está haciendo beber más de la cuenta, porque no sé si lo estoy interpretando bien.

—¿A qué? —pregunto entre risas.

—A cantar una conmigo, como en los viejos tiempos.

Dejo de sonreír. Hace mucho de aquello y, aunque canto a todas horas en el coche y en casa, hacerlo en público no es lo mío.

Niego con la cabeza.

—¡Venga! —me anima con una sonrisa deslumbrante que hace se me encojan ciertos músculos que habitan en el sur de mi anatomía.

—¡Venga! —grita la mayoría al unísono y Fer sonrío.

—«*Llevas años enredada en mis manos en mi pelo* —empieza a cantar sin tocar—, *en mi cabeza. Y no puedo más, no puedo más...*». ¿Te la sabes? —me pregunta y asiento despacio sin pronunciar palabra.

¡Madre mía! Esa canción.

La conozco muy bien, porque desde que tuve el sueño, la he escuchado y cantado a menudo y un montón de sensaciones me recorren el cuerpo en mi estado de embriaguez.

Me da paso; continúo la canción y empieza a tocar los primeros acordes.

—«*Debería estar cansada de tus manos, de tu pelo, de tus rarezas, pero quiero más, yo quiero más. No puedo vivir sin ti, no hay manera. No puedo estar sin ti, no hay manera, aaaahhhhh*».

Si no fuera porque es imposible, creería que se pueden escuchar los latidos de mi corazón por encima del sonido de los acordes.

—«*Me dijiste que te irías, pero llevas en mi casa, toda la vida...*» —me acompaña y nos miramos. Estoy segura de que me brillan los ojos de la emoción porque, él sonrío y los suyos me

transmiten tantas cosas que me siento como si estuviera subida en una nube.

—«*Sé que no te irás... tú no te irás. Has colgado tu bandera traspasado tu frontera — continúa solo—, eres la reina, siempre reinarás, siempre reinarás. —Seguimos juntos—. No puedo vivir sin ti, no hay manera...»*. —Y así hasta que termina.

—Qué bien cantas, Oli. ¡Maldita perra afortunada! —me insulta Clara cuando terminamos, todos aplauden y nuestra conexión se pierde.

Al levantar la vista, Gabriela me mira con un gesto que me recuerda a mi compañera Estrella y le pego otro trago a mi *gin-lemon*.

¡Vaya pedo llevo!

*Quiero algo contigo, siempre lo he querido, aunque te lo diga disfrazado entre alcohol y
acordes.*

Capítulo 19

Mañana estaré afónica y con una resaca de padre y muy señor mío.

Richi ha traído un pincho con música de los ochenta y noventa y no paramos de bailar y cantar.

—¡Oye, Oli! ¿Ha sobrado algo de postre? Si seguimos bebiendo así yo acabo en urgencias —dice Sara.

—¡Pues bebe agua! —le grita Clara y Óscar, que no se ha movido de su lado, se ríe.

Me doy la vuelta, más que nada, para que Sara no me vea partirme de risa.

De repente se me ilumina la neurona, esa que lleva metida en el saco de dormir de los campamentos desde hace horas.

—¡Las chuches! —exclamo—. Fer, ¿dónde están las chuches? —le pregunto acercándome hasta él.

En el último momento se me ocurrió comprar un montón de gominolas, regalices y nubes para evitar acabar más o menos como estamos la mayoría.

—No lo sé —dice con un resoplido—. Te ayudo a buscarlas. También había unas bandejas, ¿no?

Asiento y vamos hacia el almacén.

Por el camino me tropiezo con una raya del suelo, porque al buscar con qué ha sido no veo nada, Fer me agarra para evitar que me caiga y me pega a él.

Volvemos a conectar y de repente algo me hace huir de esa situación que se está creando.

¿Miedo?

—¡Puuufff! A partir de ahora, nubes y agua —digo con voz pastosa y me separo. Fer se ríe.

—¿Qué tal te lo estás pasando?

—¡Muy bien! Mejor de lo que pensaba. —Puedo imaginarme la sonrisa de borracha que le he puesto y enseguida me pongo seria—. Tenías razón, es mejor no venir condicionada.

—¡Claro que sí! —dice rebuscando entre manteles de papel, plástico de envolver y cosas varias que hay encima de un arcón congelador—. ¡Aquí están!

Me ayuda a repartir las bandejas y a llenarlas de chuches, que son más que bien recibidas. Por supuesto no faltan las fotos con regalices en la nariz que no me reprimo en inmortalizar, de nubes chupeteadas y algunas compartidas de boca a boca...

«Esto se nos está yendo de madre», pienso.

En un par de ocasiones, tengo que evitar que Jaime intente besarme de nuevo.

—¡Por recordar viejos tiempos, Oli! —Me dice con un puchero.

—Con un pico te vale. —Me pongo de puntillas y le doy un beso que justo le roza los labios y veo que Fer nos mira de reajo.

—Eso no me vale, ¡jo! —protesta.

—Pues es lo único que vas a obtener —le advierto, a ver si así me deja en paz.

Son cerca de las once y algunas mamis empiezan a desaparecer. No nos hemos metido al estómago, desde la comida, nada más que unas pocas gominolas y la gente quiere ir de marcha.

Esto no pinta bien.

Hacemos un receso para recoger lo más gordo en bolsas de basura e irnos a un bar de copas que hay cercano. Clara y Óscar, que parecen haber empatado muy bien, nos echan una mano.

Fer ha dejado al becario encargado de venir por la mañana con la furgoneta a coger el *Photocall*, el baúl y a devolver el proyector a la empresa que nos lo ha suministrado. De todas maneras, le he dejado mi teléfono de contacto por si surge algún contrat tiempo.

Cuando llegamos al *Pub*, el estilo retro me encanta. Jaime se tiene que sentar en un taburete y todos tememos que se desplome de un momento a otro. Al final se anima, se levanta y nos va enganchando una a una para bailar agarrados canciones que son más de pegar brincos.

—¡Joder cómo está el patio! —exclama Clara—. Algunos no saben beber.

Me pido un botellín de agua cuando la escucho, porque al parecer, no es que yo sepa tampoco.

—¡Yo me voy chicas! —intenta hacerse oír Paula entre la música—. Me quedo en casa de mi hermana y esto se ha alargado más de la cuenta.

La abrazo con ganas y siento como si el tiempo se hubiera detenido.

—Ha sido genial compartir esto contigo —le digo—. Yo no voy a tardar mucho en irme.

—Llevas un pedo descomunal, Oli. Esta vez me has ganado. —Se ríe—. Pero tienes razón. Ha sido fantástico. Te llamo para comer un día y comentar las jugadas. —Me guiña un ojo.

Asiento y le doy dos besos.

Media hora más tarde, y otro botellín de agua, veo a Clara y Óscar en un rincón con una más que animada conversación. Para mí son como el aceite y el agua, sin embargo, él con lo reservado que es, parece encantado.

Decido marcharme. Fer está acaparado por Richi, Ramón y Sara. Paula se ha ido y Clara está a su bola. Si no como algo, no quiero ni pensar en cómo estaré mañana. Solo el agua no está surtiendo efecto.

—Me voy, *cariñete*. —Me acerco a Clara. Le doy el último trago a mi agua y dejo la botella en la barra.

—¿A dónde crees que vas? —pregunta, pero parece más una amenaza.

—¿A mi casa? Llevo una cogorza como un general que no se me baja. si no como algo, voy a estar mala dos días, y los pies me están matando con estas sandalias. Llevo casi quince horas en pie y una semana de curro de aúpa. ¿Te lo has pasado bien, Óscar?

—¡Sí! Mejor de lo que esperaba. Me alegro de haber venido al final —sonríe y no veo ni un ápice de falsedad en su rostro.

—Yo también. A ver si organizamos algo menos formal y nos volvemos a ver —le digo y le doy un par de besos.

Ma abrazo a Clara.

—Ya me contarás cómo acabáis, ¿eh? —le susurro al oído mientras la beso.

Se carcajea y me achucha un poco más.

—Que no te quepa duda —susurra.

Hago la ronda de despedidas hasta que llego a Fer.

—¡Me voy, jefe!

—¿Te vas? —dice sorprendido—. Tu contrato como secretaria a tiempo completo dura hasta las doce. No te puedes marchar —pronuncia en voz baja y sugerente apartándose un poco de su compañía.

Miro el reloj y solo quedan unos minutos para la medianoche. Le sonrío y me cruzo de

brazos.

—Tendré que esperar hasta que se cumpla, entonces.

Me pone su media sonrisa y, como Richi está casi pegado a él, se acerca a mi oído.

—¿Tienes batería en el móvil?

Asiento algo confusa. La última vez que lo miré todavía me quedaba un treinta por ciento.

—Pues cuando salgas, atenta al guasap —comenta de una manera que se me antoja misteriosa—. Hasta la vuelta de vacaciones, secretaria —se despide en voz alta y me da dos besos en los que sus labios ni siquiera me rozan la mejilla.

Me ha dejado de lo más confusa, aunque cierto cosquilleo se hace paso entre la marea de alcohol que navega en mi estómago.

Nada más salir, camino un par de metros, me paro y saco el móvil en cuanto siento la vibración.

¿Qué te parece si
compartimos taxi?_00:01

Procuro darle un sentido coherente a ese hecho, ya que vivimos en lados opuestos de la ciudad y solo se me ocurre uno.

Mi corazón empieza a latir a toda velocidad, no sé cómo contestar a eso.

¿Y si lo estoy malinterpretando?

Escribo : Quieres... ¿que nos vayamos juntos?

Pero lo borro antes de enviarlo. Esa pregunta puede que crea que dudo y la Olivia borracha se vuelve intrépida.

¿Quiero hacerlo? ¿Quiero comprobar en qué deriva todo el tonto del día?

Me parece perfecto._00:02

Cojo aire e intento no hiperventilar mientras espero su respuesta.

Y ¿qué te parece si vamos
a la oficina y probamos
la resistencia de la mesa
de mi despacho?_00:03

¡Joder! ¿Lo dice en serio?

Saco el abanico que hemos dado de detalle y me empiezo a abanicar.

¡Qué calor!

¿Crees que
aguantará,
jefe?_00:03

Le sigo el rollo con una sonrisa nerviosa, porque no se me ocurre otra cosa que ponerle.

Esta vez tarda algo más en contestar y me pregunto si se estará despidiendo.

Me temo que no
nos queda otra que
comprobarlo._ 00:06

Me río y le se lo pongo en forma de emoticonos.
¿Va en serio? Parece que sí, ¿no creéis?

¿Dónde nos
encontramos?_ 00:07

Hay una parada de taxi
cerca de la sociedad. En
un rato me despido y te
veo allí._ 00:07

Guardo el móvil en el bolso. Mis nervios deberían estar sedados por el alcohol, pero no es así, aunque está claro que está nublando mis sentidos y también mi cordura.

¿Lo vamos a hacer?

Lo espero en la zona de taxis que a esta hora está vacía y aguardo a ver si llega alguno.

Han pasado más de diez minutos. Fer está tardando mucho y acaba de llegar un taxi.

Me meto dentro y justo en ese momento llega un mensaje suyo. No quiero pensar que se ha arrepentido y lo abro sin demora.

Me ha costado despedirme.
¿Dónde estás?_ 00:21

Siento alivio al ver que sigue en pie nuestro encuentro clandestino.
«¡Pues sí que estoy tontorrón!».

Dentro del taxi._ 00:21

¡Voy volando!_ 00:22

Sonrío al imaginarlo diciendo eso. Hoy ha hecho un despliegue total de ese humor suyo que hacía tantos años que no veía.

Tiene que recorrer dos manzanas. Una vez sentada, me doy cuenta de lo mareada que estoy y que, gracias al alcohol, siento como si esto no fuera con nosotros, como si no estuviéramos pensando en hacer lo que parece que vamos a hacer.

—¡Ya estoy aquí! —dice al entrar al coche con su guitarra, sorprendiéndonos al conductor y a mí.

Se sienta a mi lado sin acercarse y una especie de *dejá vu* me viene a la memoria.

Le sonrío. Sus ojos brillan con las luces de la ciudad, vuelvo la vista al taxista, le doy la dirección y arranca.

—¡Ya estamos aquí! ¡Tú y yo! —declara con toda la intención.

Alargo la mano hasta su cara y con el dedo gordo, borro un rastro de carmín que hay muy cerca de su boca.

—Creo que más de una se ha quedado con las ganas de estar sentada contigo en este taxi —contesto para salir del paso e intentar rebajar la ansiedad que me invade.

Se ríe y niega con la cabeza. Pero no puede negar la evidencia. De todos los que estaban allí, era el único que ha dado de qué hablar a las féminas en el chat que montamos estos últimos meses, hasta que ha aparecido Óscar y ha acaparado parte de la atención.

—Pero estoy contigo —afirma.

—Sí, jefe —digo al recordar nuestro flirteo por el guasap de hace un rato.

—Entonces... vamos a tu casa —señala al ser consciente de la dirección que he dado.

—Sí, creo que vamos a estar más cómodos que en la mesa de tu oficina.

Hago una mueca cómica y asiente riéndose, porque la imaginación, en unos pocos segundos, se nos ha ido de las manos y si vamos a hacer esto, mejor hacerlo bien.

El taxista nos mira por el espejo retrovisor y sonrío. Parece de nuestra edad y supongo que estará más que acostumbrado a vivir estas escenas y más, un sábado noche.

—Había que comprobar si besas tan bien como ha dicho Jaime.

—¡Por favor! —suplico al recordar el momento y lo avergonzada que me he sentido—. Creo que a Jaime lo han debido de besar poco y mal para que todavía recuerde los cuatro besos que nos dimos de adolescentes. Pero, sí —empiezo a decir sin saber de dónde salen mis palabras —, deberías comprobarlo —termino de forma sugerente.

—En cuanto lleguemos a nuestro destino —advierete.

No me va a besar en el taxi. Va a hacerme esperar, lo veo en su sonrisa canalla y acepto el reto.

—¿Se va de vacaciones, señorita Cobos?

Me río y agradezco que haga el trayecto más cómodo empezando una conversación trivial. Tiene esa forma de saber estar que me encanta y siempre he admirado.

—Me voy el lunes con Carol y su familia a Peñíscola —le cuento.

—Tienes margen para recuperarte... Me alegro. Yo en unas horas tengo que estar en el aeropuerto.

Asiento sin decir nada. Sé a dónde se va y con quién, y ninguno de los dos va a mencionarlo. Estamos de camino a mi casa para acostarnos y no tendría sentido, aunque no puedo remediar pensar que, lo que vamos a hacer, no está bien.

Se me escapa un suspiro sin querer y me agarra de la mano.

Lo miro. Parece que nos estemos diciendo cosas solo con los ojos.

—Es algo que tarde o temprano tenía que pasar... —pronuncia en voz queda.

—Sí —contesto no muy convencida, porque me ha sonado a como si tuviéramos algo pendiente; supongo que es así, al menos, para mi «yo» adolescente.

El taxi para y me sorprende de que hayamos llegado tan rápido, pero apenas había tráfico para ser sábado, se nota que es víspera de vacaciones.

Saco el monedero para pagar.

—Pago yo —dice.

Pero me adelanto y le doy un billete de veinte euros al conductor.

—Ya pago yo este y tú pagas el de vuelta a tu casa.

No me quiero rayar por las similitudes que hay con mi primer encuentro con Joel, pero es que esto ya es demasiado, solo que esta vez parece que he intercambiado los papeles.

Acepta con un movimiento de cabeza y guarda su cartera. Sale del coche mientras espero el cambio y abre la puerta por la que tengo que salir.

—¡Qué caballeroso! —exclamo con pitorreo.

—Ya veremos dentro de un rato —replica de tal manera que hace que cierre mis muslos y no pueda evitar abrir un poco los ojos ante la sorpresa.

«¡Joder!».

Pero en vez de sentirme amedrentada, me excito. Hace mucho que no hago esto.

Me adelanto para abrir el portal; me sigue muy de cerca.

En el ascensor pulso el piso y siento su respiración pegada a mi pelo. Me doy la vuelta y lo beso con un simple roce de labios.

No es tan alto como Luis ni como Joel y con los tacones no tengo que inclinar tanto la cabeza hacia atrás, me resulta cómodo. Le echo las manos al cuello y me atrevo a invadir su boca. No se resiste y la abre para dejarme entrar.

Apoya la guitarra y me estrecha entre sus brazos; nos deleitamos en descubrirnos. Me gusta como besa. Me gusta y mucho. El recuerdo de aquel sueño se cuele en mi memoria sin querer y un cosquilleo se hace presa de mi estómago.

El ascensor llega a nuestro destino y nos separamos.

—Bueno, no está mal —dice sin dejar de mirarme a los ojos.

Le sonrío y niego con la cabeza. No voy a darle el placer de decirle lo bien que lo hace él. A este juego, podemos jugar los dos.

—Te dije que no era como lo recordaba Jaime. Anda —le animo a que me siga—, vamos.

—Tengo que pasar al baño —pide.

—Yo también.

Deja la guitarra en la sala, le indico donde está el de invitados y me encierro en el de mi habitación. Por desgracia, ese lo conoce de sobra. Me hago un lavado rápido y cuando salgo, ya me está esperando de pie delante de la cama.

Si me lo pienso me voy a rajar, así que me pego a su cuerpo, empiezo a besarlo y a meter las manos por debajo de su camiseta. Me separo y me bajo los tirantes del *body*; vuelvo al ataque y lo beso con ansia, con pasión.

—Espera, tranquila, no hay prisa —susurra y frena mis avances.

—Vale —musito algo cortada.

El valor que me infundía el alcohol para seguir con esto se ha ido al garete. Creía que se trataba de echar un polvo. De aliviar esa tensión sexual que se había creado entre nosotros y ya está, pero conforme me acaricia los brazos y los pechos por encima de la ropa, parece que vamos a hacer más el amor.

La amenaza y el morbo de no ser precisamente caballeroso, ha desaparecido y pasa a ser algo más íntimo.

Continúa desnudándose, hago lo mismo, pero más despacio y me quedo en ropa interior.

—No estoy precisamente de gimnasio —comenta, y no puedo evitar sorprenderme.

—Pues anda que yo. Me sobran unos kilos, he estado mejor —aclaro para zanjar el asunto.

Se tumba en la cama, me subo encima de él y vuelvo a besarle. Sus manos recorren mis costados llegan hasta mi trasero y lo aprieta. Labios, caricias..., una nebulosa se aloja en mi

cabeza.

Nuestras manos se atreven a tocar más allá de nuestras prendas íntimas. Roces, besos húmedos, respiraciones entrecortadas.

Suelta mi sujetador, acaricia mi espalda y me elevo un poco para que abarque mis pechos. Los tirantes cuelgan de mis brazos y rozan su torso desnudo cubierto de un ligero vello oscuro. Nos miramos a los ojos con intensidad. Tengo que cerrarlos y tragar saliva. Me dejo llevar mientras froto mi pelvis en su erección.

«Es solo sexo», me digo.

No consigo terminar de excitarme y relajarme.

—Lo siento, creo que voy demasiado bebida—me excuso.

—Tranquila. Yo me ocupo.

Me quita las braguitas y caricia mi intimidad mientras besa mi cuello, mi hombro y desliza sus labios dejando un rastro húmedo con su lengua por mi clavícula hasta que, en su camino, se hace dueño de uno de mis pezones que reacciona a su tacto al instante.

Jadeo y aprieto su mano para que no pare, marcando el ritmo de su toque. Revuelvo su pelo conforme su boca se deleita con mis pechos.

Arqueo mi espalda, pero soy incapaz de llegar.

—Necesito más —exhalo.

Coge un condón de encima de la mesilla. que al parecer ha dejado ahí en algún momento, se coloca entre mis piernas, se pone el preservativo y me penetra. Le cuesta un poco entrar, pero en cuanto lo consigue, se balancea despacio. Abre la boca, cierra los ojos y observo cómo lo disfruta. No puedo dejar de mirarlo y cuando los vuelve a abrir se cierne sobre mí y ya solo puedo sentirle. Le rodeo con las piernas y acaricio cada músculo de su espalda, hasta que aprieto su culo. Su boca está pegada a mi oreja y le oigo jadear.

—No sabes el tiempo que llevo deseando esto... —susurra tan bajo, que no estoy segura de haberlo escuchado.

Se separa, aumenta el ritmo y sus embestidas hacen que levante las manos por encima de mi cabeza y las apoye en el cabecero para contrarrestar la fuerza de sus penetraciones y sentirlo todavía más.

Se para unos segundos empapado en sudor y se derrumba en la cama. Aprovecho para subirme encima y no perder el contacto de nuestros cuerpos, pero no me muevo.

—¿Estás bien? —pregunto.

—Sí, demasiado calor y demasiado alcohol —dice.

No puedo ver sus ojos porque uno de sus brazos los tapa.

Soplo su torso y su cuello en un burdo intento por refrescarle y comienzo un ligero balanceo solo con mis manos apoyadas en su abdomen.

Se estremece y me acompaña con las suyas en mis caderas que, ejercen la presión correcta para que me acerque al punto máximo de mi placer, pero no llega.

Lo intento una y otra vez y al final, desisto.

—¡No puedo! —me lamento y me dejo caer encima de él.

—¡Uuufff, yo tampoco!

En un último intento se coloca a mi espalda y apoyo mis manos en el colchón preparada para recibirlo. Se mueve con energía para recuperar su estado de rigidez y en un momento dado, se queda quieto unos segundos, se inclina sobre mi hombro y lo besa de forma suave, muy despacio mientras siento como me llena.

Todo es confuso, intenso y muy placentero a la vez. Noto una conexión extraña o quizá solo es que estoy ebria, pero me gusta. Llega un momento en el que nos rendimos. Ninguno de los dos logra llegar al orgasmo a pesar de disfrutar de cada instante.

—Tendríamos que haber comido algo, demasiado alcohol —dice tumbado con la respiración entrecortada—. Quizás en otro momento algo más sobrios... —Deja caer y se ríe.

Me gustaría hacer caso omiso de su sugerencia y a lo que implica, pero no puedo. Me acurruco bajo su brazo pegada a su cuerpo; me acaricia de forma lánguida el costado con su mano provocando que se me erice la piel.

Me mantengo en silencio porque no sé qué decir.

«¿Quiere repetirlo?», me pregunto.

—Debería marcharme. En un rato tengo que estar en el aeropuerto, tengo que ducharme y comer algo.

—Te puedo hacer un sándwich —propongo.

Mis dedos se deslizan por su pecho sin perder el contacto.

—Eso estaría genial. Voy al baño —comenta rompiendo, la magia postcoital.

Se levanta y veo su figura desaparecer por la puerta.

« ¡Me gusta! ¡Me gusta mucho! ».

Aparece en la cocina cuando ya he terminado de prepararle el sándwich.

—¿Puedes llamar a un taxi? —pregunta.

—Claro.

Cojo el teléfono que he dejado cargando en la encimera, lo veo pegar un mordisco al pan y mirarme de arriba abajo con expresión lobuna.

Aprieto los labios y sonrío mientras espero que la centralita me coja.

Llevo una bata, voy desnuda debajo y al parecer insinúa más de lo que pienso.

—Espero que mañana no tengas mucha resaca y tengas buen viaje —le deseo por hablar de algo mientras mastica.

—Dirás hoy —expresa con una mueca de pesar.

—Cierto. —Me río.

—¿Has estado a gusto? —pregunta entre bocado y bocado.

—Sí, ¿y tú? Al final no has podido... —dejo la frase sin terminar. Me resulta raro hablar de ello ahora.

—Mucho. —Me guiña un ojo.

Sonrío.

Una llamada me indica que el taxi ya ha llegado.

—Ya está aquí —informo.

—Que tenga felices vacaciones, señorita Cobos —dice de manera formal, pero con una sonrisa en los labios.

—Muchas gracias, jefe. Las necesito. —Sonrío.

Le abro la puerta y antes de salir me besa. Es un beso solo de labios. Dulce, en el que antes de despegarse de los míos, inspira, y en cuanto perdemos el contacto, exhala.

Camina hacia el ascensor.

—¡Nos vemos por la oficina! —exclama conforme su silueta se pierde tras las puertas.

Trago saliva, porque con esa frase que acaba de decir, ha hecho que se me pase todo el pedo.

«¡Vaya ida de olla!».

Como podéis ver, estas son las consecuencias de estar demasiado borrachos y dejarnos llevar por esa cercanía que hemos tenido estos últimos meses debido a esa añoranza... y a ese cariño que hemos desenterrado.

«Menuda locura», me digo. «¿En qué estábamos pensando?».

Pero la sonrisa de mi boca vuelve a mis labios y no desaparece, porque ha sido genial. No. No ha sido genial, ha sido bonito y en eso se debe quedar.

No sé si seré capaz de borrar de mis labios el sabor de tu boca.

Capítulo 20

La noche está siendo de lo más rara.

Solo me vienen imágenes de Fer, de cómo empezamos a jugar, de las cosas que me dijo y que en su momento no me paré a analizar. «No sabes el tiempo que llevo deseando esto», resuena su voz una y otra vez en mi cabeza. Me siento confusa.

¿Qué quiso decir con eso? Podría tener dos significados y no me quiero decantar por el que me haría ilusionarme.

Me he tenido que levantar a comer un *muffin* con pepitas de chocolate, tomarme un ibuprofeno y meterme de nuevo en la cama porque preveo una resaca monumental. «¿Desde cuándo se me va tanto la mano bebiendo?». Desde que me junto con esta cuadrilla de *adultescientes* aficionados al ayuno. Menos mal que Carol me dio el margen de un día para recuperarme y hacer las maletas antes de irnos a Peñíscola, que si no me da algo.

Cuando me levanto a la hora de comer, tengo la cabeza que bien podría regalársela a otra. A Estrella, por ejemplo.

Voy como un zombi del baño a la cocina, de la cocina a la sala de estar, donde me encuentro con algo que no esperaba: la guitarra de Fer.

«¿Cómo se la pudo olvidar?», me pregunto.

La miro y ni me acerco; vuelvo al baño, apoyo las manos en el lavabo y observo mi rostro ojeroso. Suspiro y me tapo la cara.

—¡Que puta locura! —exhalo.

Me quito la camiseta del pijama en un arrebato y miro por el espejo el tatuaje de la salamanquesa. El recuerdo de Fer a mi espalda, deteniéndose para besar la parte baja de mi hombro, me ha venido como un *flash back*.

—Eso es lo que hacías...

Me vuelvo a vestir y arrastro los pies hasta el sofá. Toco mis labios, cierro los ojos y suspiro.

«A lo hecho, pecho», pienso.

Paso media tarde tirada y a última hora me pongo con las cosas que me quedan por preparar.

El sonido personalizado que tiene el chat de Carol hace que mire el móvil.

¿Qué tal ese
cuerpo jotero?_ 20:07

No quieras saberlo.
Resaca en modo ON._ 20:08

Jajajajajaja.
¿Y qué tal la comida?
¿Lo pasaste bien?
Porque tenías tus dudas._ 20:08

Estuvo genial.
Muy divertido. Se alargó
hasta la noche._ 20:09

¿Ves?
Eres una paranoias.
Estoy deseando que me
cuentes. ¿Con Fer todo
bien?_ 20:08

Sí, sí. Todo Ok.
Sin problema._ 20:09

Así es. Porque no hay nada que contar por aquí. Bebimos demasiado, se nos fue la pinza con los *remember*, el cachondeo jefe/secretaria y acabamos al más puro estilo comedia americana. Debajo de las sábanas. Bueno, en esta ocasión, encima.

Cuánto me alegro.
Sé que eso te tenía
preocupada._ 20:10

Y es cierto, pero ninguno nos imaginábamos cómo acabaría *eso*.

Yo también.
Mañana a las 8:00,
¿no?_ 20:10

Si me retraso
te escribo.
¡Qué ganas!_ 20:11

Y yo. No sabes
cuántas._ 20:11

Las tengo, muchas. Porque cuando se lo cuente va a alucinar, nos vamos a reír y le vamos a

quitar hierro al asunto. Así es. Pero prefiero hacerlo en persona, en esos ratos perdidos de tumbona en la piscina que siempre aprovechamos cuando los chicos se van a jugar al pádel.

El bajón de la resaca, de las emociones del día anterior y de la puñetera realidad, me tienen masacrada.

«Pero, ¿qué cojones hemos hecho? ¡Sale con Susi!».

Me tapo la cara con arrepentimiento.

«¡Joder! ¡Que la tengo que ver todos los días!».

No hago más que repetirme que ha sido un *affaire*. Una tontería.

«Y entonces, ¿por qué he mirado su chat como doce veces a ver si estaba en línea?».

«¿En serio espero que me escriba algo? Se ha olvidado la guitarra, ¿por qué no lo iba a hacer?».

Cojo la guitarra y la saco de la funda. Me la coloco con los pies cruzados encima del sofá. Acaricio las cuerdas, el *gecko* pintado y verlo trae a mi memoria aquella Semana Santa que nos escapamos a casa de mis padres porque ellos no iban a estar. Paula, mi hermano, Fer, su amigo Miguel y yo. Las noches en la terraza mientras bebíamos y él tocaba la guitarra. Todos los días la salamanquesa salía a cazar insectos y luego se refugiaba en la caja de la persiana. Fer la miraba embelesado.

Intento recordar los cuatro acordes que me enseñó, estoy sorprendida de todas las cosas que había olvidado referentes a él.

No teníamos ninguno ni idea de cocinar y fue un verdadero desastre, pero fue la mejor Semana Santa que viví en mi adolescencia hasta que apareció Luis.

Apenas consigo hacer que la guitarra suene decentemente y decido guardarla para no desafinarla, si no lo he hecho ya.

«¿Habrás llegado bien?» me pregunto.

He aprovechado a releer todas las memeces que nos dijimos y cómo, sin comerlo ni beberlo, nos encontrábamos en el taxi camino de mi casa.

«¡Quería probar la mesa de su despacho!».

Cierro los ojos y me río de la conversación, recordando esos momentos en que no veía ni lo que escribía debido al alcohol, la oscuridad y la maldita presbicia que lleva tiempo haciendo de las suyas.

Tiro el móvil encima de la cama y me meto al baño.

Una ducha larga y reconfortante seguro que me quita las tonterías.

Llamo a los niños justo antes de meterme a dormir y me quedo relajada al saber que se lo están pasando bien y están contentos. Claudia también, y es un alivio, porque al final me sentía culpable por haberla forzado a ir.

Mañana empiezan mis merecidas vacaciones. Es lo único en lo que quiero pensar. «Playa, paella, cerveza con limón y largas conversaciones con Carol en la piscina en las que Fer..., no va a ser mencionado», decido.

—¡¡¡Vacacionesssss!!! —grita Carol, me abraza y damos unas vueltas.

—¡Hola, cuñadica! —me saluda Santi—. Cuando te suelte mi mujer te doy un par de besos —dice cogiendo mi maleta para meterla en el maletero.

Alex, su hijo, niega con la cabeza al vernos brincar como dos crías.

—¡Hola, tía!

—Hola, corazón. —Le doy dos besos una vez que me separo de su madre—. ¡Cuñaaaao!

—Santi me abraza con ese calor y esas ganas que siempre me dicen tanto.

—Te veo bien —comenta.

—No mientas, estoy hecha unos zorros.

Porque sigo con unas ojeras de flipar. Mi noche no ha sido tan reparadora como esperaba.

—Siempre te ha sentado de maravilla el *look* Morticia. —Me río—. Ya verás como en dos días de playa se te olvida todo.

Lo miro con intensidad y deseo que tenga razón. Quiero olvidarme de Fer y también de lo que le hemos hecho a Susi.

Hace un imperceptible gesto, como si me hubiera leído el pensamiento, y me vuelve a abrazar.

Esta gente me conoce tanto que dan asco, pero de ese que está lleno de amor.

Me da un beso en la sien y me anima a entrar en el coche.

Carol se sienta a mi lado en la parte de atrás y nos achuchamos de nuevo. Cuanta falta me hacía esto. No se lo puede ni imaginar. Dejo reposar la cabeza en su hombro y suspiro.

—Tienes que contarme cómo fue la noche y enseñarme más fotos de las que mandaste al grupo —pide con ganas. Emito un gruñido como respuesta—. ¿Sigues con resaca? —me pregunta bajito, para que Alex no la escuche, y afirmo con la cabeza.

Santi me mira por el espejo retrovisor un segundo y vuelve la vista a la carretera.

—El *Photocall* quedó divino, estabais muy graciosos posando.

Sonrío. Desde luego, una de las mejores cosas de la noche. No —rectifico—. Hubo otras mucho mejores.

—Quedó genial y casi todos se animaron a hacerse fotos. Fue muy divertido. —Desvío mis pensamientos.

El chat de los *Boys Scouts* comienza a saltar sin parar. Miro las notificaciones sin abrir la aplicación y veo que no hay ninguna de Fer, parece que todo son fotos. Entro y silencio el grupo, solo quiero llegar a Peñíscola y desconectar, comer una paella con mi gente y relajarme. Me lo merezco.

Observo la lluvia caer pegada al cristal de la terraza del apartamento.

—¡Vaya día! —Se me acerca Carol—. Estamos pensando en ir al centro comercial.

—Menos mal que esto iba a levantar —exclama Alex enfadado.

Y eso es lo que pensábamos cuando nos hemos despertado y hemos visto el día así. No es extraño que toque alguno lluvioso y lo cierto es que siempre levanta, pero hoy no.

—Es lo mejor —le digo a mi amiga—, aunque estará hasta la bandera. Podríamos ir al cine.

—¿Miro la cartelera? —pregunta Alex tableta en mano.

—Sí, mira a ver si hay alguna peli decente y cogemos las entradas por internet —le propone su madre—. Nosotras podemos ir de *shopping* y que los chicos se vayan a ver la peli —me sugiere.

—Me apetece ir al cine —expreso y no se sorprende mucho. Sé que ando muy callada y no es lo habitual cuando estamos juntas.

Es viernes. No ha pasado ni una semana y sigo sin tener ganas de hablar del tema porque, como os podéis imaginar, no se me ha quitado de la cabeza. Ahora mi mayor problema es la vuelta y no dejo de pensar en cómo actuar.

—Vale, pero vamos a tomarnos un café mientras buscan peli. Tengo que comentarte una

cosa —dice con expresión extraña y me temo que quiere saber qué me pasa.

—Claro... —acepto.

La sigo hasta la cocina y prepara una cafetera. Saco tres tazas para llevarle una a Santi, el azúcar, unas cucharillas y conforme hago todo eso, empiezo a sentir que estas vacaciones la estoy defraudando.

—He estado pensando que como los niños ya son mayores —cuenta apoyada en la encimera mientras esperamos a que salga el café—, podríamos planear ese viaje del que hablamos tras volver el año pasado de la sierra.

Me sorprendo del giro que han dado los acontecimientos al escucharla y sonrío. Supongo que estoy en modo cenizo total y que no llego a percibir lo que pasa a mi alrededor.

—¿Lo estás diciendo en serio? —pregunto toda emocionada.

—¡Por supuesto! De hecho, ya he mirado vuelos y hasta un hostel —me cuenta con la sonrisa pintada en la cara.

—Pero ¿a dónde, loca?

—A Roma. Tú no has estado, yo tampoco...

«Yo no he estado en ninguna parte», pienso.

Solo en *Eurodisney* cuando Luc cumplió cinco años y ni siquiera nos pudimos acercar a París.

—La verdad es que el sitio me da igual si voy contigo —le digo acercándome y rodeándola con mis brazos—. Y ¿desde cuándo lo llevas pensando?

—Desde el verano pasado, pero no tenía muy claro si iba a poder ser. Por la pasta, ¿por qué si no? —dice como si fuera obvio, y lo es.

—Llevo ahorrando desde que lo comentaste. —Me separo de ella y la miro con una sonrisa—. Sabía que lo habías dicho como un plan a futuro, muy muy lejano, pero yo quería hacerlo, aunque fuera un sueño.

—Entonces, ¿crees que podemos planteárnoslo para antes de fin de año?

—¡Jodo! ¿Y esas prisas? —pregunto extrañada—. ¡No estarás embarazada!

—Pero ¿estás loca? ¡Ni de coña! —Pone cara de horror y me río—. He visto una oferta que no podemos desaprovechar. Es para finales de noviembre. ¿Podrías guardarte un par de días?

—Tendría que quitármelos de agosto y acortar las vacaciones, pero tengo que hablarlo con Fer.

El hecho de tan solo pronunciar su nombre me remueve algo por dentro.

«¡Estoy jodida!».

—Esta noche cuando volvamos del centro comercial lo miramos por la tableta, le escribes un mensaje para confirmar y reservamos vuelos y hotel.

«¡Ni de coña!».

—Sí, sí. Perfecto —miento como una bellaca—. Seguro que no pone problemas. ¿Lo vamos a hacer?

—¡Lo vamos a hacer! —confirma.

—¡Soy Cenicienta y tú mi hada madrina! —exclamo entusiasmada.

—¡No jodas! Yo estoy mucho más buena.

—*Of course!* —prorrumpo entre risas—. Siempre he querido hacer esto contigo.

—Y yo. Y por fin ha llegado la hora —dice mientras me agarra las manos con fuerza y fija la mirada en la mía.

Nos sonreímos.

No me lo puedo creer. Para mí esto es como un sueño. Hacer un viaje con una amiga al extranjero. Esas cosas que haces con veinte años y que, debido a las decisiones que tomé, me fue imposible realizar.

Mis vacaciones han cambiado en un instante de quererte a joderte, como suele decir ella, pero en esta ocasión es al revés. De estar jodida, en el más absoluto concepto de la palabra, a sentirme querida, que es lo que ocurre siempre que paso tiempo con ella.

Es día de estreno y Alex ha elegido la película, *Baby Driver*. El protagonista es un virtuoso conductor adolescente experto en huidas, así que toca acción, motor y fijo que más de un mamporro, ideal para mantener la cabeza en otra parte.

—Voy yo a por las Coca-Colas —les digo mientras ellos hacen fila para las palomitas.

—¡Hola!

Me giro al sonido de la voz que me saluda. Es un hombre rubio algo más alto que yo que me sonrío.

—Hola —le devuelvo el saludo.

—Creo que estamos alojados en el mismo complejo hotelero —aclara.

—¿Qué desea? —pregunta la dependienta del cine.

Ha llegado mi turno.

—Perdona —me excuso sin contestarle y me vuelvo para pedir—. Dos colas grandes —pido.

La dependienta se ríe y el rubio, que está detrás de mí, carraspea.

—Dos Coca —enfático la palabra— Colas grandes —aclaro roja como un tomate, pero apretando los labios para que no se me escape la risa.

«De verdad, ¿eh? Estamos todos fatal», digo para mí.

Pago y, al darme la vuelta, el hombre tiene una mueca cómica en la cara; yo bajo la vista y me despido.

—Hasta luego...

—Adiós —responde.

—¿Qué ha pasado? ¿Y quién es el *Bon Jovi*? —pregunta Carol.

—¿*Bon Jovi*? —inquiero y me giro para mirarlo.

Justo en ese momento termina de ser atendido y nos mira. Saluda con la cabeza y hago lo mismo.

—¡Pufff! —exhalo—. Qué vergüenza, por favor... ¿Crees que se parece a *Bon Jovi*? No me he fijado mucho.

—Tiene un aire, y está bastante bien, pero ¿de qué se reía la chica?

Le cuento mi mal interpretado pedido de bebidas y por supuesto se parte.

—¡Ay, Oli! —exclama sin dejar de reír.

—Sí, sí, sí. Corramos un tupido velo. No tengo la culpa de que todo el mundo esté enfermo y no piense en otra cosa.

—¿Y tú no? —pregunta con las cejas arqueadas.

La miro y me niego a contestar.

—Anda, vamos con los chicos que nos están esperando para entrar a la sala.

La peli es bastante entretenida y, cuando salimos, Alex y Santi comentan las escenas. Carol se engancha a mi brazo mientras paseamos y miramos escaparates. No hablamos, solo disfrutamos de nuestra mutua compañía.

Tras la cena nos ponemos a buscar los billetes y las fechas que más nos convengan. Nos sumergimos en los planes de nuestro viaje y el tiempo se nos pasa volando.

—¿Qué te parecen estos días? —Me señala en el calendario finales de noviembre—. Es cuando está la mejor oferta en el hotel.

—Vale, perfecto —digo sin más.

—Pero ¿no lo consultas con Fer? —pregunta extrañada.

—No te preocupes —la tranquilizo—, no va a poner objeción. —«O más me vale», pienso—. Con el que tengo que hablar es con Luis que esos días se tendrá que ocupar de los chicos le toquen o no.

—Vale... Entonces voy a hacer la reserva, dame tus datos para meterlos en los vuelos —pide.

Voy a por el bolso, saco el carné y la tarjeta de crédito.

«¡No me lo creo! ¡Lo vamos a hacer!».

Y como recordaréis, no es la primera vez que digo esto este mes, pero en dos situaciones que nada tienen que ver.

Capítulo 21

Quedan solo tres días para volver a casa, a la rutina, a *Seven*.

Miro el móvil de nuevo. Tengo el chat de los *Boys Scouts* silenciado.

El día posterior al evento se mantuvo en un extraño mutismo, pero el siguiente no paró de saltar con fotos, con quejas de resacas interminables y anécdotas sobre el día. Ni un solo comentario de Fer.

Entré a dar las gracias por las imágenes, por la jornada tan entrañable y a despedirme por unos días.

Nada.

Ni aparecer ni dado por leído mi mensaje por él diez días después.

Bufé sin querer.

—¿Qué pasa? —pregunta Carol. Levanta la vista de su *kindle*—. ¡Anda! ¿Ese no es el Bon Jovi? —dice mirando hacia la piscina.

Hago lo mismo y veo de perfil al rubio del cine.

—Sí. Al saludarme me comentó que estábamos en el mismo complejo hotelero.

—Está en forma... —Me mira y arquea las cejas de arriba abajo.

Ya no aguanto más. Vuelvo la vista a mi lectura y cojo aire.

—Me he acostado con Fer —suelto a bocajarro sin dejar de mirar el libro que tenía entre las manos.

El silencio dura solo tres segundos.

—Ya era hora de que lo soltaras. ¿Y cómo la tiene?

La miro con la mandíbula a punto de rozar el suelo. Ha vuelto su atención al libro digital y está tan tranquila.

—¿Te suelto semejante bombazo y solo se te ocurre preguntarme que cómo la tiene?

—Ya sabes que siempre me ha parecido que tu excuñado tenía su *morbazo*.

Estoy tan alucinada de que no parezca sorprendida que por un momento creo que es capaz de leerme la mente.

—No. No lo sabía. Tenía claro que te pasaba algo y que ese algo tenía que ver con Fer.

—Pero ¿cómo...?

Dejo la frase inconclusa esperando respuesta.

—Te he preguntado sobre las fotos en las que estáis juntos cantando, en cómo acabasteis sentados tan cerca y, las dos veces, me has cambiado de tema. Llevas meses que no has hecho otra cosa que mencionarlo cada vez que hablabas de eta quedada, y de repente, te comportas como si no existiera. La verdad, no pensaba que os hubierais acostado, eso sí me ha sorprendido, y mucho, pero sí creía que había sucedido algo importante que había vuelto a cambiar vuestra relación que ahora parecía bastante buena. Aparte de que llevas desde que llegamos en un modo muy reservado. —Se queda callada un momento antes de continuar—. Te aseguro que te he dado tu espacio y he tenido paciencia, pero si no me contabas antes de que terminaran las vacaciones lo que te pasaba, te iba a saltar a la yugular. ¿Por qué no me has dicho nada antes? —interroga

confusa.

—No quería darle importancia.

—Ya... Te acuestas con tu jefe, hermano de tu exmarido y amigo de la adolescencia y no quieres darle importancia. Nada —expresa con un movimiento de hombros—. De lo más natural.

Ahí está mi Pepito Grillo. Nada de risas y cachondeo. Eso se habría dado el primer día. Ahora lo que toca es asumir que la he cagado a lo grande y en plan adolescente. Bueno, los dos, porque Fer algo de culpa también tendrá, digo yo.

—Habíamos bebido mucho. Yo tenía un ciego importante. Empezamos a tontear de manera inocente...

Miro a Carol y su semblante de, *pero ¿qué me estás contando?* hace que me calle la boca.

—Empieza desde el principio y déjate de chorradas —dice apagando el *kindle*. Lo deja en la mesa que separa nuestras hamacas y cruza los brazos a la espera de que comience mi relato.

—No sé ni cómo pasó. Empezó a cantar unas canciones que parecía que me las dedicaba a mí. Llenas de miradas y frases intencionadas, un flirteo en toda regla, vamos. Luego preparamos el vídeo con las fotos que habían montado, apagamos las luces y nos sentamos juntos a verlo. Ya íbamos muy bebidos y mis recuerdos son vagos. El caso es que estábamos comentando con Richi una de las fotos sobre unos de los monitores, cuando empecé a sentir la mano de Fer acariciando mi espalda de forma distraída...

Relato paso a paso las sensaciones que sentí y en un momento dado me pusieron en alerta. Cómo las aparté cuando cada uno fuimos a nuestro rollo hablando con otros grupos, hasta que fuimos a un bar de copas y me acerqué para despedirme de él. Entonces empezó el juego. Cómo nos escabullimos como dos críos y ya en mi casa me hizo el amor.

«Me hizo el amor...», joder, ¿el amor? Sí, no fue un polvo sin más.

Cierro los ojos sin entrar en detalles porque no los quiero recordar, porque cada día que ha pasado desde entonces, recuerdo una cosa más que mi estado de embriaguez dejó oculto en mi memoria.

—¿Has sabido algo de él desde esa noche?

—Nada. Ni un mensaje ni mención al asunto. Esa mañana cogía un vuelo a Ibiza para encontrarse con Susana. Ella se fue el viernes.

De nuevo aparece ese sentimiento de culpabilidad al mencionarla.

—Y tú, ¿qué sientes al respecto? —pregunta preocupada.

—No lo sé. No lo viví como un polvo sin más. Me pareció que había... cariño, aunque algún comentario que hizo perdido me diera a entender que solo era eso, algo que teníamos pendiente.

—¿Y eso de que teníais que repetir? —pregunta Carol con cautela.

Le dedico media sonrisa desprovista de ingenuidad.

—Ya sabes, esas cosas se dicen para quedar bien con un rollo de una noche.

—Joder, Oli, pero vosotros no sois unos desconocidos. ¿Tú quieres repetir?

—Al principio ni me lo planteé. Cerré la puerta a sabiendas de que eso no iba a pasar. Lo dijo en la cama como al descuido y yo no comenté nada al respecto.

—¿Y ahora? ¿Te lo planteas? —cuestiona con voz asombrada.

—No lo sé. Fue tan bonito... me gustó. Creo que habría sido aún mejor sin el alcohol de por medio.

—Pero sabes que, aunque siempre es una buena excusa, eso no habría pasado si no hubierais estado ebrios —razona.

—Cierto. Además, no puede volver a pasar. ¡Es Fer! —incido en su nombre.

—No, Oli. Es tu jefe —señala de forma severa Carol—, y sale con tu compañera, Susana. Me tapo los ojos aún más consciente de la realidad.

—Lo sé, y te aseguro que no se me olvida.

—No creo que se dé, pero desde luego no debería de volver a ocurrir —advierte.

—Claro que no. ¡Por supuesto que no! —termino con firmeza.

Tengo que dejar a un lado estos sentimientos que quieren aflorar de nuevo después de tantos años marchitos.

Es Fer, y no puedo confundir el cariño que le tengo y el pasado que compartimos con otra cosa. Ese pasado que parece que nos ha mantenido unidos a través de los años por una especie de hilo transparente a pesar del distanciamiento.

Entro en casa y arrastro la maleta hasta mi habitación.

Me ha costado horrores despedirme de Carol y me he quedado con un pequeño vacío que se ha aliado con esa ansiedad que me ha acompañado los últimos días en la playa.

—No le des vueltas. Tú actúa como si no hubiese pasado nada —me ha dicho Carol al oído envuelta en el abrazo que me ha dado de despedida—, y cualquier cosa me llamas o me escribes; voy a estar atenta al teléfono.

Me pongo cómoda y, sin pensármelo, deshago la maleta. Mejor no lo dejo para mañana y empiezo bien la semana.

Miro las sábanas, esas que me recuerdan la prueba del delito.

«¿Seguirán oliendo a Fer?», me pregunto.

Olerán a tabaco, sudor y a saber qué más. Y no, no me voy a acercar a comprobarlo, todavía no se me ha ido tanto la cabeza, aunque tentaciones me dan.

Cierro los ojos, tiro de ellas y las dejo caer al suelo.

«¡Tampoco ha sido para tanto!».

Cojo toda la ropa sucia y la echo al cubo que está en la cocina, me preparo un sándwich con lo que encuentro por ahí y llevo la bandeja a la sala de estar. Una cena temprana, algo de tele, una buena ducha y a la cama. Ese es mi plan. Pero al entrar en el salón me topo con la guitarra de Fer. Ya ni me acordaba de que se la había dejado aquí.

—¿Qué hago contigo?

Sí. ¿Qué hago con ella? ¿Se la llevo? ¿La dejo aquí?

«¿Para qué la voy a dejar aquí? ¿Por si vuelve a por ella? ¡Venga ya!» me reprendo.

«Mañana se la llevo a la oficina», decido.

Llegaré antes que él y se la dejaré en un rincón fuera de la vista del resto de los empleados.

Me resulta raro que Fer no esté en su despacho. Es el primer día de trabajo tras las vacaciones y siempre es el primero en llegar.

Estoy nerviosa, no sé qué esperar a pesar de haberle dado mil vueltas y decidir que lo mejor es comportarse con normalidad. Como si no hubiera pasado nada, tal y como me dijo Carol.

Se abre el ascensor y veo su figura. De lejos puedo apreciar lo moreno que está y cómo destacan sus ojos azules. Una sonrisa aflora en mi cara, pero muere de forma inmediata al ver cómo Susana se cuelga de su brazo y se ríe. Ni siquiera había reparado en que llegaban juntos. Fer no me mira y, al pasar por mi lado, solo saluda de manera formal.

—Buenos días.

—Buenos días —repito con la decepción extendiéndose por mi cuerpo.

—¡Feliz vuelta! —exclama Susi. Me dedica una sonrisa de medio lado y levanta una ceja.

Tiene un gesto triunfal en su rostro.

Se suelta del brazo de Fer que sigue hasta su despacho y se acerca para darme dos besos que no tienen nada que ver con el afecto y, aún y todo, no me ayudan a sobrellevar mis remordimientos.

«¿Qué está pasando aquí?».

—¿Qué tal las vacaciones?

—Bien, bien —contesto desprovista de entusiasmo.

—¿Seguro? Bueno, luego en el café me cuentas. ¡Chaoooo!

Echo la vista hacia atrás y veo cómo Fer ya está instalado en su mesa, entra Susi y, ni corta ni perezosa, le planta un beso en los morros y vuelve a salir.

«¿Desde cuándo su relación es pública?», me pregunto con una sensación que no quiero reconocer.

—Vaya, vaya, vaya. La que lo sigue lo consigue —suelta Estrella al pasar por mi mesa y dejarme un pedido. Solo llevamos media hora trabajando y ya tiene un cliente nuevo. Es implacable—. Mete los datos y no metas la pata. Es un contrato importante —exige con su habitual tono despectivo—. Ya era hora de que se dejaran ver. Era evidente lo que se traían entre manos, ¿no crees?

No contesto porque no sé qué decir. Está claro que a esta tía no se le escapa una y yo sigo tan noqueada que solo puedo tragar saliva y encogerme de hombros.

—A ver lo que les dura —dice antes de alejarse de mi mesa.

Contestar a las llamadas y a las docenas de mails que se han acumulado estos días no me dejan mucho tiempo para pensar, aunque siga con ese sentimiento dentro que me cuesta definir.

—¿Te tomas un café? No hemos parado en toda la mañana.

Levanto la vista para mirar a Susi. Necesito ese café y mucho. No he pegado ojo y, aunque he estado ocupada, noto como esa especie de nube somnolienta se apodera de mí conforme pasan las horas.

—Sí. Lo necesito.

«Aunque no me lo tomaría precisamente contigo», me digo.

Cojo la taza de mi cajón y la acompaño. No miro hacia atrás. Me lo he prohibido, si esto va a ser así, que así sea.

Mientras nos preparamos el café Susana no para de hablar de lo divinas que han sido sus vacaciones, de si Fer esto, de si Fer lo otro. De lo encantador que es... Y no entiendo a qué viene que me cuente todo esto en el punto en el que está nuestra relación.

Creo que me está dando acidez.

—Por cierto... —comenta con desgana—, te hemos traído una cosa. Luego te la dejo en tu mesa.

«Hemos», repito en mi cabeza.

—No tenías que molestarte —obvio el plural.

—Me apetecía —expresa petulante—. Solo es un detalle. Espero que te guste. Fer me dijo que con eso acertaría —Me observa con intención.

El estómago me da un vuelco al escuchar la última frase y tengo que bajar la mirada y dejar el café en la mesa para disimular mi asombro.

—Desde luego yo no sé qué pasaría ese día de la comida —se muerde el labio y ni siquiera me mira—, pero no te imaginas cómo llegó a Ibiza —continúa con su cháchara—. En cuanto me vio empezó a quitarme la ropa y me echó el mejor polvo que hemos tenido desde que estamos juntos —comenta de forma descarada, levanta la vista y contempla mi reacción.

Trago saliva para evitar que la garganta se me cierre de la hostia emocional que me acaba de dar.

—No hace falta que entres en detalles —le sugiero sin saber de dónde me sale la voz, con todas las ganas de abalanzarme sobre ella y cerrarle la boca para que no siga, pero eso no sucede.

—Ya sabes... —Alza la barbilla y me dedica media sonrisa—. A su estilo. Salvaje y dominante —expresa con impertinencia.

Pues no, no lo sé, porque a mí me hizo el amor de una manera que no sentí ni con Joel. Al contrario, fue él el que me frenó a mí y el acto estuvo lleno de caricias y cariño, fue lento y suave. O eso creo recordar.

Se me humedecen los ojos y siento que el aire no me llega a los pulmones.

—¿Qué te pasa, Oli? —pregunta con un tono que dista mucho de mostrar preocupación, al ver que hago gestos con la cara con la intención de contener las lágrimas y que no se me note.

—Creo que se me ha metido algo en el ojo —miento para disimular.

—¡Ah, vale! No sé, si quieres que te lo mire... —dice, pero parece que lo hace por cumplir.

—No, no. Mejor voy al baño y me lavo.

«Y suelto este nudo que atenaza mi garganta y me echo la llorera padre a solas, sin ti cerca, bonita», pienso entre la rabia y el desconsuelo tras sentir que no ha habido ni una pizca de inocencia a la hora de relatarme su encuentro.

Recuerdo aquello que me dijo Carol sobre que los celos de Susana no podían ser infundados, que estaría notando algo, y me asombro de ser la única que no lo veía, o no lo quería creer.

—Como quieras. Te acerco el café a tu mesa, veo que no te lo has terminado.

—Gracias —contesto, mientras salgo casi a la carrera hacia el servicio.

Compruebo que en el baño no hay nadie y suelto un silencioso quejido que da paso a una cascada de lágrimas.

«Pero ¿qué era lo que esperaba? Sigo siendo la Oli ingenua de siempre», me compadezco.

Saco el móvil de mi bolsillo trasero y escribo a Carol.

Soy una ifiors
una infemua,
una fiñi, vamos. _ 12:40

Suspiro, sorbo por la nariz y sigo llorando.

¡¡Por Dior, Oli!!
Ponte las gafas para
escribir porque no te
entiendo nada. _ 12:40

Me seco los ojos y compruebo lo escrito, los cierro sin poder evitar una pequeña sonrisa.

Agradezco que Carol esté atenta al guasap. Sé que estaba preocupada por mí y quería saber cómo afrontaba el primer encuentro.

Decido grabarle un audio con lo mismo que pretendía escribirle.

«¡Pues que soy una idiota, una ingenua y una gili!», le digo.

¿Estás llorando?

Te llamo._ 12:42

¡¡Nooooo!!

Estoy en el baño.
No puedo cogerte
y tengo que volver
al trabajo, luego
hablamos._ 12:42

Está bien.

Lo siento, cariño.

Recomponete y no

le des el gustazo

de que te vea así._ 12:43

¡Vale! Gracias
por estar ahí.

Te quiero._ 12:44

¿Dónde iba a estar

si no? Yo también

te quiero._ 12:44

Termino de sonarme y oigo la puerta del aseo.

—¿Qué tal el ojo, Oli? ¿Has conseguido quitarte lo que te molestaba? —pregunta Susi con tono malicioso.

—Sí. Era una pestaña, pero se me ha corrido todo el rímel. ¿Te importaría traerme el bolso? —pido con la voz tomada muy consciente de que sabe que he estado llorando.

—Claro. Ahora mismo, y si quieres te dejo unas toallitas de desmaquillar —dice con entusiasmo.

¿Es posible que parezca que está disfrutando?

—¡Eso estaría genial! —contesto con fervor fingido sin evitar flagelarme al cuestionarme por qué lleva toallitas de esas en el bolso.

«Supongo que también llevará un arsenal de bragas de repuesto. Porque me imagino que se las arrancará cada vez que echan un polvo salvaje de esos», pienso, no sé si con mala leche o con envidia.

Salgo de la cabina del retrete y me miro al espejo.

—¡Madre mía! Estoy fatal, no sé ni porqué me planteo eso —le digo a mi reflejo.
En ese momento, entra Susana y deja el bolso junto al paquetito en la encimera.
—Pues sí que necesitas un retoque, la has liado bien al lavarte —dice con una sonrisilla.
Le devuelvo la sonrisa de la manera más sincera que puedo y le doy las gracias.
Se marcha y no se me ocurre otra cosa que sacarle la lengua a la puerta ya cerrada.
«¡Oli, por favor!», me digo. «¡Que la que va a cumplir dieciséis años es Claudia, no tú!».
Aprieto los labios arrepentida y me tapo los ojos, porque si ella supiera en realidad lo que ocurrió esa noche antes de llegar a Ibiza, sabría que lo de hoy me lo tengo bien merecido.
Saco el mini neceser de emergencia del bolso dispuesta a recomponerme por dentro, y por fuera.

Cojo aire con la boca abierta como si tuviera un componente específico que calmase ese desasosiego que me invade y me diera la fuerza suficiente para olvidar, o al menos ignorar, esta situación en la que me he metido por tonta.

Mientras retiro con una de las toallitas el rastro oscuro de la máscara de pestañas, me planteo qué esperaba en realidad cuando no sé qué quiero con Fer, si es que quiero algo, si tampoco tengo claro que siento por él ahora.

«Pues nada, que soy gilipollas y de repente he vuelto a la adolescencia, está claro», me digo.

Termino con un apretar y despegar de labios para que se fije bien el rojo con el que me los he pintado y me miro satisfecha.

—Borrón y cuenta nueva. ¡Aquí no ha pasado nada! —Me guiño el ojo a mí misma y salgo del baño.

Voy directa a la mesa de Susi para dejarle las toallitas, le cuco también el ojo a ella y le digo de nuevo *gracias*, sin vocalizar.

«Me has jodido reina y con más razón de la que tú crees, pero hasta aquí llegó la riada», pienso recuperando mi entereza.

Vuelvo a la mía, dejo el bolso, me bebo el café casi frío y me siento. Entonces lo veo. Un paquetito envuelto de esa forma tan cutre en la que lo hacen los vendedores de playa. Lo cojo y pesa. Al abrirlo veo que es un pisapapeles transparente que lleva una salamanquesa dentro. Suspiro de nuevo, porque todo ese valor con el que he salido del servicio se quiere evaporar recordando ese «hemos elegido», porque solo Fer y yo sabemos lo que significa para nosotros ese reptil.

No, solo le ayudó a elegirlo, punto. Lo vería y ya está, eso no implica emoción ninguna.

Estiro la espalda, expulso el aire contenido y saco el móvil.

Gracias, Susi.
Un detalle precioso.
Me encanta._ 12:55

De nada.
Me alegro de que
te guste._ 12:56

Miro la papelera y me planteo lo bien que quedaría el pisapapeles dentro, pero el caso es que me gusta.

¡Listo! ¡A trabajar se ha dicho!

Dejo el teléfono dentro del bolso y me concentro en lo que me da de comer. No quiero poner en peligro mi trabajo por un estúpido desliz. Trago saliva, porque me acabo de dar cuenta que mi puesto en *Seven Corporated Gift*, pende de un hilo.

Acaba la jornada y me dispongo a marcharme. Solo me despido de Susi. No he cruzado ni una palabra ni una mirada con Fer.

En el ascensor saco el móvil al escuchar que me salta una notificación.

Gracias por traerme
la guitarra. No debías
haberte molestado.

Tenía intenciones de
pasarme a por ella un
día de esta semana._ 15:04

Sí. Veo que os habéis quedado como yo.

No me juzgues por mi actuación, solo he hecho lo correcto.

Capítulo 22

—¿Y qué le has contestado!? —me grita Carol por el móvil.

—¿Qué le voy a contestar? ¡Si lo primero que he hecho nada más salir es llamarte! —le respondo igual de alterada—. Dime que no es lo que creo que es, que solo lo ha dicho para que no me hubiera molestado en traerle la guitarra. Dime que, después de ignorarme durante dos semanas y montar el espectáculo de traer del brazo a Susana, no pretende continuar con lo que dijo como al descuido en la cama. ¡Dímelo!

—Pues te digo que, si no hubiera otra intención, te habría dado las gracias sin más. ¡No puede ser tan gilipollas!

—¡Ay, joder! Crees que existe la posibilidad de que se lo plantee —digo llevándome la mano libre a la cara.

—Es que por poder... Mira, tú no le contestes. Ha visto que lo has leído, vamos a dejar que se dé cuenta de que pasas, sea lo que sea lo que pretenda. Porque, ¿tú no quieres seguir con eso después de pasarte por las narices a Susana y saber que se la tiró a las pocas horas de estar contigo?

—¡Pues claro que no! —exclamo ofendida.

«Porque no quiero seguir con eso, ¿verdad?».

—Pues entonces. ¿De qué nos preocupamos? Anda, relájate y vete a ver a tus hijos, que lo estarás deseando.

—¡Síiiiiii! —Necesito verlos, abrazarlos si me dejan, pasar tiempo con ellos y borrar de mi cabeza la idea de que Fer quiera tener algún tipo de relación conmigo o que solo necesite terminar lo que dejamos a medias. Solo pretendía pasar a por la guitarra sin más. Ya está. Voy a dejar de flipar, porque lo otro sería de locos—. Voy a por ellos. Te quiero, *amore*.

—Y yo a ti.

Arranco y me dirijo a casa de Luis, los llamo para que bajen a pesar de la insistencia de su padre para que suba. Tengo prisa y mucha hambre y paso de que me cuente sus aventuras playeras, que bastantes me han contado hoy.

Los espero de pie apoyada en el coche y en cuanto se abre el portal sé que se me ilumina la cara al verlos. Cuánto los he echado de menos.

—¡Mamá! —exclama Luc—, ¡qué morena estás!

Sonrío y lo abrazo.

—Pues vosotros no demasiado —digo mientras los miro a los dos.

Claudia levanta una ceja con la cabeza ladeada; creo que tienen algo que contar.

—Tuvimos que cancelar las vacaciones —explica Luc.

—¿Cómo? —pregunto, y ahora entiendo la insistencia de Luis para que subiera—. Pero ¿por qué no me dijisteis nada las veces que hablamos?

—No queríamos preocuparte, además, para mí fue lo mejor que nos podía pasar —aclara Claudia con cara de alegría.

Por eso cuando hablé con ella me dijo que estaba tan bien...

—¿Qué pasó? —inquiero.

—A Sara le dio una alergia y se le hinchó toda la cara —me cuenta Luc, y veo como Claudia sonrío con los labios apretados—. Papá la llevó a urgencias, le pusieron una inyección y le aseguraron que en unas horas se le bajaría, pero ella se negó a ir así a ninguna parte. La verdad es que tardó un par de días en estar como siempre.

—Entonces, ¿qué habéis hecho?

—Lo normal. Salir con las amigas, ir a la piscina. Ha estado guay —dice Claudia.

—Yo fui a una *Scape Room* con los amigos y también nos llevó papá al parque de atracciones —relata Luc.

—¡Ah, sí! Eso también. —Sonríe su hermana.

—Bueno, todavía os quedará el pueblo... —comento esperando la reacción de los dos.

En agosto siempre vamos a ver a mis padres a Lucena, Córdoba. Allí tienen sus amigos, pero conforme se hacen mayores, sobre todo Claudia, les apetece menos ir.

—Sí, yo creo que lo voy a coger con ganas —exclama Claudia, sorprendiéndome.

—¿Te apetece? —le pregunto.

—Sí —contesta algo perdida en sus pensamientos.

Igual tengo que agradecerle al barbas esa melancolía en la que está sumida y que la tiene con ganas de mimos y familia.

—Yo también tengo ganas. Esto en agosto está muerto.

Me quedo satisfecha y decido que hay que celebrarlo.

—¿Os apetece que vayamos a *La Tagliatella*? —Miro el reloj, es bastante tarde.

—¡Sí! —contestan los dos.

—Pues vamos, que no sé si nos darán de comer a estas horas —les apremio.

Antes de tomar dirección hacia Goya, me viene a la memoria el rubio del karaoke. Es probable que trabaje solo los fines de semana, pero por si acaso, pongo rumbo al de O'Donnell. Lo más seguro es que el chico ni me recuerde, pero prefiero evitar el encuentro por si acaso.

Comemos y luego nos vamos a hacer la compra para los próximos días. Se van a quedar conmigo toda la semana. Solo cuando llegamos a casa y recogemos todo, mi cabeza vuelve al mensaje de Fer.

¿Qué querría decir en realidad?

Me pongo al día con los guasap tirada en el sofá y abro el de los *Boys Scouts* que hace días que no leo los mensajes y me encuentro de nuevo a un activo Fer, comentando fotos del evento y muy complacido por los agradecimientos de nuestros compañeros por la organización.

Fer

Todo esto no habría sido
posible sin la inestimable
ayuda de mi eficiente
secretaria y, también compañera
vuestra de aventuras adolescentes, Oli.
Os puedo asegurar que todo ha salido
así de bien gracias a ella._ 13:40

Ramón

¡Qué pelota eres!_ 13:41

Clara

Estoy de acuerdo con Fer.
Oli se ha ganado su
reconocimiento, así
que no jodas, Ramón._ 13:43

Richi

Entonces gracias
a los dos._ 13:44

Ramón

Lo dicho, sois todos
unos pelotas._ 13:44

Fer

Lo importante es que
lo pasamos bien y soy
yo el que os agradezco
que os animarais a venir._ 13:45

Concluye Fer para dejar el tema zanjado, aunque Clara y Ramón continúan con el pique y algún otro se une.

No puedo remediar contestarle, aunque sé que no debería hacerlo.

Responder a: *Fer*

Todo esto no habría sido...

Oli

Creía que el uso del móvil de
forma personal en *Seven*
estaba restringido. Como
abusas de ser el jefe ;)
Bromas aparte, ha sido
un placer ayudarte a montar
este evento *Remember*._ 17:15

Después de enviar el mensaje, lo reviso y todo lo que he escrito me parece que tiene un tinte insinuante o de flirteo, aunque no lo haya pretendido: placer, montar... Me tapo la cara con las manos.

No estoy flirteando, ¿verdad?

—Mamá, me voy a la piscina con los amigos —dice Luc con la mochila al hombro.

—Yo también me voy a dar una vuelta con las chicas. —Se acerca, me da un beso y me extraño. Creo que me ha echado de menos.

Su hermano nos mira y viene también a darme uno.
Sonrío. Así da gusto volver de vacaciones.
Vuelvo la vista al móvil y me encuentro con el mensaje de Fer.

Fer

Le puedo asegurar,
señorita Cobos, que
el placer ha sido
todo mío. _ 17:16

«¡Mierda! No sé si lo mío ha sonado insinuante, pero lo suyo sí».

La pantalla se funde en negro y aparece el nombre de Paula llamando.

Descuelgo y, sin darme tiempo a contestar, empieza a hablar.

—Ya puedes ir soltando por esa boquita qué ha pasado mientras organizabais la comida que no me hayas contado.

—Nada, solo algún flirteo inocente —le digo sin darle importancia.

—No hay flirteos inocentes, Oli —explica tajante.

—Si hubiera sucedido algo durante la organización te lo habría contado, de hecho, ya te conté lo que estaba pasando, tú nos conoces desde entonces.

—Sí, por eso te lo digo. Ya verás cómo tras ese comentario se va a poner el chat *on fire*.
¿Ya no está con tu compañera?

Con esa sola mención vuelve la acidez y me recuerda el café de esta mañana, y ahora me arrepiento de haberle contestado en el grupo.

—Lo está, de hecho, tras las vacaciones lo han formalizado —termino, reprimiendo un suspiro.

—Oli... te conozco. Acabas de sonar decepcionada, y os observé en la comida, más bien en el postre. Se os veía muy cómplices. Siempre lo fuisteis, es algo que no habéis perdido.

—Bebimos mucho —digo sin más.

—¡Joder! —exclama como si con solo esas dos palabras, adivinara el resto—. Sí que bebisteis, sí, y todos. Mira cómo estaba Jaime de *romántico*. ¿Se os fue mucho? —indaga, pero como si no quisiera saber la respuesta.

—Se nos fue del todo —contesto.

—¿En serio? Pero está con su empleada —afirma.

—Sí.

—Y tú, ¿estás...? —vuelve a preguntar temerosa.

—Jodida —admito sin rodeos.

—¡Mierda! ¿Y ahora?

—No lo sé. Se supone que fue un *affaire*. Cosas que pasan un día así. Él está con Susana y es evidente que lo que pasó no significa nada, pero no sé. Ahora pone eso en el chat...

—¡No te comas la cabeza! —exclama. Qué fácil es decirlo—. No le entres al trapo, aunque me imagino que si se pone en plan flirteo será difícil. ¿Tú tienes claro lo que quieres?

«¿Claro? ¿Lo que quiero? Pero ¿yo quiero algo?», me pregunto.

—¡Sí, sí, por supuesto!

Agradezco sonar convincente y que no vea la expresión de mi cara.

—Pues ya está. Ya se irá viendo.

«¿Ya se irá viendo?».

—Ya se irá viendo, ¿el qué? —pregunto alarmada.

—¡Madre mía, Oli! Hace veinticinco años suspirabas por Fer, el día de la comida te cantó que quería algo contigo...

—Pero ¿qué dices? ¿A mí? —la interrumpo haciéndome la loca, pero si a ella también se lo pareció igual no fue solo cosa mía.

—Creo que el alcohol fue una mera excusa para acabar como acabasteis, así que despierta. Algo está pasando, bueno, ya ha pasado.

—Sí, quería algo conmigo. Echarse un polvo. Punto. ¡Se folló a su novia a las pocas horas de nuestro revolcón, no fastidies! —le grito al teléfono.

—¡Oh! Buena manera de intentar borrar vuestro encuentro, pero me juego lo que quieras a que no dio el resultado esperado. Pero es un tío, no podemos saber qué le pasa por la cabeza. Lo único que te puedo decir es que: ¡El placer fue todo suyo! Y si yo, que os conozco de toda la vida, me he dado cuenta de cómo ha sonado, te aseguro que tiene muy presente lo que pasó.

—No puede ser, Paula... No puede pasarme esto a mí. Trabajamos juntos. Necesito este trabajo.

«¡Susaaaaaanaaaa!», grita mi subconsciente.

—Pues ya sabes lo que tienes que hacer, nena. Cierra las piernas, cierra los ojos y pon a buen recaudo ese corazón.

—Mi corazón lo tengo recauchutado —le aseguro.

—Oli... Fer fue tu primer amor y desengaño. Te echaste en brazos de su hermano y le has culpado siempre de ello transformando lo que sentías por él en odio y desprecio y en cuanto os habéis acercado, mira lo que ha pasado.

Escuchar algo así de la persona que vivió aquello en vivo y en directo me desbarata y, por unos segundos, vuelvo a ser aquella Olivia que suspiraba por él y fingía que solo éramos amigos.

—Solo ha sido un lío, pero igual le hace gracia seguir con el juego —digo en busca de una explicación.

—Puede ser, no te digo que no, por eso con más motivo te digo que tengas cuidado. Si lleva un año con una relación clandestina con una empleada... lo puede hacer con dos.

—Lo ha hecho público —le aclaro.

—Pues de nuevo con una...

Me echo las manos a la cabeza.

«¿Sería capaz?».

Las palabras de Paula me van calando y me doy cuenta de lo sórdido y patético que podría llegar a ser seguir liados, así que me planto.

Paula sabe de lo que habla y Carol ya me ha dicho lo que piensa y, ¡joder! Está claro que él se está divirtiendo con esto y me reitero en que yo tengo mucho que perder.

—Espero que solo estemos sacando las cosas de quicio, Paula y se nos haya ido la olla. Voy a hacer lo que había pensado, que es olvidar lo que pasó. Se acabaron las insinuaciones y flirteos por el guasap.

—Ya sabes que cuando necesites hablar de ello estoy aquí.

—Gracias, cariño. —Nos despedimos.

Abro el guasap y veo los típicos emoticonos de asombro, risas y comentarios de algún que otro chico llamándolo abusón.

Por supuesto Clara no se corta y le dice que si la hubiésemos dejado ayudar iba a saber él lo que era el placer. A consecuencia de ello, se suceden las risas, incluidas las de mi jefe y hasta Sara graba un audio a carcajada limpia que enseguida me contagia.

Agradezco que Clara sea tan impulsiva y visceral. Por supuesto tengo un mensaje privado de ella llamándome zorra suertuda, sé que ni se imagina lo que pasó, pero me inquieta que se le pase por la cabeza.

Decido no contestar a nada. Solo a Clara.

No le hagas ni puñetero caso. Es un tocacojones y lo sabes. Le gusta provocar en el grupo y que haya movimiento._ 18:06

Pues lo consigue._ 18:06

Ya lo creo que sí. No quiere que se pierda, pero yo dudo que aguante mucho tiempo. Por cierto, tú y yo tenemos una conversación pendiente que tiene que ver con un tal Óscar..._ 18:07

No hay nada que contar._ 18:07

Tururú, pero bueno, ya quedaremos tú y yo delante de unos vinos._ 18:08

Eso está hecho <3._ 18:08

Tampoco voy a insistirle si soy la primera que no le cuento nada sobre Fer.

Le mando besos y cierro la aplicación.

Ya vale de móvil por hoy.

—¡Arrrrrgggg! —grito desde el sofá—. ¡Jodido Fer!

Lo he intentado, pero la tentaci3n es demasiado grande para resistirse.

Capítulo 23

Martes y de nuevo camino a la oficina.

Me parece estar viviendo el día de la marmota. Solo que ahora ya sé lo que ocurre y no voy a pasar el mal trago del día anterior.

Vengo fuerte y con la firme convicción de «¡Aquí no ha pasado nada y si te he visto no me acuerdo!».

Sonrío, saludo a todo el mundo, incluida Susana, y me siento en mi mesa. Enciendo el ordenador y, como la cobarde que soy, no miro ni una sola vez hacia el despacho de Fer.

«¿No es lo mismo que hice ayer?».

Sí. Y funcionó bastante bien.

—¡Buenos días!

La voz de mi jefe me sobresalta.

—Buenos días —contesto en un murmullo sin levantar tan siquiera la vista.

—¿Puedes venir un momento al despacho? —pregunta en tono algo más bajo.

—¡Emmm! —levanto la mirada y con una mueca que intenta ser una sonrisa, continúo—. Es que estoy muy ocupada, si no es urgente...

Fer dirige la mirada a mi ordenador y yo hago lo mismo. Todavía se está cargando y no ha aparecido en pantalla ni la bandeja de correo. Lo vuelvo a mirar y ahí está esa ceja suya elevada.

Me levanto y lo sigo al despacho. El corazón me bombea de tal manera que creo que me va a dejar sorda.

Soy gilipollas, lo sé. Adolescente y gilipollas.

Cierro la puerta y se sienta.

—¿Qué tal las vacaciones? —pregunta e intento relajarme un poco.

—¡Bien! —exclamo demasiado alto—. Bien, bien —repito en tono más normal.

Estira sus labios de forma sutil y yo me muerdo el mío.

—Todo bien, entonces. Y por aquí, ¿también? —pregunta y supongo que se refiere a nosotros.

—¡Claro! —miento—. Todo perfecto. Ya me puso al día ayer Susana sobre tu llegada —le casco y sé que me voy a arrepentir enseguida de haberlo hecho.

Su rostro muta a uno de sorpresa borrando esa sonrisa de suficiencia que me estaba dando por culo, así de claro.

¿Quiere divertirse con esto? Pues no va a ser conmigo.

Levanto el mentón, me doy la vuelta y salgo sin decir nada más de su despacho.

Sí, lo sé. Acabo de demostrarle que lo que pasó me importó y quedo en una clara desventaja, pero una no pasa de ser gilipollas a espabilada en un mismo día.

Debería de sentirme bien, pero la verdad es que no. ¿Así va a ser esto ahora? Porque no sé si me siento capaz de afrontarlo.

Cuando volví de mi baja tras el aborto, me costó mirarle a la cara dos semanas y eso que él nunca me hizo sentir mal ni incómoda, y estamos hablando de una situación que debió de ser tan desagradable para él como para mí, pero ¿esto?

Cojo el ratón y empiezo a abrir mail tras mail y, en un momento dado, el contorno de mi mano pega contra el pisapapeles, lo miro y en un arrebato lo cojo y lo tiro a la papelera generando un ruido sordo que hace que más de una mirada se pose sobre mí.

—¿Todo bien? —pregunta Susana tras de mí.

—Sí, sí. No ha sido nada —digo con una sonrisa que hago desaparecer de inmediato, porque verla me recuerda lo que le hicimos.

Sigo trabajando y evito coincidir con absolutamente nadie del personal ni en mi café ni a la hora de salir. En cuanto dan las tres, salgo como alma que lleva el diablo.

Hace un calor de mil demonios y decido prepararme el bolso de la piscina. Quiero mantener el moreno, darme unos baños, leer y así abstraerme de la vida real.

—¿Vas a ir a la piscina? —demanda Claudia.

—Sí, y así de paso llevo a tu hermano, ¿te vienes? —pregunto esperanzada por tener compañía.

—¿Te importa que pasemos a por Cris?

Suspiro porque mi gozo ha acabado en un pozo.

—Por supuesto, cariño.

—Genial. Voy a preparar todo.

Nos montamos en el coche y recuerdo nuestras tardes de verano cuando eran más pequeños, lo echo un poco de menos. Era un lío ir con los dos a la piscina, porque a Luis nunca le apetecía el plan, así que tuve que aprender a organizarme e ir sola con ellos. Vigilarlos en las piscinas y entretenerlos en las toallas. Entonces me quejaba de no tener ni un momento para tumbarme al sol y ahora daría lo que fuera porque se quedaran a darme la brasa un rato.

Recogemos a Cris, y tras salir del vestuario me dirijo a mi sitio habitual.

—¿Podemos ponernos contigo? —inquire Claudia.

A mí se me ilumina la cara como un árbol de Navidad.

—¡Pues claro! —exclamo entusiasmada.

Desplegamos las toallas y coloco mi silla de playa.

—Nos vamos a bañar —avisan.

—¡Muy bien!

Saco el libro que estaba leyendo en Peñíscola y tengo que volver un par de páginas atrás para recordar donde me quedé.

No tardan demasiado en volver y se tumban al sol para secarse.

—Olivia... —me nombra Cris con los ojos cerrados.

—Dime.

—Este fin de semana me voy con mis padres de camping —espero paciente a que acabe, aunque todos sabemos lo que viene ahora—, y me preguntaba si dejarías a Claudia que nos acompañase. Volveríamos el domingo por la noche.

Abro los ojos.

Claudia permanece en silencio, con las manos en tensión esperando mi respuesta y no entiendo por qué no lo ha hablado conmigo en casa e involucra a su amiga para que me lo pida.

—Claro que puede ir, aunque igual tiene que llevarse su almohada y su colchón, no veo yo a Claudia durmiendo en un saco, la verdad —me río.

—¡Mamá! —Se sienta de golpe con la cara enfurruñada.

—¿No es verdad o qué?

—La almohada me la llevo, sí —admite.

Asiento con una sonrisa y Cris se ríe.

—Nos vamos a la zona de la piscina. —Se levantan recogiendo todas sus cosas.

—Muy bien. —Estaba claro que algo tenía que haber detrás de sentarse conmigo en la hierba—. ¿Quedamos en la puerta a las ocho para ir a casa?

—Sí. En la puerta nos vemos. —Se acerca a darme un beso y me susurra—. Gracias, mamá.

Mientras preparo la cena, Claudia entra en la cocina a beber agua.

—Claudia, ¿por qué no me habías dicho nada de lo de este fin de semana? ¿Pensabas que si no me lo pedía Cris no te iba a dejar? —pregunto algo decepcionada.

—Es que la otra vez no me dejaste ir con ellos a la casa rural. —Me mira con cierta aprensión.

—Pero eso fue por tu padre —le explico.

—¿Por papá? Pero si cuando le dije que quería ir con Cris no me dijo que no —comenta extrañada.

Cojo aire y pienso en lo que me dijo Fer el día anterior al evento.

—¿Y te dijo que sí? —pregunto con cara de circunstancias.

—No... solo se encogió de hombros y me dijo que hablara contigo, y tú me dijiste que tenía que ir con él.

Me mira fijamente y yo arqueo las cejas. Poco a poco parece caer en lo que pasó en realidad.

—Me llamó enfadado y muy decepcionado —le aclaro.

—Pues a mí no me dijo nada...

—Claro que no, es mejor que sea yo la mala. Si hubiera sido por mí te habrías ido tan ricamente con tu amiga —digo para que le quede bien claro y se dé cuenta de que también la manipula a ella.

—¡Pues vaya mierda! —vocea.

—Y que lo digas —admito.

—¡No lo vuelvas a hacer! —me riñe como si fuera yo la hija.

«Se parece tanto a su tío».

—No pienso volver a interceder, te lo prometo —le aseguro cruzando los dedos sobre mi pecho.

—¡Estoy enfadada!

—Lo sé y lo siento —me disculpo sin acercarme a ella porque la conozco y, cuando está así, es mejor no intentarlo y esperar a que se le pase—, pero es inútil que se la lées en este momento. Ya sabes lo que hay, así que a partir de ahora yo no me meto, pero tú tendrás que librar tus batallas con tu padre y él contigo.

—¡Eso que lo tengas claro! —eleva la voz.

Mi yo interior está bailando la conga en señal de triunfo. ¿Me acompañáis?

—Entonces, ¿te llevas también el colchón al camping? —le pregunto para romper la tensión entre nosotras.

Me mira y hay un atisbo de sonrisa en sus labios.

—Van muy bien preparados. Con colchonetas y todo. Tengo que hacerme una chica dura como tú, mamá —me dice con un guiño de ojo antes de salir de la cocina y yo trago saliva emocionada.

«Menuda chica dura de las narices», pienso.

La semana avanza, estamos a miércoles y parece que no va a acabar nunca. Mi idea de un fin de semana con mis hijos se ha esfumado. Claudia se va de acampada y no recordaba que Luc estaba apuntado a unas actividades multiaventura de viernes a martes.

Me entra un poco de angustia. No quiero estar sola el finde.

Pillo un atasco por un accidente y llego un poco tarde al trabajo. Todo el personal está avisado por el grupo del guasap de *Seven*. Maravillas de la tecnología.

Cuando llego a mi mesa, veo el pisapapeles en su sitio. Miro hacia al despacho de Fer y, como si me detectara, levanta la vista. Durante unos segundos nos sostenemos la mirada carente de emociones. La desvío y empiezo con mi rutina. Aparto el pisapapeles y lo dejo en un rincón para que no me estorbe. Pero en realidad no quiero verlo. No hay más.

Suspiro, estiro la espalda y decido comportarme como la adulta que soy. Me centro en mi trabajo y todo lo demás desaparece a mi alrededor. Pulso *play* y pongo a la Olivia androide que hay en mí en modo automático, ni siente ni padece, además el jefe nos recordó el lunes que iba a estar jueves y viernes en una feria de regalo de empresa. Para mí, no verlo en los próximos cuatro días me resulta un alivio y así, como quien no quiere la cosa, llega el bendito viernes.

—Ten mucho cuidado, por favor —pido.

—¡¡¡Que sí, mamá!!! —resopla Luc.

—Pásalo bien, enano y no te despeñes por ningún lado —le dice su hermana mientras le revuelve el pelo y él se aparta.

—Que no me voy a unas maniobras militares, exageradas. Pásalo tú bien durmiendo en el húmedo y frío suelo de un camping —le replica a Claudia. La coge y la levanta en el aire.

—Suéltame, gigantón —se queja.

Sonrío, porque a pesar de chincharse y de tener sus épocas malas, se llevan bastante bien y se nota que se quieren.

Tras despedirnos de Luc, llevo a Claudia a casa de su amiga Cris y me voy para la mía. No me ha salido ningún plan a pesar de que hace una noche estupenda para tomarse algo por ahí.

Me pongo una de mis series favoritas que tengo pendiente, me veo varios capítulos seguidos y me acuesto cerca de las dos. Tampoco tengo prisa, porque al día siguiente no tengo ningún compromiso.

Suena el timbre de casa y me despierta. Miro el reloj y son casi las cinco de la madrugada. Algún vecino se habrá confundido, me doy la vuelta y a los pocos segundos vuelven a llamar.

Me levanto y cojo el telefonillo.

—¿Sí?

—¿Oli? —escucho una voz rasposa—. Soy Fer, abre.

Me quedo muda sin saber qué hacer, pero al instante pulso el botón que abre la puerta sin decir nada.

Me quedo esperando a que el sonido del ascensor me avise de que ha llegado y abro antes de que llame.

—Hola —me saluda con una sonrisa, los ojos vidriosos y el pelo revuelto por el casco.

—¿Vas pedo? —le pregunto como si no fuera evidente.

—Un poco —dice con tono arrepentido e intento reprimir una sonrisa.

—¿Qué haces aquí, Fer? —inquiero conforme él avanza para entrar en casa y yo retrocedo.

Me observa y sus ojos viajan de arriba abajo por mi cuerpo con esa mirada felina que hace que contenga el aire. Recuerdo que solo voy con un culote y una camiseta de tirantes, pero me

hace sentir que voy desnuda y mis pezones reaccionan al instante.

—Quería verte —contesta tirando la cazadora de la moto y el casco al suelo para acto seguido abalanzarse hacia mi boca.

Me acorrala contra la pared e invade mi cavidad sin encontrar obstáculo alguno. Cedó y correspondo a su baile de lengua, a su juego de labios y saliva; me estremezco.

Agarra mi culo y hace que envuelva con mis piernas su cintura apretando mi centro contra su pelvis.

Aparto mi boca de la suya para coger aire y le ofrezco el cuello.

«¡Joder!», pienso.

Deja que resbale hasta que mis pies tocan el suelo y cuele una de sus manos dentro de mi ropa interior.

—¡Uuufff! —exclama al encontrarse con mi humedad.

Me agarra de nuevo y me lleva en volandas entre beso y beso hasta mi habitación, me tira encima de la cama y me río, aunque todavía estoy un poco que no me creo qué está pasando.

Sonríe, deja el reloj en la cómoda y se quita el polo que lleva que tan poco le pega. Deduzco que viene de cena tras la feria.

—Quería repetir esto sobrios, pero... —deja inconclusa la frase mientras termina de quitarse el pantalón con prisa y se cierne sobre mí, arrastra mi camiseta por encima de mis pechos y los devora a la vez que una de sus manos vuelve a perderse bajo mi culote.

Mi cuerpo responde a su tacto y a sus labios con ganas, ofreciéndose y disfrutando a pesar de estar hace unos minutos dormido por completo.

Jadeo y suspiro.

—Me muero de ganas de estar dentro de ti —dice con la voz tomada por el alcohol.

Soy incapaz de decir nada al respecto, solo abro las piernas como invitación a que lo haga.

Se deshace de mis braguitas y aprieta su erección en mi vértice a través del bóxer.

—¿Tienes algún preservativo a mano? —pregunta y me cuesta centrarme en lo que dice.

«¿Un condón?».

Alcanzo la mesilla y abro los cajones haciendo memoria. Rebusco y encuentro uno bajo el libro de familia. Igual está hasta caducado.

Se lo ofrezco, lo rasga y no tarda en bajarse el calzoncillo, colocárselo y, sin ni siquiera deshacerse de la prenda, intenta colarse en mi interior.

—Está un poco tonta —me explica a la vez que ejerce presión con ayuda de su mano y me pone cara de circunstancias; no puedo más que reírme—. Lo siento.

Le toco el pelo, me acerco a su boca y lo beso mientras entra por completo en mi interior y en cada embiste, lo siento más.

—Creo que no voy a durar nada —jadea.

—Sigue —lo apremio conforme siento el roce de su pelvis en mi punto más sensible y noto acercarse el orgasmo.

Aprieto su culo para ejercer más presión y llego al clímax. Tras dos empujones más, Fer gime como el felino que es, se derrumba sobre mí y jadea en mi oído.

Cuando su respiración se calma, me besa y sale de mi interior, se quita el condón, lo ata y lo tira al suelo. Se sube el bóxer y se acurruca en mi costado sin decir nada y en pocos minutos, mientras yo miro al techo con el corazón a todo galope, escucho su respiración pausada como si se hubiera quedado dormido.

Parpadeo varias veces e intento recuperar mis pulsaciones y mi respiración que no solo

está alterada por el orgasmo, si no por la situación.

«¡Ay, Paula!», pienso. «¡Qué razón tenías!»

Cierro los ojos, pero no puedo dormir. Escucho como inhala de forma plácida a la vez que siento sus labios en mi hombro y el calor de su mano en mi vientre. No quiero moverme y despertarlo, aunque quizá es lo que debería hacer.

En un momento dado se mueve y se gira, tose y parece que se despierta.

Procuro aparentar que estoy dormida porque la verdad es que no sé cómo afrontar lo que viene ahora.

Se viste en la oscuridad y se va al baño del pasillo, pero a los pocos minutos siento su presencia en la habitación. No sé si me observa o qué es lo que hace. Al final se acerca, se agacha y posa sus labios en los míos. Abro los ojos; me acaricia el pelo.

—Hasta el lunes —susurra.

Se levanta y se va.

Solo pienso en ti, en tu piel, en fundirme en tu calor. ¿Qué estás haciendo conmigo?

Capítulo 24

La he vuelto a cagar._ 12:23

Carol

Te llamo en diez minutos._ 12:27

Vale, pero no me riñas
mucho, *please*._ 12:27

Miro al techo y dejo que mi brazo repose, sin soltar el teléfono, en el colchón.

Después de que Fer se marchara, empecé a dar vueltas en la cama sin poder conciliar el sueño y decidí levantarme, desayunar, ducharme para relajarme y, sobre todo, para quitar de mi cuerpo su olor. Funcionó bastante bien. Me quedé dormida, aunque mis sueños fueron cortos e inquietos.

Solo pienso en cómo apareció en mi puerta: embriagado, con cara traviesa, y en el efecto de impacto que me produjo y que me sacó de mi sopor.

Fue todo tan inesperado y sorprendente que fui incapaz de reaccionar como tal vez debería haberlo hecho.

«¿Y cómo debería haber reaccionado?», me pregunto ahora.

El móvil suena y descuelgo al instante.

—¿Qué has hecho ahora? —pregunta como si se lo hiciera a una niña pequeña.

—Ha vuelto a pasar —contesto con un dedo en la boca para que dificulte que me entienda.

—¡Joder, Oli! ¿Pero tú no te ibas de dejar a los niños a casa? —inquire en plan madre.

—¡Es que apareció de madrugada en mi casa! —exclamo como si eso lo justificara.

—¿Y no te planteaste mandarlo al paio? —pregunta sorprendida.

—No —digo bajito.

—¿Le abriste la puerta y después las piernas?

—Más o menos... —contesto arrepentida.

—¿En qué estabas pensando?

¡Eso digo yo! ¿En qué pensaba?

—En nada.

—¿No pensaste? —dice con tono incrédulo—. ¿Olivia Cobos no pensó?

—La verdad es que no. Me despertó, apareció todo pedo y tan gracioso con ganas de verme...

—Que te dejaste llevar.

—Sí —admito con firmeza.

—Tú. Sin pensar. —Nos quedamos las dos calladas unos segundos y continúa—. Pues disfrútalo, Oli. Si Fer ha sido capaz de anular esa mala costumbre tuya de darle chorrocientas mil

vueltas a todo antes de dar un paso, si ha conseguido provocar en ti la espontaneidad. ¡Adelante! Y no te comas la cabeza. Le hago una reverencia a tu jefe.

—Pero esto no quiere decir que vaya a volver a pasar —digo toda convencida.

La oigo carcajearse al otro lado del teléfono.

—Por favor, Oli. Lleváis toda la semana casi sin hablaros ni miraros, aparece borracho en tu puerta, te dice que tenía ganas de verte y quemáis la cama.

—Tampoco ha sido para tanto —la interrumpo—. De hecho, podría clasificarse de rapidillo —digo para quitarle hierro al asunto.

—Va a volver a pasar, *Oli love* —asegura como si fuera capaz de predecirlo—, y cuanto antes lo admitas mejor para tu paz mental. ¡Vívelo! —Y todo esto me recuerda a Joel. También me animaron a vivirlo y disfrutarlo, y lo hice, aunque las cosas luego se torcieran—. No lo sufras, Oli. Sea lo que sea lo que está pasando, deja que ocurra.

—Pero esto tiene que ser un capricho, algo pasajero —me quejo.

—Ya empiezas... ¡Que sea lo que tenga que ser! Un capricho, algo pendiente... ¿Qué más da? ¿Te gusta?

—Sí —tengo que reconocer.

—Pues no hay más que hablar. ¿Te vienes al río con nosotros? Santi y Alex quieren ir de pesca y he hecho una tortilla de patata.

—Pensaba que os ibais a casa de tus padres.

—Ha habido un pequeño cambio de planes. ¿Te pasamos a recoger?

—Me salvas la vida —digo mientras me siento de golpe en el borde de la cama y veo el reloj de Fer en la cómoda—. No quiero quedarme en casa y que mi yo torturador salga a flagelarme. —La oigo reírse.

—En media hora estamos en tu portal.

—¡Genial! Llevo una ensalada de pasta que tengo y unas cervecitas —digo emocionada.

—Serán bien recibidas. Nos vemos en un rato, *kisses* —termina antes de colgar.

Cojo el reloj de Fer y lo miro, es un Lotus que pesa un Congo. Yo tengo uno de la misma línea que no me pongo desde hace siglos. Me compré un *Casio* estilo ochentero, y lo llevo encantada. Otra cosa más que cambié tras el divorcio.

Sonrío mientras saco la mini nevera y meto las cervezas.

¡Cómo ha cambiado mi día de repente!

— En esta ocasión... ¡De joderte, a quererte! —digo a la nada.

Carol y yo montamos la mesa porque hemos llegado justo para comer. Mientras tanto los chicos preparan las moscas y los cebos.

Los observo trabajar y Alex me mira.

—¿Nos echas una mano? o ¿te da asco? —Le sonrío.

—No, mejor ayudo a tu madre. Estaba recordando cuando iba con mi hermano y mi padre de pesca a las rocas, aunque él lo hacía todo, preparaba los cebos, las cañas y nosotros solo las sujetábamos. En pocas ocasiones nos dejaba sacar lo que picaba por si se nos escapaba, bueno es él —termino, y padre e hijo se ríen.

—¿Quieres una cerveza? —me ofrece Carol.

—Sí. Menos mal que estos árboles dan sombra porque si no, nos achicharramos.

Saco la ensalada y enseguida nos ponemos a comer.

Una vez tumbadas en nuestras hamacas siento la mano de mi amiga que roza la mía.

—¿Estás bien? —pregunta.

Continúo con los ojos cerrados bajo las gafas de sol.

—Sí —suspiro—, creo que sí.

—Estabas tan enfadada el otro día cuando Susana te contó cómo llegó a Ibiza Fer que estoy un poco descolocada de que anoche se te olvidara.

No quiero recordar ese detalle porque me doy cuenta de que me escuece y mucho, y eso significa que sigo teniendo sentimientos hacia él y no debería.

—Lo sé. Yo también. Anoche solo lo veía a él, Carol. No me acordaba de nada, no pensé en nada.

Y mucho menos en Susana y me vuelvo a sentir mal por ello.

—¡Maja! Más vale que no estaba Claudia. Bueno, si hubiera estado no le habrías dejado subir.

Abro los ojos de par en par. No había caído en ello, y me doy cuenta de que Fer sabía que estaba sola.

—Claudia tiene muy buena relación con su tío. Estoy segura de que le contó que se iba el fin de semana.

—¡Oh, vaya! —exclama bajito.

—Sí, ¡vaya! —le copio.

—Entonces, ¿vas a hacerme caso?

—Sí. Voy a comportarme normal. Sé que soy capaz de hacerlo —o eso creo—, y si quiere que continuemos con esto, lo haremos, porque yo también quiero, porque me gusta...

—Mientras no te haga daño, Oli.

—Mientras no me haga daño, Carol —repito conforme me levanto las gafas y la miro, para confirmarle que lo digo en serio.

No quiero volver a sufrir.

—Perfecto. —Me sonrío.

Pasamos una tarde muy agradable y cuando llego a casa, picoteo algo y me meto en la cama.

El domingo me dedico a hacer coladas, escuchar música y preparar la comida del lunes para Claudia y para mí.

Cambio las sábanas y veo el reloj de Fer en la cómoda de nuevo.

«¿Le envío un mensaje o le llevo el reloj mañana sin más?», me pregunto.

—¡No! Nada de mensajes. Él es el que se ha dejado el reloj —decido.

Busco la canción de Tracy Chapman, *Give me one reason* en *Youtube*, enciendo el altavoz y, mientras corto las verduras, me balanceo al ritmo de los acordes de la guitarra y tarareo la canción. Es una canción de blues rock que me chifla.

—*Dame un motivo para quedarme aquí y daré la vuelta...*

Cuando acaba, la aplicación, que se sabe mis gustos de memoria, continúa reproduciendo las canciones que he buscado en las últimas semanas y, Coque Maya y su *No puedo vivir sin ti* empieza a sonar. Sonrío, sé que después le toca a Andrés Calamaro y su versión del bolero *Algo contigo*. Pienso en la mezcla de géneros musicales que tiene mi lista de reproducción y en que la mayoría tienen que ver con Fer.

Me tumbo a tomar el sol en el balcón con los cascos y una infusión fría de piña colada. Llamo a Paula y le cuento lo que pasó y solo le falta decirme un ¡Ya te lo dije! Escucho sus consejos para que un hombre acabe rendido a mis pies y tengo muy claro que yo y mi carácter, no servimos para eso.

Para cuando me quiero dar cuenta se ha pasado el día y Claudia aparece con una sonrisa, rogando por un paracetamol para el dolor de espalda.

Antes de meterme en la cama, preparo la ropa del día siguiente y meto el reloj de mi jefe en el bolso.

Me he despertado antes de la hora porque mi cabeza ha empezado a dar vueltas, para variar, a ver cómo va a ser nuestro encuentro.

Había pensado en ponerme un vestido de flores de tirantes que es algo escotado, pero cambio de idea. Tenemos aire acondicionado y no quiero que piense que me visto para provocarle, aunque lo más seguro es que no piense en nada.

Elijo unos pantalones negros de verano tobilleros con unas bambas y una camiseta gris de topos de manga corta con un lazo en el pecho. Es fresca, voy a estar cómoda y con un *look* muy *pin-up*.

Como tengo tiempo, me hago un tupé, me recojo un poco el pelo y me planto un pañuelo y, para completar el conjunto, labios rojos y *eyeliner*.

Claudia se levanta al baño y me da un beso toda adormilada justo antes de irme.

—Mamá —dice con un bostezo—. ¿Seguro que luego vamos a la piscina?

—Claro. En eso quedamos ayer, ¿por? —le pregunto por si ha cambiado de planes.

—Porque parece que vas a ir a un concierto de moteros. —La miro con la sorpresa pintada en la cara y sonrío—. ¡Estás guapísima! Si fueras en metro en vez de en coche te los tendrías que quitar de encima.

Sonrío al escucharla, niego y le doy otro beso.

—Ten preparada la mochila cuando llegue y los *tuppers*, que nadie me impide hoy que vayamos juntas a la piscina.

Anoche, cuando me lo propuso porque sus amigas tenían otros compromisos, me supo a gloria a pesar de ser el segundo plato, pero ser padres supone, a partir de la adolescencia, tener ese papel en muchas ocasiones y, ¡oye! estamos encantados.

Al pensar en ello me doy cuenta de que no solo soy el segundo plato para mi hija, pero deshecho ese pensamiento, porque me ha dicho medio dormida que estoy guapísima y no es de las que derrocha piropos, así que... ¡A la mierda con todo! ¡Me voy a currar, aunque sea segundo plato, postre o café con *muffin*! Lo importante es comérselo, ¿no?

Así que llego a *Seven* con paso firme y amortiguado por mi calzado plano, con la sonrisa pintada en la cara y dispuesta a comerme yo también, lo que haga falta.

—¡Buenos días, Oli! —saluda Cristal y hago lo mismo con la mano.

—¿Y ese *look*? —pregunta Estrella con la ceja levantada.

—Me ha dado por ahí —contesto sin más.

—Pues te pega mucho.

Es Estrella, no podemos esperar que alabe a nadie que no sea así misma. Lo más cerca de hacer un cumplido es decir que me pega, que lo normal hubiera sido que obviara mi atuendo y se callara.

—Gracias —le digo, para joderla un poquito y vea que lo que ha dicho ha sido casi un halago.

Abre un poco la boca y la cierra de inmediato con los labios apretados.

Al llegar a la altura de mi mesa miro hacia el despacho de Fer. Justo en ese momento intuyo que me ve por el rabillo del ojo y me mira. Le sonrío de medio lado y él se separa un poco de la

mesa, me examina de arriba abajo y hace lo mismo, solo que su sonrisa contiene un toque de picardía.

Recuerdo las palabras de Paula el día anterior.

«Si alguien tiene que sufrir, que sea él».

Le doy la espalda para dejar el bolso y acomodarme. Suspiro satisfecha porque todo va bien, mis nervios están templados y ni mis tripas ni mi corazón han sufrido ningún sobresalto.

«¡Perfecto! Todo bajo control».

Olivia... no juegues con mi pobre corazón.

Capítulo 25

Entro en la sala de descanso para hacerme un café y me encuentro con Jorge, el chico de reprografía. El único hombre aparte de Fer que queda en la empresa y que aceptó trabajar con nosotros tras ser becario.

—¡Buenos días, Oli!

—Bueno días, Jorge —le correspondo.

—¿Sabes? Quedarías perfecta de paquete en mi moto —dice en plan flirteo.

Me sorprendo, pero disimulo. Ni siquiera sabía que tenía una; paso de entrarle al trapo y continúo preparándome el café. Va a ser que al final el vestido de flores con tirantes y escote habría sido más acertado.

—Si alguna vez te apetece ir a una concentración no tienes más que ...—justo en ese momento entra Fer—... decirlo. Buenos días, jefe —le saluda.

—Jorge... —pronuncia Fer, y mi compañero no pierde el tiempo en salir de la sala.

Sonríó con la vista puesta en mi taza mientras le doy vueltas a mi café.

—No puedo culpar al chaval porque tiene toda la razón. Vas perfecta para subirte a una moto e ir a una concentración —dice apoyado en el lado de la fregadera.

—No debes, eres el primero en dar mal ejemplo al confraternizar con el personal.... —le digo con una ceja arqueada.

«Ahora mismo, y sin dudarlo, me montaría en una moto que ni siquiera tiene ruedas», pienso al mirar como cierra los ojos, resopla con la cabeza hacia atrás y me muestra su sexi nuez.

—¿Mucha resaca? —le pregunto para desviar mis pensamientos lascivos y cambiar de tema.

—Toda —contesta a la vez que aprieta sus sienes con una sola mano—. Creo que todavía me dura. —Abre los ojos y me sonrío con cara culpable. Lo miro y estiro mis labios.

—Te dejaste el reloj en mi casa.

En su rostro aparece una expresión de alivio.

—Pensaba que lo había perdido —termina con un suspiro.

—Luego te lo llevo al despacho —le digo deprisa al ver que se acerca Susana a la sala.

Fer mira en su dirección al notar el cambio en mi voz.

—¡Vale! —susurra y se incorpora.

Le doy otro sorbo a mi café, saludo a Susi, que no me corresponde y se acerca en plan cariñoso a nuestro jefe, y salgo sin más de la habitación.

No ha sido tan difícil y tampoco me he sentido incómoda con él, aunque sí al ver a Susi. Vuelvo a mi lugar de trabajo, no tan satisfecha como pretendía. Aprovecho para pasar por su despacho y dejarle el reloj en la mesa en un lugar discreto.

Cuando salgo, Susi viene con un gesto poco agradable en la cara. Pasa por mi lado como si no me viera y se sienta en su sitio. Miro en dirección a la sala por donde aparece Fer y le hago una pregunta muda con la cara, hace un gesto con un pequeño movimiento de hombros y se desvía hasta su caja de cristal.

«¿Problemas en el paraíso?», me pregunto. Y me asombro de haber asumido tan pronto mi

papel en este trío.

Observo cómo mi jefe se sienta y descubre entre el teléfono y el ratón el reloj, sonrío, se lo coloca, mira hacia mi cubículo y me guiña un ojo mientras termina de abrochárselo.

«¡Madre mía!», pienso. «¡Si encima esto nos va a molar!».

Me tapo los ojos en mi imaginación, como el emoticono del mono del guasap.

«¡Joder!».

Miro hacia la mesa de Susi, me está mirando y no precisamente con cara de buenos amigos.

«¿Qué ha visto?», me pregunto. «Será mejor que nos dejemos de juegos».

El resto de la mañana pasa tranquila y en cuanto dan las tres, recojo y me voy a buscar a mi pequeña.

El sonido característico del chat de Carol hace que saque el móvil antes de arrancar el coche.

¿Cómo ha ido todo?_ 15:03

De maravilla.
Los dos hemos
actuado de manera
muy natural._ 15:03

Me alegro mucho._ 15:04

Y un montón de emoticonos de la bailaora del guasap adornan el chat.

—También he metido un *tupper* con sandía, melón y kiwi —me informa Claudia en cuanto llego de trabajar.

—¡Perfecto! A ver si entra todo en la nevera. Me desmaquillo, me cambio y nos marchamos —le anuncio.

Con todo listo nos vamos hacia la piscina.

Nos damos un baño rápido para refrescarnos antes de comer y después nos relajamos al sol.

Entro en una especie de sueño liviano, en el que oyes los sonidos que te rodean sin terminar de estar ni dormida ni despierta.

—¡Has venido! —escucho la voz de Claudia en un murmullo, y a alguien que hace un ¡shhhh!

Sigo con los ojos cerrados y las gafas puestas. Siento cómo el sudor me resbala por el cuello y el escote. Hace mucho calor y aún y todo no me puedo desprender del sopor.

—¿Nos damos un baño?

Esa frase pronunciada en un susurro hace que despierte con un ligero sobresalto acompañado de un cosquilleo, y mire a mi izquierda.

«Pero ¿qué cojones hace aquí Fer?».

Subo las gafas a mi frente y lo miro con los ojos semicerrados. Me dedica media sonrisa y mueve su mano a modo de saludo. No sé ni qué sensaciones me están envolviendo. Es como si mi momento de paz y evasión se hubiera esfumado, como si estuvieran invadiendo un momento muy

mío, aunque no puedo negar que me ha alterado porque está guapísimo con esas bermudas.

Vuelvo a colocarme las gafas y a mi posición relajada, aunque para nada lo esté.

—¿Te vienes a dar un baño, mamá?

—No —digo, aunque estoy asfixiada—. Un poco más tarde —contesto sin moverme ni un poco. Tengo que resistir.

En cuanto desaparecen de mi vista, voy a las duchas más cercanas y me refresco.

Creo que si fumara me encendería un pitillo.

Al final el calor es tan insoportable que me animo a darme un baño, pero me quedo sentada en el borde viendo cómo Fer se sumerge con Claudia de pie sobre sus hombros, se levanta con impulso y mi hija vuela hacia atrás y cae de cabeza atravesando el agua.

Es lo mismo que me hacía a mí hace millones de años.

El socorrista sopla por su silbato y les llama la atención. Hay demasiada gente en el vaso como para hacer piruetas.

En nuestros tiempos, la única norma que había que respetar era no colarse cuando los socorristas acababan su turno y aun así nos la saltábamos. Sobre todo, los sábados por la noche cuando nos escabullíamos a hurtadillas y nos metíamos en la piscina en silencio para que los hombres de blanco no nos pillaran. No me hace falta decirlos que fracasábamos bastante a menudo, pero para nosotros era toda una aventura.

Se acercan hasta mí a nado.

—¿Me ha salido bien? —pregunta Claudia.

—Tienes un estilo casi perfecto, pero te pasa como a mí. Te olvidas de estirar las piernas al final.

—¡Creía que lo hacía! ¡Vaya! —comenta frustrada.

—Cuando se despeje la piscina te puedo tirar a ti —dice Fer.

Por supuesto que él también lo recuerda con su memoria de elefante, que al parecer yo estoy recuperando poco a poco.

Elevo una ceja y cierro un poco uno de mis ojos; mis pensamientos me llevan a la madrugada del sábado, a cómo me tiró encima de la cama. Como si supiera lo que estoy pensando se ríe y echa a nadar de espalda.

«¡Hijo de...!»

Entro en el agua y meto la cabeza a pesar de que mi peinado *vintage* se va a echar a perder, pero tengo que mantener la cabeza fría.

—Voy a por un café, ¿quieres uno? —me pregunta mientras se seca una vez que llegamos a nuestras toallas—. ¿Un helado, Claudia?

—Te acompaño —dice mi hija.

Miro la hora.

—Un descafeinado con leche —le pido. No son horas para tomar uno normal.

Cojo el bolso para sacar la cartera y me mira con cara de malas pulgas, así que lo vuelvo a dejar donde estaba.

—¡Grande! —digo en plan puñetera una vez que emprenden la marcha.

Veo que niega con la cabeza y me puedo imaginar que sonrío.

«Pero ¿qué es esto? ¿Qué estamos haciendo? ¿Estamos locos? Porque en vez de parecerme que está mal, tengo que admitir que esta escena cotidiana, como si estuviéramos en familia, me ha gustado», me tapo la cara buscando los remordimientos y ahora mismo, sin Susana cerca, no soy capaz de encontrarlos. «¿Acaso quiero esto?».

Enseguida vuelve Claudia sola y se sienta a mi lado.

—¿Te ha molestado que venga el tío? —pregunta con un ligero rastro de ansiedad.

—No es que me haya molestado, solo que pensaba que iba a ser una tarde de chicas. Tú y yo solas —remarco—, al tío bastante lo veo a diario.

«Y en algún que otro momento inesperado, también».

—Me escribió esta mañana para saber qué tal me había ido el fin de semana, y después le dije que íbamos a ir a comer a la piscina. Insinuó que igual se apuntaba —dice enseñándome los dientes con los labios estirados—. La verdad es que no pensaba que se animaría estando tú. —La miro con expresión sorprendida—. Pero veo que ya os lleváis algo mejor —termina como si así se arreglara todo.

No sabe ella lo bien que nos llevamos ahora...

Fer no tarda en aparecer con dos vasos de papel. Uno de café y el otro de refresco y me extraño, todavía más cuando me lo ofrece a mí.

—Un descafeinado con leche tamaño... ¡grande! —Lo miro y estrecho los ojos, pero cierto olor me hace asomarme al líquido espumoso y sonrío—. Con un poco de canela y cacao —dice, y me enseña un sobre de *Colacao*.

—Gracias, qué detalle.

Nos sostenemos por unos segundos la mirada, y recuerdo que no estamos solos.

Claudia nos observa mientras pasa la lengua por su cono tres chocolates. Abro el sobre, echo un poco del polvo dulce y guardo el resto en el bolso.

—Voy a ver un poco el pádel —anuncia.

«Sí, mejor vete, majo. Que la policía no es tonta», pienso.

—¡Hasta luego! —le despido sin mirarle.

—¡Chao, tío!

—¡Nos vemos luego, rubia!

Mi hija se ríe como cada vez que la llama por ese mote. Porque no puede ser más morena, pero es que Fer... Fer siempre ha sido de rubias.

—¿Susana es rubia, mamá? —Me atraganto con el café ante lo que me provoca la sola mención del nombre de mi compañera acompañada de su pregunta inesperada.

Toso un par de veces y la miro con ojos llorosos.

—¿Sabes lo de Susana? —inquiero cuando me recupero.

—¿Y tú? —Me mira con una mano tapándose la boca.

Asiento para que vea que no ha metido la pata.

—Un día llegué temprano y los pillé haciéndose ojitos —le explico, y al recordarlo me hace un daño que antes no sentía.

—¡Hala! Vaya cazada —se ríe.

—Sí, creo que no les hizo mucha gracia —digo mientras doy vueltas al café con la cuchara y trato de desechar la imagen de aquel momento que se ha colado rauda y sin permiso en mi cabeza.

—Se lo tuve que sonsacar —dice con el morro torcido—. No sé por qué no me lo quería contar.

—Era una relación clandestina, cariño.

«Como la que tiene ahora conmigo», me digo, y el trago de café me sabe amargo por mucho aderezo que lleve.

—Que no pudierais saberlo vosotros que sois sus empleados, lo entiendo, pero ¿por qué no me lo contó a mí?

—¿Tú le has contado lo de Gonzalo?

En el mismo instante que lo menciono me arrepiento por recordárselo. Además, Fer ya sabe algo del tema.

Se queda callada unos segundos y contesta en tono bajito.

—No. Pero no es lo mismo. Si le llego a contar que me gustaba un chico tan mayor, va en su busca y se lo carga —dice esto último con voz áspera.

Sonríó por lo sobreprotector que es con mi niña, y me quedo con ese «me gustaba» que ha pronunciado.

—Supongo que no te lo contó porque no le parecía pertinente hablar de su vida amorosa con su sobrina de quince años.

A mí tampoco me parece adecuado estar hablando de esto, me va a sentar mal el café.

—Yo sabía que había alguien. Estaba muy raro, y al final, a fuerza de preguntarle me contó que sí, que se llamaba Susana y que trabajaba con él. Ahora entiendo que no me prohibiera contártelo, aunque yo nunca lo habría hecho y es que tú ya lo sabías. ¿Es rubia? —Vuelve a la carga.

—Es rubia —corroboro.

—¿Te cae bien? —continúa con el interrogatorio y me sorprende de que le preocupe el tema.

—Es maja —confirmo, y vuelvo a sentir esa acidez que persiste estas últimas semanas porque ese apelativo ya no le pega nada, por lo menos en lo que respecta a su actitud conmigo, pero ¿puedo culparla?

Necesito que esta conversación acabe ya.

—No la quiere —asegura, y a mí se me encoge un poquito el estómago—, y creo que ha venido esta tarde porque se han enfadado.

—¿Te lo ha dicho él? —le pregunto porque no me gusta que juzgue o saque conclusiones precipitadas, a ver si con un poco de suerte no se parece en ese aspecto a su madre. Aunque lo último no se lo voy a discutir, hoy el morro le llegaba a Susi hasta el suelo.

—¡Claro que no! —exclama como si estuviera loca—, pero lo noto. Lo conozco muy bien.

Me hace gracia que diga eso, creo que él es el único que se conoce bien.

—Eso no lo puedes saber.

—Tú los has visto juntos. ¿Crees que la quiere?

¿Y tengo que contestar yo a esto? He intentado no pensar en ello, pero no puedo negar que me lo he planteado alguna vez. ¿Puede querer a Susana si en solo un año de relación ya le está poniendo los cuernos conmigo?

—Está con ella, ¿no? —contesto evitando hacer conjeturas que me están haciendo papilla.

—No me has contestado —insiste.

—Es la única relación estable que le he conocido y tampoco los he visto mucho juntos. Solo te puedo decir que la ha hecho pública tras volver de vacaciones, así que eso algo querrá decir, ¿no te parece? —Y de nuevo esa certeza cae sobre mí con un enorme peso de culpabilidad.

—¿Lo saben todos en *Seven*? —pregunta con las manos en la cara.

Muevo la cabeza de manera afirmativa.

—¡Ah! Pues igual me he equivocado.

«O igual no, cariño», me digo con cierto pesar y me sorprendo por todo lo que el tema del querer o no querer de Fer ha despertado en mí.

¿Es capaz Fer de querer a una mujer que no sea su sobrina? ¿Creéis que es capaz?

No sabes lo que es tenerte cerca y no poder tocarte, pero tocarte y saber que no debo hacerlo es mucho peor.

Capítulo 26

—Pues va a ser que era mejor cuando no lo sabía nadie —dice Susana con rabia, y solo le falta hacer un puchero.

Me tiene acorralada en el baño y no sé ni qué decir al respecto ni por qué me lo cuenta a mí, porque además me está haciendo sentir fatal.

—Al menos antes, al tener que escondernos, pues tenía su morbillo —continúa.

Lo que yo decía, si es que a todos nos va eso de la clandestinidad y al parecer y a Fer más.

—Pero decide que lo hagamos público, que todos se enteren de que somos pareja, ¿para qué? ...—«¿Para joderme a mí?», pienso—... De repente no me deja ni que le dé un beso en la sala del café. ¿Tú sabes por qué? —inquieta como si yo tuviera algo que ver, ¿o son imaginaciones mías? Me remuevo un poco en mi sitio.

De ahí viene su rebote del día anterior. Yo salí de la sala y ella entró dispuesta a comérselo en horas de trabajo.

Una parte de mí desea, y mucho, celebrarlo, pero me reprendo y decido hacer mi papel de compañera comprensiva.

—El hecho de que deje claro que sois pareja no creo que cambie las cosas en el trabajo. Tiene que dar ejemplo, si no Estrella se follaría a todos los becarios encima de la fotocopidora —le digo aportando algo de madurez a la situación y además bromear para quitarle hierro. Aunque no entiendo muy bien por qué le doy ninguna explicación. Estoy hecha un lío.

Susi abre la boca, luego la cierra y comienza a carcajearse.

—Tienes razón —continúa todavía sonriendo— pero ¿un beso? Ya lo había besado antes y no se había quejado, pero ¡si el año pasado follamos en esta misma sala! —añade con una mueca de satisfacción sin motivo alguno, o quizá con uno bien premeditado, porque me deja sin habla, como si hubiera disparado con un arma directa a mi esternón y las costillas perforaran mis pulmones.

Inspiro con fuerza para coger de nuevo aire y procuro recuperar la templanza. «Ha dicho que sucedió el año anterior... cuando yo estaba con Joel», me justifico.

Me encojo de hombros y elevo los brazos en un gesto fingido para quitarle importancia a ese hecho.

—Hombres, no los intentes entender. Es su empresa. Son sus normas. Creo que no merece la pena que te cabrees por eso. Igual si dejas de perseguirlo...

«Pero ¿qué hago yo dándole consejos?», me pregunto. ¡Soy tonta!

—¿Tú crees que eso funcionará? —pregunta escéptica.

—A mí no me hagas mucho caso que mi experiencia no es que sea gran cosa y ya ves cómo me ha ido.

—Ya... es verdad —termina como si me compadeciera.

¡Qué maja! Y yo qué estúpida. «¿Por qué me siento como el culo ahora?»

—Tengo que volver, Susi —le digo para escaquearme de esta situación en la que no me apetece estar.

—De todas formas, te haré caso.

—Como veas —acepta mientras salgo por la puerta soltando el aire por la boca de tal manera, que mis labios vibran.

Según pasa la semana, el ambiente entre ellos está más relajado.

Entre Fer y yo parece como si no hubiera sucedido nada y, aunque es lo mejor, me descoloca un poco su actitud. Ojalá yo fuera capaz de olvidarme de lo que ha pasado entre nosotros con tanta facilidad.

—¿Qué tal lo lleváis? —pregunta Paula a través del móvil.

Tras varios mensajes durante la semana decido llamarla el viernes al salir de trabajar.

—No lo llevamos. Yo creo que esto se ha terminado. El lunes, como te comenté, le devolví el reloj, hicimos alusión a su resaca y tras aparecer en la piscina y pasar parte de la tarde con Claudia y conmigo, nada.

—¿Nada? ¿Ningún flirteo?

—Nada. Esa complicidad que parecíamos tener a principio de semana se evaporó como los efluvios del alcohol en la sangre de Fer.

—No sé qué decirte. ¿Y cómo lo llevas?

—No lo sé. Supongo que pensaba que seguiríamos teniendo ese rollo simpático, pero al parecer estaba equivocada —confieso apenada.

—O sea que, cuando te estabas acostumbrando a la situación resulta que no existe. La verdad, Oli, no lo creo.

—Pues tú me dirás qué es lo que pasa. De todas formas, me siento algo frustrada a pesar de que no debería. Está con Susana y, al final, todo esto nos puede estallar en la cara.

—Eso es verdad y me temo que Fer también es consciente.

—Cierto... —Me quedo pensativa.

Temo haber sonado decepcionada, pero es que lo estoy.

Está claro que solo ha sido algo casual y hay que procurar seguir con la rutina en el trabajo y que no trascienda., aunque me diera la sensación de que no lo era tras la noche del sábado y su aparición en la piscina, creando ese ambiente familiar al que me quería resistir y del que tanto disfruté.

—El próximo sábado podíamos irnos a comer Clara, tú y yo. No nos hemos visto desde el encuentro y tenemos que chismorrear de un montón de cosas, que por guasap no es lo mismo — propone.

—¡Me parece una idea estupenda! —Aplaudo la propuesta.

—Pues lo propongo en nuestro grupo y a ver qué dice.

Clara no tarda en aceptar. Quedamos en comer y lo que surja.

El lunes cuando voy a la sala de descanso me encuentro con una sonriente Susana hablando por teléfono.

—Tengo muchas ganas de verte, en cuanto aterrices allí estaré —comenta mientras pasa por mi lado, alza la barbilla a modo de saludo, y sigue hablando algo más bajo.

No voy a sacar conclusiones precipitadas porque si fuera algo inadecuado, habría evitado que la escuchara.

Al salir veo que está en el despacho del jefe hablando con él. Fer desvía la vista hacia mí un segundo, yo tuerzo el labio de medio lado y vuelve a mirar a Susana. Veo que sonrío con los labios apretados, y quiero pensar que esa sonrisa, en realidad, va dirigida a mí.

El resto de la semana, cruzamos alguna mirada, medias sonrisas, que me hacen pensar que estamos bien. Solo que es lo único que hay o lo único que debe de haber.

Escribo a Carol. Necesito un poco de charla y ver todo esto desde otro lado.

¡Necesito café!
Esta tarde si puede
ser._ 12:03

Eso está hecho._ 12:04

Como, me cambio y corro a refugiarme en el Starbucks a tomar un *frapuccino* con mi amiga.

—¡Ains, mi *Oli* que ha vuelto a la adolescencia! —me dice mientras me envuelve en un abrazo.

—Ya te digo... —contesto en un susurro pegada a su cuello.

Resumo lo ocurrido en estos últimos días desde que se presentó en mi casa y cómo me siento.

Me mira fijamente sin perder detalle de mis expresiones mientras hablo.

—Estás muy confusa. No querías esto, luego lo aceptas, y cuando parece no haber nada, te decepcionas.

—Eso es —admito—. Me dijiste que lo viviera. Me mentalizo para hacerlo y resulta que no hay nada que vivir.

Ser consciente de esto hace que me sienta frágil, pero no quiero dejarme llevar por ello, no va a ningún lado.

—Te gusta.

—Mucho.

Lo digo en alto y me golpea la certeza de que es más de lo que pensaba, de lo que admito en voz alta y a mí misma.

—Y te gustaba ese tonto. —Asiento con un movimiento de cabeza—. ¿Te das cuenta de que estabas viviendo esto en un plan muy adolescente?

Bajo la vista y me miro las uñas. Una de ellas se me ha desconchado e intento levantar el resto del esmalte conforme medito lo que Carol me dice.

—Supongo; y, como tal, me estaba haciendo unas ilusiones absurdas.

Pero en el fondo no lo siento así.

—¡Ilusiones de qué, Oli! ¿Quieres algo con Fer? —inquire asombrada.

Algo me sube hasta el pecho al escuchar esa pregunta y no es esperanza precisamente.

—No me lo he planteado —dudo—. Solo me estaba dejando llevar por esta locura. Paula me dijo que estaba convencida de que Fer quería algo conmigo.

—No lo dudo, pero igual solo era eso. Te deseaba y se quitó las ganas. Él no tiene en cuenta tus sentimientos. Sois adultos, aceptaste acostarte con él estando con Susana. Más claro, agua.

Carol es muy sensata y realista, y yo soy demasiado soñadora y romántica. Escucharla me resulta duro y me duele. Me duele que todo esto haya sido un juego, un juego al que yo también quería jugar, pero al parecer durante mucho más tiempo.

—No sé, Carol. Sé que no deberíamos haber hecho esto, pero ha ocurrido, hemos repetido, lo hemos llevado bien... Quizá se quede ahí, pero...

—Pero ¿qué, Oli? Si ansía algo de verdad contigo, no seguiría con Susana. Deberías aclararte qué es lo que quieres tú con él.

Reflexiono y me doy cuenta de que tiene razón, de que no sé qué deseo y que me estoy comportando como si Fer y yo... Como si Susana, Fer y yo...

«¡Madre, mía! Se me está yendo por completo la cabeza».

—Tienes razón. Por un momento se ha apoderado de mí la Oli irracional. De repente me he creído que soy algo para él —resumo asombrada.

—Te pensabas que eras *la otra*, diría yo.

Exacto. Había asumido el papel de la otra con toda facilidad y me asusto de haberlo hecho.

—Oli —dice Carol con mis manos cogidas entre las suyas—. No es tan descabellado. No sabes qué sientes con exactitud por él y para ti es cómodo. Diversión, morbo y tú sigues con tu vida.

Si solo fuera eso todo sería mucho más sencillo y no le daría tanta importancia ni tendría todo este cúmulo de sentimientos.

Suspiro, sorbo de la pajita y me resigno.

—Quién me habría mandado, Carol. En la comida todo indicaba que había algo más por su parte. Tanto flirteo, las canciones... creí lo que no era.

—Según lo describiste esa pinta tenía, sí. Yo también lo pensé, pero, al parecer, solo se servía de un medio para un fin —dice abanderada por la cruda realidad—. No puedes cambiar lo que hiciste, así que asúmelo y...

—Sigue adelante, lo sé, lo sé —la interrumpo y me molesta que me duela asumirlo.

—Es que si no esto va a acabar como el rosario de la Aurora —advierte.

—Tienes razón.

Cambiamos de tema y nos sumergimos en nuestro viaje a Roma. Saca el móvil y me enseña un vídeo con las cosas que tenemos que ver, pero a mí en realidad me apetece sorprenderme, vivir de su mano esa ciudad, sentirla y que ella nos conozca a nosotras.

¡Por fin es viernes! Mañana me voy con Clara y Paula a comer y los niños se quedan con Luis el fin de semana, así que... a lo que surja.

Clara tiene muchas ganas de salir y preveo que se nos va a hacer la hora de cenar. Lleva desde anoche animando el ambiente. Es un caso.

—¡Oli! —levanto la cabeza del móvil al oír que me llama Susi.

—Dime.

—Tengo que salir a la una. Mi hermano hace transbordo en Madrid y voy a comer con él —me comenta en tono bastante formal.

—Muy bien —digo sin más, ya que no tengo ni idea de por qué me lo cuenta a mí. Ni siquiera sabía que tenía un hermano viviendo fuera, pero encaja con la conversación que escuché el lunes.

—Hay un cliente al que le envié un diseño y nos tiene que dar el visto bueno. Como el resto está de vacaciones, estate atenta a mi extensión por si no se pone en contacto por correo. El mail ya lo llevo instalado en el móvil.

Pues había otro interés, está claro, y ni un por favor ni nada. Más bien parece que me lo esté mandando una jefa y no pidiéndomelo una compañera.

—Claro... —le aseguro un poco descolocada por su actitud.
—Luego te doy más detalles —dice y desaparece por donde ha venido.

Dejo la taza del café en mi cajón y vuelvo a la mesa donde Susana me está dejando las instrucciones pertinentes por si el cliente se pone en contacto.

—Pues eso es todo. Me voy —se despide esa versión déspota de Susana, esa en la que se ha convertido desde hace unas semanas.

—Hasta el lunes —le respondo.

Asiente, mira hacia el despacho de Fer y le dice adiós con la mano.

Estoy deseando que lleguen las tres para irme. Contesto un momento a uno de los mensajes que nos ha puesto Clara, me río y sigo a lo mío.

Imprimo los presupuestos de un par de proveedores nuevos y se los llevo a Fer.

—Los nuevos proveedores —le informo mientras me acerco.

—¿Qué te parecen? —pregunta mientras adopta una postura más relajada en el asiento.

—Me gustan. —Le sonrío—. Los productos son originales y de mayor calidad que otros que hemos tenido del mismo estilo —explico mientras me mira fijamente con la sensación de que no me está escuchando. Vuelvo la vista a los papeles, compruebo las cifras y, al escucharle resoplar, lo miro. La intensidad con la que lo hace él provoca que mi ritmo cardíaco se acelere—, por lo tanto, el coste aumenta —continúo y veo cómo se frota la cara y coge aire—. Tendrás que valorar si vamos a poder darles salida con un margen óptimo.

Asiente, empuja la silla hacia atrás y deja un espacio entre él y la mesa.

—Déjamelos aquí... —Señala la superficie de cristal delante de él.

Lo miro extrañada mientras espera paciente a que lo haga. Su expresión seria cambia y lo que me provoca su mirada me calienta de una forma que escapa a mi control y hace que me hormiguee todo de pies a cabeza, como si tuviera necesidad de él. Decido hacer lo que me pide y salir como alma que lleva el diablo de su despacho porque no quiero ser yo la que incite un encuentro del que luego me arrepienta, aunque sea lo que me pide el cuerpo.

Me acerco y se los dejo. En cuestión de segundos estoy atrapada entre la mesa y su cuerpo. Lo tengo pegado detrás de mí y el corazón se me acelera.

«¡Madre mía!».

Apoyo las manos en la mesa y él las coloca con sus dedos largos justo al lado, tocando la superficie solo con las yemas.

—¿Crees que aguantará? —pregunta con voz seductora pegado a mi oreja.

No puedo creer que esté pensando en lo que me dijo la noche del encuentro.

—No lo dices en serio —exhalo sin saber de dónde me salen las palabras.

—Completa y absolutamente en serio.

Me echo un poco hacia atrás como para apartarlo en un vago intento de no cometer de nuevo una imprudencia que en el fondo estoy deseando que suceda, pero lo único que consigo es que mi trasero se encaje con su pelvis y se refrote en él como si le estuviera provocando.

«¡Joder qué desastre! Ni intentar hacerme la dura me sale bien».

Vuelve a restregarse y siento su dureza. Miro mi mesa, la de Susana y viajo por toda la oficina.

Estamos solos.

—Es una locura —exhalo con todo el aire que he contenido al sentirle cediendo a mi propio deseo.

Me aparta el pelo y deja mi cuello expuesto.

—Lo es, pero la tentación es demasiado grande —susurra con sus labios pegados a mi piel. Me muerde y la sensación es tan intensa que me pone el vello de punta, y cierto músculo de mi interior se contrae.

«¡Joder! ¡Maldito bipolar!».

Una de sus manos aprieta mi pecho y la otra levanta la falda del vestido veraniego que llevo.

«¿Será este su lado oscuro y salvaje?». Pues el cariñoso me gusta, pero este... también.

«Mierda, estoy perdida».

Me toca debajo de la ropa interior y aprieto mis muslos atrapando su mano mientras él sigue rozando su pelvis contra mi trasero. Me sujeto a la mesa, porque ejerce tanta presión, que si no lo hago acabaría estampada en el cristal.

—No hago más que imaginarte en esta mesa, desnuda y con las piernas abiertas para mí.

«¿*What?* Pero ¿cuándo coño me imagina a mí así?».

—¿Es una especie de fantasía erótica? —pregunto entre jadeos.

—Puede ser...

Se separa de mí y dejo de sentir sus manos, mi piel las añora. Me agarra y me da la vuelta, me sienta encima de la mesa, abre mis piernas y se coloca entre ellas.

No es brusco, pero sí resulta dominante. Intento tocarle, pero no me deja. Aparta mis manos, niega con la cabeza y las deja apoyadas en el cristal. Acto seguido empieza a desabrochar los botones del escote del vestido. Miro como sus dedos juegan con los ojales, subo la vista a su rostro, nos miramos con intensidad y veo el deseo reflejado en sus ojos. Entreabro los labios con ganas de besarlo, pero vuelve a negar.

Me siento frustrada. Estoy muy excitada y solo deseo que me toque, que me bese y sentirlo bajo mi piel.

Se toma su tiempo en desnudarme y cuando solo estoy en ropa interior, se aleja para mirarme; un escalofrío me recorre entera, me siento cohibida.

Por fin Se acerca, me besa y me quita el sujetador, me acaricia los pechos de forma lenta y juega con mis pezones, ahogo un jadeo.

Agarro su camiseta y meto las manos por debajo para ayudarle a quitársela. Ya vale de impedirme sentirle. Quiero tocarlo, quiero acariciarlo. En cuanto mis palmas hacen contacto con su piel, se le eriza y escucho como exhala, como tiembla.

Desabrocho el botón del pantalón, meto las manos bajo sus vaqueros y le aprieto el trasero.

Su boca no abandona la mía mientras sus dedos se pierden en los recovecos de mi intimidad. Bajo su bóxer junto al pantalón y toco su erección. Está húmedo, duro y entre nosotros no hay rastro de alcohol. Lo masturbo y ahora es él quien resuella.

—Quiero sentirte —murmuro.

—No digas más.

Busca en sus bolsillos y saca un preservativo, se lo pone, me agarra por el trasero hasta colocarme en el borde de la mesa, me sujeto con las manos sobre la superficie y me penetra despacio.

—Síiiiiii —exhalo con placer y echo la cabeza hacia atrás.

Me encanta la sensación de tenerlo dentro.

No tarda en besar mi cuello y buscar mi boca.

Aferra una de mis piernas y la sujeta doblada entre nosotros para penetrarme con más

profundidad.

—¡Aaahhh! Sigue —lo animo.

Me mira, estrecha los ojos y los cierra. Veo cómo disfruta de cada embiste y me regodeo, aunque no deba. Esta intimidad es peligrosa y me conozco, así que yo también los cierro y me tumbo. Coloca mis piernas en sus hombros y continúa con un ritmo incesante.

—Parece que aguanta —dice.

Sonrí porque ni por estas se mantiene serio. Me encanta que ese Fer que me volvía loca se manifieste hasta en estos momentos.

—Parece —conuerdo.

Estamos follando en la mesa de su despacho, en la que va a trabajar tooooooodos los días laborables del año.

Se tumba encima de mí y el roce que ejerce en mi pubis hace la combinación perfecta para que ese nudo de nervios comience a emitir descargas de placer, lo rodeo con mis piernas, lo abrazo y lo coceo para que continúe.

Se separa un poco y me mira con una ceja arqueada.

—¿En serio? —pregunta.

Me río y le vuelvo a dar con los pies.

—¡Vas a saber tú lo que es bueno! —exclama.

Aprieto mis labios en una sonrisa y vuelve a penetrarme en profundidad.

—¡Aaaahhh! Sigue, no pares ahora —ruego.

Se cierne de nuevo sobre mí, busca mi cuello y lo vuelve a morder. Contraigo mis músculos internos al sentir esa descarga de placer que provoca sentir sus dientes en mi piel, lo exprimo y en el siguiente envite, me corro.

Conforme el clímax desciende Fer se incorpora y acelera sus empujones sujeto a mis rodillas hasta que desciende el ritmo durante unos segundos y siento como palpita en mi interior.

—¡Jooooooooodeeeerrrr! —clama y se derrumba sobre mí.

Vuelvo a rodearlo con mis piernas y acaricio su espalda sudorosa mientras escucho su respiración acelerada.

—¡Ummm! Qué bien saben esas caricias —murmura, y me gusta saber que está gozando de este momento poscoital tanto como yo.

Continúo deslizando mis dedos desde su cuello hasta su trasero y noto cómo se le eriza la piel.

—¡Parece que resiste! —susurra a mi oído.

—Sin duda es de buen material —corroboro con una sonrisa a la vez que disfruto de su peso y de tenerlo todavía pegado a mi piel.

«No quiero dejar de estar así, no quiero pensar, no quiero que esto acabe».

Se reincorpora y mi vestido resbala por la superficie de cristal hasta el suelo en cuanto me levanta. Me lleva, tal cual estamos encajados, hasta su asiento donde mis piernas flexionadas quedan atrapadas por los reposabrazos.

Nos sonreímos y nos besamos de nuevo. Estamos sudorosos y parece como si ninguno de los dos quisiera deshacer esa unión.

El sonido de un teléfono rompe ese momento íntimo y me acuerdo de mi compañera.

—¡Mierda! —impreco—. Lo tengo que coger —le informo mientras me levanto deshaciendo nuestra unión y mi cuerpo, a pesar de estar impregnado en sudor, se queda frío.

—Déjalo que suene —intenta evitar que me vaya—. Es el de Susana.

Ya solo la mención de su nombre rompe la magia en la que nos habíamos sumergido.

Lo miro y creo que los dos estamos pensando lo mismo. Por muy tonta que esté últimamente, no merece esto.

Me agacho a por el vestido y me lo pongo sin atar por no salir de su despacho desnuda por completo.

—Esperaba la llamada de un cliente y me dejó al cargo de coger el teléfono si sonaba. — Fer enarca las cejas con incredulidad y yo encojo los hombros.

Salgo descalza a toda velocidad con la esperanza de llegar antes de que cuelgue.

En cuanto cojo el auricular, veo a Fer subirse el pantalón quitarse el condón, atarlo y tirarlo a la papelera. Niego con la cabeza. Acto seguido, coge mis braguitas y mientras hablo con el cliente me mira y las hace girar en su dedo índice.

Llevo la mano que tengo libre a mi cara y me muerdo el labio inferior con un ligero movimiento de negación.

Me guiña un ojo.

Está claro que todo esto le resulta divertido, y sin duda a mí también, pero es una puñetera locura y todos sabemos que no deberíamos hacerlo.

Una vez que cuelgo, entro de nuevo en el despacho a terminar de vestirme. Mi ropa interior está encima de la mesa. La recojo y empiezo a ponérmela mientras me observa cómo lo hago desde su trono.

—¿Así que te ha dejado encargada de atender a uno de sus clientes? —me pregunta curioso sin mencionar su nombre.

—Sí —contesto conforme me ato los botones del vestido—. Estaba esperando la conformidad de un diseño y como se tenía que ir... Le va eso de mandar. —«A la mosquita muerta», pienso al recordar de qué manera me lo ha pedido—. Será que todo se pega menos la hermosura —determino intentando mostrar una sonrisa que él no me corresponde. No me siento nada bien con la conversación, sobre todo, por la persona que está implicada en ella—. ¿Lo vas a dejar ahí? —pregunto mirando a la papelera para cambiar de conversación.

—¿El qué? —cuestiona perdido.

—El preservativo —aclaro.

—Sí, ¿por?

Cojo un par de pañuelos de papel y saco el condón.

—Mejor que la mujer de la limpieza no lo vea, ¿no crees? —cuestiono esperando respuesta.

Inclina la cabeza y se rasca el cuello.

—Casi mejor, sí. Gracias.

Esta vez es el teléfono de su mesa el que nos interrumpe.

Lo mira y suspira.

—Te dejo —digo estirando mis labios y él asiente con un gesto.

Aprovecho la coyuntura para salir del despacho e ir directa a la sala del café a buscar papel aluminio para envolver la prueba del delito y tirarla al cubo de la basura.

Me voy al baño para refrescarme. Me miro al espejo. Tengo el pelo revuelto, el rímel corrido y tengo pinta de...

—¡Recién follada!

Cierro los ojos y niego con la cabeza arrepentida.

«¿Cómo cojones voy a entrar ahora a ese despacho sin recordar lo que ha pasado?».

Voy a por el bolso sin mirar en otra dirección y vuelvo veloz al aseo. Me cepillo el pelo, me lavo y retoco lo que puedo el maquillaje.

Vuelvo a mi cubículo e intento concentrarme en lo que estaba haciendo, pero en más de una ocasión echo la mirada hacia atrás. Fer continúa trabajando con esa habilidad suya de abstraerse del mundo entero y centrarse en su trabajo. Solo en una ocasión nuestras miradas coinciden y me guiña un ojo para, acto seguido, volver a la pantalla de su ordenador. Suspiro sin poder evitar preguntarme de nuevo, qué narices estamos haciendo.

—¡Me voy! —le digo desde la puerta de su despacho.

No he conseguido relajarme en esta hora y media después de nuestro escarceo y la situación, al final, se me ha hecho hasta incómoda. Sin embargo, por muy absurdo que os parezca, tengo unas ganas irrefrenables de acercarme y darle un pico de despedida, pero me contengo, porque esto que tenemos sigue sin tener nombre y si lo hiciera, no sé si sería bien recibido.

—¡Muy bien! Hasta el lunes. —Levanta su mano derecha a modo de despedida y sonrío.

—¡Hasta el lunes! —Estiro mis labios y me giro sobre mis pies con esa sensación extraña de estar fuera de lugar, en un sitio que no me corresponde.

Traspasada la frontera, no sé si seré capaz de encontrar el camino de vuelta.

Capítulo 27

Conduzco hasta casa de Luis en modo automático.

En alguna parte de mi subconsciente, escucho a los niños hablar. No puedo dejar de pensar en lo que hemos hecho en ese despacho.

—¡Mamá! ¿Me estás escuchando? —me reclama Claudia.

—¿Qué? —contesto distraída.

—¿No has oído nada de lo que te he dicho? —inquieta frustrada—. Pero ¿qué te pasa? ¿Dónde estás?

Suspiro y me siento culpable porque todo esto me esté afectando hasta tal punto que no hago caso ni a mis hijos.

—Perdona, cariño, ¿qué decías?

—¡Pufff! —bufa.

—¿Ha pasado algo en el trabajo? —pregunta Luc.

«Ya te digo yo que sí ha pasado, hijo, pero está clasificado con dos rombos».

—No, no. Todo como siempre —miento como va siendo costumbre y me tapo la cara en mi imaginación.

Siento que Claudia me mira sin parpadear y desvío la vista un momento hacia ella.

—Tienes las orejas rojas —susurra.

«¡Mierda! ¡Me ha pillado!».

Aprieto los labios y vuelvo la vista hacia la carretera.

—En resumen, que al final, ¿cuándo salimos hacia el pueblo? —continúa con lo que al parecer me estaba diciendo.

—No lo sé. Tened preparadas las maletas para el jueves que, si no salgo muy cansada de trabajar el viernes, comemos y nos ponemos en marcha.

Me acabo de dar cuenta de que tengo la necesidad imperiosa de salir de Madrid y poner tierra de por medio, porque a partir de hoy no sé cómo voy a llevar el día a día en la oficina, hemos traspasado una línea y solo de pensar que todavía me queda una semana, me asfixio, y no solo por el calor.

—Tengo ganas de ir. Si podemos salir el viernes mejor, este fin de semana se van todos mis amigos de vacaciones.

La historia de siempre. Me cojo las dos semanas de enmedio de agosto y tengo que sufrir el aburrimiento supremo de Lucas los primeros días.

«¡La que me espera también en casa!», pienso.

Llegamos a nuestro destino y salen disparados del coche.

—Entonces, ¿nos vienes a buscar el martes? —cuestiona Luc.

—Nos puedes venir a buscar el lunes por la noche en cuanto lleguemos del lago —insinúa Claudia.

Se van el finde con su padre y su novia, y Claudia ya está desesperada por volver.

—Lo vamos hablando, ¿vale cariño? Y lo que me pasa no tiene nada que ver con el trabajo, de verdad —le aseguro.

Hace un gesto con la boca y la cabeza inclinada, como si no le convenciera.

—¡Pásalo bien mañana con las amigas! —me desea Luc y me da dos besos.

—¿El lunes? —se despide Claudia y asiento con la cabeza.

No sé qué hacer, si ir a darme un baño para relajarme o ahogarme directamente en la piscina. Tengo el bolso preparado y ese era mi plan, no lo voy a cambiar para hundirme en el pozo de las lamentaciones por la irresponsabilidad de mis actos. He decidido no darle muchas vueltas a pesar de que las sensaciones que me provoca Fer con su tacto están demasiado presentes. Así que, mejor mañana las ahoga a ellas y a mí en alcohol.

La tarde no se me ha dado mal. Después de nadar varios largos y con la tensión del día, me he quedado dormida en la tumbona hasta que una de las mamás del cole de Luc me ha animado a tomar una cerveza en el bar.

Me ducho en casa y me pongo una peli que me distraiga y no me haga pensar. Me meto en la cama, pero no hago más que dar vueltas y cuando consigo dormirme, sueño con Fer. Corro hacia él, no lo consigo alcanzar y cuando ya lo tengo cerca, desaparece. Acabo agotada y sin aliento y al despertar, me siento tan cansada como en el sueño.

—¡Joder, Oli! Vaya ojeras luces —dice Paula en cuanto nos encontramos.

Para variar, Clara no ha llegado. Sospecho que en estos momentos estará saliendo de casa, me apuesto lo que queráis, pero casi lo prefiero.

—No he pegado ni ojo —afirmo.

—¿Por?

Me encojo de hombros a modo de contestación.

—¿Nos pedimos un cubata? —sugiero, aunque sean las doce del mediodía.

—Joder, Oli. ¿Fer?

—Me va a volver loca, te lo juro —le digo mientras me siento en una de las mesas libres de la terraza.

—¿Ha vuelto a pasar? —pregunta con los ojos como platos.

Afirmo con la cabeza y ella se tapa la cara con las manos. Mira a nuestro alrededor y me agarra del brazo.

—Pero ¿cuándo? Si hace una semana pensabas que todo se había terminado.

—Estoy tan sorprendida como tú —le aseguro.

—¡Cuéntamelo todo antes de que llegue Clara! El cubata mejor lo dejamos para después, pero por no perder el tiempo en pedir, ¿eh? —Sonrío.

—Tenemos tiempo, tranquila —digo mirando el reloj.

Le relato lo sucedido y me coge de la mano.

—¡Puffff! Lo sabía. Esto es algo más que un escarceo, Oli.

—¿Tú crees? —pregunto. Algo dentro me hace cosquillas y no quiero sentir las.

—Si no, ¿qué explicación tiene? —cuestiona.

—No tengo ni idea. Igual esta vez solo quería cumplir algún tipo de fantasía sexual, ya sabes como son los tíos. —Me convengo porque no quiero darle alas a todo lo que de verdad pasó en ese despacho, porque no, no fue solo un polvo para probar la resistencia de la mesa.

—Sí. Lo sé, pero la hace realidad contigo, no con su novia —dice certera.

—Cierto, y por eso mismo pienso que esta vez hemos traspasado una línea que no deberíamos haber cruzado. ¿En la oficina? —Me tapo la cara.

—Sí... Es como si hubierais profanado un santuario. —Se ríe y cierro los ojos

—¡Aquí están mis chicas! —interrumpe Clara—. ¿Todavía no habéis pedido nada?
Paula y yo nos damos cuenta de que estamos en la terraza con la mesa vacía.

—Te estábamos esperando a ti —dice Paula.

—Pues mal hecho. —Empieza a reírse—. Aunque habéis tenido suerte, solo me he retrasado quince minutos.

«Debería haber pedido ese cubata», pienso.

—¿Un blanco pescador y unos chopitos para empezar? —pide Clara.

—¡Compro! —contesto.

Paula me mira con cara de ¡Ay, madre cómo vamos a acabar!

«Yo mal, lo tengo claro».

—*It's raining men, hallelujah, it's raining men, amen!* —cantamos a coro.

Llevo un pedo como un general, bueno, llevamos, pero me lo estoy pasando genial. Me estoy riendo como hacía tiempo y es lo que necesitaba.

—*It's raining* Fers! —repite Clara y aprieto los ojos. Tengo que contenerme para no decirle que sueña con otro que su Fer es un poco casquivano, aunque creo que estaría encantada de saberlo.

Paula me aprieta el hombro y suspiro. Quiero contárselo de una vez. ¿Por qué no?

Cambia la canción y se le pasa. Empieza a sonar una de Tino Casal y nos volvemos locas.

—*Stop, mi hada, estrella invitada* —entonamos—, *víctima del desamor. Sube al coche, reina de la noche, y olvida tu mal humor...*

Me giro y me encuentro de frente con Joel. Me callo en el acto. Me está sonriendo. Trago saliva, porque de repente un montón de emociones confusas me invaden y mi corazón parece volverse loco. Le queda tan bien ese corte de pelo y esa barba tupida... parece un *hipster*.

Caminamos hasta encontrarnos.

—¡Hola! —susurro.

—Hola —dice con su sonrisa perfecta. Me acaricia el pelo y me derrito.

Nuestras miradas recorren cada rasgo de nuestro rostro y me paro en sus labios, casi ocultos por el vello facial.

—¡Ejem! —escucho—. ¡Hola, Oli!

Despierto de donde quiera que estaba y veo a Sergio.

—Hola, ¿cómo estás? —balbuceo.

—De camino a como estás tú, supongo —contesta y me río.

—Pues con un par de combinados más y me alcanzarás —intento vocalizar.

Paula y Clara se acercan y los presento.

—Estos son Joel y Sergio. Mis amigas de la adolescencia, Paula y Clara. —Paula que reconoce el nombre, me pellizca el brazo con disimulo y yo lo agito para que me suelte.

—¡Encantada de conocerte, Joel! —Le ofrece la mano y le da dos besos.

La forma de pronunciar su nombre, le deja bastante claro que sabe quién es.

—¿Y quiénes sois vosotros? —pregunta con descaro Clara.

—Son... —empiezo a decir hasta que Joel me interrumpe.

—Olivia y yo fuimos pareja —dice orgulloso y se me cae la baba.

Clara lo mira con los ojos entornados y, como a cámara lenta, luego pasa a mí.

No me hace falta que me diga lo que piensa, porque su mirada describe a la perfección cada vocablo.

—¿Olivia? —repite ella. Pero en realidad está diciendo ¡Serás zorra!

A mí la sonrisa me viene y me va y estoy a punto de desternillarme de la risa.

—Sí —confirma Joel, por si no le ha entendido bien—. Salimos juntos hasta hace poco más de un año.

—Pero ahora Joel tiene una nueva pareja. —Remata la faena mi amigo Sergio.

—Lo sé —recuerdo, y veo como Joel deja de sonreír. Por un momento me siento idiota por dejarme arrastrar por los vapores del alcohol—, y espero que os vaya muy bien —digo con toda la sinceridad de la que soy capaz—. Me alegro de haberos visto, nosotras cambiamos de tercio —me despido con la mano; ellos hacen lo mismo y yo me giro con cierto pesar en la boca del estómago.

—Con lo divertido que se estaba poniendo esto —comenta Clara.

Paula la empuja y la anima a caminar detrás de mí.

—¡Joder, Oli! —exclama tras un silbido—. ¡Qué callado te lo tenías! Pedazo de maromo. Pero si está para toma pan y moja. ¿Quién dejó a quién?

Suspiro y la imagen de Fer me viene a la memoria. Su rostro contraído por el placer, su olor... Trago saliva.

—Yo —confirmando de forma escueta intentando centrarme en su pregunta y en el aquí y ahora.

—Pero ¿estás loca? —sisea y me agarra del brazo para que detenga mi avance, pero yo continuo.

—Totalmente, fijate cuánto que ahora me ha dado por acostarme con mi jefe, ¡así que imagínate!

—¡¿Cómo?! —grita como si la hubieran herido de muerte.

Me doy la vuelta y la veo con la cara desencajada y a Paula con las manos en la boca.

¡Mierda, mierda y mierda!

—¿Te estás acostando con Fer? —pregunta en voz baja.

Parpadeo y decido que no voy a rectificar lo dicho, que no quiero esconderle esto, que no voy a mentirle, aunque podría hacerlo.

—Lo siento, Clara. El día de la comida estábamos muy borrachos y no sé cómo... —dudo.

—Pero ¿por qué no me dijiste nada? —inquieta decepcionada.

«¡Puto alcohol suelta lenguas!», me fustigo.

—Fue algo casual —le digo acercándome a ella con cuidado—. Tú tampoco nos has contado nada de lo que pasó con Óscar.

Paula se mantiene en silencio a su lado.

—¡No me cambies de tema! —exclama, pero noto su nerviosismo—. Has dicho que te estás acostando. Fue algo casual, pero ¿seguís haciéndolo?

—Sí, pero se acabó —digo poco convencida—. La cosa se está complicando y...

—Complicando, ¿por qué? —pregunta como si no entendiera nada.

—Pues porque para Fer parece que solo es un entretenimiento y va a acabar jodiendo el ambiente laboral y a Oli le remuerde la conciencia —interviene Paula.

—¿Mi Fer? ¿Tú también lo sabías, traidora? —la acusa.

—*Sip*. No te ofusques, Clara. Los conozco desde críos. Yo creía que Fer quería algo con Oli y la animé a continuar, pero al parecer solo se lo está pasando bien con nuestra amiga y no quiere nada más —termina cabreada, y me sorprende que esas sean sus conclusiones tras nuestra conversación.

«¿Entonces eso es lo que cree que pasa? ¿Que solo se está divirtiendo? Creía que pensaba

que era algo más», cavilo decepcionada.

—¿Será cabrón? —dice en un exabrupto—. Y ¿por qué has seguido...?

«¿Porque me gusta?».

Me pregunto qué había en el agua de aquellos campamentos para que todos suframos de bipolaridad transitoria y mutemos de animalillos heridos a fieras salvajes.

—No lo sé, en su día estuve pillada por él y ahora...

—¡Joder, Oli! Con todas las barbaridades que he dicho sobre Fer delante de ti —dice arrepentida.

—Eso me daba igual, Clara. Yo no pretendía que sucediera esto, pero empezó a pasar y creo que se nos está yendo de las manos, nos estamos dejando llevar y alguien tiene que frenar esto —decido de repente, pero... ¿de verdad quiero hacerlo?—, porque lo que menos me apetece es que afecte a nuestro entorno laboral.

El bajón que nos ha pegado es tal que acabamos las tres sentadas en un banco. Estoy muy mareada, y ya me veo en el baño de mi casa con los dedos metidos hasta la campanilla si no quiero creer que estoy en el Titanic en pleno naufragio.

—Lo siento, chicas. Os he cortado todo el rollo.

Las dos me achuchan y me dan un beso a la vez en cada mejilla.

—Tenemos que repetirlo —dice Clara.

—Pero controlando algo más, que se nos ha ido de las manos —nos recomienda Paula.

—Deberíamos comer algo y beber agua antes de irnos a casa —sugiero.

Las dos aceptan y vamos en busca de algún local que venda porciones de pizza que absorban al máximo el alcohol en sangre, por ejemplo, una cuatro quesos.

En realidad, no es muy tarde, ahora es cuando la gente empieza a entonarse, pero es que nosotras ya llevamos casi doce horas de farra.

—Bueno, y tú, ¿qué? ¿No nos tienes nada que contar de cómo acabasteis tú y Óscar? —le pregunto por cambiar de tema, mientras mordisqueo mi porción.

—No hay nada que contar. Nos fuimos cada uno por nuestro lado, pero...

—Pero... —dice Paula.

—Mantenemos el contacto. Nos escribimos a diario y en cuanto los horarios coincidan, estamos pensando en volvernos a ver.

—¡Toma! —exclama Paula, y en mis pupilas se ponen a danzar corazones ebrios de la emoción.

Trago el bocado y siento un poco de envidia.

—¿Te gusta? —pregunto aun sabiendo la respuesta.

—Demasiado, desde luego ahora mucho más que Fer, que le mola jugar a dos bandas.

Escuchar eso me escuece y no sé si quiero analizar el porqué, aunque está bastante claro.

Terminamos la botella de litro y medio de agua mientras caminamos hasta una zona de taxis. Paula se viene a mi casa.

—¿Duermes conmigo como cuando éramos crías? —le pregunto en la fila.

—Me encantaría —dice cogida a mi cintura—. Así recordamos viejos tiempos hasta que se nos pase el pedo.

—¡Sois unas zorras! Me ocultáis cosas y ahora os vais a hacer la tijera y no invitáis.

La voz grave de Clara se deja oír por toda la fila y agradezco estar lo bastante borracha para no morirme de la vergüenza al escuchar a la gente reírse.

—Os morís de la envidia también vosotros ¿eh? —acusa a los que se carcajean.

—No le hagáis ni caso —dice Paula a modo de disculpa—. ¡Ya te vale Clara! —la reprende como a una niña.

—Solo era una broma, ¡qué mujeres! Ya me contarás cómo sigue la cosa, Oli.

—No va a seguir de ninguna manera porque el viernes salgo pitando de la oficina y me piro con mis hijos a Córdoba, y cuando vuelva no quiero ni acordarme del nombre de mi jefe, de hecho, igual me voy hasta del grupo de los *Boys Scouts*.

—Si te vas y a la vuelta te apetece volver, me dices y te meto —dice Clara comprensiva.

—Gracias.

Si mañana soy capaz de acordarme de algo, me lo plantearé. Despedirme del grupo al menos hasta después de vacaciones. Del grupo y de Fer. Es lo que tiene que ser.

Capítulo 28

Ya en casa nos ponemos al día con las cosas de los niños y nos tomamos un zumo en el balcón. Paula se fuma un cigarro mientras el pedo va remitiendo y hacemos tiempo para irnos a la cama.

—¿Recuerdas a Robert? —me pregunta.

—¿El hermano de nuestro Eduardo? —Asiente—. Creo que es uno de los que más he echado de menos en esta reunión. Es una pena que no pudiera venir, pero ¿qué pasa con Robert? ¿Habéis seguido en contacto?

—Que va, pero hace un par de años nos hicimos amigos por Facebook —comenta de forma vaga.

—¿Y? —pregunto curiosa.

—Pues ya sabes, empezamos hablando de cómo nos iba la vida y al final, de por qué dejamos de salir.

Me mira y puedo adivinar que hay mucho más.

—Erais unos niños. Entonces salir cuatro meses con un chico era todo un récord. Dejábamos de salir con alguien solo si llevaba un día un moco en la nariz —evoco mi ruptura con Jaime.

—Pues todavía recuerda tus besos. —Se ríe, me tapo los ojos y recuerdo que fue una de las bazas que utilizó Fer para flirtear conmigo.

—¿Qué pasa con Rob, Paula? —insisto.

—Hemos quedado un par de veces a tomar café —confiesa.

—¡Paulaaaaa! —grito.

—¡Chissstt! Calla, jodida, que vas a despertar a tus vecinos —me reprende.

—¿Solo café?

Estoy muy extrañada, porque Paula está enamoradísima de su chico.

—Solo café, por supuesto.

Un suspiro escapa de mis labios.

Es una de las parejas que me hacen creer que es posible encontrar a tu media naranja y me decepcionaría pensar que no es así.

—Nunca traicionaría a Jorge, pero todo esto del *remember*... Tenía que saber por qué me dejó.

—Y, ¿por qué te dejó?

—Es gay.

Me echo hacia atrás en la silla y me quedo de piedra.

—¿Qué me estás contando? ¡Si tenía una fama de ligón de la hostia! —exclamo con asombro.

—Pero solo salió conmigo de manera oficial. Para mí también fue una sorpresa. Estaba tan enamorada de él... Todo encaja. Cada vez que estábamos a punto de hacerlo se echaba para atrás. Decía que me respetaba demasiado —recuerda con sonrisa triste—. El caso es que me confesó que era la única chica con quien lo habría hecho, que yo le gustaba de verdad.

Me quedo a cuadros. Rob no era mi tipo, pero probablemente, aparte de Fer, era el chico más atractivo de los *Boys Scouts*.

—Todo esto viene, Oli, a que igual se nos ha ido a todos la pinza. Que nos ha dado por recordar mejores tiempos y tú y Fer os estáis dejando llevar por algo que no es real ahora mismo. —La miro con pesar, porque después de ver hoy a Joel yo tampoco sé qué pensar.

—Igual tienes razón, pero sé que Fer ha despertado aquellos sentimientos que tuve que enterrar y ahora ya no tengo idea de cómo gestionarlo. Esta vez hemos dado un paso que entonces era impensable y vuelvo a estar en el mismo lugar de hace veinticinco años.

—Supongo que en el fondo seguimos siendo aquellas veinteañeras enamoradizas... —dice aplastando la colilla en el cenicero.

—Lo que está claro es que yo sigo siendo la misma tonta del bote, más bien. —Nos miramos y nos reímos.

—¿A la cama? —sugiere.

—Vamos.

Nos desmaquillamos juntas en el baño y nos reímos recordando aquellos fines de semana de pedo durmiendo hasta las tantas y comiendo espaguetis a las seis de la tarde.

Los chicos de Paula vienen a buscarla a la hora de comer y yo paso el día tirada en el sofá viendo una serie de médicos que dejé abandonada varias temporadas atrás.

El doctor macizo también pertenece a mi pasado adolescente. Patrick Dempsey me tenía loca y, curiosamente, se parecía de una manera peligrosa a Fer, por eso cuando el actor retomó su carrera con esta serie, me enganché a ella, pero al poco tiempo dejé de verla. Me enfadaba con el personaje de la misma manera que lo hacía con mi jefe en la vida real.

Una estupidez, lo sé, pero nadie ha dicho que fuera demasiado normal.

Carol está de vacaciones y no quiero molestarla con lo mismo de nuevo y es la única de las *Sister* que sabe lo de Fer. Tengo que enfrentarme a esto sola porque está claro que ninguna sabemos de qué va.

Me tomo un paracetamol y a las diez estoy de nuevo en la cama.

—¡Mierda! ¡No me lo puedo creer! ¿Me vas a hacer esto ahora? —le grito a mi Honda Jazz—. ¡Tengo que ir más tarde a por los niños y el viernes nos vamos a Córdoba! —voceo como si por arte de *birli birloque* fuera a arrancar. Y mi cabeza, que sigue resacosa, protesta.

Me dejé la luz interior encendida y estoy sin batería. No lo cogía desde el viernes y se ha quedado seca.

Llamo al seguro y me prometen que en menos de una hora vienen a arrancarme el coche para que lo lleve a mi taller.

¿Una hora?!

Clamo al cielo, porque para colmo voy a tener que recuperar ese tiempo en la oficina. Lo que me faltaba con todo lo que tengo que hacer esta semana y los restos de resaca que llevo.

Busco el chat de Fer, pero decido llamarle.

—¡Hola! —contesta al segundo tono.

—Tengo el coche muerto. Se me ha quedado sin batería y voy a llegar tarde a trabajar.

—¿Has llamado ya a la grúa?

—Sí. Están en camino.

—Perfecto, pues ya llegarás. Paciencia. *Seven* va a seguir aquí.

Miro el móvil a punto de que se me caiga la baba, pero una llamada entrante interrumpe mi momento adolescente.

—Llamo de la grúa. Estoy en la calle indicada. ¿Un Honda Jazz rojo?

—Sí, esa soy yo —confirmo, y en ese momento aparca en doble fila a mi lado.

Abro el capó y comienza el proceso de arranque.

En el taller me aconsejan que cambie la batería que ya tiene su tiempo y, como salgo de viaje, es lo más seguro.

Me pido un taxi y llego una hora tarde a trabajar.

—¡Ah! Hola, Oli —saluda Susana—, ya has llegado —dice con desgana y me pregunto qué mosca le ha picado.

Miro hacia al despacho de nuestro jefe y está a lo suyo. No pienso en nada más porque bastantes problemas tengo yo en estos momentos como para pensar en mesas de vidrio y esas cosas.

—Sí, ha sido rápido. He venido en un taxi. Tienen que cambiarme la batería. No es nada grave, pero hasta la tarde no lo tendrán listo —le cuento de forma amable.

—Me alegro —dice con un estiramiento de labios.

—Y yo, porque si no me quedaba sin vacaciones y este año tengo unas ganas locas de perder de vista Madrid y estar con mis padres —comento, por mantener un mínimo de conversación y suavizar lo que quiera que nos esté pasando al margen de lo que ocurre en realidad.

—Sí, claro... —contesta, pero se ha dado media vuelta como si le importara un pimiento y me deja helada sintiéndome mucho peor de lo que ya lo hago.

—Por cierto, ¿qué tal tu hermano? —pregunto mientras la sigo, al recordar que salió el viernes antes de la hora y a consecuencia de ello a nuestro jefe le dio por hacer pruebas de resistencia del mobiliario.

—¡Bien, bien! Corto, pero intenso —contesta y me da la sensación de que le pasa algo conmigo porque está teniendo una actitud mucho más seca y distante de lo que va siendo habitual estas semanas.

—¿Te vas con tus padres de vacaciones? —indago en plan conciliador, aunque no sé muy bien con qué motivo. ¿Culpabilidad?

—Sí. Tienen un apartamento en Benidorm y como Fer se va a Londres a casa de los amigos que hizo cuando estaba allí —comenta no muy contenta—, pasaré esos días con ellos en la playa.

Me lo cuenta a título informativo como si yo supiera de qué habla y, la verdad, no tengo la menor idea. Supongo que, durante su estancia, alguna amistad haría, aunque me sorprende que las conserve después de tanto tiempo.

Siempre me ha parecido un hombre independiente que no parece hacerle falta nadie, ni amigos ni mujer ni familia a su lado, y me doy cuenta de que no lo conozco y de que sé muy poco sobre él.

Miro hacia su despacho y siento el deseo de hablar con él, que me cuente cómo los conoció y qué hizo aquel tiempo en Londres. Por qué dejó de tocar y cuál fue el motivo de que cambiaran sus sueños...

—La semana que viene os toca lidiar con el mal humor de Estrella a vosotros dos solos —digo y resoplo.

—Bueno... igual no es tan malo —suelta con cierto desdén.

Me quedo de piedra por lo que implica esa contestación.

Aguantar a Estrella la primera semana tras volver de sus vacaciones es un suplicio, pero al parecer a Susana ahora no le resulta que lo sea tanto y prefiere aguantarla a ella antes que a mí.

Quiero contenerme, pero no puedo aun arriesgándome a escuchar algo que no debo.

—¿Ocurre algo, Susi? —pregunto con cautela.

Me mira unos segundos con los labios apretados y se decide a hablar.

—¿Por qué le dijiste a Fer el otro día lo de mi cliente? —inquire un tanto borde.

Intento situarme y comprender a qué se refiere y me viene a la cabeza Fer jugando con mi ropa interior. Me quiero morir, pero ahora entiendo su actitud especialmente arrogante conmigo.

—Sonó tu teléfono, me lo vio coger y me preguntó. No sabía que no debía enterarse —aclaró—. ¿Era así? —pregunto con mucho interés, porque si me está echando la culpa de algo que no debería haber hecho ella, va a ser que no paso por ahí.

—Tengo mucho que hacer, Oli —dice con un gesto airado, evitando contestarme, y se sienta en su mesa, pero el que calla otorga y está claro que de alguna manera Fer le ha amonestado.

Cojo aire con ganas y me voy a mi mesa.

«¡Esto ya es lo que me faltaba!».

Fer no se va de vacaciones hasta que yo vuelvo, así que hasta primeros de septiembre no nos vemos. Nos va a venir de perlas para normalizar esta situación y olvidarnos de lo que estamos haciendo.

«¡Que llegue el viernes ya, por favor!»., ruego.

Vuelvo a mirar a su despacho y suspiro, porque sé que voy a echar todo esto que nos traemos de menos, aunque me quiera convencer de lo contrario.

Me sumerjo en el trabajo y, a la hora del café, hablo un rato con Raquel. Ha visto en mis estados del guasap que estaba en el taller, pero como ella no conduce ni tiene coche, no puede venir a buscarme ni llevarme a casa. Carol no está y no tengo de quién tirar.

Me tomo un ibuprofeno para aliviar los restos de la resaca y sigo la jornada. Hemos quedado en vernos las cuatro cuando vuelva de vacaciones. Sí, con Laura también. Hay que empezar el curso en condiciones, que desde que nos reconciamos, por decirlo de alguna manera, no hemos vuelto a estar juntas. Recuerdo el momento en el que me encontré con Joel el sábado y cierro los ojos.

«Por favor, qué ida de olla. ¿Pretendía que me besara o algo así?»., me pregunto desconcertada, porque en este instante lo ocurrido me parece irreal.

Desde luego que el alcohol nos hace ver cosas que no son. Pienso en Fer y miro hacia su despacho. Está al teléfono, ajeno a mis pensamientos, a que ahora solo quiero que me besen sus labios. Acto seguido me reprendo por estar volviéndome una bipolar como él.

Me centro de nuevo en contestar unas reclamaciones y aceptar los presupuestos de los nuevos proveedores.

—¡Hasta mañana! —se despide Susi.

Miro la hora y me doy cuenta de que se me ha pasado el tiempo volando.

—¿Te vas sola? —me extraño.

—Eso parece —contesta con cara de pocos amigos.

—Pues hasta mañana entonces. Yo me quedo a recuperar un rato lo de hoy.

Le digo, pero no parece interesarle y empiezo a sentir que el deterioro que está sufriendo nuestra relación no va a tener solución.

—¿Nos vamos? —dice Fer dejando un casco blanco encima de mi mesa.

Lo miro y subo la vista hasta él. Creo que no me monto en una moto desde la adolescencia.

Reconozco que me ha sobresaltado. Que solo escuchar su voz me ha producido una cosilla extraña en el estómago.

—Eh... Esto... —balbuceo—. Pensaba quedarme a recuperar el tiempo por llegar tarde.

«¡No ha llevado a Susana por llevarme a mí a casa!».

Cierta emoción me embarga y sonrío en mi interior, pero está claro que después de esto no sé si conseguiré normalizar las cosas con Susi.

—Ha sido algo imponderable. No hace falta. ¡Venga! que te llevo a casa —suelta muy dicharachero.

Miro mi atuendo y agradezco haberme puesto unos pantalones finos de tela de algodón y mi camisa beige de *Coronel Tapioca*

—De acuerdo —digo apagando el ordenador bolso en mano.

Sigo sus pasos hasta el ascensor y todo ese mar de sentimientos encontrados que arrastro desde el viernes, desaparece.

«Definitivamente estoy jodida», concluyo.

Fer pulsa el botón de la planta baja. Nos miramos sin decir nada, aunque su rostro y su pose hablan por sí solos. Me encantaría saber qué está pensando, aunque no tiene pinta de ser nada bueno. Empiezo a respirar con celeridad y me entran unas ganas irrefrenables de acercarme y besarlo, pero no lo voy a hacer, no debo hacerlo. Quiero decirle muchas cosas, sin embargo, no me atrevo, porque no sé si quiero indagar en lo que está pasando, sobre todo, en lo que me está pasando a mí.

«¿Qué estamos haciendo, Fer? ¿Qué es todo esto?», me pregunto.

Cojo valor, abro la boca y, en ese momento, el ascensor frena con un brusco movimiento. Media sonrisa asoma a sus labios como si me pudiera leer la mente. Aprieto los labios, entrecierro los ojos y salgo del elevador.

«¡Está jugando conmigo! Yo lo sé y vosotros también».

Camino deprisa por la acera en busca de la moto.

—¿A dónde crees que vas? —pregunta con tono jocoso y me agarra del brazo.

Me doy la vuelta y estoy segura de que echo chispas por los ojos.

—¿Qué te pasa? Mira que te picas sin motivo —me dice muy cerca del oído y se ríe.

«¿Sin motivo? ¡Será cabrón!».

De lo que no tengo ni idea es de cómo actuar, de cómo comportarme, porque no sé por dónde va a salir. Si está esperando a que sea yo la que provoque algo... ¡No va a ser así por muy seductor que se ponga!

—¡No sé de qué me hablas! ¡A mí no me pasa nada! —exclamo intentando controlar mi cabreo y no darle el gusto de que sepa cómo me influye todo lo que hace.

Se para en medio de la acera, niega con la cabeza y, sin soltar el agarre de mi brazo, me lleva a la bajera de la oficina, donde al parecer, guarda la moto.

Cuando sube la persiana veo la motocicleta, brillante y fresca, con sus maletas de cuero a los lados y sus letras plateadas. No entiendo nada de estos vehículos, pero es de estilo *vintage* y preciosa. Su amor.

Cuando Fer no iba a comer a casa de sus padres con la excusa de darse una vuelta con la moto, Luis siempre decía que a su hermano lo único que le interesaba era esa máquina, nada ni nadie más, que era su amor, aunque yo sospechaba que no aparecía por no verme a mí.

—¿¡Qué!? —profiere y vuelvo al presente—. ¿Te pones el casco y nos vamos? —pregunta subido a su amor.

—Sí, sí.

Me lo coloco y, con mi habitual torpeza, no acierto a atármelo.

—Anda, ven —pide, al ver que, tras dos intentos, no lo he conseguido.

Ajusta más la cinta a mi cuello y, al rozarme con sus dedos, el calor de su tacto me provoca un escalofrío. Lo achaco al cambio de temperatura que hay de pasar de la calle a la bajera, pero está claro que es algo más.

—Lista. Sube y nos vamos.

En cuanto estoy acomodada en el asiento, no sé dónde agarrarme.

Hago amago de rodear su cintura y lo toco, pero acto seguido me retiro.

—Tienes dos barras metálicas a los lados como asidero, vas a ir más segura agarrada ahí. Déjate llevar —advierte con paciencia.

«Ya lo que me faltaba, ¡que Fer también me diga que me deje llevar! Pero aquí solo él sabe hacia dónde nos conduce este sendero», pienso.

—De acuerdo —acepto, me coloco las gafas de sol, acomodo el bolso y me sujeto con fuerza al frío metal.

La sensación de recorrer Madrid, con el calor que hace, a dos ruedas, es fantástica.

Mi cabello vuela alborotado por la parte que escapa del casco y a veces se me sube hacia la cara y se me pega al carmín.

Recuerdo aquellos veranos de la adolescencia cuando nos juntábamos todos los chavales de la misma edad y nos escapábamos con los ciclomotores a la discoteca al aire libre. Las chicas llegábamos con todo el pelo enredado y nos lo peinábamos unas a otras con los dedos, la sensación de libertad merecía la pena.

Una sonrisa aflora a mis labios con la añoranza de aquellos días por lo diferente que es todo ahora para Claudia y para Luc. Sin duda nosotros disfrutábamos mucho más.

Frena en un semáforo y mi casco choca con el suyo.

—Perdona —me disculpo.

Me había relajado con mis pensamientos y no estaba atenta.

—No pasa nada —dice con la cabeza algo girada hacia mí y uno de sus pies apoyado en el asfalto.

Llegamos a mi calle y aparca en una zona exclusiva para ciclomotores.

—¿Puedes desabrocharte?

—¡Síiiiií! —contesto en cuanto me bajo, y veo que sonrío.

Una cosa es que no acertara a atarme, pero en cuanto he visto cómo iba el sistema de fijación me ha bastado.

Le entrego el casco se baja y lo coloca en uno de los asideros.

—Gracias por traerme —le digo con una sonrisa.

Me mira y asiente sin decirme nada y se monta en la moto dispuesto a arrancar, pero no lo hace. Fija la vista en su mano que no termina de decidirse en girar la llave mientras observo cada uno de sus movimientos con expectación, sintiendo que algo está pasando por su cabeza, entonces la levanta, y veo como inhala.

—¿Me invitas a un café? —pregunta con una visible duda.

Me sorprende y cierta inquietud me asalta y me viene la idea pajarera de que esa petición conlleva algo más.

Me freno ante mi desatada imaginación y me reprendo.

«Oli, quiere un café sin más. ¿Qué menos después de traerte a casa?».

—Por supuesto, sube —vuelvo a sonreír y me la devuelve bajando de la máquina y cogiendo los dos cascos.

«¡Quizá sea el momento de hablar!».

Vivo en uno de los pisos más altos del edificio. Pulso el octavo y Fer deja con cuidado los dos cascos en el suelo a mi espalda. Cuando me giro, su mirada felina es una declaración de intenciones, cojo aire y, antes de soltarlo, estampa su boca contra la mía.

Me besa de una forma tan apasionada que siento que me mareo. Sus manos se cuelan por la parte trasera del pantalón y de mi ropa interior, apretando y pegándome a su cuerpo.

Me aparto escasos segundos para recuperar el aliento.

—Creía que querías un café —digo en un susurro.

—También —responde, me acalla con su boca y me deja loca con su respuesta y su tono llen de deseo

Cuando llegamos a mi piso nos separamos con la respiración más que acelerada por parte de los dos. Fer agarra de nuevo los cascos y yo abro la puerta. En cuanto los deja encima de la mesa, tomo la iniciativa, agarro su mano y lo llevo hasta mi habitación.

«¡A la mierda mis buenos propósitos!».

Me desnudo mientras él, sentado en la cama, hace lo mismo y observa cómo me deshago de cada prenda.

Lo empujo para que se tumbe, busca la mitad de la cama y me echo encima de él. Me sonrío malicioso y me muerdo el labio con ganas de partirle la cara..., aunque sea a besos. No tarda en tomar el control y echar por tierra mi lado dominante. Me besa el cuello, los pechos y me acaricia en lo más profundo de mi intimidad. Jadeo.

—¿Te gusta así?

—Sí, pero quiero sentirte, quiero tenerte dentro —ruego.

Lo necesito. Necesito hacerlo un poco mío. Desterrar esas sensaciones que me deja cada vez que estamos juntos, aunque luego vuelvan a aparecer.

Me mira como si me atravesara, como si quisiera saber qué hay detrás de mis palabras, rompo el instante para abrir el cajón de la mesilla.

Unos segundos después, me penetra y volvemos a observarnos con intensidad en cada movimiento.

—Cierra los ojos —me pide.

Trago saliva y obedezco. No quiero pensar, porque no quiero sentir demasiado y que esto se nos vaya más de las manos. Estamos follando como la última vez en su despacho.

Disfruto de cada caricia, de cada suspiro...

Me pongo encima y me muevo buscando mi placer.

—No pienses —me advierte como si de verdad me conociera—. Déjate llevar —insiste.

Su mirada lánguida hace que me estremezca al igual que el roce de nuestras pelvis, acelero el ritmo en mi escalada hasta la cima y me sujeto al cabecero de la cama justo en el momento que llego al clímax.

—¡Ahhh! ¡Ummm! —jadeo y mis movimientos se vuelven más cadenciosos hasta que me derrumbo sobre su pecho.

Fer me sostiene, acaricia mi pelo y lo besa. Sonrío, pero la tregua es breve. Me aparta para colocarse detrás, y comienza el que, para mí, ya es un conocido ritmo frenético. Se sujeta a uno de mis pechos y reclama que me incorpore, gira mi cabeza y me besa mientras me agarra la cara. Me posee de forma apasionada hasta que me suelta en el momento que clama su orgasmo sin ningún

pudor. Lo presiono con mi suelo pélvico solo por la sensación tan impactante que me produce sentirlo correrse de esa manera. Como si no quisiera que abandonara mi cuerpo jamás.

—¡Arggggg! ¡Por Dios! No hagas eso ahora que me vas a matar —resuella junto a mi oído. No puedo remediar reírme y me vuelve a reprender.

—Y eso tampoco —dice y se aparta lo justo para darme un azote.

—¡Ummm! —respondo.

—¡Uffff! —exclama—. ¡Qué peligro tienes!

Al final decide salir de mí y se tumba a mi lado con la respiración agitada y el brazo levantado por encima de su cabeza. Yo sigo boca abajo y lo observo.

Una de mis manos acaricia su pecho y su abdomen envueltos en un silencio cómodo post orgasmo.

Me gusta. Me gusta esto, estar así Sin prisa, sin obligaciones, sin...

—Tengo que irme enseguida —interrumpe lo que pretendía ser un momento íntimo—. ¿Nos tomamos ese café del que hablamos antes?

—¡Claro! —exclamo sin intentar sonar decepcionada—. ¿No prefieres que prepare algo de picar?

Me mira pensativo unos segundos y se rasca la frente.

—Estaría genial, pero he quedado para comer... —Hace una pausa y aprieta los labios como si se arrepintiera.

—¡Ah! —exclamo dolida.

Me siento mal y un regusto amargo me sube por el esófago.

Salgo de la cama, me pongo la bata y voy a la cocina. Lo dejo a su aire para que se vista con tranquilidad y así me doy tiempo para asumir que esto es lo que es. Un polvo y ya.

Reprimo las ganas de llorar, no pienso hacerlo delante de él. Y esta será la última vez que me pase.

Oigo que se acerca y le ofrezco la taza.

—Solo y sin azúcar —se la tiendo carente de emoción sin mirarle a los ojos. a coge y roza mi mano. Subo la vista y nos miramos.

—¡Joder, Oli! Lo siento... esto no lo había planeado —se disculpa susurrando y su rostro refleja pesar. Levanta la mano y me acaricia el pelo.

—Tranquilo, no pasa nada. —Pero sí que pasa. Me aparto de su toque y suspiro—. Por cierto, ¿qué le has dicho sobre la llamada de su cliente del viernes? —y siguiendo con la tónica de no decir su nombre, le pregunto directamente por ello.

—¿Te ha dicho algo al respecto? —pregunta asombrado.

—Me ha recriminado que te lo hubiera contado.

Se frota la cara y resopla.

—Solo le he dicho que tenía que haberme comentado que dejaba temas pendientes al salir antes de la hora, y que yo soy quien decide quién se encarga de delegarlo a otra persona. Me molestó que me pidiera permiso para salirse antes, con cosas sin zanjar, y encima se creyera con derecho a adjudicártelo a ti sin consultármelo. No me gusta que se esté tomando esas libertades por el hecho de que salgamos juntos.

Se nota que está molesto y no es que arregle mucho lo que acaba de pasar, pero me alegro de que sea justo, aunque eso implique ponerla en mi contra. No obstante, qué más da ya. Aquí estamos, hablando de Susana y nos acabamos de acostar, pero con la que se va a comer es con ella, no conmigo, y me habría gustado, que esta vez, la cosa acabara de otra manera.

—Claudia me ha dicho que igual salís para el pueblo el mismo viernes.

—Depende de lo cansada que esté —contesto escueta.

Se va hacia el salón y vuelve con los dos cascos.

—Es mejor que me vaya, Oli —dice de forma suave. Antes de apartarse, se acerca, me da un beso suave en los labios y me deja una especie de desazón que no sé cómo gestionar.

—Hasta mañana —me despido sin acompañarlo a la salida.

Saco una bolsa de brotes para hacerme una ensalada. A pesar de que tengo el estómago vacío, no tengo hambre. Miro lo que estoy haciendo y dejo todo en la encimera, voy a por el bolso y en el camino, veo la braga del casco en el suelo, la recojo y la dejo encima de la mesa.

«¿Es que siempre se tiene que dejar algo que me recuerde lo que ha pasado?», me pregunto como si me hiciera falta recordatorio alguno, y me dejo arrastrar por la congoja rompiendo a llorar.

*Cuando te tengo cerca pierdo la cordura y todos mis principios.
¿Conseguiré apartarme de ti?*

Capítulo 29

—Hola...

—¡Hola, peque! ¿Va todo bien? —contesta Raquel a mi llamada.

No sabe nada de lo de Fer porque en un principio era algo pasajero que no iba a trascender, por eso solo se lo había contado a Carol. Pero hemos quedado en vernos todas a la vuelta de vacaciones y creo que ya es hora de que le cuente lo que me está pasando. No quiero que se entere Laura. Ella es más tradicional en lo que respecta a las relaciones de pareja y por eso, hasta ahora, no le había dicho nada.

—¡Uffff! —exhalo—. ¿Tienes un rato?

A estas horas ella ya ha comido, pongo el manos libres y, mientras me preparo una ensalada que creo que es lo único que me va a entrar, charlo con ella.

—¡Ay, mi peque! No sé qué decirte. Solo conozco a Fer de lo que nos has contado a través de estos años y la verdad es que me resulta extraño que os hayáis envuelto en todo esto existiendo una tercera persona.

Sé que no me está juzgando, pero reconozco que en estos momentos yo sí que lo hago conmigo misma.

—Hasta ahora parecía que nos habíamos involucrado en una especie de juego, pero hoy me he dado cuenta de que no me gusta ser la otra. De que siento celos, que lo que sea que estamos haciendo ya no tiene el mismo sentido para mí, que quiero ser la única jugadora en este juego con Fer, pero no estoy segura de que él quiera lo mismo.

—¿Y por qué no se lo dices? —inquire con esa forma tan desprovista de malicia que tiene mi amiga Raquel.

«¿Por qué no se lo digo? Buena pregunta. ¿Y si la respuesta no es la que espero?».

—Porque, aunque al principio parecía que podía tener ciertos sentimientos hacia mí, ahora dudo de que no sea más que una aventura llena de morbo —le cuento recordando nuestro escarceo en la oficina, pese a que a ese morbo, le acompañara esa pizca de intimidad que hace que esté enganchada a él.

—Pero tú quieres que sea algo más... —insinúa.

—La verdad es que no sé qué quiero con exactitud. —De nuevo esa sensación extraña, que me obliga a coger aire con profundidad, me invade cada vez que pienso en mi relación con Fer—. Solo han sido unos pocos encuentros y, aunque me gustaría seguir disfrutando de ellos, no quiero que sea en una relación de tres.

Me he obligado a no pensar en ellos juntos. Desde que llegaron de Ibiza, y Susana me lo hizo pasar tan mal con su relato, acepté mi situación. Pero me doy cuenta de que, después de lo de hoy, no quiero encuentros esporádicos. No me apetece compartirlo. No quiero un polvo rápido y que salga corriendo, deseo que me cuente cosas de sus amigos de Londres, de la música que le gusta, hablar de los chicos tumbados en la cama, que me cocine...

Resoplo y me admito, que estoy más pillada por mi jefe de lo que estoy dispuesta a reconocer.

—Yo creo que ya sabes qué opino al respecto —comenta como si fuera mi conciencia.

—Sí, lo sé. Por eso no te lo había contado, no quiero que pienses que no confío en ti.

—Pues, cariño, o le echas valor y se lo confiesas, o acabas con esa relación en la que me parece que vas a salir más que perjudicada. Si no hay sentimientos por su parte, lo entenderá. Sois amigos, medio familia y es tu jefe.

La retahíla de todo el mundo, pero es que es la verdad.

—Gracias por escucharme, *cariñete* —le digo con sinceridad, porque me siento muy aliviada por habérselo contado y por el hecho de que no me juzgue por mis actos. Sé que me he dejado arrastrar por todo esto sin pensar en las consecuencias como siempre he hecho y he llevado eso del *¡Vívelo!*, demasiado a rajatabla.

—De nada, peque. Sabes que puedes contar conmigo para lo que sea.

—Lo sé, y perdona por no habértelo dicho antes.

—Aunque no lo creas, lo entiendo perfectamente —admite dejándome más tranquila.

Nos despedimos y me llevo la comida al salón para verme otro episodio de Anatomía de Grey en el que ya no sale el doctor Macizo.

«¡Mejor!», pienso.

En cuanto recoja la cocina iré a por el coche y sacaré la ropa que quiero ir metiendo en las maletas, para distraerme, e iré a por los chicos.

Nada más volver, pongo lavadoras y cenamos juntos. Quiero que la semana vuele, meterme en el coche y conducir sin parar hasta llegar a Lucena, reposar y pensar en todos estos sentimientos que me embargan.

Al llegar a la oficina el martes, Fer me saluda desde su despacho y yo se lo devuelvo con una sonrisa que me nace sin querer, pero el teléfono empieza a sonar y me recuerda que estoy aquí para trabajar y que tengo muy claro que no quiero seguir en este plan. Que no quiero ser la tercera en discordia. Así que el resto de la mañana lo evito tanto a él como a mi compañera. Me sumerjo en una burbuja en la que, en cuanto tengo un momento libre, me dedico a organizar el viaje y a hacer listas de ropa, de neceser y de accesorios de última hora para que no se me olvide nada.

Sin querer estamos a jueves y ya solo me queda llenar el depósito y esperar a que llegue el viernes.

—¡Hola!

La voz de Fer, a mi espalda, me produce un hormigueo e intento continuar con lo que estaba haciendo sin alterarme.

No voy a volver a caer porque no quiero esto, me voy, no nos veremos en casi un mes y es lo que tiene que ser.

—Hola —contesto sobre el ruido de la Tassimo al echar el café.

—Ayer me comentó Claudia que hoy comen con Luis para despedirse y luego se irán al cine, así que voy a salir un poco antes para acompañarlos, que llevo días sin verlos.

Cojo aire, respiro aliviada y con cierta emoción por el cariño que tiene a mis hijos.

—¡Me parece genial! —No me vuelvo, echo el azúcar y el resto de mis aditivos al café.

—Les he dicho que en cuanto coma me tengo que ir, porque he pensado que... —Hace una pausa, y siento cómo se aleja y cierra la puerta de la sala. Me empiezo a poner nerviosa, Todos mis sentidos están en alerta por la anticipación al escuchar sus pasos acercarse a mí. Se para a una distancia prudencial y cierta decepción sustituye toda esa excitación—, podrías invitarme a un café, charlar un rato... —después de cómo fue el último, me pregunto si es lo único que quiere y

me intento resistir. Tomo aire con la intención de que me dé la fuerza necesaria para no caer, pero nada, no la encuentro por ninguna parte.

—Vale —contesto y aprieto los ojos ante mi propia traición, pero es sentir su proximidad, apreciar su olor... y mi cuerpo reacciona sin atender más que a sus necesidades primarias.

—A las cuatro estoy en tu casa —resuelve y sale por donde ha venido; y ni siquiera me he me girado.

Doy vueltas a mi café con manos temblorosas y solo pienso en que tengo que hablar con él sobre esto que estamos haciendo. Solo tengo que armarme de valor. Suspiro.

He tenido muy claro, desde el momento en que he aceptado ese café, todo lo que implica esa invitación sin quererme engañar, como si la mención del brebaje amargo simbolice la parte final de un ritual, tal y como sucedió en nuestro último encuentro. Ese es el que mi mente se ha anclado, recreando sin parar cada instante: sus caricias, el sabor de su boca, y esas ganas que hago mías. Así que, elijo un conjunto de ropa interior de color verde que apenas uso y me meto en la ducha. Intento relajarme mientras me mimo, sin quitarme de la cabeza esa necesidad de hablar con él sobre lo que estamos haciendo sin restar a las de tenerlo bajo mi piel.

Cuando llama al timbre del portal decido esperar en la puerta de casa para abrirle en cuanto el ascensor me anuncie su llegada. Le doy paso escondida detrás, para que no me vea en paños menores ningún vecino.

En cuanto entra, me mira de arriba abajo sorprendido, como si no se esperara encontrarme así y dudo de mi atrevimiento, pero su expresión cambia y resopla. El deseo se refleja en su rostro. Deja el casco y la chaqueta que lleva en la mano en el suelo, me agarra por el trasero, me levanta y me pega a la pared del recibidor.

—Te voy a empotrar hasta dejarte sin aliento —exhala y yo me empiezo a reír de tal manera que no puedo parar.

Le pega tanto decir eso y tan poco por otro lado...

—No te lo crees, ¿eh? —dice con una sonrisa, frotando la parte abultada de su vaquero en mi centro, pero yo sigo sin dejar de carcajearme—. Pues nada. —Posa sus labios en mi cuello y lo besa—. Tú sigue a lo tuyo que yo me dedico a lo mío —entonces lo muerde y dejo de emitir esa risa impetuosa y ruidosa para exhalar de forma placentera.

Baja uno de los tirantes del sujetador, se abre paso bajo la copa, aprieta mi pecho y luego juguetea con el pezón.

No puedo hacer mucho más que, sostenerme de sus hombros con mis manos a su espalda y con mis piernas alrededor de su cintura, y disfrutar de las sensaciones que me producen el roce de sus dedos.

Me separa de la pared y me lleva hasta la habitación donde me deja de forma suave en la cama y empieza a besarme mientras acaricia de forma cadenciosa cada centímetro de mi piel. Tan solo deja de hacerlo cuando se separa para quitarse la camiseta que lleva de los Ramones y desabrocharse el vaquero.

—Voy a comerte entera —susurra conforme sus labios bajan por mi esternón y se deslizan por la línea que interrumpe mi ombligo hasta llegar a mi tanga de encaje. Entonces me doy cuenta de que nunca hemos tenido sexo oral ni lo he echado de menos.

Se arrodilla a los pies de la cama y me quita la prenda interior, lame despacio hasta humedecerme por completo y comienza a jugar con su lengua con una de sus manos extendida en mi abdomen controlando mis movimientos, mientras la otra sujeta mi muslo. Estiro los brazos

hacia arriba, cierro los ojos y... me dejo llevar por el placer que me provoca su boca.

—Ven aquí —le pido que pare con mis manos en su cabeza para que repte por encima de mí hasta llegar a mis labios.

Me besa despacio. Estamos pegados, con nuestras pieles fundidas en una.

Las yemas de mis dedos acarician su espalda al mismo ritmo que nuestras lenguas juegan y cierro los ojos con fuerza, porque no quiero que se escapen esas lágrimas que pugnan por salir, porque lo quiero así siempre, porque quiero que me elija a mí. Abro los ojos de golpe, ante lo que implica ese pensamiento, y lo rodeo con mis brazos como si no quisiera dejarlo escapar y disfruto de que me haga el amor...

Cuando nos damos la vuelta y me quedo encima, me muevo despacio y nuestras miradas coinciden. Su boca entreabierta, sus ojos semicerrados presos por el gozo me hipnotizan, y quiero fijar esa imagen en mi mente para siempre. Resigo el vello de su pecho y cuando estoy a punto de llegar al orgasmo, me pego a su torso y exhalo en su oído el placer del clímax que esta vez se ha forjado de forma lenta y que se extiende de tal manera que desencadena contracciones por todo mi cuerpo. Siento como Fer me alcanza y me aprieta fuerte a su pelvis y nos quedamos los dos un rato sin movernos, deleitándonos en ese momento que nos mantiene unidos sin ganas de despegarnos.

Esta vez es él el que acaricia mi pelo y continúa por mi espalda provocando que mi piel se erice.

Suspiro.

Me acomodo de lado encajada bajo su axila. Miro la hora, no tenemos demasiado tiempo antes de que aparezcan Luc y Claudia, pero no quiero que termine este instante. Cierro los ojos mientras las yemas de sus dedos dibujan líneas de arriba abajo por mi brazo.

—No tardarán en llegar —comenta.

—No —contesto sin moverme.

—Iba a ser bastante impactante si nos encontraran así —advierte, pero tampoco se mueve un ápice.

—Ya lo creo —confirmo y sonrío.

—¿Nos arriesgamos? —dice bromeando y se me acelera el corazón.

—¡Buuufff! —resoplo y me despego de su cuerpo, porque no me apetece que bromeé sobre algo que, ahora mismo, no es viable.

Lo miro con el codo apoyado en la cama y la mano sujetando mi cabeza.

Aparta mi pelo de la cara y no despega sus ojos de los míos. Me coge del cuello y me acerca a él para besarme y algo se me remueve por dentro. Mil mariposas revolotean en mi estómago llenándome de éxtasis.

«¡Quiero más!».

Me despego de sus labios ante ese pensamiento con la sangre palpitando en mis sienas.

Nos incorporamos sin pronunciar palabra y le dejo una toalla para que, al menos, se refresque. Mientras me visto con un pijama de verano y siento como el aire es incapaz de llegar a mis pulmones.

—¿Te preparo un café? —le ofrezco e intento disimular mi ahogo.

—Sí —acepta con una sonrisa de medio lado que no sé muy bien qué significa.

Salgo de la habitación y me voy a la cocina.

Se sienta en la mesa mientras lo hago y cuando empieza a tomarlo, me decido a hablar de una vez.

Esta vez todo ha sido diferente o quizá es que mis sentimientos se están desbordando, no lo

sé, pero no quiero seguir de esta manera y la ansiedad que siento lo está gritando, así que le echo valor y retomo mi decisión de hablar de este tema con él.

—Oye, Fer —me atrevo a decir—. ¿Esto va a ser así? ¿Algo esporádico? —le pregunto con ese desasosiego que llevo experimentando desde el lunes y ha aumentado con lo que acaba de suceder—. Susana, tú y yo...

Deja a medio camino de sus labios la taza de café y la expresión de su rostro me da esperanza, es como si sus ojos se hubieran iluminado. Una sonrisa contenida asoma a sus labios.

—¿Y qué es lo que propones tú? —inquire—. No. ¿Qué es lo que tú quieres, Oli?

Mi corazón da un vuelco dentro de esa veloz carrera que lleva desde que me he decidido a preguntar.

Un *¡Quiero que me elijas a mí!* pugna por salir, pero algo estruja mi corazón y me quedo en silencio incapaz de pronunciar las palabras. Algo mucho más fuerte que yo me frena a soltarlo, algo que está agarrado a mis entrañas y en estos momentos no me deja casi ni respirar.

Su cara muta a una de incredulidad, exhala como si hubiera estado conteniendo el aliento y niega.

—Ya veo... —dice con un ligero movimiento de cabeza de atrás hacia delante—. Cierto. No podemos seguir manteniendo esto. En realidad, mi intención era que hoy hablaremos del tema. Estamos haciendo daño a una tercera persona que no tiene la culpa de que se nos haya ido la cabeza de esta manera, así que es mejor —dice dejando la taza en la mesa sin terminar—, que dejemos de vernos. Sé que yo he sido el que ha provocado esta situación y debo ser soy el que la acabe.

Se me cae el alma a los pies al ver el giro que han tomado los acontecimientos y, a pesar de que esta opción era una posibilidad y de que aún podría decirle lo que siento, ahora me parece inútil. La ha elegido a ella y ya está.

Sale de la cocina y recoge el casco sin volverme a mirar, y me quedo parada en el sitio sin poder moverme.

Cierra la puerta y en cuanto el sonido del ascensor se aleja, me derrumbo y dejo escapar el torrente de lágrimas que aprisiona mi garganta.

Lloro la pérdida de algo que nunca ha estado entre mis manos, pero con la sensación de que se me ha escapado de entre los dedos. Sé que resulta contradictorio, no obstante, es como lo siento.

Cuando me calmo, ya que están a punto de llegar mis hijos, abro la aplicación de guasap y abro el grupo de las *Roc*.

Se acabó. La ha
elegido a ella._ 18:12

Mi garganta vuelve a cerrarse.

Una llamada entrante de Carol aparece en la pantalla y cuelgo.

¡Chicas! Necesito tiempo.
En breve llegan los chicos.
Tengo todas las vacaciones
para asumirlo. Gracias
por estar ahí._ 18:13

Carol

¡Coge el teléfono!_ 18:13

Me llega su mensaje a nuestro chat privado.

Ahora no puedo hablar.
Me he arriesgado, Carol,
y he perdido._ 18:14

Sin embargo, al escribir esas palabras, siento que no estoy siendo sincera. He sido una cobarde y, aunque el resultado hubiera sido el mismo, en realidad, no he corrido ningún riesgo. Solo me he quedado en el lado cómodo como he estado haciendo en toda esta relación con Fer. He dejado que él lleve las riendas de todo, hasta que hoy he forzado la situación para conseguir algo que, al final, no era lo que esperaba, pero que evita que arriesgue mi corazón de nuevo.

De repente respiro.

Ya está. Se acabó. Vuelvo a mi refugio seguro. Lo lloraré, pero es mejor sufrirlo ahora que la cosa no ha ido a mayores.

No puedes dejarlo así.
Tenemos que hablarlo._ 18:14

En cuanto esté
instalada en Lucena,
te llamo._ 18:15

Prometo.

*Por un momento creí ver la tu luz entre las tinieblas en las que he estado sumido durante años,
pero solo ha sido un espejismo.*

Capítulo 30

Respiro la fragancia de los jazmines del patio y cierro los ojos.

Despertar aquí ha sido toda una bendición. Tras la paliza de viaje no he descansado demasiado bien, pero merece la pena desayunar en mi antigua hamaca de macramé con el fresco de la mañana.

Tenía que haber pospuesto el viaje, pero la necesidad de estar aquí como estoy ahora primaba sobre el cansancio.

El jueves me tomé un relajante para dormir, ya que no me fiaba de que, a pesar de haberme desahogado y sentir en parte ese alivio, mi cabeza no empezara a darle vueltas a todo lo ocurrido y debía afrontar la jornada laboral, a Fer y mi nueva situación de amante despechada para, a continuación, pasar cuatro horas en la carretera.

Me río, sí. Ahora me río de mi dramatismo, porque si las cosas están así ha sido porque yo las he favorecido me lo crea o no.

Respiro ese aire limpio del campo que espero también dé sosiego a mi alma y a mi corazón, que, aunque asume su derrota, está triste y apagado. Agazapado bajo esa manta de invisibilidad de la que no se atreve a salir.

Creo que no me voy a maquillar en estas dos semanas, saldré lo justo y necesario y, como mucho, nos acercaremos un par de días a Málaga a la playa, ya que desde Lucena no hay mucho trayecto.

—¿Cómo estás, cariño? ¿Has dormido bien?

Levanto la vista y miro a mi madre. Sonrío.

Anoche cuando llegamos nos abrazamos durante mucho rato y sus ojos se empañaron de lágrimas. Se va haciendo mayor y cada vez nos echa más de menos. Sé, por nuestras escasas llamadas, que mi padre está hecho un gruñón y ella no lo lleva demasiado bien.

—Regular, pero seguro que esta noche caigo muerta —contesto mientras observo a mi alrededor—. Qué bonito tienes el jardín.

Miro los rosales, claveles y Don Pedro.

—No tengo otra cosa que hacer, hija —dice con un suspiro—. Me mantiene entretenida, tiene mucho trabajo.

—Ya me imagino. Veo que también has restaurado el columpio —añado al mirarlo.

—Me costó mucho convencer a tu padre para que lo lijara y pintara. También he renovado los cojines.

—Ha quedado muy bonito, ya sabes que es el rincón preferido de Claudia —le recuerdo.

—Por eso pude convencer al cascarrabias, no te creas. —Se ríe.

Mi madre y yo nunca hemos tenido demasiada conversación. Cuando decidí divorciarme, puso el grito en el cielo y no obtuve mucho apoyo por su parte. Es de la vieja escuela, de las que en esta vida hay que aguantar, y por ese motivo nos distanciamos un tiempo.

—¿Estás bien? —pregunta con cierta aprensión.

—Sí. —La miro con una sonrisa—. Aquí se está en la gloria. —Cierro los ojos de nuevo,

porque es la única respuesta que sé que quiere escuchar.

Además, es cierto, estoy bien. Al menos mucho mejor que hace unos años y eso es lo que importa ahora, nada más.

—Me alegro —dice más tranquila y me aprieta la pierna antes de subir las escaleras que dan a la cocina.

Claudia se levanta tarde, pero Luc es más madrugador. En cuanto se prepara el desayuno se viene conmigo a compartir la hamaca, me temo que vamos a acabar los dos en el suelo porque ya no cabemos como antes, nos echamos unas risas mientras evitamos que eso ocurra.

Comienza la rutina que solemos adquirir aquí. Desayuno, baño en la piscina, comida, siestas, y yo por la tarde lectura, porque no hay quien aguante los bodrios que se ven los abuelos en la tele. Los chicos quedan con los amigos de toda la vida y, por unos días, la civilización, los horarios y las obligaciones desaparecen para mí, a pesar de que parte de mi mente me mantiene con un pie en Madrid.

—¿Por qué el abuelo no viene nunca a la playa? —le pregunta Luc a mi madre camino de Málaga.

—Porque le da alergia el agua, hijo. Ni la bebe ni la usa para otros menesteres —cuenta sin ningún disimulo.

—¡Mamá! —le advierto.

—Pero si es que es verdad —insiste.

—¡Puffff! —resopla Claudia con una mueca de asco.

—El abuelo se hartó de llevarnos a la playa cuando vuestro tío y yo éramos pequeños —les digo.

—Solo le interesaba pescar —interrumpe mi madre.

—No es verdad, mamá. —Le echo una mirada de censura—. Dedicó muchas horas a enseñarnos a nadar y os aseguro que para eso hay que estar lo suyo debajo del agua —recuerdo—. Lo que pasa es que está mayor y le da pereza.

—Y se ha vuelto un gruñón —continúa y yo suspiro.

«¡Qué paciencia!».

No quiero que mis hijos tengan una idea errónea de su abuelo.

Esta semana se me ha pasado volando y, mientras en otras ocasiones a estas alturas ya tenía ganas de volver, este año me quedaría el mes entero.

—Te está sonando el móvil —advierte Claudia.

Afino el oído y reconozco el sonido característico del chat de *Seven*, y me resulta extraño. Una cosilla me recorre por dentro y tengo ganas de llegar a la playa para poder echarle un vistazo al guasap.

«¡Pues sí que me ha dado fuerte!».

Creo que no he dejado de pensar ni un solo momento en quien no debo, a pesar de la distancia, a pesar del cambio de aires, a pesar de que no quiero volver para no enfrentarme a lo que me espera.

Todavía no se me ha quitado el regusto amargo que me dejó tras ignorarme todo el día tras nuestro encuentro y ese final en mi casa.

Fer siempre ha evitado demostrar sus emociones y, sin embargo, el viernes su mal humor traspasaba su caja de cristal, y hasta Susana, a la que curiosamente al mirarla ya no sentía esa culpabilidad si no cierta envidia, dejó caer en más de una ocasión que no sabía qué mosca le había picado al jefe. Yo solo encogía los hombros, porque, supuestamente, yo era la rechazada,

pero el que estaba enfadado era él. Eso si su estado tenía algo que ver conmigo, claro.

Al llegar la hora de salir, me pensé varias veces si entrar al despacho y despedirme o no, pero si quería que las cosas entre nosotros quedaran bien, no podía no hacerlo. Así que me asomé.

—Bueno... Me voy —le dije desde la puerta entreabierta, pero no desvió en ningún momento la mirada del ordenador—. Espero que todo vaya bien y disfrutes de tus vacaciones.

Esperé respuesta durante unos segundos y agaché la cabeza tras no obtenerla, con una sensación de amargura corroyendo mi tráquea, oí su voz cuando ya me disponía a cerrar la puerta.

—Cuidado en la carretera...

Y eso fue todo.

—Clava bien la sombrilla, Luc —le advierte la abuela—, que luego se levanta el aire y hay que correr detrás de ella.

Claudia me ayuda con las toallas, las sillas y sacamos unos refrescos.

Todavía no he mirado el móvil. Hace rato que está en silencio, pero durante unos minutos, en el coche, no ha dejado de saltar.

Una vez instalados, mi madre y yo nos sentamos en las sillas y los chicos se van a bañar. Ahora sí. Saco el móvil, veo las notificaciones y un cosquilleo de anticipación me invade como si fuera una chiquilla.

«¡De nuevo esa sensación!», recuerdo lo que sentía hace algo más de un año.

Fer

¡Equipo! Tengo una

buena noticia que daros.

La asociación de pequeños

empresarios me ha

concedido el premio al empresario

del año. Esto os lo debo también

a vosotros. Estoy muy orgulloso

de lo que hemos conseguido juntos

y lo celebraremos el sábado día dos.

Voy a tener que adelantar la

vuelta de vacaciones. ¿Es que esta

gente no respeta el descanso del

guerrero?_ 10:13

Se suceden las carcajadas, las enhorabuenas y otros mensajes más.

Fer

Gracias, gracias a todos.

En cuanto me den la

ubicación del evento os

la paso. Va a ser cena con

la correspondiente entrega

de premios. Me gustaría que

asistierais todos, pero eso sí,

el cubierto corre por vuestra
cuenta._ 10:24

Sonrío, porque sé que lo dice totalmente en serio.

Jorge

¡Empresario del año
pero agarraoooo!_ 10:24

Fer

¡Despedido! Ya no
tienes que asistir._ 10:24

Jorge

Pero me reincorporo
el lunes cuatro, ¿no?_ 10:25

Fer

¡Por supuesto!_ 10:25

Susi

¡Jajajaja! Ni se te
ocurra dejarnos
sin nuestro chico._ 10:25

Cristal

¿Es un evento muy
formal, jefe?_ 10:26

Fer

Igual por una noche tienes
que dejar las deportivas y
los vaqueros en casa ;)_ 10.26

Fer nunca nos ha impuesto ningún tipo de indumentaria para ir a trabajar y Cristal es de ir muy de *sport*. Aquella vez que salí con ellas se puso un top escotado, pero con sus pitillos y zapatillas.

Se le nota que está contento y de subidón por el intercambio de mensajes. Solo quedo yo por felicitarlo y una vez que me he puesto al día, no pierdo el tiempo.

¡Enhorabuena,

Salgo del grupo y busco su chat privado.

¡Felicidades, Fer!
Estoy muy orgullosa
de ti <3_ 10:57

Os preguntaréis a qué viene que le diga eso, pero es lo que siento. Lo que no quita que me arrepienta al instante y justo cuando lo voy a borrar, los dos tics azules que marcan que lo ha leído, aparecen.

«¡Mierda!».

Espero paciente a que diga algo, a que me escriba. Pero nada. Desaparece su estado en línea.

«¡Seré gilipollas! No. Gilipollas él que no me ha dado ni las gracias».

Me enfado. Y ese enfado va aumentando durante todo el día, la noche y la mañana siguiente. De tal manera que, sueño con él. En el sueño reñimos por algún motivo absurdo y vuelvo a tener esos sentimientos de hace un tiempo, cuando era todo un esfuerzo aguantarlo en la oficina, y no me gusta, no quiero volver a ese momento, aunque lo que hay ahora tampoco sea lo mejor.

—¡Estoy enfadada! —exclamo por el teléfono a una Carol que me escucha paciente al otro lado—. Ni siquiera ha contestado.

Estoy tumbada en la hamaca y hablo en voz baja para que nadie me escuche.

—Pues deja de enfadarte y cuéntame qué pasó. ¿Por qué la ha elegido a ella? Llevo dos días a punto de que me dé un tabardillo. ¡No vuelvas a hacerme esto! ¿Te crees que esto es la espera de una nueva temporada de Juego de Tronos? Te he odiado un poquito, que lo sepas.

Sonríó y me arrepiento un poco de haber hecho eso.

Raquel también me llamó y la dejé en ascuas con un mensaje, pero no tenía fuerza ni ganas ni podía rebozarme en mi miseria con el día que me esperaba antes de salir de viaje.

Le cuento nuestro encuentro, mis ganas de hablar del tema, de querer ser la única.

—Pero no se lo dijiste...

—No se lo dije, no. No pude. No sé qué me pasó. Me pareció estar en una peli de terror en la que una garra salida de la nada, me estrujaba las entrañas y él, ante mi mutismo... No sé qué conclusión sacó, pero decidió terminar con lo nuestro.

—Y tú lo aceptaste sin más incluso al percibir que él no parecía querer eso.

—Igual creí ver algo en su expresión que no era, igual me estaba aferrando a una esperanza absurda. Se conformó tan rápido...

—¡Hostia, Oli! No puedo poner la mano en el fuego por Fer, porque ahora mismo me tiene muy descolocada, igual solo está mosca porque le has reventado su entretenimiento, pero tú... Tú estás acojonada, cariño. Te hiciste caquita en las bragas. Querías que te lo pusiera fácil, pero cuando te preguntó qué querías, lo que sentiste fue miedo, *Olilove*. ¿Sigues sin saber qué quieres con él? Sin embargo, querías que te eligiera a ti. No entiendo nada, nena.

«Yo tampoco. Quería que me eligiera a mí y ahora... Vuelvo a huir».

Me quedo en silencio asumiendo que sí, que tengo miedo y que el alivio que sentí era solo la sensación de estar protegida en mi refugio de soledad.

—Oli... Llama a Christian —me aconseja.

—Estará de vacaciones —contesto de manera inmediata.

—¡Coño! No pongas excusas —replica exasperada.

—Pero ya ¿para qué? Ya ha elegido.

—¿En serio, Oli? No sabes a quién habría elegido si le hubieras dicho la verdad.

«¿Y cuál es la verdad?», me pregunto.

—Estás enamorada de Fer, Oli. Acojonada y perdidamente enamorada, te lo digo por si tienes dudas.

¿Está metida en mi cabeza para saber lo que estoy pensando? Porque eso sí que me acojona en serio.

—¡No lo creo! Puede que lo estuviera en su día, lo de ahora igual es solo obsesión —explico.

—¡Ya estamos! Dejaste a Luis, te has construido una vida nueva, ¿a qué tienes miedo? —pregunta de forma incomprensible.

—También dejé a Joel. No le di una oportunidad a nuestra relación —suelto como si se me acabara de revelar el motivo de mis temores.

—¡Es eso...! Crees que va a pasar lo mismo. Lo de Joel empezó a hacer aguas antes de que la mala suerte se cerniera en tu horizonte. Era un cuento de hadas, como tú decías.

—No estoy segura de que no haber forzado que hiciera esas aguas. Quizás soy incapaz de mantener una relación. ¿Y si empiezo algo con Fer, hipotéticamente, y sale mal?

—Y si, y si... la vida está llena de «y si» y de arrepentimientos por no habernos arriesgado. No tiene que volver a pasar lo de Joel, pero te entiendo —susurra—. Llama a Christian, descansa estas vacaciones, vuelve y enfrentate a tu miedo, a la verdad, a Fer o sigue viviendo a medias y conviértete en una mera observadora de su relación con Susana mientras imaginas que eres tú.

Sus últimas palabras son como un mazazo y me duelen como no se imagina.

«¿Eso es lo que quiero?». Dudo que pudiera soportarlo. Si es verdad que mis sentimientos por Fer son esos, ahora siento alivio, pero también estoy apenada y enfadada con él, y cuando todo eso se me pase... ¿Me quedo a observar desde la barrera cómo construye su vida con Susana?

—¿Y si aún y todo no quiere nada conmigo? Estaría en las mismas, pero humillada.

—¡A la mierda, Oli! —exclama cabreada—. Llama a Christian y deja el puto orgullo aparcado. Si no te elige, ¿acaso crees que vas a durar en esa oficina lo suficiente para sentirte humillada?

«Es que ya ha elegido», me digo cabezona.

Y siento el peso de la realidad como una losa. *Seven* no va a ser lo mismo pase lo que pase.

Cuando cuelgo, busco una lista de reproducción dispuesta a echarme una siesta en mi hamaca, ya que no estoy durmiendo demasiado bien.

Pongo la de 2016 y cierro los ojos, hasta que la canción *Love on the Brain* comienza a sonar y soy consciente de lo que significa la letra de este tema que me encanta. Esa mezcla de *Rhythm and blues*, *soul* y *pop* me parece divina y los cambios de voz que Rihanna le otorga me fascinan.

La escucho en bucle intentando traducir con mi precario inglés lo que dice y me siento tan identificada que me asusto, solo que cuando dice que está cansada de ser tocada como un violín, yo sustituiría el instrumento por una guitarra con el recuerdo de Fer acariciando las cuerdas

rozando el *gecko*.

No me doy cuenta de que la estoy cantando en alto hasta que alguien me toca el hombro.

—¡Mamá! —Abro los ojos y veo a Claudia—. ¿Estás bien?

—Sí —digo quitándome uno de los auriculares—. ¿Os estoy molestando? Con los cascos no sé si canto demasiado alto.

—Los abuelos tienen la tele tan alta que, aunque lo hicieras con un micro a todo volumen, no se te escucharía, pero he ido al baño y, ¡jo!, te he escuchado cantarla con tanto sentimiento... Ya sabes que yo le habría dado el *Teen Choice Award* la semana pasada.

Es cierto. Nos quedamos de madrugada a verlos porque uno de los presentadores era Chris Pratt, que nos encanta, y una de las canciones nominadas era esta. Es una coincidencia tenerla en la lista de reproducción, y también lo es que me sienta identificada con la canción. No me lo puedo quitar de la cabeza, no solo quiero que me desee, quiero que me ame y no deje de hacerlo. Carol tiene razón. Estoy enamorada y si hago lo que dice y no sale bien, voy a tener que dejar *Seven*.

—Solo quería interpretarla lo más parecida a Rihanna, a pesar de que eso es imposible.

—Pues salvo algún gallito que otro, te sale bastante bien —dice mi hija y me siento adulada.

—Gracias, cariño.

—¿Me puedo tumbar contigo y me prestas un auricular?

Le hago hueco y, pegadas como lapas con el calor que hace, ella con su camiseta de tirantes y sus minishorts, y yo con mi vestido ibicenco, nos dejamos llevar por el vaivén de la hamaca, cerramos los ojos y escuchamos de fondo la que va a ser mi canción de culto este verano.

Dos días después, Fer cuelga el enlace y ubicación del salón de eventos en el que se va a celebrar la cena. Nos pone toda la información referente, incluido el precio del menú, y abre una lista para que nos vayamos apuntando porque no es nada barato.

Empiezo a hacer cuentas mentalmente porque ahora viene la vuelta al cole, hay que recoger y pagar los libros y todo lo necesario para el comienzo de curso.

La verdad es que esta vez, como apenas he salido, no he gastado demasiado y quiero estar en ese reconocimiento en el que todos hemos puesto nuestro granito de arena.

Mis compañeros se van apuntando conforme entran al chat, pero yo decido esperar un poco. Voy a hacerme un poco la dura y darle de su propia medicina, aunque todos sabemos que voy a ir. Lo sé yo, y lo sabe hasta él.

Se me acaban las vacaciones y creo que volver a la rutina me va a costar más que nunca.

Como despedida, el viernes nos vamos a comer los cinco por ahí, decido desconectar y dejar el teléfono en casa. Al volver me encuentro con un mensaje en el chat de *Seven* que dice que si no se apunta nadie más tiene que confirmar la reserva, porque él se va de viaje y ya no va a estar pendiente más que de las emergencias.

Es su manera de darme un ultimátum. Podría haberme escrito un privado, pero no. Ahora solo es Fernando Romero, mi jefe. Ya no es mi amigo, tampoco mi amante, y no se va a rebajar a eso.

Copio la lista, pego y añado mi nombre sin decir nada más.

«¡Que te den, jefe! ¡Que te den! Si así quieres las cosas, así las vas a tener».

Vuelvo a enfadarme con él. No tengo remedio.

Capítulo 31

La vuelta ha sido frenética, así que no me da ni tiempo a tener depresión postvacacional.

Entre el trabajo, recoger libros y hacer compras de material escolar, me meto a la cama todas las noches rendida, y sin darme cuenta, llega el viernes y, aunque tengo ganas de ver a las chicas, me falta el entusiasmo necesario para salir, y más un viernes de agosto por Madrid.

—Vamos, peque —me dice Raquel cuando le cuento que estoy agotada—, te echas una buena siesta y ya está. Solo va a ser cenar y una copa. Charlar un poco, que no nos vemos desde antes del verano.

—No he dicho que no vaya a salir, solo que no sé si voy a ser buena compañía —le aclaro—. Pero sí, te voy a hacer caso. En cuanto cuelgue me meto a la cama, va a ser siesta de pijama y orinal, como dice mi padre.

Raquel se ríe y, si pudiera, yo también lo haría.

—Nos vemos luego, *chiqui* —se despide.

—En el *Ginger* a las nueve y media. Allí estaré.

Cuelgo y, tal y como le he dicho, me meto semidesnuda bajo la sábana.

Me duermo al instante con un sueño plácido y reparador, que agradezco de manera infinita cuando me despierto casi tres horas después.

«Cena, una copa y a casa, aunque si no hay copa tampoco me importa», pienso.

¿De qué vamos a hablar? Laura lleva más de un año fuera de nuestras vidas, o al menos de la mía y, aunque nos hayamos reconciliado más o menos, ya no hay intimidad, no compartimos absolutamente nada personal.

Llego la última haciendo patente mi hastío por este encuentro y ellas ya me están esperando sentadas.

La primera en levantarse es Laura para saludarme.

—Oli... —Me abraza, pero a ese abrazo le falta algo y yo le correspondo con los brazos flojos y una sonrisa de desgana y es que, a veces, soy incapaz de disimular.

—¿Cómo estás, *peque*? —pregunta Raquel como excusa, porque se ha dado cuenta de mi gesto, y sé que no quiere que empecemos con mal pie.

—Algo mejor. La siesta me ha venido de perlas. —Le sigo el rollo, porque realmente no está preocupada por mi cansancio. Todos lo sabemos.

—¿No te encuentras bien? —pregunta Laura.

Encojo los hombros sin darle importancia. No quiero mentir.

Raquel empieza la conversación sobre las vacaciones y todas cuentan anécdotas con los hijos. No me sorprende saber que Berto y ella se han ido con las gemelas a un *hotelazo* lleno de actividades para niños y que están pensando en hacerse un crucero en Semana Santa.

—Pues nosotras a últimos de noviembre nos vamos a Roma —anuncia Carol muy satisfecha.

—¿A Roma? ¿Solas? —pregunta Laura.

—¿Es que necesitamos a alguien? —inquiero un poco picada, y por la curiosidad implícita en su pregunta.

—No. Claro que no —contesta en voz baja ante mi brusca reacción.

—Llevamos años pensando en hacer un viaje juntas. —Me mira de reojo Carol con cara de amonestación—. Y ahora que los niños se han hecho mayores, es el mejor momento. Ya tenemos casi todo organizado.

Respiro hondo e intento relajarme. Creo que no estoy precisamente receptiva. Estoy tensa, esa es la verdad.

—Os lo vais a pasar de maravilla y os va a encantar —dice Raquel, que estuvo hace muchos años con Pepe cuando eran novios.

—Sí. Estoy deseando que llegue —digo con sinceridad, porque creo que es lo que más ilusión me hace desde hace mucho tiempo—. Hasta que no queden quince días no me lo voy a creer del todo.

—Vamos a ir. —Me agarra de la mano Carol, como si quisiera asegurar con ello esa promesa—. ¡Ya tenemos los billetes pagados!

Sonrí y aprieto también su mano, aunque de aquí a noviembre pueden pasar tantas cosas que me cuesta creerlo.

—¿Y qué tal con Fer? —pregunta Laura, y me pongo tan en guardia que creo que he crecido un palmo.

Miro a mis otras dos amigas y las veo tan sorprendidas como yo.

«Vale, Oli, relájate. Laura sabe que mi relación con él siempre ha sido complicada y está sacando una conversación por hablar de algo contigo», recapacito.

—Eh, pues... bien, mejor que antes tras organizar el encuentro de los *Boys Scouts*. El sábado le entregan un premio de la asociación de pequeños empresarios.

Al contarlo me doy cuenta de que, a pesar de haber estado ocupada estos días, ha seguido metido en mi cabeza, pero que he sido capaz de centrarme en lo importante y eso me alivia en cierta manera.

«Obsesión», me quiero convencer. No tenerlo cerca, y mi enfado, también ayuda, pero en una semana me tendré que enfrentar a la realidad.

Me voy relajando conforme cenamos y al final me animo a ir de copas, pero nos dedicamos a hablar de esto y aquello sentadas en un par de pubs tranquilos, en los que apenas hay gente.

—¿Qué te vas a poner el sábado? —pregunta Raquel para integrarme en las conversaciones porque estoy muy callada.

—Pues la verdad es que no lo he pensado. Todavía hace calor, cualquier cosa. No sé.

—Yo tengo un vestido que hace mucho que no me pongo... —empieza a decir Raquel.

—Quiero ir sencilla —la interrumpo de forma brusca y todas se me quedan mirando.

Definitivamente estoy algo irritable.

—Es sencillo y elegante —apunta.

—Lo más seguro es que lo tuviera que arreglar y no te lo quiero estropear.

—Oli, yo ya no me lo pongo. Mañana te paso una foto por guasap —insiste y no quiero ser borde.

—¡Esta bien! De todas formas, voy a hablar con mis compañeras primero para saber cómo van a ir ellas. Ya os contaré —termino para dejarlas tranquilas.

—Con cualquier cosa que te pongas vas a estar divina —dice Laura.

¿Creéis que me está haciendo la pelota? Sí, ¿verdad?

—Gracias —le digo con una sonrisa.

Carol me mira y supongo que mi muca irónica me ha delatado. Me encojo de hombros

cuando no me ve Laura y ella niega con la cabeza.

No estoy favoreciendo nada que esto funcione, pero es lo que pasa cuando quedas sin ganas.

—¡Me voy, chicas! —decido.

Es absurdo estar así y estropearles la velada.

—¿Ya? —pregunta solo Raquel.

Elevo una ceja y sonrío con los labios apretados.

—Sí, estoy cansada. Quedamos el mes que viene a ver cómo han empezado los chicos el instituto y el cole, ¿vale? —comento para que vean que habrá continuidad con estas quedadas.

—¡Genial! —exclama Laura.

—Claro —contesta Carol.

—Eso está hecho —dice Raquel mientras me abraza.

«¡A tomar por culo! Me voy a casa más a gusto que un arbusto».

Ya en el taxi hago un repaso mental de mi fondo de armario.

El taxista me mira por el espejo retrovisor. Es un chico muy atractivo, moreno con el pelo algo rizado y barba. Creo que me suena de alguna otra vez y eso que hay taxistas a porrillo.

—¡Perdona! —se disculpa—. Creo que hace un par de meses te lleve también a casa.

—Ah, ¿sí? —exclamo al ver que se confirman mis sospechas.

—Tuvimos que esperar a tu acompañante.

«Fer». Suspiro, porque, aunque no quiera, al final todo el mundo me lo recuerda. ¿Cómo me lo voy a sacar así de la cabeza?

—Sí, tienes razón. ¡Qué casualidad!

—Bueno, sí y no. Trabajo casi todos los fines de semana por la noche, por estadística...

—Pues yo apenas salgo, así que, sí que creo que es toda una casualidad. De hecho, no había vuelto a salir desde aquel día.

—¡Confirmado! Pura coincidencia —dice y sonrío.

Hago lo mismo y lo miro por el espejo.

—Soy Dani —se presenta.

No hago lo mismo porque dudo de sus intenciones, ya me conocéis.

—Te puedo pasar una tarjeta, y si alguna vez vuelves a salir puedes llamarme para que te lleve a casa.

Veo que se queda pensativo al ver que no le contesto.

—Creo que todo esto está sonando a algo que no es —niega con la cabeza—. Tengo pareja y una peque que por fin empieza a dormir. Se llama Cloe. Solo quería ser amable y que cuando salgas por ahí te sientas más segura al volver a casa.

Me compadezco un poco de él. Solo quiere ser agradable y yo sigo en plan erizo.

—Te lo agradezco mucho, Dani. Yo soy Oli, y tu niña tiene un nombre precioso —le digo para suavizar el ambiente y porque es verdad.

—Su madre es francesa —aclara, con un gesto en el rostro que me indica todo lo que siente por ella.

—Acepto la tarjeta —le digo, aunque la duda de si me la está metiendo doblada o le gustaría metérmela, me ronde la cabeza.

«¡Al menos el chico está bueno!», pienso de forma cínica y es que hoy no tengo el día para nadie.

—Tengo asiento especial para bebés en el maletero.

Me río.

—¡A mí ya no me hace falta, gracias! —suelto con espontaneidad.

«¡De puto churro!», me recuerda mi conciencia.

«¡Calla, joder!», le impreco.

Quiero llegar a casa y caer en coma, sin pensar, sin soñar.

«¿Podría ser, por favor?», suplico mirando al techo del taxi.

—En casa sana y salva —anuncia cuando para en mi portal.

—Muchas gracias, Dani. Encantada de conocerte —le digo cuando le pago y me devuelve el cambio junto a su tarjeta.

—Lo mismo digo, Oli y... cuídate.

—Lo haré. Además ahora tengo un nuevo ángel de la guarda para cuando salga, ¿no?

—Quién sabe, igual no te hace falta llamarme nunca —me guiña un ojo y no sé a qué se refiere.

¡Entrar en coma! ¡Entrar en coma, *please!*

—Bueno, el sábado que viene sin ir más lejos —aunque igual tiene razón y vuelvo acompañada.

No debería de pensar eso. No. No debería. Se ha terminado y la ha elegido a ella.

—Esperaré tu llamada, entonces.

Aguarda a que entre en el portal para arrancar y le despido con la mano.

«¡Qué *majico!* ¿que no?».

Guardo su tarjeta en el bolso y solo pienso en meterme en la cama hasta mañana a las doce del mediodía.

El lunes se incorpora Susana a la oficina, y Cristal y yo la recibimos encantadas. Si tenemos que aguantar a la soberbia de Estrella un solo día más, cometemos un homicidio. Susana, no sé cómo, se maneja mejor con ella.

—¿Os parece que nos tomemos luego un café en la sala las cuatro juntas y hablamos de qué nos vamos a poner para la gala? —propongo.

Me gustaría volver atrás, a esos momentos en los que no había pasado nada y los cafés con ellas eran distendidos hablando de banalidades.

—Sí, por favor —exclama con alivio Cristal.

Espero la respuesta de Estrella que parece que está oliendo a cabrales.

—Bueno.

—¡Me encanta la idea, Oli! —dice una entusiasta Susi.

Desde que he vuelto y Fer no está a la vista, parece estar menos ácida conmigo y lo agradezco, aunque no pueda remediar tener sentimientos contradictorios hacia ella.

Supongo que, para Susana, este evento es algo especial porque irá del brazo de nuestro jefe y, al pensarlo, algo me reconcome.

Cuando llega la hora, me paso las llamadas al móvil y nos reunimos todas.

—Yo pienso que deberíamos ir discretas —dice Susana mirando a Estrella—, sencillas, pero elegantes.

Me acuerdo de Raquel. La foto que me envió de su vestido el domingo me pareció espectacular, pero más apropiado para algo con más relevancia, o incluso para una boda de noche. Quizá tenga alguna ocasión para que me lo preste.

—¿Y eso cómo es? —pregunta Cristal. Me parece increíble que, para haber estudiado

también decoración, no sepa cómo sacarse partido así misma, con lo mona que es. Aunque la verdad es que no le hace falta. Con su aire despistado y despreocupado conquista allá por donde va.

Estrella echa un bufido despectivo y me dan ganas de retorcerle el cuello.

—Unos pantalones de vestir y una camisa vaporosa, por ejemplo —aporto.

—Un vestido monocolor con algún detalle, un cinturón o zapatos en otro tono... —dice

Susi.

—*Okey*, chicas. Sencillas pero elegantes. Tomo nota —repite Estrella y sale de la sala.

Cristal le saca el dedo corazón a su espalda y yo me aguanto una carcajada.

—¿Quieres que vayamos esta tarde a ver qué queda en las rebajas? —le propone Susi a Cristal a la que se le iluminan los ojos.

Me interezco. Si es que la chica según con quien, es un cielo, qué le vamos a hacer.

—¿No te importa? —pregunta ella toda entusiasmada.

—¿Una tarde de compras y una víctima a la que vestir? —Pone cara de asombro—. Ya veremos si no es a ti a la que le importa al final del día y si mañana me hablas. —Cristal la mira con aprensión—. Es broma —la tranquiliza—. ¿Te apuntas, Oli?

Me sorprende ante la invitación, pero no hay nada que me apetezca menos.

—Me encantaría, pero creo que picaría algo y este mes es peor que la cuesta de enero. Nuestro jefe y su premio me lo han terminado de reventar. Me voy a apañar con lo que tengo en casa.

—¡Qué pena! —exclama con sinceridad, Cristal.

—En otra ocasión lo hacemos, ¿os parece? —digo para quedar bien.

—¡Claro! —acepta también Susi—. ¿Qué vas a llevar tú, Oli? ¿Vestido o pantalón?

Sonríó ante su curiosidad que, por el tono, veo que esconde algo más.

—Creo que con pantalón.

Asiente y no sé por qué me da que ella va a ir con vestido.

El móvil empieza a sonar, les hago un gesto de disculpa y descuelgo camino de mi mesa.

El jueves abro el chat de las *Baby Dolls* en el que ya no quedamos más que Clara, Paula y yo, y les cuento lo de la gala.

Clara

¡Qué suerte, Oli!

Lo vas a ver de

traje._ 17:40

Igual no va de
traje._ 17:40

Clara

Y ¿cómo va a ir?

¿En pelotas?_ 17:41

Le pongo el emoticono del mono con los ojos tapados y entra Paula.

Paula

No me lo imagino
de traje, la verdad._ 17:41

Me imagino que
irá de sport, pero
arreglado._ 17:41

Clara

Fotos._ 17:42

*Of course.*_ 17:42

Paula

Y tú, ¿cómo lo
llevas?_ 17:42

Como no lo veo
no pienso, no
siento._ 17:42

Clara

No te lo crees
ni tú._ 17:43

Me río y le pongo el emoticono de la chica que se encoge de hombros.
Tengo que contarles que lo nuestro se ha terminado, pero creo que no es el momento.

Paula

El domingo nos
cuentas._ 17:43

Sin falta._ 17.43

Clara

Ponte bien sexi y
guapa._ 17:44

¿Lo dudas?_ 17:44

Nos reímos y me despido hasta el domingo.

Al final me he decidido por un pantalón negro de talle alto y pernera ancha que, de forma milagrosa, me entra, bueno, me tira un poco de las pistoleras, pero es soportable. Arriba un top

cuello *halter* blanco roto que me compré en unas rebajas y nunca he tenido ocasión de usar y me voy a calzar las sandalias plata estilo sesentero de la comunión de Luc y el bolso a juego. Apañada.

Tengo ganas y no tengo ganas de que llegue el día, porque sigo en mi particular ruleta rusa.

Capítulo 32

El viernes, un poco antes de salir de trabajar, recibimos un mensaje de Fer diciendo que llegaba esa noche de Londres y que esperaba vernos a todos al día siguiente.

He procurado maquillarme sin exagerar y me he pintado las uñas de rojo pasión al igual que los labios como si quisiera imprimirme el valor del que carezco desde hace días.

Estoy nerviosa, temerosa por el encuentro y algo ansiosa a la vez. ¡Vamos! Todo un cuadro.

Ya en la sala, tomamos el aperitivo solo los empleados. Al parecer los organizadores y los premiados llegan tarde.

No hago más que mirar a un lado y a otro esperando que aparezca por cualquier parte, deseando que lo haga ya de una vez y saber cuál es su reacción al verme.

Susana, sin embargo, está exultante y su mirada brilla de excitación, cosa que me provoca un malestar tremendo. Es la ganadora del trofeo, aunque ella no lo sepa.

Acerté en mi vaticinio. Lleva un vestido verde botella que le queda perfecto, estrecho hasta por encima de la rodilla con un cinturón fino negro y zapatos de tacón de charol con cartera a juego.

Estrella también lleva vestido, morado con escote hasta la cintura, tanto por delante como por detrás, y con una raja en la falda que ni la de la canción de *Estopa*.

—Discreta y elegante —me susurra Cristal.

—Sobre todo discreta... —confirmo.

Jorge se acerca con un traje gris claro con unos ribetes azules de lo más moderno.

—¿Creéis que llevará bragas? —nos pregunta.

Lo miro con una ceja levantada y me pide disculpas con un gesto de las manos.

—Lo dudo —respondo; Cristal y él se ríen.

—Vas muy guapa, Cristal —la halaga.

—Gracias —contesta ella, y me parece que se ruboriza.

¡Uy, uy, uy!

La verdad es que cuando he visto la falda lápiz color rojo, me he enamorado de ella. La lleva hasta la rodilla con un cinturón dorado y una camiseta de popelín blanca con cuello barco y sin mangas. En los pies unas sandalias de tiras de tacón bajo, también doradas. Ella sí que va sencilla y elegante.

Por fin aparece el jefe todo sonrisas con un traje *sport*, sin corbata, y una camiseta debajo. Nada más verlo, el corazón me da un vuelco.

¡Mal asunto!

—¡Mi equipo! —dice y empieza a saludarnos uno a uno.

—Oli... —Me besa de manera impersonal con cierta frialdad y se me cae el alma a los pies.

A Susana la besa en la mejilla con ganas para evitar que ello lo bese y le deje carmín, pero ella no se molesta.

Nos sentamos para comer y me sitúo entre Susana y Cristal. Fer apenas prueba bocado, se levanta continuamente a saludar a unos y otros, y cuando está con nosotros nos cuenta todo lo

referente al premio, su viaje a Londres y que se ha guardado unos días para volver.

Creo que no he intercambiado ni dos palabras con él, pero es que ni siquiera me ha mirado. Solo quiero largarme de aquí. Que acabe todo esto y pirarme, porque cada vez me cuesta más respirar, y para combatir mi malestar, ya he vaciado la copa de vino cuatro veces.

Me sorprende cuando al acabar, y tras la entrega de premios, nos pasan a una sala en la que un grupo de músicos se dispone a tocar.

—Esto también lo habremos pagado entre todos, ¿no? —insinúa Estrella.

—Seguro —contesto.

—Pues habrá que beber —dice mientras se dirige hacia la barra libre.

Decido tomarme un combinado, aunque con el vino que he bebido para pasar el trago, y nunca mejor dicho, voy bien servida.

Al terminar el concierto, la gente empieza a despedirse. La primera en irse es Susi y me extraña.

—¿No esperas al jefe? —le pregunto sorprendida.

—No, no. Mañana madrugo y seguro que se va con los de la asociación por ahí. Ha estado bien, ¿verdad?

«Para mí ha sido un día descorazonador y me gustaría estar en cualquier sitio menos aquí, pero bueno».

—Sí, muy emocionante y su discurso a su estilo, gracioso. El grupo de música buenísimo —comento. Que sin duda ha sido lo mejor de la velada.

Me pongo en la fila que se ha hecho para despedirme de Fer, acompañada de Jorge nerviosa como una chiquilla.

Le da un abrazo a Jorge y le dedica una gran sonrisa, pero al verme a su espalda, deja de hacerlo, y me parece ver en su mirada algo, no sé exactamente qué. Al menos su gesto no es para nada desagradable.

Pone su mano en mi hombro y se acerca a hablarme. Contengo el aliento.

—Espera un poco, Oli. Dame un momento que voy al baño —me comenta antes de que me dé tiempo a decirle nada y Jorge me mira y se despide.

Me quedo sola y mi ansiedad aumenta al mismo ritmo que los latidos de mi corazón.

Estoy un poco perpleja y me hago a la idea de que quiere que me quede.

Espero un buen rato, y cuando veo que sale, se pone a hablar con un hombre. Decido ir al aseo mientras tanto y cuando salgo, me acerco.

—¡Oli! —dice sorprendido—, todavía andas por aquí.

Sus palabras me noquean y la bilis se me sube hasta la garganta. Me siento estúpida no, lo siguiente.

—Solo he ido al baño y quería despedirme ya que antes no me has dejado.

—¡Ah! No me acordaba. —Pero sabemos a la perfección que miente—. ¡Gracias por venir! —exclama tratándome como a un mero conocido y me da dos besos que ni siquiera me rozan.

—Enhorabuena —le digo de forma seca antes de que se separe de mí, tan cabreada, que si no lo nota es que va más ciego de lo que parece.

Me giro sin mirarle ni a la cara y me largo del local rebuscando en el bolso el móvil donde tengo grabado el número de Dani, mi ángel de la guarda.

—¿Dani?

—¿Sí? —contesta casi de inmediato.

—Soy Oli, no sé si me recordarás, soy una clienta que...

—Sé quién eres, justo acabo de terminar un servicio. ¿A dónde te voy a buscar?
Le doy la dirección y me hace esperar unos diez minutos en los que la rabia me impide respirar con normalidad y ser consciente de mi estado de ebriedad.
En cuanto aparece por la esquina voy a su encuentro.
—¿A casa?
—Sí, por favor, y gracias por ser tan rápido.
Me quedo en silencio y me limpio una lágrima perdida que rueda por mi mejilla.
—¿Estás bien? —pregunta mirándome por el espejo.
—No. No estoy bien —contesto de forma escueta.
—Oli... lo que me cuentes dentro de este taxi no va a salir de aquí.
Acepto su ofrecimiento porque no me puedo contener.
—No sé por qué se comporta conmigo de esta manera. Si soy yo la que debería estar enfadada. Si lo que pretende es que lo odie como antes, va por buen camino.
—No dejes que nadie te trate mal —sentencia.
Suspiro y otra atrevida lágrima se escapa sin permiso.
—No voy a dejar que lo haga, no. Se acabó, pero de verdad, ahora el que va a sufrir mi indiferencia va a ser él.
Esta vez ha conseguido humillarme y por ahí no paso.
—¡Claro que sí! —confirma y me pone una sonrisa triste.
—Así no me ayudas, Dani —le digo a su reflejo.
—Es que estar enamorado de alguien que no te merece es una mierda.
—¡No estoy enamorada! —exclamo, porque estoy harta de que me lo diga todo el mundo.
«¿Tan evidente es?».
—No, claro que no —me sigue la corriente, y me ofrece una caja de pañuelos de papel.
Doy rienda suelta al resto de lágrimas que pugnan por salir, pero sin emitir sonido alguno.
«Sí que es una mierda, sí», pienso.
—¿Es el mismo que te acompañó la primera vez que te llevé a casa?
—Sí —contesto sin importarme que se inmiscuya.
—Parecía un buen tipo.
—Lo es —reconozco—, pero tiene novia. Y al final, la ha elegido a ella. Trabajamos todos juntos. —Me tapo la cara con el pañuelo al ser consciente de la realidad.
—¡Ufff! Vaya lío.
«Ahora ya no», pienso.
—Hemos llegado —me comunica, y ni siquiera me he dado cuenta de que estábamos parados.
—Siento haberte dado el viaje, pero gracias por escucharme.
—Ha sido un placer, de verdad —sonríe mientras le pago.
Me dan ganas hasta de abalanzarme y darle un beso, pero me controlo porque sé que es producto de la depre y el alcohol que recorre mis venas.
—¡Hasta la próxima! —me despido, pero, como la otra vez, se queda esperando hasta que entro en el portal.
Me desvisto a la vez que lanzo las sandalias por el cuarto y dejo la ropa tirada por el suelo. Me meto en el baño y me desmaquillo con tanta energía que me voy a levantar la piel.
Al final me siento en la taza del váter y dejo que toda esa rabia salga en forma de torrente de lágrimas. Cuando me tranquilizo, me tomo un paracetamol y me meto en la cama con una firme

decisión.

Me levanto casi a mediodía con dolor de cabeza y los ojos hinchados como globos.

Desayuno sin ninguna gana de coger el móvil. Cuando me veo con fuerzas, miro las notificaciones y abro el grupo de *Seven*.

Jorge ha enviado todas las fotos con y sin el premiado que no me entretengo en mirar, solo le doy a reenviar a todas en las que aparece Fer y pulso el grupo de las *Baby Dolls* tal y como le prometí a Clara.

Una vez reenviadas, abro el chat y leo sin emoción alguna las reacciones de las dos.

Paula

¡Qué guapa
ibas!_ 12:44

Clara

¡Guapísima! Y Fer
impresionante, que
contento se le ve._ 12:45

Paula

¿Qué tal fue todo?_ 12:45

¡Un coñazo! Y Fer
un cabrón._ 12:45

Paula

Oli... ¿qué pasó?_ 12:46

Por mucho que hayan pasado los años, me conoce como si me hubiera parido y les cuento en un audio, con voz cansina, lo sucedido antes de irme a Lucena y lo que ocurrió ayer.

Clara

¿Habéis terminado?_ 12:52

Sí._ 12:52

Clara

¿Y tú querías
continuar?_ 12:53

Sí. Pero así no._ 12:53

Clara

Pero no le dijiste lo

que querías..._ 12:53

Cierro los ojos y recuerdo el momento en el que el terror, ahora que sé lo que es, me estrujó las entrañas impidiéndome hacerlo.

No pude._ 12:54

«Tuve miedo».

Paula

¿Por qué?._ 12:54

¡Porque no sé lo que quiero!_ 12:54

Paula

No entiendo nada.

No sé por qué hizo eso._ 12:54

Igual lo tenéis muy idolatrado. Debería ser yo la enfadada._ 12:55

Paula

Pues yo sigo pensando

que esperaba otra

respuesta y está dolido._ 12:55

Pero si quería algo conmigo, ¿por qué seguía con Susi?_ 12:55

El chat permanece en silencio por unos momentos y nadie escribe.

Clara

Eso es cierto, Paula._ 12:56

Paula

¿Porque los tíos son así?_ 12:56

Esa respuesta no me vale, Paula._ 12:56

Paula

La verdad es que no
le encuentro ningún
sentido a su comportamiento.
Actúa más como si el
despechado fuera él._ 12:55

Igual solo le interesaba
continuar con lo que teníamos,
se vio entre la espada y la
pared y decidió terminarlo
y está cabreado por no
salirse con la suya._ 12:56

Clara

Puede ser. Es un buen
argumento. Los tíos lo
suelen querer todo._ 12.56

Paula

¡Ay, Oli! ¿Y qué vas
a hacer?_ 12:55

De momento, lo
único que puedo.
Pasar de él._ 12:55

Clara

Ánimo, corazón._ 12:55

Gracias, chicas.
Os dejo que tengo
cosas que hacer antes
de que lleguen los
chicos._ 12:56

Tras despedirnos, no pierdo el tiempo. Cojo el portátil de Claudia, abro el programa de Word y, mientras se carga, me viene la canción *Princess of china* de Cold Play con Rihanna y la tarareo.

—*Once upon a time somebody ran. Somebody ran away saying fast as I can. «I've got to go... got to go».* — Abro un documento nuevo en blanco y escribo.

Curriculum vitae

La única forma de estar a salvo de nuevo, es mantenerte alejada.

Capítulo 33

En cuanto tengo ratos libres, meto currículos aquí y allá: *InfoJobs*, *Laboris*, *Jobomas*... y me he instalado un par de aplicaciones en el móvil.

Sé que lo tengo complicado porque este país sufre de titulitis y, a pesar de mi experiencia, eso es algo de lo que carezco: un título que decore una pared.

Recuerdo el día en que Fer me animó a hacer algún curso y ahora mismo no lo descarto.

Hablando del rey de Roma, llega tarde, con una increíble sonrisa y saluda a todo el mundo, incluida a mí.

—¡Buenos días, Oli!

Así, como si nada. Pero yo no estoy dispuesta a dejarlo pasar. Estoy enfadada, decepcionada y muy triste. Me pasé el domingo compadeciéndome de mí misma entre lágrimas de frustración y amargura. Me había hecho sentir mal y no iba a ser algo pasajero.

Levanto lo justo la mirada y no le devuelvo ni la sonrisa ni el saludo. Se instala en su despacho, y lo primero que hace es dejar en esa mesa de cristal, que no hace tanto mancillamos con nuestros fluidos, el premio que le otorgó la asociación.

Se me antoja que hace siglos de aquel revolcón y que, los que le precedieron, han sido como uno de mis sueños; o que tras el evento nos hemos subido a un *DeLorean* y hemos viajado a algún momento anterior a 2016.

Siento un gran peso dentro que duele.

Una vez en casa llamo a Carol, porque, aunque quería evitar esto, necesito desahogarme y saber su punto de vista después de saber el de Paula y Clara. Le resumo lo sucedido y cómo ha llegado hoy a la oficina.

—¡Qué cabrón sin corazón, Oli! —vocea Carol por el teléfono.

—Sabíamos que esto no iba a acabar bien. Tú fuiste la primera que me lo dijo —le digo en un tono neutro para tranquilizarla.

—Pero no entiendo a qué viene comportarse así —dice frustrada.

—Ni yo, y desde luego no me voy a quedar para averiguarlo ni para ser su *punching ball* —pronuncio muy seria, aunque solo de pensar en marcharme me invade un acojone que tiemblo y todo.

—¿Qué quieres decir con eso? —pregunta.

—Me voy de *Seven* —determino.

—¿Cómo que te vas de *Seven*?! —pregunta alterada—. ¿A dónde?

—No lo sé, pero no me puedo quedar ahí. Estoy echando currículos.

—¡Joder! Mis peores temores se hacen realidad. Y yo que pensaba que al principio había algo... —dice decepcionada.

—Todas lo pensamos. Somos unas románticas incurables, Carol, pero también tú viste la realidad antes que nadie y para mí ya era tarde. Creí que sabría llevar algo así y me equivoqué.

—Tampoco él lo ha hecho bien. Ahora sí, ahora no. No sabíamos por dónde nos daba el aire.

«¡Mi jodido bipolar!», sonrió de manera triste.

—¡Hasta que me ha dado la estocada final! —exclamo.

—Pero ¿por qué te vas? ¿No crees que puedas superarlo?

Me quedo en silencio, porque las dos sabemos por qué me tengo que ir.

—¡Joder! ¿De verdad crees que puede volver a pasar? —pregunta como si me hubiera leído la mente.

—No lo sé. La atracción existe, está ahí, Pero como me dijiste, no creo que sea capaz de ver cómo evoluciona su relación con Susana. Desde luego ahora no me veo. Supongo que tengo que admitir que, aunque tengo miedo, estoy enamorada ...—«¡Madre mía! ¡Otra vez! O quizá siempre lo he estado de él y lo de Joel no funcionó por eso»—... y que, si él baja la guardia, puedo volver a caer en cualquier momento y no voy a quedarme a esperar a que suceda. No quiero sus migajas.

—Estabas dispuesta a comértelas —me recuerda.

—Sí —digo apenada—. Porque supongo que me estaba conformando cuando empecé a sentir cosas por él, a volverlas a sentir —puntualizo—, y vi que no podía haber nada más. Pero ahora no quiero ser las sobras de nadie, y menos después de cómo se comportó el sábado —digo con firmeza.

—Estás muy dolida, pero crees que se te puede pasar —adivina.

—No me quiero quedar a comprobarlo —admito. Y más al ver cómo ha llegado esta mañana.

—Echaré unas voces a ver si algún conocido está buscando personal. ¡Malditos Romero! —exclama enfadada—. Me dan ganas de presentarme en *Seven* y rebanarle más de una extremidad.

Cierro los ojos al escucharla y aprieto los labios conteniendo una sonrisa, porque sé que sería capaz de hacerlo si la animara.

—¡Gracias!

—Lláname si necesitas algo, hablar, llorar, insultar a alguien, ¿un café?

—No lo dudes —me despido.

Martes:

—¡Buenas días, Oli! —saluda Fer.

—¡Buenos días! —contesto sin mirarlo, a pesar de que con solo escuchar su voz mi corazón se acelera.

Las horas pasan lentas, no miro ni una sola vez hacia su despacho. Soy una mujer con un fin, y me resisto todavía más cuando Susana entra a su caja de cristal y resuenan sus risas.

Miércoles:

—¡Buenos días, Olivia!

Paro de teclear al escuchar mi nombre completo de sus labios. Cojo aire y cuanto hasta... uno y medio.

—¡Buenos días, jefe! —respondo lo primero que se me ocurre sin levantar la vista.

«¿Me está provocando?».

Creo que sí, creo que quiere rebajar esta tensión que se ha creado por su culpa y sonrío, pero inmediatamente la borro de mis labios.

Llevo días dándole vueltas a todo lo que pasó desde el último día que estuvimos juntos y he empezado a justificar su comportamiento y su cabreo, cabreo que está claro que ya no quiere

mantener conmigo. Pero sigo sin perdonarle lo que ocurrió tras el premio, eso... eso no hay nada que lo justifique.

No quiero volver a estar enfadada durante años con él aquí en *Seven*. Superamos esa etapa. Dejamos atrás el pasado, nos liamos y no lo supimos parar a tiempo. Hicimos las cosas mal y, a la hora de la verdad, tuve miedo. No sé qué esperaba de mí, ni tampoco si me elegía y ahora no hay vuelta atrás.

Él tomó su decisión y yo he tomado la mía. Me voy y no hay más que hablar, es lo mejor para él, para mí y para *Seven*.

Jueves:

—¡Buenos días! —dice con voz apagada y siento una punzada de culpabilidad.

Levanto la vista del ordenador y nuestras miradas conectan.

Está serio, y la expresión de sus ojos está apagada. Sus labios se despegan como para decir algo cuando es interrumpido.

—¡Fer! —lo llama Susi—. Tengo un nuevo diseño de *Photocall* —dice en alto—, y necesito tu opinión. ¡Ah! Hola, Oli —se dirige a mí como si no me hubiera visto y están al lado de mi mesa.

«¿Cómo voy a seguir aquí sumando a mi situación con Fer esta penitencia llamada Susana?» ¿Merecida? Sí, pero podría alargarse eternamente y no estoy dispuesta a sufrir innecesariamente por algo de lo que no soy la única culpable.

Hago un ligero movimiento de cabeza en forma de saludo perdiendo la conexión con Fer y, cuando Susi se cuelga de su brazo, vuelvo a mi pantalla y a mi teclado.

Viernes:

—¡Buenos días, Oli! —escucho la voz pizpireta de Susana.

La miro y va pegada a Fer, que no dice ni palabra y tiene un gesto de cordero degollado al que no me puedo resistir de lo cómico que es.

—¡Bueno días, compi! —exclamo en plan choteo al que también acompaño con una sonrisa a lo *Joker*—. Jefe...

Fer mira hacia el techo y resopla.

«¡Pues esto es lo que hemos conseguido, amigo mío!», pienso.

El fin de semana descanso, veo series, leo y disfruto de mis hijos, aunque esté en modo *love on the brain* y sueñe despierta con todos los « y si». ¿Y si le hubiera dicho que quiero estar en su vida, pero que soy un desastre y creo que no soy capaz de mantener una relación por mis inseguridades? ¿Que no sé si soy capaz de querer sin miedo a que no me quieran de verdad y termino por boicotear las relaciones como hice con Joel antes de que la mala suerte se cerniera sobre nosotros? ¿Que no quiero perder mi independencia, mi libertad? Y si... ¿Y si él solo quería que fuera su amante perpetua y me estoy montando una peli que ni las de Spielberg?

Abro mi lista de contactos, busco el nombre de Christian y le envío un mensaje.

Buenas tardes, Christian.
Soy Olivia Cobos.
Sé que es domingo,
perdona que te moleste,
pero necesito que mañana

me des cita en el primer
hueco que tengas.
Gracias._ 19:17

No tardo en recibir respuesta.

Buenas tardes, Olivia.
Esta semana puedo darte
cualquier tarde a partir de
las 19,30._ 19:19

Sonrío, porque la última cita que da por la tarde es a las seis y media y eso quiere decir que me hace un hueco. No sé si quiero aprovecharme de su buena voluntad tras el motivo por el que dejé de ir a verlo, que tan solo fue un malentendido producto de mis paranoias de las que no tiene la culpa y todavía tiene que ayudarme a solucionar, como bien está demostrando todo lo que está pasando con Fer.

Así que no digo nada al respecto y acepto ir el martes a su consulta. De paso le pido hora para la siguiente, porque esto no se arregla en un día.

Veo una oferta de recepcionista que me podría interesar y clico.

—¡Hola! —saluda Fer.

Despego la mirada del móvil sin que se note el efecto que me produce solo oír su voz de forma inesperada, y lo saludo.

—¡Hola! —le correspondo y sigo a lo mío, a pesar de que ya no esté centrada en lo que hago y su presencia ocupe todo el espacio de la sala de descanso y de mi cabeza también.

—¿Todo bien por Lucena? ¿Qué tal tus padres?

«¿Ahora me viene con estas? ¿Después de una semana?».

Al parecer esta es su manera de congraciarse conmigo, pues la lleva clara.

—Mis padres bien —contesto de forma automática con la mirada en la pantalla del teléfono.

—Claudia me ha contado que estuvisteis muy a gusto...

Esta vez sí que levanto la vista y le sonrío de la manera más falsa que soy capaz de interpretar.

—Pues entonces ya estás informado —digo. Cojo mi taza y camino hacia la salida dejándolo con un par de narices.

—Oli —me llama y yo freno mi avance—, el otro día no sé qué me pasó. Entre la gente avasallándome, que bebí mucho, comí poco, y el subidón del premio, ya sabes... —deja inconclusa la frase.

«Excusas», pienso.

Me doy la vuelta y veo su cara de arrepentimiento.

—No. No sé, Fer. A no ser que sufrieras de gilipollez transitoria —le digo de muy mala leche.

Me mira y aprieta los labios conteniendo una sonrisa.

¡No te jode! ¡Encima le hace gracia! Y, aunque sigo algo enfadada, ese gesto hace que una de las rocas de mi muro se despeñe desde lo más alto.

—Sí —admite—. Eso debió de ser.

«¿Esa es su manera de disculparse?», me pregunto. ¡Pues no me vale!

Intento mantenerme firme.

—Pues ten cuidado, porque si se repite muy a menudo se vuelve crónico y tú por ahí andas —le espeto y me marcho con toda mi chulería.

A medio camino recibo un guasap. Por el sonido sé que es Fer.

Como llevo el móvil en una mano y el café en otra, miro en la pantalla la notificación.

«No sabes cómo me pone que me insultes».

Cierto músculo de mi interior se contrae y tengo que detenerme, ya que un poco de café se me ha derramado. Le doy un sorbo y continúo por si me está observando.

«¿En serio vas a tirar por ahí, Fer?» Sonrío, porque me gusta saberlo, no os lo voy a negar, aunque eso no cambie nada. «¡Pues no sabes tú qué mala hostia hago cuando me ignoras!», pienso.

Cuando llego a mi mesa la notificación ha desaparecido. Entro a nuestro chat y veo que ha eliminado el mensaje y me siento decepcionada, pero tiene que ser así, no podemos alimentar de nuevo lo que teníamos porque volvería a caer. Supongo que ha sido un impulso y se ha arrepentido, lo que me confirma que la atracción sigue ahí a pesar de haber terminado, que le gustaba lo que teníamos tanto como a mí, pero sin Susana de por medio.

«El deseo es mutuo, nene», me digo.

Me quedo con ciertos sentimientos contradictorios. Anhelos, tristeza que se mezclan con esperanza.

«¿Esperanza de qué? Si él quisiera algo más también me lo podría haber dicho, a pesar de no contestarle».

Me doy cuenta de que ya no estoy enfadada, solo resignada y melancólica.

Hoy tengo mi sesión con Christian y estoy algo nerviosa, pero también tengo ganas de que llegue, aunque no sé ni por donde voy a empezar.

Siento un cosquilleo en mi nuca y echo la vista hacia el despacho de Fer. Está al teléfono y me mira sin ninguna expresión. No deja de hacerlo mientras habla. Inhalo hondo para controlar que no se me dispare la respiración. Llevo días con ansiedad o lo que quiera que sea esto y es algo que también le quiero comentar a mi terapeuta.

Vuelvo la vista a mi ordenador.

«¡Tengo que irme de aquí!», me repito para seguir con mi entereza.

A las doce cojo mi taza para ir a la sala de descanso a tomarme un café. He cambiado mi hora para no coincidir con nadie.

Al levantarme, Susana está hablando con Fer en su despacho. Veo cómo se acerca a él y lo abraza. Él la acoge sin, lo que a mí me parece, demasiado entusiasmo.

Emprendo mi camino con ese rastro de amargura que me producen los celos, y que cada día me pesan más.

Doy vueltas al café mientras reviso las opciones de trabajo. Acabo de pasar la primera criba para el puesto de recepcionista en una constructora, que tiene asesoría e inmobiliaria.

«¡Por fin!».

—¡Oli! —Entra Susi con una sonrisa deslumbrante—, tengo que contarte una cosa.

Y su interrupción no me deja ni alegrarme.

Justo en ese momento empieza a sonar el móvil. Es mi exsuegra.

—Perdona, Susi, tengo que coger.

Ella asiente.

—¡Adela! —contesto llena de sorpresa y veo cómo la sonrisa de mi compañera muere en sus labios.

—¡Ay mi niña, mi Oli! Que abandonada me tienes, si no te llamo yo... —me recrimina con voz lastimera.

Tiene toda la razón. Me fui alejando de mis suegros poco a poco para que se fueran acostumbrando. Cada vez que me invitaban a tomar café, me encontraba a Luis en su casa en plan encerrona.

Para Adela siempre fui una hija y se portaron muy bien conmigo, pero, tras el divorcio, no me pusieron las cosas muy fáciles.

—Lo sé y lo siento, la cuestión es que no me puedo fiar de vosotros, Adela. En cuanto bajo la guardia, me la liais, y lo mío con Luis se acabó para siempre —le recuerdo.

—Lo sé hija, lo sé, aunque la esperanza es lo último que se pierde. Pero bueno, te llamaba porque el mes que viene celebramos nuestras bodas de oro —comenta con alegría—. No pensábamos hacer nada, porque ya sabes que nuestros hijos van cada uno a lo suyo. Sin embargo, hemos decidido hacer algo sencillo, compartirlo con los más allegados... y me haría mucha ilusión que vinieras. ¡Para nosotros eres de la familia!

Me quedo callada un instante y empiezo a atar cabos. El jefe de la empresa también ha recibido esta llamada hace poco.

Tapo el auricular un momento.

—¿Me perdonas un momento, Susi? —le digo a mi compañera para que me dé intimidad.

—¡Claro! —contesta y sale de la sala.

—Adela, no sabes lo que te agradezco la invitación, pero Luis irá con su novia y no creo que se sienta cómoda.

—A mí me da igual como le guste sentarse a esa chica, cariño —dice, y no puedo remediar sonreír. Fer ha heredado, sin duda, el humor sarcástico de su madre—, como si quiere hacerlo encima de la cama de un faquir. Yo sé quién quiero que venga a ver cómo renuevo mis votos con Luis padre y desde luego no es ella, aunque me la impongan.

—¡Por favor, pequeña! —oigo a lo lejos—. Complácenos con tu presencia, que entre la estirada esa y que Fer nos va a traer a una niña con coletas...

—¡Calla, Luis! —le interrumpe su mujer—. Que Oli ya la conoce, ¡son compañeras! —presencio vía telefónica una de sus disputas, y los añoro.

—¡Pues mejor! —dice él.

—Ya lo oyes, cariño. También va a venir esa chica. —Me sorprende que Fer la lleve, pero es una forma más de dejar patente que va en serio con ella—. Así no te sentirás incómoda.

No se hace una idea de lo que me está pidiendo y de lo poco cómoda que voy a estar.

—Adela...

—No admito un no por respuesta, nos queda nada en este mundo —dice de forma exagerada—. Sería el regalo perfecto que compartieras con nosotros este día. También van a venir nuestros hermanos... —deja caer.

Mi suegra tiene un hermano pequeño, un par de años mayor que Luis, el típico que llegó de casualidad cuando su abuela creía que estaba con la menopausia. Ha sido el mimado de la casa y un soltero empedernido.

—Felipe no se perdería una fiesta por nada —le digo para que vea que sé de quién habla.

—Está deseando verte —confiesa.

—Te creo —le aseguro, porque siempre ha flirteado conmigo hasta delante de su sobrino—. Déjame que me lo piense. —Intento retrasar mi negativa.

—No puedo hacerlo, me tienes que confirmar ahora tu asistencia, el restaurante me lo exige. Además, ya le he dicho a Claudia que vienes y está feliz —me chantajea.

«¡Yo quiero ser como ella de mayor!».

Suspiro.

¿Qué hago yo en un evento familiar con mi ex, su novia, mi amante con su pareja y mis hijos de por medio?

«Examante», recuerdo.

¡Esto es totalmente surrealista!

—Claro que voy, Adela. No es que me des muchas opciones —claudico.

—¡Viene, Luis! ¡La niña viene! —grita por el auricular.

—Dile de mi parte que la incluiré en mis oraciones —escucho a mi suegro.

—Tonterías, lleva media vida aguantando a nuestros hijos, y, además, nos ha dado a dos nietos que son como dos soles. Esto se merece que la incluyamos en el testamento —suelta mi suegra de cachondeo, y no puedo hacer otra cosa que reírme con ella.

—No pongo objeción alguna —contesta mi suegro.

—Adela, te tengo que dejar que el jefe me va a reñir y no me he terminado el café.

—¡Que ni se le ocurra decirte nada, ¿eh?! No sé qué le pasa Oli, está de un humor últimamente... A ver si me lo arreglas.

La verdad es que no me interesa de qué humor está ni nada de lo que le concierne.

—Fer no tiene arreglo, Adela, y lo sabes desde hace tiempo —le digo en broma.

—Lo sé, y soy consciente del motivo, lo que no entiendo es por qué sigue sin ponerle remedio... —comenta casi para sí.

«¡Pues cuéntamelo!» me dan ganas de pedirle.

«¡Ah, no!» rectifico. «Que a mí no me interesa saber nada sobre él».

—Gracias, cariño. No sabes la ilusión que nos hace que vengas —continúa.

—De nada. ¿Vais a celebrarlo el mismo día del aniversario? —pregunto—. Me lo tengo que apuntar en color fosforito para que no se me olvide —bromeo.

—¡Por supuesto! Además, vais a hacer puente y os podréis desmadrar, que al día siguiente no tenéis que madrugar.

«¡Vaya! ¿El jefe nos va a dar puente? ¡Qué desprendido!».

Me río yo de las ganas de desmadre que vamos a tener todos, casi hasta los compadezco.

¡Queda menos de un mes!

Los padres de Luis se casaron el día de la Hispanidad, porque el padre de mi suegra era militar y se oponía a la boda, y esa fue la manera de reventarle el día.

—¡Perfecto! Apuntado el doce de octubre. Vas a tener que hacerme muchas tartas de chocolate con almendra para compensar las horas de tienda en tienda con Claudia y, por supuesto, por ponerme en esta situación.

—Te lo compensaré, mi niña. Te lo prometo —asegura con una voz que destila todo el cariño que me tiene.

Cuando cuelgo, mi café está helado. Lo meto unos segundos en el micro y me lo llevo a la mesa. No miro al despacho de Fer y eludo a Susana, que ya sé qué era lo que me quería contar, y al parecer ella ya no tiene tanto interés en hacerlo.

No sabes cómo me dolió tu silencio ni cómo me duele mantener esta distancia.

Capítulo 34

Mi sesión con Christian me ha dejado llena de dudas y con una frase que no para de darme vueltas en la cabeza.

«Deja de sobrevivir y vive de una vez».

No me arriesgo, solo quiero ir sobre seguro porque no quiero sufrir y al final es lo único que hago. Sufro por lo que no hago, por lo que voy a hacer, y es que está claro que, aunque pensaba que tenía superado lo de Joel, el final fue muy traumático y eso no se cura, así como así. Sin embargo, es curioso que, en todo ese proceso, Fer haya estado presente y también me provoque miedo. Miedo de basar ese amor en recuerdos de juventud, en sucesos puntuales y que prefiera huir. Huir de algo de lo que no estoy segura, de confesarle mis sentimientos y no ser correspondida, de perderme...

Hay mucho trabajo que hacer e irme de *Seven* es lo más sensato.

Tengo que echarlo de menos, dejar de depender de él, asegurarme que es amor y no una obsesión a la que me estoy agarrando. Saber de verdad qué es lo que quiero y estando allí no lo voy a conseguir.

Claudia no ha ido a una boda de verdad en su vida y me está sometiendo a la tortura que me veía venir cuando cada día que pasa me siento más apática y tengo menos ganas de asistir.

—Cariño —suplico—. Que esto solo es una reunión familiar con una misa por delante.

—¡No importa! Vamos a ser las más guapas de esa reunión —insiste.

Con Luc he decidido ir otro día a comprarle un pantalón chino y una camisa. Está contento de que yo también asista, pero no tiene el entusiasmo de su hermana, y es que la diferencia entre chicos y chicas es notable sea cualquiera que sea el siglo en el que vivamos.

Lo mejor de todo esto es que mi estómago sufre de la misma apatía y, como ni siquiera lo puedo tentar con chocolate, he perdido dos kilos.

—¡Mira mamá! —dice con ojos chispeantes—. Es precioso.

Miro el vestido y, a pesar de que me encanta ver tan alegre a Claudia, no puedo dejar que se enfunde en esa prenda.

—Sí que lo es, pero yo creo que vas a parecer algo mayor con él.

—¿Qué dices? —Me va a tocar discutir, por lo que veo—. ¡Sería para ti!

—¿Para mí? —me sorprende—. No hemos venido a buscar nada para mí. Yo me voy a apañar con lo que tengo o, como última opción, me voy a poner un vestido de tu tía Raquel.

—Quiero que vayas bien guapa —sentencia.

—¿Para qué? —Me río.

—Porque quiero, punto.

Saco el móvil y le muestro el vestido que me enseñó Raquel.

—Si me pongo unos guantes largos puedo parecer Gilda.

—¿Quién es esa? Tiene nombre de gato.

Ruedo los ojos. Lástima de *Netflix*.

—¡Me encanta! Yo también quiero llevar ese escote.

—Se llama palabra de honor —aclaro.

—¡Ya lo sé, mamá! —resopla.

—¡Uyyy, perdona! —Qué mayor se está haciendo.

—¿Te lo vas a poner?

Dudo. Es verde botella y drapado, que me disimularía los michelines que no se me han caído, pero no sé...

—Me parece demasiado para la ocasión.

—¡Nahhhh! Es perfecto —opina sin ninguna duda.

Por unos segundos sí, quiero ir despampanante, pero se me pasa enseguida cuando la realidad cae por su peso.

Vuelven a mí las inseguridades que tenía con Joel y odio sentirme así. Temía que con el tiempo me dejara por alguien más de su edad, y ahora Fer se ha entretenido conmigo, pero con quien quiere estar es con alguien más joven.

Suspiro y guardo el móvil.

Es un vestido precioso, pero no es para esta ocasión.

Después de casi dos horas, y a punto de desistir, encontramos un vestido lencero en terciopelo negro con unas flores rosas que se adapta a la perfección a su silueta, y menos mal, porque estaba ya con un disgusto tremendo porque no encontraba nada. Buscamos una chaqueta en tonos *nude* y unos zapatos en el mismo tono con algo de tacón y plataforma. Cuando la miro, pienso que en nada le voy a tener que contratar un guardaespaldas. Está preciosa.

Entro en el despacho de mi jefe con el nuevo catálogo que hay que subir a la página web de *Seven*. Ahora oferta una gran variedad de propuestas de *Photocall* para todo tipo de fiestas. Las chicas han hecho un buen trabajo.

—Échale un vistazo a ver si hay que cambiar algo antes de subirlo a la página e imprimir los minis para meter en los pedidos de los clientes —le digo conforme se lo dejo en la mesa de cristal.

No había vuelto a entrar en su despacho desde nuestro escaqueo en la oficina y me pongo nerviosa. He empezado hasta a sudar.

Fer lo coge y me dispongo a marcharme.

—Espera, Oli. Coge una silla y lo miramos juntos.

Me quedo quieta sin moverme.

Me mira y levanta su ceja.

—Es que yo ya lo he visto y está todo bien —le digo con menos seguridad de la que me gustaría transmitir.

—¡Pues ahora otra vez! —emite en un tono que parece el de un profesor hacia una alumna rebelde—. ¿O prefieres insultarme y salir corriendo? —termina con media sonrisa que hace que cierre un poco uno de mis ojos y resople.

«No, que ya sé que te gusta. No borraste el mensaje lo suficientemente rápido», recuerdo.

Me conoce demasiado bien y sabe cómo provocarme, pero esta vez no se va a salir con la suya.

Cojo la silla y la acerco a él, pero no demasiado.

—Así me gusta —dice sin mirarme y empieza a ojear el catálogo.

Me pregunto qué hago aquí realmente.

Miro el perfil de su prominente nariz y el contorno de sus labios finos mientras pasa las

páginas.

«¿Qué quieres de mí, Fer?», le pregunto en mi interior con ganas de hacerlo en alto.

No se ha afeitado en unos días y veo cómo brillan algunas de las canas que adornan su incipiente barba con la luz que entra por el ventanal.

«Estás con Susana y yo ya no quiero ser la otra —continúo con mi diatriba—. No te quiero compartir, quiero algo contigo, pero no sé el qué».

Levanta la vista del catálogo y nos miramos fijamente.

—¿Estamos bien, Oli? Trabajamos juntos, nos vamos a ver en la ceremonia de mis padres...

—¡Claro! —le interrumpo con una profunda tristeza y con mis esperanzas yéndose por el garete.

—¡Bien! —exclama soltando aire al terminar—. Todo está correcto. Puedes subirlo a la web.

Me sonrío, pero, como a mí, no le llega a los ojos.

—A ver, yo creo que... —dice Raquel con dos alfileres en la boca—, hasta por encima de la rodilla es como mejor te va a quedar.

—Pero ¿seguro que no te importa que lo corten? —le digo apenada a su reflejo en el espejo.

—Yo no me lo voy a volver a poner. —Levanta la vista para mirarme—. Si lo puedes aprovechar tú, contenta me veo.

Muevo la cabeza de manera afirmativa mientras me observo. La verdad es que, si no fuera por el bajo, me queda genial. El medio kilo que he perdido esta semana ayuda bastante, pero sigo con mis dudas. ¿Qué hago aquí? ¿Para qué quiero ir así a esa ceremonia? ¿Qué pienso que voy a conseguir?

No sé si son mis hormonas que están algo alteradas estos días o que estoy sufriendo los daños colaterales de mi sesión con Christian y ese ¡vive! me está dañando mi lado sensato. Vuelvo a estar subida en una montaña rusa de emociones. Un día estoy de subidón y al siguiente planto los pies en la tierra sintiéndome ridícula, como ahora mismo.

Susana está emocionada por asistir a la boda y conocer a la familia del jefe, y yo cada día que pasa lo llevo peor.

Fer vuelve a estar taciturno. Tras salir del despacho, me quedé convencida de que él en realidad no quería nada más conmigo, pero estos días nos hemos buscado más de una vez con la mirada y de nuevo se me está abriendo una brecha de esperanza, pero si existiera, habría insistido en hablar, en coincidir en la sala. En algo, ¿no creéis?

El caso es que aquí estoy, en casa de Raquel probándome un vestido con el que, al parecer, busco una reacción por parte de él.

«¡Qué triste!».

—Tengo una entrevista —suelto.

Raquel me mira desde abajo.

—¿Entrevista?

—He mandado quince currículos y solo he pasado la criba de una para una entrevista presencial —le cuento bastante decepcionada.

—Llevas poco tiempo buscando, *peque*. Solo unas semanas, no te desesperes.

—Necesito salir de allí, Raquel.

Clava los alfileres en la almohadilla, se levanta y me acoge en sus brazos. Le devuelvo el abrazo y suspiro.

—¿Cuándo la tienes? —pregunta sobre mi hombro.

—Mañana —contesto con cierta ansiedad.

—¡Pues mucha suerte, seguro que sale genial! Cruzaré los dedos —dice apretándome contra ella—. ¿Seguimos con el bajo?

—¡Claro!

—Cuando te veas con los tacones y la torera ya verás qué efecto. ¿Tienes alguna cartera negra?

Me pongo de medio lado y cierro los ojos. Ya solo así me parezco a la Kardasian y ya me estoy arrepintiendo de habérmelo probado.

—Sí. Me va a dejar Paula los complementos.

—¡Perfecto!

—Oye, Raquel. ¿No te parece que es demasiado?

Me agarra de la cara y me mira fijamente.

—Te queda como un guante y estás preciosa, pero si no vas a estar cómoda, olvídale.

Me doy la vuelta, me miro, me vuelvo a girar y detesto lo que estoy haciendo.

No hago una entrevista desde hace veinte años y todo ha cambiado mucho.

Este tío me está poniendo nerviosa. No deja de releer mi corto y escueto currículum mientras desliza la mano por su corbata una y otra vez echado hacia atrás en su asiento.

Es joven. No creo que llegue ni a los cuarenta, pero hay algo en la expresión de su rostro que no me gusta y no os puedo decir qué es.

—Nos faltan las referencias de su último empleo. —Se decide a hablar.

—Es que todavía estoy trabajando allí —contesto de manera concisa.

—¿Por qué quiere cambiar?

Tomo aire por la nariz mientras varias escenas entre Fer y yo, muy poco adecuadas, pasan por mi cabeza.

—Por motivos personales. Mi jefe es mi excuñado. —«Y me lo follo», respondo esperando que ate cabos y que no pida más explicaciones.

—Entiendo. Y esta situación... conflictiva, ¿está afectando a su trabajo?

«¡Mierda!».

—En absoluto. Mi trabajo es igual de eficiente, pero la situación sí que nos está afectando de forma personal a nosotros. Solo a nosotros. El resto del personal es ajeno a lo que sucede.

Tuerce el morro como si no estuviera muy convencido de ello.

Cretino.

—De todas formas, sus referencias en la clínica de estética son excelentes. ¿Se sometió a algún tratamiento quirúrgico?

«¿Ha preguntado lo que creo que ha preguntado?».

—No —niego en rotundo.

—Perdone que lo pregunte —se disculpa con media sonrisa—. Es que la miro, leo su edad —dice bajando la vista al papel—, y no parece coincidir.

Aunque debería sonar como un halago no lo hace. «¿Este tío es anormal o qué?».

—Pues coindice a la perfección —emito con una sonrisa que solo me llega a los labios.

—Por supuesto. Es que estábamos pensando en alguien más joven. —«¡Qué raro!»—. No se

ofenda.

—No lo hago, es bastante habitual —constato.

—Sin embargo, creo que se ajusta con lo que demanda la empresa. Buena presencia, experiencia, don de gentes... Además, a su edad no hay posibilidades de que se quede embarazada y es una ventaja.

¿En serio ha dicho lo que acabo de oír? ¿Lo habéis escuchado?

«¡Si tú supieras, misógino de mierda!».

—Ni que llegue tarde un lunes a trabajar o con resaca —puntualizo toda seria sacando la vena maliciosa que llevo dentro.

Se ríe, el muy capullo se ríe porque encima va a sumar a mi entrevista que tengo un humor ácido sin perder el respeto, estoy segura.

—¡Me gusta!

¿Lo veis?

«¡Vete al paio, gi-li-po-llas!».

—Me alegro.

—Usted va a ser lo primero que vea el cliente cuando llegue a nuestra empresa y lo atienda. Una recepcionista eficiente, con buena apariencia y educada. No es fácil de encontrar.

¡Ya lo creo que no!

Y esta vez sí que sonrío. Lo hago porque necesito este trabajo. Irme cuanto antes de *Seven*, alejarme de Fer, aunque no quiera. No quiero trabajar en una empresa que basa su criterio para escoger al personal en el físico con semejante tío encargado de recursos humanos, y porque en el fondo, me duele no verlo más. Me encanta trabajar en *Seven* a pesar de que exista Estrella y, además, si me cogen, tendré que anular mi viaje a Roma con Carol y no me lo va a perdonar. No me lo voy a perdonar. Era nuestro sueño y lo tendríamos que retrasar un año entero cuando solo nos queda menos de un mes para irnos. Pero tiene que ser así. Si lo tengo que olvidar no voy a poder hacerlo si lo veo a diario.

Cuando salgo siento la pérdida dentro. Ese vacío que tan bien conozco, y me siento triste, porque creo que las cosas podían haber sido de otra manera, o quizá no, puede que de nuevo hiciera castillos en el aire, me emocionara y no fuera más que lo que he sido, un entretenimiento, ese algo pendiente de la adolescencia que se nos ha ido de las manos.

Saco el móvil y busco el número de Carol. Suspiro. Esto va a doler.

Respiro hondo.

Llevo una semana esperando este momento y ya no tengo más tiempo. Mañana es la renovación de votos de mis suegros, el lunes ya es día dieciséis y el próximo uno de noviembre empiezo en la constructora en el edificio de asesoría inmobiliaria.

Tengo que dejarle la carta de despido hoy, no queda otra. Total, el día de mañana va a seguir siendo un despropósito con o sin esta carta.

Llamo antes de entrar y su cara de sorpresa es evidente. Me hace un gesto para que pase.

Están a punto de dar las tres. Susana se está preparando para marcharse juntos; y yo estoy haciendo esto justo en este momento con premeditación y alevosía, pero no os hacéis una idea de la angustia que me invade y del esfuerzo que estoy haciendo por mantenerme firme y no echarme a llorar como una cría. Aunque vaya con la cabeza alta y dando la impresión de que todo me importa un rábano, pero qué os voy a contar si sabéis de sobra que no es así porque estáis tan metidos en mi cabeza como lo está él.

Camino despacio, como si me hubieran puesto dos zapatos de cemento y fueran a tirarme desde un puente al mar.

Trago saliva y dejo el sobre encima de su mesa.

—¿Qué es esto? —pregunta con el ceño fruncido.

—¿Nos vamos? —Entra Susana con una sonrisa.

«¡Gracias, Susi!», suspiro de alivio.

—¡Hasta mañana! —me despido de los dos esquivando a mi compañera y la mirada de desconcierto de mi jefe.

Capítulo 35

—¡Mamá! Vamos a llegar tarde —protesta Claudia.

«Cariño, es que yo no quiero llegar nunca», suspiro.

—¡Ya voyyyyy! —digo cogiendo la cartera y las llaves del coche.

Me mira de arriba abajo y parece darme su aprobación. Me coloco las gafas de sol como diadema y salimos hacia el ascensor.

—¡Estás guapa! —declara.

—Gracias.

No voy impresionante, pero voy guapa. Suficiente para un cambio de planes en tan corto plazo.

—¡Qué emoción! Cincuenta años, mamá. —Me mira y veo que sale la romántica que lleva escondida en alguna parte.

Le sonrío con las manos en el volante.

Silencié el chat de Fer esperando su reacción a mi carta y cuando no la hubo, volví a sentirme una estúpida.

¡No eres su prioridad!

«¿Te vas? ¡Pues que te vaya bien!», supongo que habría pensado. Un problema menos para él.

Solo pude llorar en silencio su falta de sensibilidad, ya que tenía a Claudia en casa. No sabe que me voy de *Seven*. Solo se lo he dicho a Raquel y a Carol, porque sigo sin quererme ir. Ni siquiera hemos anulado el viaje al final, porque en mi futuro contrato tengo un par de días de asuntos propios y me corresponden dos de vacaciones hasta final de año.

No es la mejor forma de empezar en un trabajo, pero sé que ahora las empresas son más de cumplir con los días que corresponden que pagarlos.

Salgo del coche y paso las manos por la falda para alisar las arrugas que se han formado.

Anoche me tomé un tranquilizante y creo que sigo con parte de los efectos, porque siento una especie de paz interior poco habitual en mí. Como si hubiera aceptado mi realidad.

¡No te quiere, no hay más!

Entramos en la iglesia justo en el momento en el que empieza la misa.

—¿Lo ves? Llegamos tarde —me riñe.

Se adelanta y se sienta junto a su tío que tiene a Susana al lado, pero yo me quedo atrás en un banco despejado. Fer se gira lo justo para localizarme con una expresión tan vacía como estoy yo. Trago saliva. Ni siquiera me he quitado las gafas. De inmediato vuelve la vista al altar y, esa ansiedad sedada por las drogas, pugna por volver a vibrar.

La misa se me hace eterna y en cuanto comulgan, Luc se viene conmigo.

—¡Qué guapa vas, mamá! —exclama y sonrío.

—¡Tú tampoco estás mal! —le digo.

Le pongo la cara para que me bese él y no dejarle toda la marca del carmín.

En cuanto acaba la ceremonia, se forma una pequeña fila para felicitar a la pareja. Me quedo la última acompañada de mi hijo.

—¡Luis! —exclama mi suegra— ¡Pero mira cómo va la niña! —dice al verme con alegría a un metro de distancia.

Me acerco y les felicito con dos besos a cada uno. Veo que Fer y Luis están aparte en un corrillo saludando a sus tíos.

No puedo remediar buscarlo con la mirada con cierto anhelo.

—¡Esta es mi chica! ¡Cómo me conoce! —comenta mi suegro estrechándome con ganas, pero no entiendo a qué se refiere.

—¡Oli! —me saluda Susana—. ¿Creías que era una boda temática? —pregunta en un tono poco apreciativo, la miro sorprendida.

¿Temática?

—Vas preciosa. —Me abraza mi suegra—. Perfecta para la ocasión.

—Gracias —contesto.

—¡Vaya! Tienes un aire muy *retro*. Muy Audrey Hepburn. Soy Sara. —Se presenta. Me da dos besos y no percibo en ella ningún tipo de rivalidad. Está claro que está muy segura de su posición.

Bueno, ya no voy tan despampanante como Rita Hayworth, pero Audrey no está tampoco nada mal. De hecho, estoy encantada, y más, viniendo de la novia de mi ex que va con un conjunto que grita ¡soy de la milla de oro!

—Encantada. Soy Oli.

—¡Es que mamá es muy *vintage*! —exclama Claudia y Susi se ríe.

Las dos la miramos sin entender muy bien a qué viene esa risa.

—Perdonad, es que me he acordado de un chiste —comenta.

—¿Qué chiste? —pregunta mi suegro muy interesado.

—Es una tontería —emite como si estuviera arrepentida.

Pero todos la miramos esperando a que nos lo cuente. Sobre todo, yo.

—Adelante —le anima mi suegro con una sonrisa—. Cuéntanoslo.

—Lo típico que dicen las mujeres de ahora. Eso de: «Yo no me hago mayor, me hago *vintage*».

Reconozco que tiene su gracia y que es algo que diría yo sobre mí misma con mis amigas, pero si quería hacerse la graciosa para caer bien, acaba de cagarla.

Nadie se ríe. Ni siquiera Sara, que podría aliarse con ella ya que soy la que menos pinta en este evento, pero este año ha cumplido los cuarenta y por lo que cuenta Claudia, no lo lleva muy bien. Con su silencio también siento su apoyo.

—No le veo la gracia —le dice mi hija dejándola peor parada.

—Ya he dicho que era una tontería —dice en tono bajo como si se estuviera disculpando.

—Sí que lo es —corrobora Adela—. ¿Nos vamos para el restaurante? —apremia y me coge del brazo.

Susana se dirige presurosa a donde está Fer, que le presenta al resto de la familia.

—¡Olivia!

Felipe, el hermano pequeño de mi suegra, se acerca a saludarme. Me da tal repaso, que me siento Lois Lane en el *Superman* de los años setenta siendo atravesada por los rayos x del superhéroe. Como acto reflejo, cruzo mis muñecas bolso en mano y tapo mi pelvis para evitar que descubra mis braguitas de encaje negras.

Cuando termina con su escrutinio, me abraza y me da dos besos demasiado cerca de la boca.

«¡Uuuuuffff! —resoplo—. Está claro que hoy va a ir a por todas».

Justo en ese momento Fer me mira y aprieta la mandíbula. Está cabreado.

«¡Acabo de llegar y ya quiero irme!».

Saludo al resto de familiares, incluido Luis. Fer está hablando con Susana y cuando termina, mi compañera se acerca a mí y él se va.

—¿Puedes llevarme tú? —dice de forma solícita. «¡Qué amable se ha vuelto de repente! Casi me recuerda a la Susana de antes»—. Fer va con la moto, a mí me han traído Luis y Sara, pero ahora llevan a sus padres —aclara evitando decir mis suegros.

¡Qué le voy a decir! ¿Qué no?

—Claro que te llevo —accedo.

«¡A ver si Fer se compra coche de una vez! ¿Qué necesidad tengo yo de pasar por todo esto?».

Bastante culpable me he sentido con lo que le hemos hecho, aunque Susi se haya vuelto un poco perra desde que está con Fer. Quizá sea a consecuencia de ello que nos volvemos unas arpías en la carrera por alcanzar su corazón.

—Voy a ver si alguien me dice dónde está el restaurante y aviso a los chicos.

—¿No sabes dónde es la comida? —pregunta asombrada.

—No. Adela solo me dio la dirección de la iglesia, ¿por? —inquiero curiosa.

—Por tu vestido ...—«Pero ¿qué pasa con mi vestido?»., me pregunto—... Yo sé dónde está el restaurante.

Llevo un vestido granate jaspeado de falda circular con cuerpo de cuello redondo sin mangas que, efectivamente, es muy retro. Paula me ha dejado un cinturón fino de charol y la cartera a juego, para completar me he puesto mis zapatos de tacón *peep toe*. Así que no voy hecha una bomba, voy elegante y discreta. Mis gafas de sol ojo de gato completan el conjunto vintage, porque sí, porque me molan mucho estos *looks*, pero al parecer o no me queda bien o no es acorde para este tipo de ceremonias.

—Pues dame la dirección y la meto en *Google Maps*.

Ya en el coche se sienta atrás con Luc, porque Claudia se le ha adelantado y se ha puesto de copiloto. ¡Pues no es puñetera mi hija ni nada cuando se lo propone!

Luc le pregunta varias cosas sobre diseño y programas de dibujo y veo por el rabillo del ojo como Claudia los observa a través del espejo retrovisor. Tenía muchas ganas de conocer a la novia de su tío y me da la sensación de que no le ha caído demasiado bien. Si supiera en qué ha estado metido, igual el que no le caía bien era él.

Entramos en el restaurante.

Tiene decoración estilo años cincuenta. Empiezo a entender todo lo referente a mi atuendo, voy muy acorde con la tendencia de este club. Es una sala grande con suelo de mármol y las mesas dejan el espacio suficiente en el centro para bailar. Al fondo hay un escenario con un equipo de sonido y una batería para tocar música en vivo.

No me puedo extrañar mucho de que hayan elegido este sitio. El padre de Luis y Fer es un loco del blues y del jazz.

—¡Desde luego me he vestido que ni a propósito! —exclamo.

—Sí —afirma Susi sin más mientras busca entre las mesas de los comensales.

—Siempre has sido un poco bruja, mamá —suelta Luc y luego se ríe.

Le hago un gesto de disgusto y me agarra para besarme.

Enseguida localizo a Fer y a dos de sus tíos.

—Es aquella —señalo con la mano.

Claudia se adelanta y cuando llega a la mesa veo como lee los carteles y me mira con el ceño fruncido.

«¿Nos han asignado sitio?».

Los invitados van llegando y nos buscamos en los cartelitos. Ocupamos dos mesas grandes redondas. No sé de qué se queja Claudia. Está al lado de su hermano y de su tío, han sentado a Sara y a Susana juntas escoltadas por sus chicos y a mí...

Levanto la vista y busco a mi suegra.

Me mira, me sonrío y le vuelvo los ojos.

Estoy sentada entre Luis y Felipe. Está claro que quiere que me quede en esta familia. Yo también, pero no es precisamente con quien ella pretende.

La comida transcurre sin demasiados percances.

Tengo a Fer casi enfrente y hemos cruzado un par de veces las miradas. Cada vez que lo hacemos se me encoge el estómago. Es lo único que hemos hecho desde que me he presentado en la iglesia. Ni saludos ni dos palabras, pero ¿qué nos vamos a decir? Creo que no fue muy buena idea darle la carta de despido ayer, pero el lunes habría sido demasiado justo. No lo he visto sonreír ni una sola vez y me pregunto si es porque de verdad le molesta que me vaya. Si le importo algo más que un polvo y cumplir fantasías tontas. Si está así por mí...

Felipe se va animando y de vez en cuando pone la mano en mi muslo y yo descaradamente se la quito, pero a la tercera ya me hartó.

—¡Felipe! —digo bien alto—. La próxima vez, se me va a ir la mano con esto —le enseño el tenedor—, a tu zona más preciada, así que luego no me llores.

—Tranquila, tranquila —exclama y levanta las manos.

Se ríen todos menos Fer que sigue igual de serio y yo ya no puedo más. Le devuelvo la mirada desolada. Resoplo. Me estoy notando cada vez más incómoda.

«¿Qué hago aquí?».

Echo la silla para atrás y me voy al aseo un rato.

Cuando vuelvo, los músicos están afinando sus instrumentos y la gente se separa un poco de las mesas. Me siento lejos de mis acompañantes y lejos de Fer. Solo quiero que pase el tiempo necesario para irme sin quedar mal.

En cuanto empiezan a tocar *Georgia on my mind*, Adela se levanta y saca a su marido a bailar. Todos aplaudimos, sobre todo porque sea ella la que tome la iniciativa. En cuanto pisan la pista de baile, se animan más comensales.

Sara saca a Luis, Felipe se aventura con Susana que no le dice que no y Claudia se lo pide a Fer.

—¿Bailas, mamá? —pregunta Luc todo caballeroso.

Acepto con una sonrisa y damos unas vueltas por la pista.

Bailo con Felipe, luego con Luis y observo como Susana está cada vez más de morros, Fer tiene un cubata en la mano y no le hace ningún caso. Ni siquiera la saca a bailar, pero ya no me mira tan enfadado, supongo que el alcohol lo está relajando.

Me siento y Susana se me acerca tras dejar de bailar con Luis. Fer está con una de sus tías y en ese momento saca a su madre.

—¿Por qué has venido, Oli? Porque yo no sé qué hago aquí, pero ¿tú? —espeta con insolencia.

Sonrío triste.

Sé que le molesta mi presencia y la entiendo.

—No lo sé, Susi. Ahora mismo no sé dónde está mi lugar —contesto con la voz de la derrota. Pienso que ese lugar, está muy lejos de aquí.

—Pues yo lo tengo muy claro —escuchamos a nuestra espalda—. Oli se ha ganado su sitio en esta familia y tiene mucho más derecho a estar aquí que otras, por si te sirve de aclaración. ¿Bailas? —me pregunta mi suegro y accedo algo perpleja. —Eres de la familia —ratifica cuando me acoge entre sus brazos.

Susana tiene la cara descompuesta y se levanta en la misma dirección en la que está Fer interrumpiendo el baile con su madre, que se queda sola en la pista.

Busco a Luc con la mirada y le hago un gesto para que vaya a por su abuela.

Mientras bailo con Luis padre, me siento por un momento querida, por la manera de sostenerme, por el cariño que destila.

En un rincón veo a Susana discutir con Fer, que tiene las manos en los bolsillos mientras ella habla alterada. En un momento dado, saca una y le acaricia el pelo mientras conversan. Susi se pone a llorar y en la siguiente vuelta, observo como lo empuja dos veces seguidas se tapa la cara y se marcha.

No soy la única que ha visto lo sucedido.

Fer vuelve a la barra y pide otro combinado. Claudia se le acerca y charlan, él le sonrío y besa su cabeza con los ojos cerrados. Al abrirlos, nuestras miradas coinciden. Quiero decirle tantas cosas que las palabras se ahogan en mi garganta. Nos observamos durante los instantes en los que los giros nos los permiten y cuando acaba la canción, Claudia lo arrastra hasta la pista, se encoge de hombros y me dedica media sonrisa.

Sé que vais a pensar que soy idiota, que no debería hacerlo...

No sé qué ha pasado entre él y Susi, pero me voy de *Seven* y tengo que quemar mi último cartucho.

Quiero ser valiente y no quedarme con las ganas.

No quiero arrepentirme de lo que no he hecho, de no haber sabido elegir mi sendero de nuevo. Voy a dejar de sobrevivir. Así que voy directa al escenario, llamo al bajo, le susurro al oído y asiente.

Las notas de la canción que está sonando decaen y mi hija y Fer se sientan sonrientes antes de que acabe.

Me acerco hasta ellos.

—Claudia, cuando acabe la siguiente nos vamos que mañana tienes instituto y tu hermano colegio.

—¡Jo, qué pena! —protesta.

Los acordes de *Give me one reason* empiezan a sonar.

—¿Bailas? —le pido a Fer extendiendo mi mano.

Nuestros ojos conectan más allá de los vocablos y la coge.

Le rodeo con mis brazos y nos balanceamos.

Intento recordar si hemos bailado alguna vez y no me viene ninguna imagen a la memoria.

—«*Give me one reason to stay here and I'll turn right back around*» —le tarareo al oído —. «*Dame una razón para quedarme aquí y me daré la vuelta, porque no quiero dejarte solo, pero tienes que hacerme cambiar de parecer*».

Seguimos moviéndonos, siento su respiración en mi oído que está teñida de alcohol y su mano acariciar mi pelo.

—«Este joven corazón puede amarte y darte lo que necesitas. Pero estoy muy vieja para perseguirte perdiendo mi preciosa energía».

En un giro veo a mi suegra que nos observa, agarra la mano de su marido, me sonrío y asiente. Cierro los ojos y continúo.

—«Dame una razón para quedarme aquí y me daré la vuelta».

Acaricio su cuello con las yemas de mis dedos y noto como se le eriza la piel.

—Oli... —susurra, pero no le dejo continuar.

—«Nene solo necesito una razón, dame solo una razón por la cual yo debería quedarme, porque te dije que te amaba y no hay nada más que decir».

La canción termina. Rozo mis labios muy cerca de su boca, pero no me dice nada y le digo adiós con la mirada.

Se queda de pie en la pista mientras observa cómo me despido de sus padres y recojo mis cosas.

He hecho lo que estaba en mi mano. No puedo hacer más.

No quiero que te vayas, no quiero que me dejes. Otra vez no.

Capítulo 36

Sueño con Fer, me siento inquieta, me levanto al baño y, al dejarme envolver de nuevo en los brazos de morfeo, Fer vuelve a ser el protagonista. Tengo la sensación de no descansar y de tener sueños cortos e interrumpidos, como si estuviera en un duerme vela.

—¡Mamá! —susurra Claudia—. Despierta.

—Ya estoy despierta —digo—. ¿Qué te pasa? ¿Te encuentras mal?

A ver si por una vez me toca a mí actuar de madre y cuidadora.

—Papá trae a Luc.

—¿¡A Luc!? —pregunto alarmada, y salto de la cama como un resorte—. ¿Qué le ha pasado?

—Tranquila, mamá. No le ha pasado nada. A él no.

«¿A él no?», me pregunto.

—Es el tío, Fer. Le ha pasado algo con la moto. Papá tiene que ir a urgencias y antes va a pasar por aquí a dejar a Luc.

Mi corazón pega tal brinco que creo que he podido escucharlo.

—Pe..., pero ¿está bien? —cuestiono con cierta duda.

—No lo sé —dice mi hija bastante angustiada.

La abrazo. La abrazo por las dos. Porque necesito el mismo consuelo que Claudia requiere de mí. No me lo puedo creer. Hace tan solo unas horas estaba decepcionada, triste y muy cabreada por no haber conseguido hacerle reaccionar, por haber constatado que solo fue una aventura pasajera.

Suena el timbre y las dos corremos como locas a la puerta.

—¡Hola, mami! —saluda un somnoliento Luc.

—¿Y papá? —inquiero con ansiedad, mientras acurruco un momento a mi hijo y le quito la cazadora. Debajo lleva solo el pijama.

—Se ha ido. Ha esperado a que entrara al portal y llamara al ascensor y se ha marchado al hospital. Estaba preocupado.

«¿Luis preocupado por Fer? ¡Tiene que estar muy grave!», me aflijo.

Miro a Claudia con detenimiento y me debato en si lo que estoy a punto de pedirle está bien. Siempre insiste en que es mayor y lo es. En que es responsable y lo ha demostrado con creces.

—Vete a la cama, cariño —le pido a Luc, que parece un sonámbulo.

—Pero me avisáis si os enteráis de algo, ¿vale?

—Claro que sí, enano —le dice su hermana con un beso.

—De acuerdo... enana.

Cuando Luc desaparece por su cuarto me llevo a Claudia a la cocina y, antes de empezar a hablar, se me adelanta.

—Vete. Yo me quedo con Luc y me escribes en cuanto os digan algo.

Me quedo con la boca abierta sin saber qué decir. Sin entender cómo sabe ella que quiero

ir.

—Un día el tío se dejó la braga de la moto. Cuando la vi no estaba muy segura de si era suya, así que la cogí. Enseguida me vino el olor a su colonia.

La miro, me meto la uña del dedo gordo en la boca y aguanto las lágrimas como puedo.

—Y cuando he dicho que se trataba del tío, te ha cambiado la cara, ayer vi cómo bailasteis y cómo os mirabais.

«¿Os mirabais?». Pero no hay tiempo para reflexionar sobre eso.

Cierro los ojos e inhalo profundamente.

—Es complicado de explicar —le digo, porque no me parece justo marcharme sin darle una pequeña explicación—, porque ni yo sé qué está sucediendo entre nosotros, pero...

—Ya me lo contarás si quieres, ahora vete al hospital.

—¡Sí! —La abrazo y le doy un beso—. Sabes todo lo que te quiero, ¿verdad? —Asiente—. Y que sin tu apoyo y tu compañía este último año... ¿mi vida habría sido horrible? —Vuelve a asentir—. ¡Ah, vale! Por si no lo sabías.

Sonríe.

Corro a mi habitación y me pongo lo primero que encuentro. Unos vaqueros viejos, unas deportivas, camiseta de tirantes y mi jersey de punto raído. Justo me cepillo la melena, me lavo la cara y engancho a mi muñeca una goma de pelo.

—Gracias, cariño —me despido de mi hija mientras cojo el bolso y saco las llaves del coche.

—Me meto en la cama, pero en cuanto os digan algo me avisas. Dejo el móvil encendido —dice, intentando aparentar estar tranquila, pero la conozco muy bien y está como yo.

Nos damos otro abrazo con la puerta ya abierta y me marcho.

Conforme conduzco y paso por las calles de Madrid, mi cabeza no deja de representar escenas terribles del cuerpo de Fer magullado y en una camilla, incluso inerte y sin poder decirle todo lo que se me viene a la cabeza.

No me puedo creer que todo vaya a acabar como esas pelis románticas de los sábados por la tarde, en las que el protagonista tiene un accidente mortal o se queda parapléjico para que acaben juntos, sufriendo lo que no está escrito con el fin de declararse su amor o sus sentimientos, por muy confusos que sean. Me parece todo un *topical* que me esté pasando esto, y sé perfectamente que estáis pensando lo mismo, pero es que está ocurriendo, por muy increíble y cutre que parezca. Ahora mismo ya no quiero irme de *Seven*. Solo quiero decirle lo que me hace sentir, que quiero estar con él. Que no sé con exactitud cuales son mis sentimientos ni qué es lo que nos une. Solo quiero que no se muera, lo demás, no importa.

Aparco y camino deprisa hasta la zona de urgencias. Me asomo a la sala de espera y no veo a Luis, así que, me dirijo al mostrador.

—¡Hola! ¿Fernando Romero?

—¿Es familiar? —me pregunta la auxiliar.

—Es... mi cuñado. Su hermano ha venido y no lo veo fuera. ¿Estará con él?

—Puede que esté en el box. Van a hacerle unas pruebas.

«Está vivo», suspiro. Si le van a hacer unas pruebas tiene que estarlo ¿no?

—Entonces, ¿está bien?

—Su pronóstico es reservado. Le aconsejo que espere en la sala de espera.

«Reservado. Eso es malo, ¿no?».

Cojo aire y no siento que me llegue a los pulmones.

Ansiedad.

Los ojos se me llenan de lágrimas y me arrepiento mil veces de todo lo que le he maldecido de un tiempo a esta parte. Estaba tan enfadada por su forma de ignorarme, tan frustrada por dejarme llevar por su juego, por no elegirme... hasta que le puso fin. Pero no quiero que lo nuestro acabe así, sin que sepa la verdad.

—¿Oli? —Me llega la voz de Luis sorprendido—. ¿Qué haces aquí?

Levanto la cabeza y me seco las lágrimas con las manos. Luis me mira como si me estuviera analizando.

—Ya veo...

—¿Cómo está? —le pregunto interrumpiendo sus conjeturas.

—Tranquila, sale de esta, tiene la cabeza muy dura.

—¿El accidente ha sido muy grave?

Creo que mi voz ha sonado demasiado angustiada.

—¿Accidente? ¿Qué accidente?

Ahora la que está confusa soy yo. ¿Qué es lo que ha pasado?

—¿No ha tenido un accidente con la moto? —pregunto ansiosa.

—¡Que va! Se ha metido en una pelea al salir del club por su dichosa máquina y como iba algo cargado...

Ahora mismo me siento una gilipollas integral. ¿Una pelea? Y yo montándome películas.

—Entonces, ¿está bien?

—Ahora van a averiguarlo. Lo han bajado para hacerle un TAC. El golpe que le han dado ha sido muy fuerte y ha perdido el conocimiento. Quién le iba a decir con la pasta que se gastó en ese casco, que en vez de protegerlo le iban a golpear con él y le iban a provocar un traumatismo craneal.

«¡La madre que lo parió! Que es mi suegra. Yo pensando que se estaba muriendo debido a un trágico accidente de tráfico y está aquí por macarra».

Me quedo callada, pensando que debería marcharme, que no hago nada aquí, pero un traumatismo craneal tampoco es una tontería y me gustaría verlo solo para asegurarme de que está bien.

—¿Los niños? —pregunta ante mi mutismo.

—Claudia es mayor, se ha quedado a cargo de Luc. Me ha animado a venir y enterarme de lo que ha pasado.

Resopla por la nariz.

—Al final lo ha conseguido —expresa en un murmullo más como para sí mismo que dirigido a mí—. Supongo que por mucho que se le ponga trabas al destino este se empeña en seguir con su camino.

«¿El destino? ¿Pero qué tiene que ver el destino en todo esto?».

—¿De qué hablas? —le pregunto.

—¿Recuerdas cuando nos presentó mi hermano?

«Lo recuerdo perfectamente porque solo hace unos meses que lo desenterré y se lo conté a Carol».

Asiento.

—Dijo que solo eras una amiga.

«No, ni siquiera eso. Me negó como un Judas y me hizo daño», recuerdo.

—Pero yo conozco muy bien a Fer. No quería demostrarme que le importabas para que no

me entrometiera. Me lo dijo con su cuerpo, con cómo se puso a la defensiva y fue cuando la cagó. A partir de ahí solo tuve un objetivo, y ese eras tú.

Lo miro intentando entender lo que me está contando.

—Espera, ¿me estás diciendo que fui una especie de reto para joder a tu hermano?

Afirma con un gesto. ¿Será hijo de pu...?

—Al principio sí. Eras demasiado inocente. Una cría, y en nada te pillaste por mí. Pero luego, cuando te veía con él en el cuarto o hablar con cualquier otro, me ponía negro.

A eso se le llama posesión. Ahora entiendo muchas cosas, y si no fuera por Claudia y Luc, retrocedería en el tiempo y lo machacaré vivo.

—Te podrías haber ahorrado el esfuerzo —prácticamente escupo—, yo no le interesaba a Fer.

Se ríe. Sí, se ríe.

—¡Madre mía! Qué ciega has estado, Oli. Ha estado loco por ti siempre y creo que lo sabe todo el mundo menos tú.

El corazón me bombea a un ritmo que creo que si hablo se me va a salir por la boca.

—¡No digas tonterías! Tu hermano siempre ha ido a lo suyo. Le van las rubias como Susi desde que éramos críos, y en cuanto tú y yo nos prometimos, y ya no tenía que hacer de amigo protector, se largó —prorrumpo a punto de tener un ataque de ansiedad de los gordos.

Luis me pone ese gesto condescendiente con media sonrisa que siempre he odiado en él y analizo lo que acabo de decir.

«Sí, lo de las rubias es un hecho, pero el motivo por el que se fue...».

—Fer empezó a ir a saco contigo. Cada vez pasabas más tiempo con él que conmigo y eso se tenía que acabar, por eso te pedí matrimonio.

—¿A saco conmigo? —Yo no lo recuerdo así—. ¿Y esa fue tu motivación para comprometernos?

«Pero ¿por qué no escuché a Fer en su momento?».

—Tarde o temprano nos íbamos a casar. Mejor dejárselo claro —expone de forma presuntuosa.

Sonríe de medio lado y me dan ganas de estrujarle el cuello para que la borre.

Siento una especie de mareo. Creo que estoy hiperventilando.

«¡No sabes el tiempo que llevo deseando esto!», me viene a la memoria.

Esa frase, esa maldita frase otra vez. Su flirteo. La canción de Los Ronaldos. Las fotos del ordenador. Siempre protegiéndome, cuidándome desde que volvió. El hospital, Joel, el trabajo...

—Igual deberías llamar a su novia, ¿no? —pregunta con retintín y vuelvo a la realidad.

—¿Nunca dejas de ser un cabrón? —digo poniéndome en pie sin evitar verbalizar lo que me pasa por la cabeza.

—¡Hay que joderse! —Se ríe—. Parece ser que nunca consigues ser la primera opción.

Me doy la vuelta y le planto un bofetón que me deja dolorida tanto la mano como el orgullo.

—¡Pues si no lo soy, es por tu puta culpa, como siempre! —le espeto.

—Señor, ¿va todo bien? —le pregunta a Luis el de seguridad poniéndose a mi lado.

Me avergüenzo tanto de mi comportamiento que no sé dónde meterme.

—Lo siento —me disculpo—. Ya me voy.

Miro la sala de espera que está en completo silencio. Las miradas de los allí presentes son de todo tipo: recriminatorias, satisfactorias, sorprendidas... Cierro los ojos y suspiro derrotada.

—No se preocupe —dice Luis—. Son cosas de familia. Salgo un momento a por un café. Se

puede quedar, está nerviosa.

Me siento y, ahora mismo, quiero llorar de rabia, de frustración, de vergüenza por haberme rebajado a esto. «¡Has pegado a Luis!», grita mi subconsciente, que por un lado salta de alegría y por el otro me reprende.

—¿Familiares de Fernando Romero?

Pego un brinco en cuanto oigo su nombre. Un hombre con pijama verde espera con unos papeles en la mano. Me acerco y mira por encima de mi cabeza.

—Su hermano ha salido un momento —le informo—. Soy su ...—secretaria, amante—...
cuñada —aclaro con fortuna.

Me quedo en la entrada del box y lo observo desde lejos.

Tiene la cara magullada y una herida en la ceja, pero su expresión calma mi desasosiego. Respira tranquilo debido a la sedación y me transmite algo de paz.

Se afeitó para la celebración del aniversario de sus padres y ya no lleva esa barba que se dejó crecer junto a su pelo desde que empezó todo esto del *remember* y que le sumaba tanto a su atractivo. Sigue gustándome igual, con barba, sin ella y golpeado entero.

Suspiro.

Me aproximo hasta la cama y cojo su mano e, instintivamente, beso su nariz y sonrío.

De repente he vuelto a principios de los noventa, como viene siendo habitual en estos últimos meses, y me veo en su habitación aquella tarde que hicimos la maratón de Indiana Jones. Estaba loquita por sus huesos y lo miraba embobada cuando más absorto estaba en la película. Evoco el calor que me provocaba ver ciertas escenas solo con su proximidad.

Veo a mi Indi tumbado e imito a la protagonista del Arca Perdida. Beso cada herida, cada párpado, sus labios... como tantas veces deseé. Quiero ser su heroína, su chica y vivir la aventura de la vida a su lado. Esa que, según lo que me ha contado Luis fuera, habríamos tenido si él no se habría entrometido.

Cierro los ojos afligida, devastada por todo lo que nos hemos perdido y deposito un último beso en su frente.

Capítulo 37

Me llega el perfume de alguien conocido, pero no sé si es un sueño o no. Siento cómo acarician mi rostro y sonrío de placer, aunque sé que esa persona no lo puede ver. Sus labios besan mi frente.

—De parte de Claudia que se ha quedado muy preocupada en casa.

¡Es Oli! Sabía que era ella, pero me resistía a creerlo. Está aquí conmigo y percibo de nuevo ese cosquilleo dentro cuando la siento cerca.

—Así que todo esto ha sido consecuencia de meterte en una pelea por tu moto ...—*Le oigo chascar la lengua*—... Siempre te ha podido esa vena macarra que llevas dentro.

Me río a carcajadas, aunque mi cuerpo no se inmute. Adoro ese humor cínico que tiene, su risa, sus enfados. La adoro desinhibida, acalorada, desnuda y entregada.

Su mano agarra la mía y la acaricia. Noto el peso de su cabeza en mi abdomen y me imagino tocando su larga melena como lo he hecho alguna vez entre las sábanas revueltas.

—Claudia lo sabe. Vio la braga la tarde que te la dejaste y tu inconfundible colonia le dijo que era tuya y hoy, cuando Luis ha traído a Luc y nos ha dicho lo de tu accidente, mi cara le ha revelado lo que sospechaba. Eres un descuidado. ¿Ahora qué le digo?

«Mi niña, ¿cómo se lo habrá tomado? No me gustaría que esto la alejara de mí».

—No entiendo nada de lo que está pasando. He hablado con Luis fuera y me ha contado cosas que me cuesta creer, pero que parecen tomar sentido. No sé si alguna vez sentiste algo por mí o simplemente fui el peón en la lucha de poder de los hermanos Romero. Me hiciste daño.

¿Yo? ¿Cuándo?

—Yo estaba tan coladita por ti... Y tú solo me veías como a una niña, como a una amiga y cuando me presentaste a tu hermano y negaste que fuéramos incluso eso, mi decepción fue tan grande que decidí superar ese enamoramiento infantil y asumir que nunca me verías de otra forma.

Creí que solo te atraía como a las demás. Que se te pasaría. ¡Eras tan diferente! Pero yo quería más.

—Llegó Luis con su encanto y me encandiló. Desplegó todo su potencial conquistador y caí como una tonta y tú... ¡Tú no hiciste nada!

¿Qué iba a hacer? ¡No tardaste en enamorarte ni una semana!

—Y ahora no sé qué está pasando. A qué juego absurdo hemos jugado. Hemos engañado y mentido a todos los que nos rodean, incluso a nosotros mismos. Pero hoy Luis también se ha dado cuenta. Ha dejado de ser un secreto, lo siento.

No quiero que seas un secreto, pero tengo que proteger de nuevo mi corazón para que no me lo vuelvas a romper. He tardado años en recomponerme. Volví y lidié con tu odio y un buen día apareciste en mi oficina con algo con lo que había soñado escuchar durante mucho tiempo, habías dejado a mi hermano, pero en un momento en el que ya no me importaba, o al menos eso pensaba y... me necesitabas.

»¿Verte cada día en mi pequeño reinado? Cuando se lo conté a mi madre y vio mis dudas,

puso el grito en el cielo. No me disteis opción, ¿cómo lo iba a soportar? Pues de la única forma que supe, convirtiéndome en el jefe más gruñón e insoportable que nadie podría tener. Creí que te cansarías, que todos lo harían, yo no era así en Seven hasta que tú llegaste, pero tampoco esa empresa había funcionado mejor.

—No quiero conformarme.

No lo hagas.

—No quiero ser la otra. Al principio solo me dejé llevar, pero luego... Solo te quería para mí, aunque no te lo dijera. He estado muy enfadada contigo, mucho. Y ahora lo estoy más todavía, porque si es cierto lo que me ha dicho Luis, tú y yo podríamos haber estado juntos desde entonces.

No digas eso, no me hagas odiarme por no saber reaccionar, por no hacer las cosas bien.

—Claudia y Luc podrían ser tuyos.

También son míos de alguna forma, he pasado todo el tiempo que me habéis permitido con ellos.

—Igual habríamos acabado divorciándonos también.

Estoy seguro de que no, me habría encargado de mantener la llama viva, de eso que no te quepa duda.

—O quizá no. Pero esa habría sido otra vida, y es una que está claro que no quieres probar a vivir conmigo.

«¿Querías?».

—Tengo miedo, Fer. Tengo miedo a querer, a no saber quererte bien, a exigirte que me quieras demasiado. Después de lo de Joel mi corazón está acorazado. He levantado una muralla a su alrededor tan alta que no sé si vas a poder terminar de escalarla o vas a acabar bombardeándola y dejarme rota. Cuando el viernes te dejé la carta de despido en la mesa, y no me dijiste nada ni por guasap, me quedó claro, pero aún y todo me arriesgué al pedir esa canción. Me iba de *Seven* y ya no tenía nada que perder. Esperaba algo, lo que fuera y mira donde estás ahora... Supongo que Luis se equivoca, que si alguna vez sentiste algo por mí lo has quemado con unos pocos polvos y te has dado cuenta de que no necesitas más. No puedo seguir allí. Quería ser la mejor opción. Quería que me eligieras a mí.

Me cantaste que te diera una razón para que te dieras la vuelta. Tengo la más importante. ¡Que te quiero! —Deseo gritárselo. Quiero volver en mí y decírselo—. No te vayas.

—¡Señora! —reclama una voz desconocida.

—¿Sí? —contesta Oli

—Siento interrumpirla, pero nos lo tenemos que llevar a la UCI.

—Claro.

Dejo de sentir su mano, el peso de su cabeza y no quiero.

No quiero que te vayas. ¡Tenemos que hablar!

Sus labios rozan los míos y cuando pierdo su contacto empiezo a sentir frío, un frío helador.

Veo como se lo llevan y se me encoge el corazón. Ya no hago nada aquí, así que salgo y me dirijo hacia la sala de espera. Mi suegra se levanta en cuanto me ve y se acerca presurosa.

—¿Has estado con él? ¿Cómo está? —pregunta con voz ansiosa mientras me agarra de las manos.

—Está sedado para que le baje la inflamación y evitarle los dolores. Lo han llevado a la UCI para tenerlo controlado —digo con voz temblorosa.

—Se va a poner bien, ¿me oyes? —afirma con convicción y me abraza—. Ahora que por fin os habéis dado cuenta de que tenéis que estar juntos no le va a pasar nada. ¡No señor! —exclama de forma vehemente y me asombro de sus conjeturas.

Suspiro entre sus brazos y me dejo arropar. Las lágrimas comienzan a deslizarse de nuevo y veo a Luis sentado que nos mira en la distancia con un gesto de suficiencia.

«Parece que todos lo saben menos tú», evoco las palabras de mi ex.

«¿Es posible que ella también lo haya sabido siempre?», me pregunto perpleja.

Viene a mi memoria su mirada de aprobación mientras bailaba con Fer y cómo estrechó la mano de su marido.

—Pues tenías razón sobre estos dos, Adela —dice mi suegro que agarra del hombro a su mujer mientras esta me abraza.

—Yo siempre tengo razón, Luis —advierde pegada todavía a mí.

—Adela... Fer está con Susana —le recuerdo con el corazón oprimido lleno de dolor y tristeza.

—¡Ufff! —exhala—. Encima de tontos cabezones. ¡Qué par de obtusos! Qué habré hecho yo para estar rodeada de tanto ciego que no quiere ver.

—Puede que en otro tiempo... —Sonrío afligida.

—¡Ni otro tiempo ni nada! —No me deja terminar—. Mira que le advertí a Luis que no se acercara a ti, pero claro, le faltó tiempo y tú caíste como una boba. Yo no sé a quién ha salido ese demonio de hijo que tengo —resopla hastiada.

—Pues yo lo tengo clarísimo —pronuncia mi suegro—. Es el vivo retrato del coronel —dice refiriéndose al padre de Adela.

Ella suspira.

—Cuántos disgustos me habéis dado los tres... —exhala—. Encima de no hacer nada se nos fue lejos... —murmura, flaqueándole la voz.

Me separo de ella y la miro compungida.

—No sabes cuánto lo siento, Adela. No me lo podía ni imaginar —le aseguro, porque no se hace una idea de lo que me duele y lo rota que estoy. Y sabiendo lo que sé ahora no sé cómo voy a poder asumir mis «y si», que en estos momentos cobran un nuevo sentido.

—Pero tú que ibas a saber, pequeña. Con estos hombres nunca se sabe. —Me acaricia la cara y me aparta las lágrimas.

Me intento recomponer asumiendo mi verdadero papel en esta odisea.

—Te voy a pasar el contacto de Susana para que la llames. Ella es la que debería estar aquí, no yo.

Me resigno, con ganas de irme, porque por mucho que hubiera ya no lo hay, y no pinto nada aquí.

Fer se va a poner bien, tal y como ella dice. Y yo tengo que volver con mis hijos, a mi casa, a mi vida...

—Eso no es cierto, niña, por mucho que insistas, pero si así lo quieres, la llamaré —termina dándome otro abrazo—, y que sepas que esto no acaba aquí. Me niego.

Sonrío y cierro los ojos; porque esto no se puede acabar porque nunca ha empezado.

Capítulo 38

Mes y medio después

Fer mira la mesa vacía y limpia de Oli.

No tienes ni idea de cuánto te echo de menos, de lo raro que se me hace no levantar la vista y ver tu melena oscura y sedosa.

Su mano se hace un puño como si la estuviera tocando y hubiera desaparecido la sensación.

Me gustaría decirte tantas cosas si estuvieras aquí... Siento que me falta algo, una parte de mí. Estos cuatro años que has trabajado en *Seven* me han acercado más a ti que todos los que llevo viviendo Madrid desde que volví de Londres.

El sonido del ascensor al abrir la puerta le hace desviar la vista hacia el frente. Es Oli que le sonrío en cuanto entra en su campo de visión.

Arrastra una maleta de viaje. Saluda a sus compañeros e intercambia unas pocas palabras con ellos, luego deja el *trolley* pegado a su mesa de trabajo y se gira.

Fer se mantiene expectante a la espera de que lo salude o se digne a entrar en su despacho nervioso como un chiquillo.

Oli no se hace esperar y, sin llamar, cruza la puerta de cristal. Fer se levanta para recibirla.

—¿Qué tal el vuelo? —pregunta Fer.

Oli se abalanza a sus brazos y lo besa. Se pierden durante unos segundos en saborear sus bocas, en reconocerse de nuevo, en oler los aromas de sus pieles.

—Agotador. Llevo desde las cinco en pie. —Hace un puchero.

—Tendrías que haberme dejado ir a buscarte —le señala él.

—¡Ah, no! No quiero tener privilegios con el jefe. —Sonríe—. Ni que cargue con mis maletas —comenta con una ceja levantada.

Fer la mira, retira de su cara un mechón de pelo y lo coloca tras su oreja recordando el momento al que hace alusión.

—Le dan el alta al jefe —dice Jorge en alto—. Me ha pedido que vaya a recogerlo.

Asiento extrañada y miro hacia la mesa de Susana. Había dado por hecho que sería ella la que fuera a buscarlo, que estaría cuidándolo o yo que sé. Estamos a martes y lleva dos días sin aparecer en el trabajo y su mesa está tal cual la dejó el miércoles cuando nos marchamos. No ha contestado a los guasaps y no he logrado averiguar qué sucedió en el baile.

Nadie sabe nada.

Miro al despacho de Fer y veo el sobre de la carta de despido abierta. Tan solo asoma parte de la hoja, lo suficiente para saber qué contiene. Me pongo nerviosa.

Va a ser lo primero que vea cuando llegue y no quiero que se altere tras el ingreso.

Intento concentrarme en el trabajo, pero me cuesta horrores. Estoy angustiada y solo quiero que pase este mal rato.

Cojo aire varias veces, haciendo un gran esfuerzo para que llegue a mis pulmones.

En cuanto el ascensor suena y se abren las puertas, me da un vuelco el corazón.

Fer entra con un bolso en la mano. Saluda a Cristal y a Estrella que se acercan a preguntarle cómo está, mientras Jorge se va hacia su lugar de trabajo.

Nuestras miradas mantienen el contacto y creo que he dejado de respirar. Tiene puesta su bien entrenada cara de póker que no da pista alguna de lo que se le pasa por la cabeza. Tiene amoratado el lado izquierdo de la cara a la altura de la ceja donde lleva, por lo menos, tres puntos de aproximación.

—Oli... —dice a modo de saludo al pasar por mi mesa.

—Fer... —susurro, y ni siquiera sé si me ha oído.

No puedo remediar echar la vista hacia su despacho y ver cómo entra, deja el bolso, enciende el ordenador y, sin sentarse, coge el sobre, saca la carta y me mira.

Trago saliva.

La rompe en cuatro pedazos y me hace una seña con el dedo índice invitándome a entrar.

«¿Por qué la ha roto? ¿No lo entiende? Me tengo que ir. Es lo mejor para los tres, para todos».

En cuanto cruzo la puerta, toca la pantalla de su teléfono móvil y suenan las teclas de un piano por el altavoz *bluetooth*.

Abro la boca para hablar y hace un gesto con ese mismo índice sobre sus labios y me manda callar.

Se acerca y en cuanto la voz de Alejandro Sanz suena, me acerca a su pecho, hace que rodee su cuello con mis brazos y deja reposar su cabeza en la mía. Siento cómo aspira el olor de mi cabello mientras nuestros cuerpos se balancean al compás de la música.

Respiro hondo al escuchar la versión de la canción *Contigo* de Sabina con ese ritmo tan bonito que tiene el jazz.

«Yo no quiero cargar con tus maletas. Yo no quiero que elijas mi champú. Yo no quiero mudarme de planeta. Cortarme la coleta, brindar a tu salud. Yo no quiero domingo por la tarde. Yo no quiero columpio en el jardín».

*—Lo que yo quiero corazón cobarde, es que mueras por mí. Y morirmeeee contigo si te matas. Y matarme contigo si te mueres. Porque el amor, cuando no muere mataaaa. Porque amores que matan, nunca muereeen... —*me canta y los ojos se me llenan de lágrimas.

Hundo mis dedos en su pelo, lo acaricio y me aprieto más a él.

Conforme la letra de la canción suena, giramos y veo como se activa el fondo de pantalla y aparezco, una tras otra, en todas las imágenes que se suceden: seria, de espaldas en mi mesa, riendo en una montaña rusa con Claudia, de campamento a su lado con mi corona de margaritas, bailando... y el corazón se me encoge y me quedo sin habla.

Cierro los ojos y dejo que las lágrimas resbalen.

«Pero qué par de estúpidos hemos sido», pienso.

—Yo no quiero saber por qué lo hiciste. Yo no quiero contigo ni sin ti. Lo que yo quierooooo, muchacha de ojos tristes. Es que tú mueras por mí...

Apoya la frente en la mía y coge mi cara entre sus manos. Con los dedos pulgares aparta las lágrimas y le dedico esa mirada triste de la que habla la canción, añorando el tiempo perdido, por no ser claros ni sinceros, por no saber hablar, por no sabernos decir las cosas más que a través de canciones.

—No sabes lo que ha sido quererte durante toda mi vida, Oli. Odiarte, desearte, sufrirte. No sabes lo que supuso para mí que aparecieras para pedirme trabajo y no poder negarme a sabiendas de que ibas a ponerme a prueba. Me había costado tanto superarte... —Suspira con

media sonrisa—, o al menos eso creía. ¡Qué iluso! Así que cuando Susana empezó a flirtear, a insistir, a jugar, y me enteré de que habías conocido a alguien, no pude más que intentar pasar página y seguir mi vida como tú lo hacías. —Cierra los ojos y roza mi nariz con la suya—. Ha sido muy duro verte sufrir, pero tan satisfactorio poder ser yo quien estuviera detrás de esos momentos y apoyarte en la distancia, tras el divorcio, tras tu pérdida... me quise morir, pero eres tan valiente. Tan fuerte... siempre me he sentido tan orgulloso de ti... —Respira y me mira fijamente a los ojos que tengo llenos de lágrimas—. Puede que pienses que soy un cabrón por querer borrar el sabor de tu boca en otros labios, por mantener una relación con la necesidad de protegerme, porque yo solo pensaba que estabas jugando, que todo esto solo era una simple aventura para ti. He estado tan ciego y he hecho tanto daño por el camino... A Susana, alejándote de mí... —Acaricia con sus labios los míos y tiemblo de emoción—. Pero ver cómo te conformabas me llenó de ira y te pido perdón por todo. Yo solo quiero algo contigo. Solo quiero que sigas enredada en mi cabeza, pero a mi lado. Solo quiero que dejemos de hacernos daño. Solo quiero que me quieras. *¡Te quiero rubia!*

Dice de la misma manera que Alejandro Sanz termina la canción y sonrío sintiendo mi pecho a punto de estallar, porque no puede albergar más emoción, maravillada por esta declaración de amor.

«¿Yo soy su rubia?».

Empiezo a entender tantas cosas de cuando me hablaba de aquella chica en el suelo de mi habitación, siendo adolescentes, mientras tocaba la guitarra y me contaba cómo era su sonrisa, y yo me moría de celos; de lo a gusto que estaba a su lado porque podía hablar de cualquier cosa con ella, de que, aunque no se maquillaba era la cosa más bonita que había conocido... Y resulta que aquella rubia era yo. Nunca supe que todas esas palabras me las dedicaba a mí.

—Te quiero, jefe, y quiero que lo intentemos, quiero que seamos valientes y nos arriesguemos. Quiero tener algo contigo y que sigas enredado en mi cabeza, pero no quiero compartirte, no quiero que seamos tres —confieso.

—Lo de Susana se acabó. La dejé justo antes de que me pidieras bailar en el aniversario de mis padres.

Lo miro perpleja. Intento entender su silencio y que me dejara marchar esa noche sin decirme nada, pero supongo que ya no importa, estamos aquí declarando que nos queremos.

Me besa, y de fondo se escuchan los aplausos de mis compañeros como si estuviera en algún programa rosa de la tele y sonrío.

¡Qué vergüenza! Pero es que estas cosas solo me pasan a mí.

—¿Has tirado la moneda en la Fontana de Trevi? —le pregunta Fer.

—Ya sabes que sí. Te envié el vídeo, Romero —le contesta Olivia.

—Entonces volverás conmigo a Roma... —afirma.

—Y a París y a Venecia ¿no? —dice Oli, recordando la canción.

Epílogo

Primavera de 1990

Adela escucha los acordes de la canción que su hijo no deja de tocar en las últimas semanas y que provienen de su habitación. Decide entrar a saludar a sabiendas de que no está solo.

—¡Buenas tardes! —dice asomando la nariz por la puerta.

—¡Hola, Adela! —saluda la pequeña Olivia con una sonrisa.

—Mamá...

Fer la mira con la cara ladeada y un gesto que lo dice todo.

«¿Qué haces aquí?», le pregunta con los ojos.

Olivia está sentada en el hueco que le deja entre sus piernas mientras él le sujeta las manos y se las coloca de forma adecuada en las cuerdas para hacerlas sonar.

—Le estás enseñando esa canción...

Fer le advierte con la mirada.

—Es tu preferida, ¿verdad, Adela? —señala Olivia y ella mira a su hijo con asombro.

Ella está concentrada en apretar adecuadamente con cada dedo la cuerda que le corresponde.

Fer la mira con intensidad y no le queda más remedio que apoyar esa afirmación.

—Sí. Es mi preferida de Los Panchos.

Aunque los dos saben que no es cierto.

Su hijo parece soltar el aire que estaba reteniendo y Adela decide dejarlos tranquilos.

—¿Os preparo algo de comer? He hecho unas empanadillas de atún, aunque no son las de Móstoles —les dice, haciéndose la graciosa recordando a Martes y trece.

Olivia se ríe y Fer le cierra un ojo a lo Millán Salcedo.

—No hace falta, Adela. Muchas gracias —dice la niña con una sonrisa.

—Hace unas empanadillas riquísimas. Las tienes que probar —le asegura su hijo.

Olivia se encoge de hombros con cierto rubor en las mejillas que solo Adela puede apreciar y sabe que su hijo está encantado de que su chica se quede a cenar, porque su educación no le va a permitir decirle que no.

Cierra la puerta y se apoya en ella con la convicción de que ser testigo de un amor de los de verdad.

Marzo de 2020

Claudia mete la llave en la puerta y se asusta al escuchar gritar a Fer.

—¡Por Dios! ¿¡Quieres largarte de aquí!?! —dice su tío.

—¡Ni lo sueñes, Romero! Esta es mi casa —impreca su madre.

Termina de abrir la puerta despacio, con el corazón desbocado, más de lo que ya lo tiene desde que ha salido de su trabajo eventual como azafata promotora.

Sin embargo, en cuanto ve la escena que se desarrolla en la cocina sonrío y niega.
«Vaya pareja», piensa.

Les costó mucho decidirse a vivir juntos, más de un año, y ahí están. Fer lleva un delantal y una cuchara de palo en la mano mientras rodea por la cintura a su madre. Están besándose, mientras Oli vuelve a meter el dedo en la masa de croquetas sin que su tío se dé cuenta.

Los mira con devoción y algo de envidia.

Está feliz por los dos. Se merecían estar juntos, su historia es tan bonita y dura...

Ella quiere encontrar un amor así. Sabe que es muy joven, pero ningún chico ha logrado hacerla sentir como cuando era una chiquilla y hoy...

Suspira.

—No empieces a desnudarla que tenéis público —levanta la voz para que la oigan—, y que sepas que sigue robándote masa de croquetas.

Justo en ese momento Fer suelta a Oli y ella se chupa el dedo y lo saborea.

Fer enarca las cejas y le da con la cuchara un azote en el culo. En el momento que su brazo se levanta, puede ver en su parte interna, la salamanquesa que se tatuó casi idéntica a la que lleva su madre cerca del hombro.

Claudia suspira y acto seguido se echa a reír. Oli abre la boca sorprendida.

—Romero, Romero —le advierte.

—¿Qué? No disimules porque esté tu hija delante que te encanta.

—¡Lalalalala! —empieza a canturrear Claudia tapándose los oídos—. No quiero oír más.
¡Buscaros un hotel! —les grita a los dos.

Ellos se ríen y se vuelven a besar.

Agradecimientos

A mis sisoul, por su amistad y apoyo incondicional. Solo ellas saben lo que significa esta novela. Gracias por seguir a mi lado contra viento y marea.

A mi futuro científico, por ser tan luchador y por ser como eres. Te admiro.

A Ana Idam, por hacer realidad esta portada a partir de dos ideas peregrinas, por esas largas conversaciones, por vivir esta historia en cada paso que ha dado y en cada tropiezo que hemos encontrado, y por no dejar que me rindiera en ningún momento. Por esos marcapáginas tan divinos que me has diseñado.

A Dulce Merce, por su perseverancia, por su ayuda y su opinión. Por prestarme a su taxista de la novela «Kilómetro Cero» para un cameo en esta historia.

A Analí Sangar por aceptar ser mi lectora cero de última hora y por esos extraordinarios audios terroristas. Eres una de las nuestras.

A mi familia, sobre todo a aquellos miembros que siguen dándome aliento para perseguir mis sueños sin intentar cambiar mi estilo.

A mis amigos del baile, compañeros de clase y de espectáculo, que me habéis hecho un hueco en vuestra biblioteca. Gracias a todos los que seguís uniéndoos a mis filas de lectores.

A mis primeras amigas de las redes.

A mis compañeros de trabajo.

A mis recuperados amigos del colegio, ya que ese reencuentro fue la inspiración para dar vida a esta segunda parte. Por todos esos ratos compartidos en el último año. Cenas, comidas, vermús interminables, maravillosos conciertos y resacas legendarias.

A mis amigas, que son las únicas que he representado en esta historia haciendo honor a la amistad.

A esos amores adolescentes que todos hemos vivido y nos habría gustado darles un final feliz.

A esos personajes masculinos imaginarios, que me habría gustado encontrarme en la vida real.

A todos mis amigos y compañeros de las redes sociales.

Y sobre todo a ti lector, por perderte entre las líneas de mi imaginación.

Sobre la autora

Llegué a este mundo una primavera del año 1970 en una pequeña y adorable ciudad del norte llamada Pamplona, cuando la nieve cubría los inviernos y el verano duraba de junio a septiembre.

Fui la quinta de seis hermanos y me críe entre dos chicos que hasta su edad adulta no aprendieron a llevarse bien, por lo tanto, mi vida fue lo más parecido a la franja de Gaza.

Fui una niña solitaria. Noble, pero de fuerte carácter, que parecía estar buscando siempre su lugar en aquella casa llena de ruido.

Supongo que esa soledad en la que me sumía me llevó a desarrollar una intensa imaginación, el gusto por contar historias y mi adoración por los balcones.

En aquel enorme piso al estilo *La familia y uno más*, llegué a ser Lois Lane, la novia de Superman y aprendí a trepar por las paredes de los pasillos como Spiderman. Ahora no puedo culpar a mi hijo adolescente, de ser un friki en potencia, lo ha heredado de mí.

Cuando el tiempo lo permitía, pasaba largas horas en aquel balcón, que también hacía las veces de trastero, donde colocaba la bañera de las barriguitas a modo de fregadero, una vieja tabla de formica como encimera de cocina y el tambor de *Colón*, que por aquella época tenía forma cilíndrica, a modo de mesa auxiliar. Me sentaba en la silla infantil plegable de playa, con fondo verde decorada de flores amarillas y naranjas que hoy en día haría furor por su estilo *vintage*, y escribía e ilustraba mis propios cuentos, a pesar de nunca se me dio bien el dibujo.

Era buena estudiante, hasta que deje de serlo porque mi alma romántica estaba más interesada en escribir notas de amor y pasarla por los pupitres que en leer a Miguel Delibes y seguir *El buen Camino*

El primer relato que escribí fue una distopía, toda una ironía cuando hoy en día, no es mi género favorito. Tenía catorce años y ya enfrenté en un mundo apocalíptico, a los hombres contra las mujeres, aunque al final triunfaba el amor. Ya se me iba viendo el plumero, mucho drama con final feliz.

Pasados los años formé una familia y en cierto momento de mi vida, encontré refugio en aquel olvidado pasatiempo que me regaló excelentes amigas y todo un mundo por descubrir, el del escritor.

He escrito en blogs, en páginas de Facebook, tanto relatos cortos como historias por capítulos. Sitios donde me permitía desarrollar mi inquieta imaginación y la transformaba en textos.

Seleccionaron unos de mis relatos para la Antología Erótica, Venus de Noche en 2014 y dos microrrelatos, uno erótico y otro de terror en diferentes publicaciones.

En Enero de 2016, me estrené como autora indie en Amazon con mi novela [Compromiso con La Mafia](#) y el relato [Mi única salida](#) en la antología Relatos de lucha, amor y vida, cuyos beneficios iban destinados a la asociación española contra cáncer. En diciembre de 2018 publiqué mi segunda novela [Diarios para Carol](#). En julio de 2019 nació [Por el Sendero del Puma](#), primera parte de la bilogía El Sendero

He colaborado en las ediciones de *Noches sin Luna*, *24 Horas y Pasado, presente. Tú, Xadia la lectora de sangre* y *Dreamers* de Ana Idam. *kilómetro Cero*, la serie *A dos*, y la bilogía

La Luna y el Sol de Dulce Merce. También he hecho de prelectora para otros autores indie.
Me podéis encontrar en las siguientes redes sociales:

[Instagram](#)

[Facebook](#)